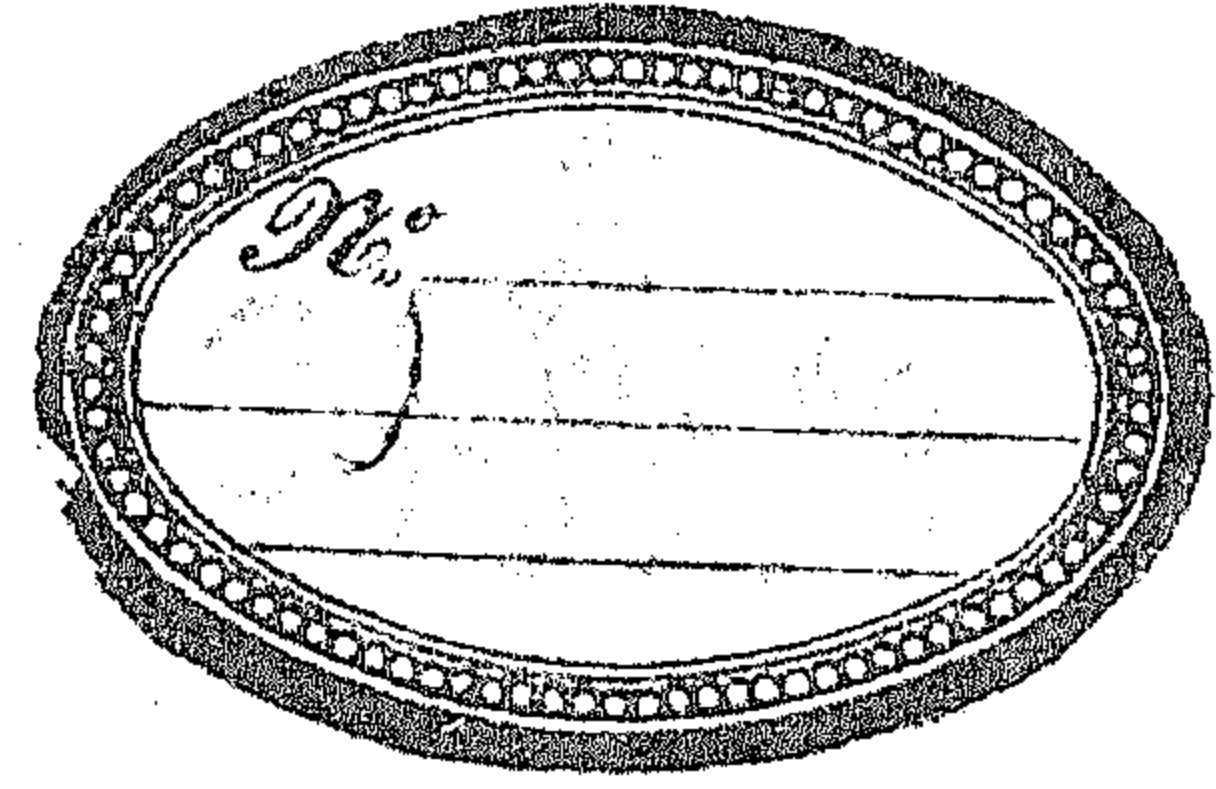


13m - 88

2-35-9070

Biblioteca Universitaria	
CR.	
Sala	0
Estanto	68
Tabla	
Número	31



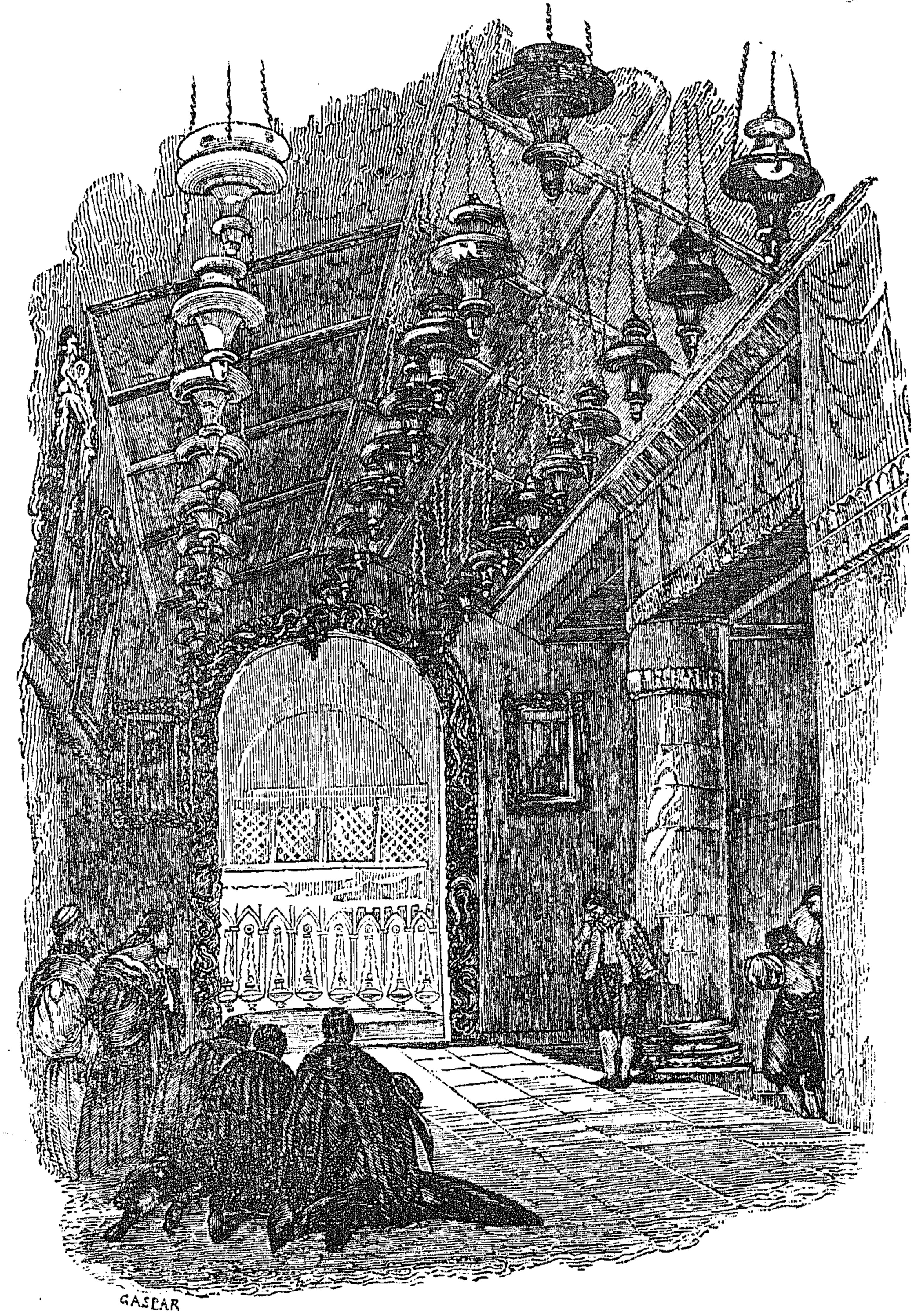
2 400 40

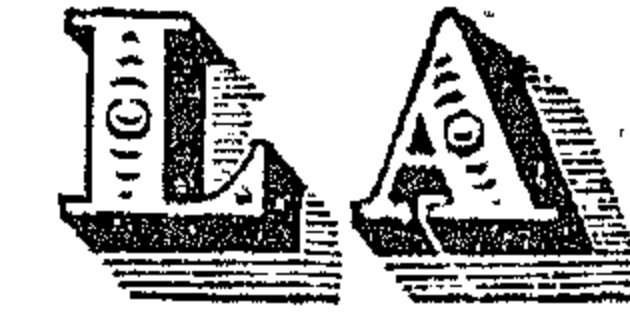


MADE IN SPAIN

R-15287

LA
PIERRE SANTA.





TIERRA SANTA

Y LOS LUGARES RECORRIDOS

POR LOS PROFETAS, POR LOS APOSTOLES Y POR LOS CRUZADOS.

HISTORIA. — DESCRIPCION. — COSTUMBRES ACTUALES.

OBRA PINTORESCA

EN QUE ESTAN CONTINUADAS LAS DESCRIPCIONES QUE DE AQUELLOS FAMOSOS SITIOS

HAN HECHO

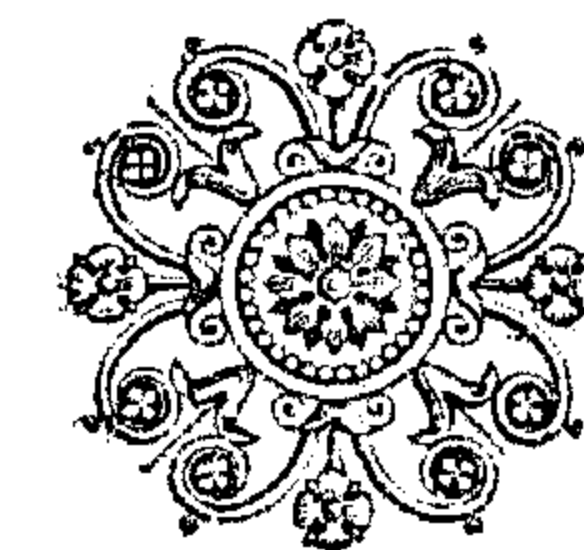
CHATEAUBRIAND, MICHAUD Y LAMARTINE.

Vá adornada con 48 Láminas finisimas sobre acero
y ademas un Mapa grande de la Palestina y plano de Jerusalem grabado por Tardieu.

Tercera Edicion.

Los que no pueden visitar los santos lugares, encontrarán en este libro una especie de indemnizacion.

Dedic. del A.



Barcelona.

Imprenta de Joaquin Verdaguer.

EN LA RAMBLA N° 87.

1840.

El Editor.

SE ha dicho que los recuerdos religiosos ya no son de moda; pero debia decirse que no pertenecen á la moda, que no son pasajeros como esta, sino eternos. ¿Quién es el hombre, por mas indiferente que sea, que leyendo á Chateaubriand, á Lamartine, no se siente poseido de un encanto interior é inclinado á lo que ha podido inspirar tan admirables páginas?

Desde una montaña árida, sembrada de piedras resbaladizas, se divisa una línea de murallas flanqueadas de torres cuadradas, y trás de las cuales asoman edificios blanquizcos: la montaña es Sion, y los edificios son la ciudad Santa. Jerusalem en medio de desiertos que, segun espresion del cantor de los Mártires, parecen respirar aun la grandeza de Jehovah y los espantos de la muerte. Ciudad decaida de un esplendor de veinte siglos! fantasma de una poblacion que brilló como Ninive y Babilonia, y sobre la cual ha pasado la destruccion como sobre Babilonia y Ninive.

Hay un no sé qué de sublime en los destinos de esta ciudad de predileccion que pareció dormirse un día cansada de prodigios, y cuya historia basta para llenar el intervalo que separa la antigüedad de los romanos de la de los caldeos: en ningun otro punto se siente uno tan poseido de la magia de los nombres. Éntrase por una puerta estrecha y arruinada, pero esa puerta es la de Belen; vése á un lado una torre que amenaza desplomarse, pero esa torre es la de David, la del rey poeta autor de los salmos, la del monarca que en el seno mismo de su gloria y de su poder dictó el Miserere. Mas adelante se vé una calle tortuosa, estrecha, mal empedrada, pero cuando uno vá á pisar un roto capitel sabe que está allí para recordar el sitio en que la Verónica vino á derramar perfumes sobre la cabeza de un Dios que arrastraba la Cruz. Aquí la via dolorosa; mas acá la casa de Lázaro, la de Pilatos, y el antiguo templo de Salomon convertido en magnífica mezquita. Y si uno vé la ciudad desde el monte Olivete que domina el torrente de Cedron y el valle de Josafat, desde aquella roca donde se anunció la ruina de Jerusalem y donde se reunieron un día los ejércitos de Tito..., entonces, si cubre una densa niebla la llanura, se parece la ciudad de David á un esqueleto insepulto cubierto con una mortaja.

Recórranse las cercanias: aquí Jericó, allá Belen, y á un lado el mar Muerto (antes risueño valle) que dá espanto á la imaginacion por sus recuerdos imponentes y terribles y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos refieren y las ciencias físicas esplican como esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otras poblaciones que flotaban por decirlo así sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y pozos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Siddin. Cierta dia en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie formaron un mar de veinte y cinco leguas de largo sobre seis de ancho. Millares de siglos han transcurrido despues de esta catástrofe, y aun quedan vestigios del espantoso

incendio , no solo por sus inmensos resultados , sinó por la grande esterilidad de aquellos contornos , efecto del calcinamiento de la tierra.

Pero , la TIERRA SANTA no solo nos ofrece sublimes recuerdos religiosos , si que tambien otros de un alto interés histórico y social. Es un destino curioso el de Jerusalem ; solitaria y casi despoblada , echada por decirlo asi en medio del desierto , en todas épocas ha escitado el celo religioso de los pueblos. Los judios lloran todavia su Jerusalem , y á sus tribus dispersas solo les anima la esperanza de ir á acabar sus dias bajo el olivo de sus abuelos y de descansar debajo una piedra funeraria junto á las orillas del Jordan. Los musulmanes la reputan tambien ciudad Santa y privilegiada , y Mahoma prometió recompensas á los que fuesen á visitarla. Los cristianos la han rodeado de un culto místico ; entre los millares de peregrinos que de muchos siglos acá ván á visitarla , han ido á meditar sobre sus ruinas mas de un sabio y mas de un poeta : el *itinerario* de Chateaubriand y el *Viage* de Lamartine son dos obras que no perecerán.

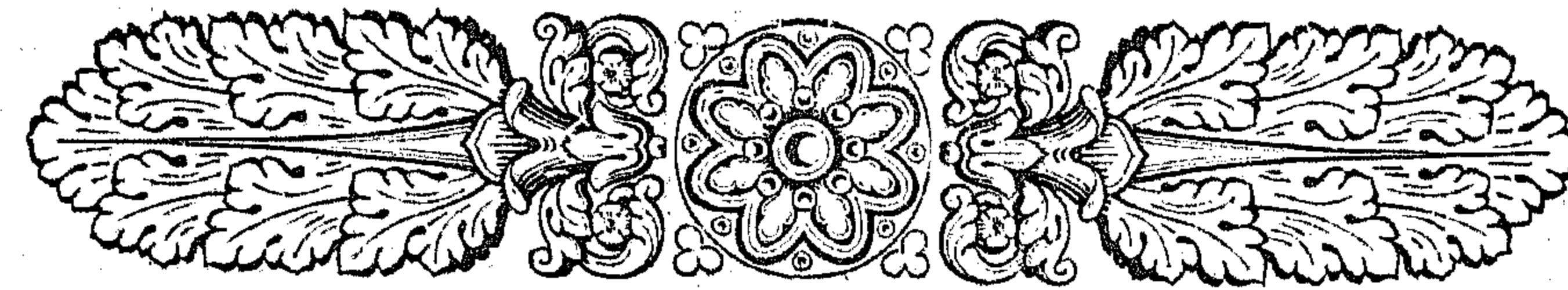
¿ Y quien no deseará conocer esos sitios delante los cuales detuvo Alejandro el Grande su glorioso carro triunfal ? ¿ Quien no querrá conocer esa tierra en que combatieron Godofredo de Bouillon , Felipe Augusto de Francia , Ricardo Corazon de Leon y S. Luis ? Hubo un dia en que el Occidente pareció arrancarse de raiz para precipitarse contra el Oriente ; hubiérase dicho que no habia en la tierra otra ciudad que Jerusalem , ni otro pueblo digno de ser habitado que aquel que encerraba la tumba de Jesucristo.

Cuando la poesia moderna ha querido luchar con la poesia antigua , ¿ cuales son los lugares , cuales las acciones que han podido entusiasmar al poeta épico moderno hasta el punto de poder competir con los poetas épicos antiguos ? Ah ! solo la conquista de la ciudad Santa nos ha dado el poema del Taso , digno de competir con las dos obras maestras de la antigüedad.

En nuestros dias un hombre de pequeña estatura y de alma grande , ganando victorias admirables con un puñado de gente , llegó al pié de las murallas de la antigua Tolomaida , subió como Moisés al monte Horeb y al monte Sinai , y recorrió las cercanias del mar muerto : ese hombre que pisaba la tierra recorrida por Alejandro , y teatro de las luchas de Lusián , de Ricardo y Saladino... , era Bonaparte.

Esta obra es de consiguiente una galeria brillante por la cual van pasando acontecimientos grandes , sitios de sublimes recuerdos , y personajes cuyo nombre ha llenado el mundo. Principia la descripcion de los lugares Santos con las sublimes páginas que han inspirado á Chateaubriand y Lamartine y con la narración histórica de los sucesos memorables que allí han acaecido. En seguida es preciso visitar los lugares recorridos por los apóstoles , y tantos otros hombres ilustres , y el autor nos conduce á las márgenes del Nilo , al pié de las Pirámides , á Tebas , á Babilonia , á Nínive , á Tiro , Sidonia , Laodicea , Antioquia , y Damasco ; á Chipre , Corinto , Éfeso , Mileto , Patmos , Rodas , y por fin á la ilustre Roma , cuyos monumentos nos presenta. Todo lo vemos tal como se conserva hoy dia. Unas láminas primorosamente grabadas , dignas de ponerse en cuadros , cuyo dibujo se hizo en vista de los mismos sitios representados , aumentan la ilusion , y ya no nos admira entonces que esta obra se publicase , casi al mismo tiempo que en Paris , en Roma y otras capitales de Europa.

Esto decíamos en el prólogo de la primera edicion ; ahora debemos añadir que en España , lo mismo que en Francia y en Italia , ha sido recibida con entusiasmo esta obra , de manera que en menos de dos meses se han agotado de ella dos ediciones , y nos vemos en la necesidad de publicar la tercera ; pocos ejemplos de un despacho tan rápido ofrecen los anales de la Librería en la Península.



LA TIERRA SANTA,

Ojeada Geográfica.

NINGUN pais se ha dado tanta celebridad y tan distintos nombres como á la Palestina , llamada tierra de Caná , de Israel , tierra Prometida , tierra Santa , y Siria Palestina. Esta comarca tiene por confines de la parte del medio dia las altas montañas que la separan de la atmósfera abrasadora de los desiertos de la Arabia : al poniente , inclinándose uno hácia el norte , la ciñe el Mediterráneo de donde vienen las frescas brisas , y mas allá la cerca la cadena del Líbano , poniéndola al abrigo del frio aquilon. En el pais se llama comunmente mar grande al Mediterráneo , porque como los hebreos no tenían mas que débiles nociones sobre el Océano , daban el nombre de mar á simples lagos y á todo conjunto de agua algo considerable. El interior del pais está cortado por montañas y colinas que favorecen el cultivo de la viña y de los árboles frutales , presentando al mismo tiempo pasto para los rebaños. Los valles se vén bañados por el agua de algunos torrentes que bastan para el riego , apesar de que no se conocen otros rios que el Oronte , el cual quedaria en seco durante todo el verano sino se tomase la precaucion de estancar las agnas en su alveo , y el Jordan al que el naturalista Plinio da el nombre

de cristalino y hermoso rio , bastante ancho para bañar el valle que recorre (a). De esos dos rios que descienden del Líbano , se dirige el primero al norte y el segundo al sur. Son raras allí las lluvias , pero regulares , pues tienen lugar en primavera y otoño , motivo por el cual la Escritura , considerando el año como un solo dia , las llama lluvia de la mañana y lluvia de la tarde. Los abundantes rocíos suplen en verano á la escasez de las lluvias. Pero esa comarca , célebre por tantos títulos en la época de los judios , así por la riqueza como por la amenidad de su suelo , ya no ofrece despues de las sucesivas invasiones de los árabes , de los cruzados y de los turcos , mas que el triste aspecto de un pais devastado y hasta tal punto esteril , que podria dudarse de su primitiva belleza y antigua abundancia , si la Escritura , si Josefo , historiador de los judios , Estrabon , Plinio y otros escritores , no nos diesen de ello patente testimonio.

(a) No debe admirarnos el que algunos ilustres viajeros hayan dado otros epitetos al Jordan , reputado rio sagrado. La diversidad del punto y de la época de observacion explica estos distintos juicios , así como pudo influir en ellos la situación de ánimo en que se encontraban al describirle.

Encierra la Siria tres distintos climas; las sierras del Líbano, cubiertas de nieve, derraman saludable frescura en lo interior, mientras que las costas marítimas exhalan húmedo calor y que las llanuras cercanas de la Arabia desierta están espuestas á un ambiente seco y abrasador. En las montañas el orden de las estaciones es casi el mismo que en Francia; dura el invierno desde el mes de Noviembre al de Marzo, y es bastante rigoroso; pocos años deja de caer la nieve en abundancia, muchas veces por espacio de meses enteros cubre la tierra con muchos pies de profundidad. La primavera y el otoño son suaves, y el verano no tiene nada de insoportable. Por el contrario en las llanuras, pues así que el sol pasa por el ecuador, reinan calores excesivos hasta fin de octubre; pero en cambio es tan benigno el invierno que pueden vegetar libremente bastantes árboles frutales muy delicados, que perecen en otros climas templados.

Si el arte ayudase á la naturaleza, se podrían reunir en Siria, dentro un círculo de veinte leguas, las riquezas vegetales de las mas distantes comarcas. Además del trigo, de la cebada y del algodón que se cultivan en todas partes, se encuentran muchos objetos útiles ó agradables propios de las varias localidades. La Palestina abunda en muchos vegetales, objeto del comercio entre varios pueblos; y hasta podría apropiarse el cultivo del café de la Arabia.

Viven en ella todos nuestros animales domésticos y además el búfalo y el camello; en sus bosques, en vez de encontrarse lobos, se oyen los rugidos de las hienas y de las onzas, fieras que los viajeros han tomado por tigres. Pero ninguno de esos animales feroces ha cau-

sado nunca males comparables á los que ocasiona la langosta; produce nubes de ella la Arabia, y obscureciendo el cielo, caen sobre los campos de la Siria asolando el reino vegetal. Los sirios procuran ahuyentar la plaga por medio de la frecuente esplosion de armas de fuego; pero á poco llega para librarles de ese enemigo alado, el pájaro llamado Samarmar y el viento Sudeste que impele la plaga hácia el Mediterráneo donde se ahogan á millares aquellos animales destructores.

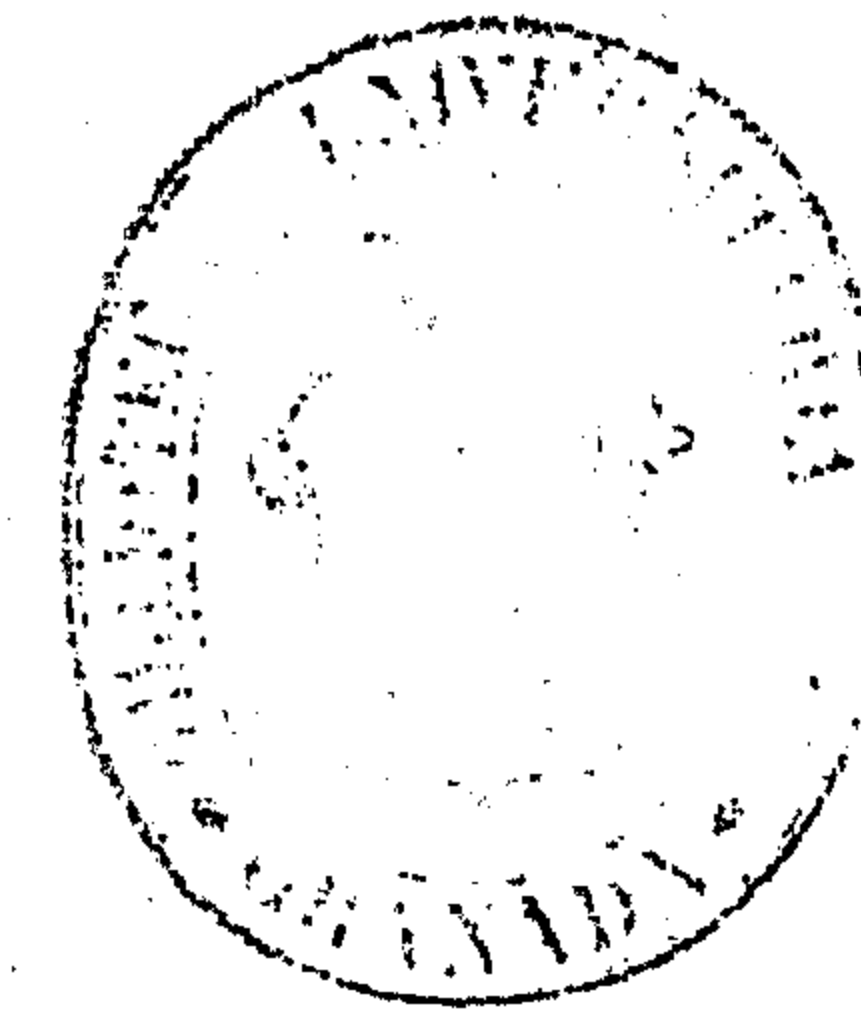
Abunda la caza en la Palestina; las perdices andan á bandadas, y vuelan tan torpemente que el viagero solo necesita un palo para cazarlas; pero al propio tiempo se encuentran tambien muchos reptiles, serpientes, víboras, escorpiones y otros insectos venenosos. Cuando uno ha sido herido por ellas no puede emplearse medio mejor que la cauterizacion de la parte herida. La atmósfera está llena de moscas de toda especie, causando tal incomodidad á los caballos, á los mulos y á los camellos, que para desembarazarse de ellos se arrastran y ruedan por la tierra contra los arbustos. Y qué diremos de las hormigas? Figurémonos un inmenso hormiguero en una estension de diez jornadas de camino; del Cáiro á Jerusalem, por ejemplo, el camino está atravesado en todas direcciones por esos pequeños animales que le recorren, ya andando en busca de provisiones, ya para solazarse despues de sus trabajos diarios.

En una palabra, para gozar de la riqueza del suelo y para aumentarla incesantemente, no le falta á la Palestina mas que el goce de los beneficios de la civilizacion y el apoyo de un gobierno paternal.

CAPITULO I.

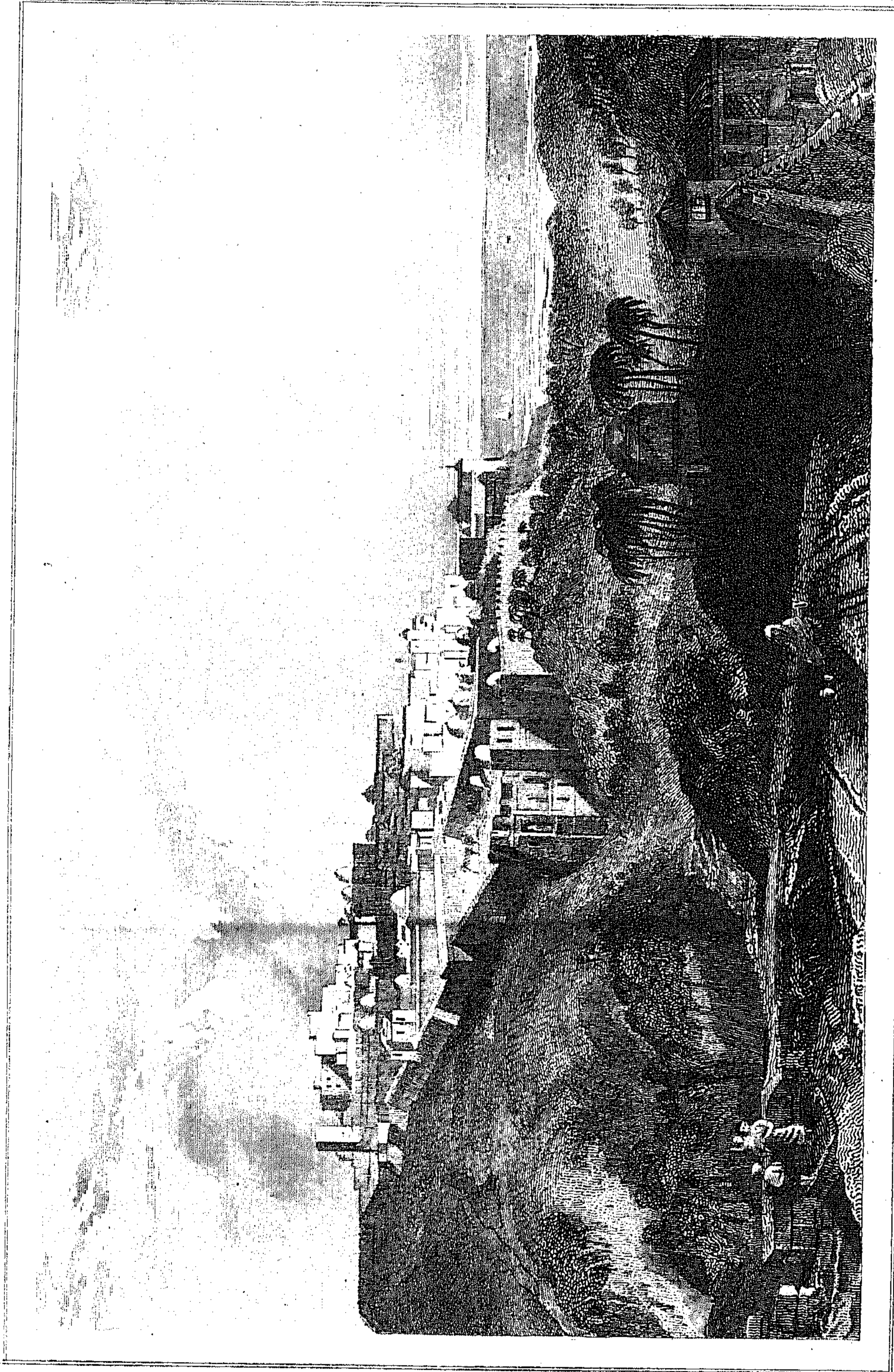
Jafa — Recuerdos de San Luis y de Napoleon. — Convento de los padres de la Tierra Santa. — Mujeres veladas. — Limosnas de los peregrinos. — Ruinas de Ascalon. — Camino de Jerusalem.

LA primera ciudad que visitan casi todos los peregrinos de Europa que se dirigen á Jerusalem es Jafa, la antigua Joppé de la Biblia, situada á orillas del Mediterráneo.



LAMINA 1ª

Jafa.



Anonimato.

Jaffa.

Edmundo Turner del.

El desembarco de los pasajeros que iban conmigo, dice Chateaubriand, tuvo lugar sin tumulto si bien que con actividad. La multitud de ancianos, de hombres, de mugeres y de niños no hizo oír en el acto del desembarco en la Tierra Santa esos gritos, sollozos y lamentaciones á favor de los cuales se han querido hacer pinturas imaginarias y ridículas. De este aserto puede deducirse que lo mismo sucede en los demas desembarcos que continuamente tienen lugar.

Los peregrinos dejan en Jafa, ni mas ni menos que en Jerusalem, considerables sumas. Contando solo mil quinientas personas á mil francos cada una, tenemos ya un millon y medio; una parte de este dinero se reparte en pago de géneros al pueblo y á los comerciantes que procuran sacar el mejor partido de los estrangeros. En 1784 valia cerca de tres reales cada viage de agua, y esto apesar de que, ademas de las dos fuentes de Jafa citadas por los viajeros, se encuentra agua dulce siguiendo la orilla del mar con direccion á Gaza. Basta abrir un hueco con la mano en la arena para encontrar fresca y cristalina agua junto á las mismas olas del Mediterráneo. El buque que en otro tiempo conducia á Jafa las limosnas del gobierno español que ascendian á unos cuatro mil duros, era esperado con la misma impaciencia con que hace cuarenta años se aguardaban en Cadiz los comboyes de oro mejicano.

Hiram, rey de Tiro, hacia arribar al puerto de Jafa los buques cargados de cedro y mármol que enviaba á Salomon para la construccion del templo de Jerusalem. San Pedro, que debía un dia ser gefe de la iglesia, permanecia allí cuando tuvo una vision sobrenatural y cuando resucitó á Tabites. La Virgen santa se embarcó en ese puerto con San Juan con direccion á Ereso; mucho tiempo antes Jonás buscó en su seno un asilo, y por mar partió de Joppé para la Silicia, procurando sustraerse al formal precepto del Eterno que le habia mandado ir á convertir á los Ninivitas. Asi es como al dar el primer paso en la Tierra Santa, se amontonan los re-

cuerdos del antiguo y del nuevo testamento, y sigue uno los pasos de los profetas, de la Virgen y de los Apóstoles.

Jafa, que forma una especie de anfiteatro, tiene un aspecto muy triste, y sus calles son bastante sucias; pero nada es mas agradable que los jardines y el bosque de naranjos de sus alrededores. «Su golpe de vista es mágico, dice Lamartine, cuando uno la mira por la parte del desierto. Al poniente, los pies de la ciudad están bañados por el mar entre olas de espuma sobre escollos que rodean su puerto. Del lado del norte la rodean deliciosos jardines que parecen salir como por encanto del desierto, para coronar y dar sombra á sus baluartes; uno camina debajo una bóveda alta y olorosa de un bosque de palmeras y de granados, de cedros marítimos con sus hojas dentelladas, de naranjos, de higueras y de altos limoneros cuyas ramas se doblan al peso de sus frutos y de sus flores; el aire es un perfume levantado y esparcido por la brisa del mar; el suelo se vé blanco de flores de naranjo que el viento barre como en nuestro clima lo hace con las hojas secas en otoño; de trecho en trecho se divisan fuentes con mosaicos de marmol y con grandes pilones, que ofrecen una agua cristalina al viajero, rodeados siempre de un grupo de mugeres que se lavan los pies y llenan de agua varios cántaros de forma antigua. La ciudad elevaba á las nubes sus blancos minaretes, sus aflagranadas azotéas, sus ventanas moriscas, por entre el seno de ese Océano de arbustos balsámicos, separándola del oriente un fondo blanco de arena que ofrece á las miradas, detrás de ella, el inmenso desierto que la separa del Egipto.»

Su puerto solo es conocido por los muchos naufragios que en él han tenido lugar. Sin embargo, la Escritura hace mencion en muchos puntos de la hermosa Joppé, y San Gerónimo en el epitafio de San Pablo, trayendo á la memoria sus recuerdos mitológicos, no se desdeña de citar la fábula de Andromedes en el promontorio Jafa. Esta ciudad nombrada con tanta frecuencia en la historia de las Cruzadas, cayó en poder de los cristianos mientras que los cruzados sitiaban la ciudad Santa. Fué perdida varias veces por los francos, y reconquistada. Al pié de las murallas de Jafa fué donde Ricardo corazon de Leon combatió solo contra un ejército musul-

man dando muestras de los increíbles prodigios de valor de Amadis y de Rolando. San Luis que habia hecho reconstruir las murallas de Cesaréa, hizo tambien reparar las fortificaciones de Jafa arruinada por Saladino. En 1197, Malek-Adel en quien confiaban los musulmanes cuando se trataba de defender la causa del mahometismo, despues de haber hecho una carniceria horrible de cristianos, arrasó las fortificaciones de Jafa que tanto habia costado levantar.

En Jafa fue donde la esposa de San Luis dió á luz una niña llamada Blanca, y donde el mismo rey recibió la noticia de la muerte de su madre. Lleno entonces de noble resignacion se echó de rodillas exclamando: «os doy gracias, Dios mio, de haberme prestado la compañía de mi madre en tanto que ha sido tal vuestra voluntad; bien es verdad que yo la amaba mas que á todas las criaturas de la tierra, como lo merecia; pero ya que la habeis llamado á vos, sea por ello bendecido vuestro nombre.»

Los inmensos trabajos de San Luis solo fueron destruidos en 1776 en cuya época, despues de un sitio de cuarenta y seis dias, fué tomada la plaza por Mahmoud y pasados á cuchillo todos sus habitantes.

En 1799 la grande mezquita de Jafa estaba llena de moribundos, porque la peste hacia horribles estragos en la ciudad. Un hombre pequeño, de rostro amarillo, conciso en sus palabras é imperioso, entra, habla á esos apestados y los toca..... No sanaron, pero murieron consolados. El cuadro del célebre pintor Gros ha inmortalizado este hecho presentándonos á Bonaparte entre los apestados de Jafa.

Hoy dia pertenece la ciudad al virrey de Egipto, pues su hijo Ibrahim Bajá se ha apoderado de ella por astucia á par que con actividad. Por la parte de tierra rodea á la ciudad una muralla que viene á dar al mar, poniéndola al abrigo de un golpe de mano.

En Jafa es en donde el viajero empieza á encontrar mugeres cubiertas hasta los pies con una especie de toca negra ó de un verde amarillento que apenas deja traslucir sus facciones. No es un espectáculo muy agradable para un europeo poco acostumbrado á tan extraño traje. Las botas amarillas que las sirven de calzado no hacen por cierto mas agradable su aspecto; pero apesar de esto saben llevar con bastante gracia una es-

pecie de manto de algodón blanco que las llega hasta los pies. Las mugeres pobres dan grima á cuantos las miran, pues se aplican sobre la nariz y la boca un mugriento lienzo, y no dejan á descubierto mas que sus ojos muchas veces enfermizos.

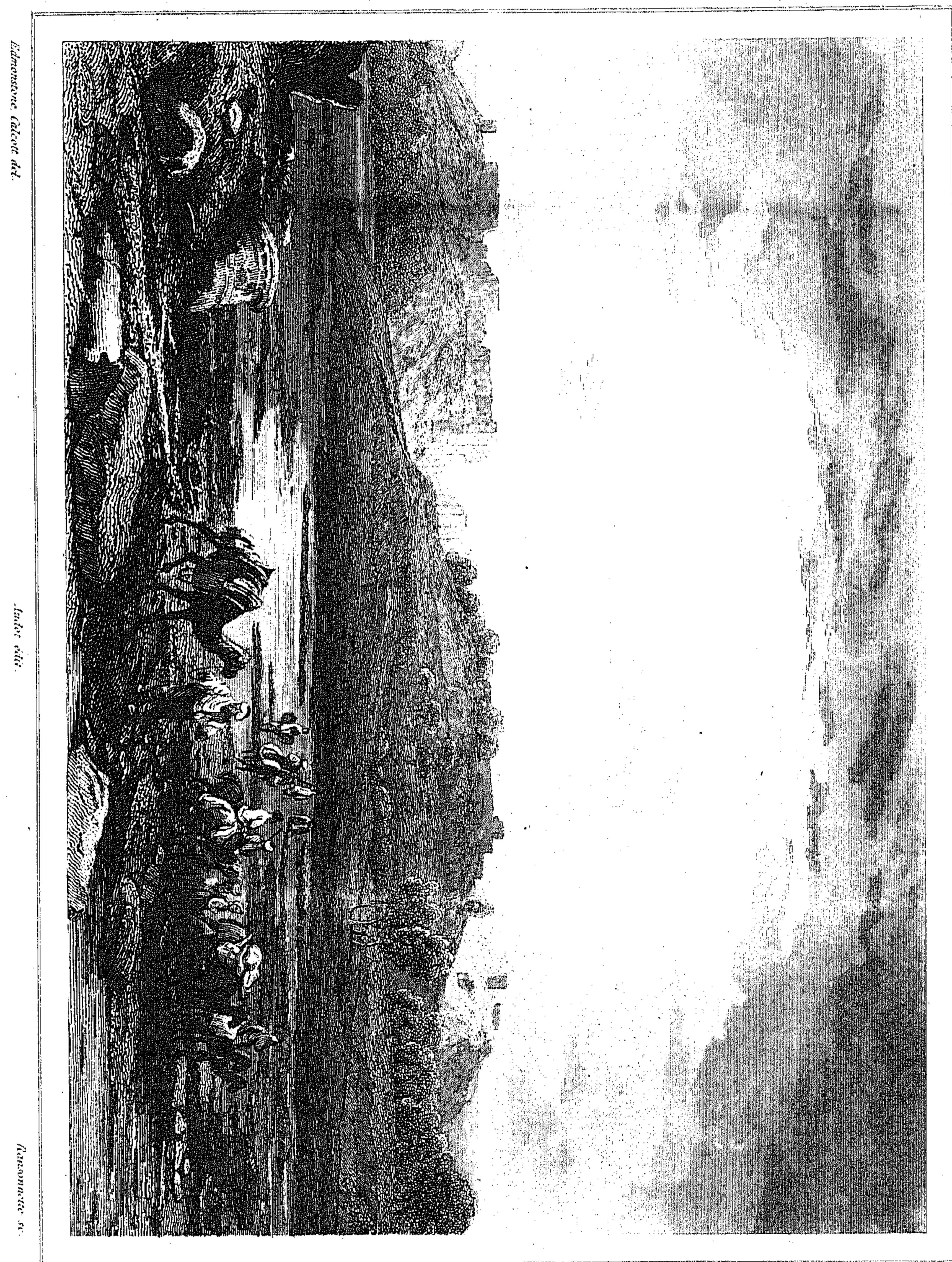
El convento de los padres de la Tierra Santa, acaba de ser reedificado en 1831 con materiales sacados de las ruinas de Cesaréa, cuyos edificios habia Herodes levantado con hermoso mármol, y que se encuentra distante veinte leguas. La Providencia ha querido que las piedras que sirvieron al rey de Judea para fundar una ciudad en honor de Augusto, hayan sido empleadas en la construccion de un templo dedicado á aquel niño cuyo nacimiento alarmó tanto al príncipe judío y cuya muerte se procuró por todos medios. Si bien que reedificado de nuevo el convento de Jafa á toda costa, se parece á los demas de la Tierra Santa, y ofrece el aspecto de una fortaleza, de un castillo del siglo diez. Compónese de piedras amontonadas, y no mas.

Pero almenos es un gran consuelo para el viajero cristiano el encontrar en la primera ciudad de la Palestina un asilo seguro de religiosos hospitalarios y bondadosos, siempre dispuestos apesar de su miseria á recibirle con un corazón *limpido é bianco*, así como lo es tambien el oír, despues de una larga travesia, los cánticos de la iglesia, y el asistir á unas ceremonias que enternecen, mientras que alrededor del Santuario resuenan los profanos pasos de una poblacion compuesta de turcos y de egipcios.

LAMINA 2ª

Ascalon.

Puede asimismo entrarse en la Judea por la pequeña ciudad de Ascalon conquistada en otro tiempo por Judas Macabeo, edificada á la orilla del mar, y no menos considerable en la época de los Judios que la famosa Gaza cuyas puertas se llevó Samson. Los peregrinos han abandonado la antigua ciudad de los Filisteos desde que no les ofrece mas que un conjunto de ruinas; pero esas ruinas son preciosas á los ojos del sabio, y en ellas se notan en nuestros dias altas columnas de granito enviadas del palacio de Herodes, llamado el Ascalonita, á quien debe la



ciudad los edificios que mas la adornaron. Admírase ademas un profundísimo algibe en el cual puede bajarse á caballo por medio de un camino abovedado. A cada paso se encuentran en esta abrasadora y arenosa comarca , como en casi todo el oriente , inmensos trabajos emprendidos , y las mas minuciosas precauciones tomadas por los conquistadores del pais para proveer de agua , tan rara como necesaria , á los hombres y á los animales.

En el siglo XII fué tomada Ascalon por Beduino IV ; este , lleno de confianza en la santa cruz que hacia llevar delante de sí , atacó y ahuyentó con solo cuatrocientos hombres á veinte y seis mil ginetes del ejército beduino : el instrumento de nuestra salvacion , segun expresion de los cronistas , parecia elevarse hasta el cielo y cubrir con su sombra todo el horizonte.

Al llegar los cruzados á Ascalon en 1192 , dice Michaud , no encontraron mas que piedras amontonadas , pues Saladino habia mandado destruir la poblacion despues de haberlo consultado con los Cadis. Con sus propias manos trabajó en el derribo de las torres y de las mezquitas , y no obstante , un autor árabe , deplorando semejante catástrofe , nos dice que el mismo sultán se sentó y lloró sobre las ruinas de la esposa de la Siria. El ejército reunido trató de reedificar la ciudad en una época en que todos los peregrinos estaban llenos de ardor y de zelo. Los nobles como los plebeyos , los individuos del clero como los legos ; los gefes como los soldados , trabajaban á una , pasándose de mano en mano las piedras y los escombros , mientras que Ricardo corazon de Leon , que mandaba en gefe , los animaba , ora trabajando con ellos , ora arregándoles , ora distribuyendo dinero á los pobres. Los cruzados , al modo como se nos representa á los Judios reconstruyendo el templo de Jerusalem , llevaban en una mano los instrumentos de albañileria y en la otra la espada. Tenian que estar alerta para rechazar las acometidas del enemigo , y aun algunos de ellos hacian frecuentes correrias en territorio de los sarracenos. En una de estas excursiones , Ricardo rescató con la espada mil doscientos prisioneros cristianos que ayudaron en sus trabajos á los cruzados. Pero no tardaron en oirse murmullos en el ejército , pues Leopoldo de Austria , acusado por el rey de Inglaterra de permanecer ocioso con sus alema-

nes respondió que no era carpintero ni albañil. Muchos caballeros á quienes ocupaba asimismo en llevar piedras , se indignaron al fin contra Ricardo , diciendo en alta voz que no habian pasado al Asia para reconstruir un miserable pueblo , sino para conquistar la ciudad Santa , y el duque de Borgoña abandonó repentinamente el ejército siguiéndole la mayor parte de los cruzados franceses. Para colmo de desgracias se renovaron las reyertas intestinas , que por tanto tiempo habian traído revueltos entre sí á los cruzados.

Siguiendo el camino de Jerusalem encontramos la ciudad de Ramla , la antigua Arimatia , casi sobre los confines de la florida llanura de Saron , en una posicion verdaderamente deliciosa. La ciudad está muy mal construida. Las casas edificadas con piedra parda parecen grandes cabañas , y las calles son horribles. Cuando llueve no pueden darse dos pasos sin caer con el lodo hasta las rodillas. Para llegar á la poblacion se pasa por un bosque de nopalos que tiene una estension inmensa.

La antigua torre de los cuarenta mártires está ocupada por sacerdotes turcos los cuales al son de una orquesta discordante ejecutan danzas circulares , estendiendo los brazos , y alzando los ojos al cielo , con tal rapidez que es imposible seguir sus movimientos. Junto á esos infelices frailes turcos que creen honrar á la divinidad con tan estraña danza , encontrareis á los padres del convento latino fundado por Felipe el Bueno , duque de Borgoña , el cual subsiste todavia.

Los peregrinos del occidente , que se dirigian á Jerusalem antes de las cruzadas , pasaban frecuentemente por Ramla , primera ciudad de la Palestina que cayó en poder de los cruzados. Al mirar las vastas y fértiles llanuras que se estenden por los alrededores , recuerda uno las varias batallas que en ella se han dado. Allí fué donde en tiempo de Beduino I , rey de Jerusalem , perecieron con las armas en la mano , un duque de Borgoña y un conde de Blois , pudiendo apenas escapar como por milagro el mismo Beduino. El ejército de Ricardo , despues de la batalla de Arsur , acampó dos veces en las llanuras de Ramla ; de este punto es de donde partia el rey de Inglaterra , ya para ir á sorprender las carabanas

enemigas por el camino de Damasco, ya tambien para hacer algunas excursiones en las montañas de la Judea. Las tiendas de los cruzados franceses é ingleses cubrian todo el pais: ¡cuantas bendiciones, cuantos cánticos de alegría resonaron en los campos de los alrededores cuando á esta nacion ambulante se la hablaba de Jerusalem! Pero, cuantos gritos de desesperacion, cuantas quejas amargas y cuantas blasfemias, cuando el rigor de la estacion, la discordia de los gefes y los preparativos de Saladino impedian á los cruzados continuar su marcha hácia la Ciudad Santa y les obligaban á acampar sobre las ruinas de Ascalon ó dentro las murallas de Jafa!

Ramla, si bien que situada en medio de un pais fértil, parece pobre y miserable. La poblacion es de tres mil almas, la tercera parte compuesta de viageros y armenios, con muy pocas familias católicas y cortísimo número de judios. Divisanse todavia los restos de algunos sepulcros de cruzados. Cuando pasó el ejército francés por Siria, el convento Latino albergó el estado mayor de Bonaparte, y la iglesia de Ramla sirvió de hospital para los heridos. Varios soldados muertos en él fueron sepultados entre los antiguos sepulcros de los caballeros de la cruz.

La llanura de Sarons alabada en la Escritura, y que debe atravesarse para ir á Jerusalem, es celebrada por sus flores. Con razon ha dicho un gran poeta: «Bien asi como se escoge una rosa de entre las guirnaldas de Sarons.»

Cuando el padre Neret pasó por ella en Abril de 1813, estaba cubierta de tulipanes. «La variedad de sus colores, dice, forma un deliciosísimo cuadro». Las flores que tapizan en la primavera esa célebre campiña, son rosas blancas y coloradas, el narciso, la anémona, los lirios blancos y amarillos, alelís, y una especie de siempreviva muy olorosa.

Al ver los muchos rebaños de toda especie que cubren la llanura, recuerda uno la vida pastoral de Abraham, de Loth y de Jacob. En esta llanura fué donde Samson quemó los trigos de los Filisteos, atando en las colas de las zorras pe-

queños manojos de paja inflamada: la multitud de esos animales en la comarca esplica bien semejante astucia de guerra.

Después de haber dejado atrás los pueblos de Amoot, de Latroum y de Derion, donde los árabes exigen un tributo, se entra en un estrecho valle llamado Ouad-Ali, sembrado de precipicios y de rocas estériles. Las montañas que se levantan á derecha é izquierda son desiertos de un aspecto salvaje. Las cumbres y las vertientes están cubiertas de arbustos y verdosas plantas, mas no se descubren fuentes ni cascadas. Allí es donde los árabes se emboscan frecuentemente en cavernas esperando las carabanas sedientos de pillage. Lo mas que puede uno esperar en semejante pais es no encontrar á nadie; en muchos puntos el camino es casi intransitable; la senda que se sigue la han abierto los torrentes que arrastran continuamente enormes piedras y arena, abriendo anchísimas grietas. El aspecto de esos caminos y montañas que los rodean entristece á los viageros recordándoles la profecía que ciertamente se ha realizado: «el mismo extranjero que vendrá de lejos quedará asombrado á vista de la miseria del pais».

Cuando se atraviesa el valle de Alí, cercado de viñedos y plantios de higueras, detiéndose uno en el pueblo de S. Jeremias para visitar su fuente y su antigua iglesia construida en tiempo de los cruzados; éntrase entonces en el valle del Therebinto y de la Encina que es uno de los mas risueños de la Judea.

En este sitio, que solo dista de Jerusalem una legua, empieza el pais á parecer menos inculto; los viñedos y las higueras, esos antiguos árboles de la Judea, cubren á uno y otro lado las vertientes de las colinas. En muchos parages se vén bosques de olivos cuyo pálido verde contrasta con el color vivo de las mesetas y del valle. Después de haber subido y bajado por algun tiempo, por último la ciudad Santa, El Kods, tan ardientemente deseada, se presenta á la vista detrás de la última montaña; póstranse de rodillas los peregrinos, y ponen á las nubes mil gritos de alegría.

CAPITULO II.

Habitantes de Jerusalem. — Peregrinaciones actuales á Jerusalem. — Monte Olivete. — Jerusalem vista de lo alto de esta montaña. — Murallas de Jerusalem.

ANTES de echar una rápida ojeada sobre Jerusalem, de describir sus casas particulares y sus edificios públicos sagrados ó profanos, de contar las colinas sobre las cuales se han elevado sus edificios y de dar la vuelta á las altas murallas que la cercan, nos parece á propósito conocer el pueblo que habita hoy día una ciudad célebre desde tantos siglos, y como su principal gloria y su única riqueza consiste en recibir mas que otra ciudad ninguna una multitud de peregrinos que llegan á ella de todos los pueblos del orbe para prosternarse y orar ante el sepulcro del único Dios verdadero: creemos deber dar al lector una nocion rápida y verdadera acerca los piadosos viageros que Jerusalem recibe dentro sus murallas. Copiamos esos dos articulos muy curiosos del amable y religioso literato á quien debemos la historia de las Cruzadas.

Habitantes de Jerusalem.

La poblacion de Jerusalem se compone de musulmanes, de griegos, armenios, de católicos, de coftos y de abisinios; la industria y el comercio ofrecen poco recurso á la ciudad; las rocas y las montañas que la rodean no conocieron jamas las mieses. Cada uno vive de su creencia. No tiene el oriente secta ni tribu que no envíe limosnas á Jerusalem; los peregrinos armenios y griegos llevan allí considerables sumas, de manera que los dones y las ofrendas de la devocion sostienen á la vez la poblacion cristiana y la judia: los musulmanes se aprovechan de todos esos tesoros enviados por la piedad, de manera que cada secta vive de la fé que profesa, y

(a) Michaud, cuya reciente muerte arranca todavia lagrimas de nuestros ojos (N. del E.)

puede decirse que los incrédulos viven y se enriquecen á costa de la fé de todos.

Para estudiar la fisonomía de Jerusalem, fuerza será observar cada pueblo en particular. Los Hebreos de la Ciudad Santa habitan el cuartel mas sucio situado cerca de la puerta Esterquilina, ó sea de las *inmundicias*, llamada hoy día puerta de los Mangrabines; separados de las demas sectas, y aun ellos mismos divididos en dos facciones enemigas, tristemente reunidos en sus Sinagogas, y vueltos los ojos al valle de Josafat, comen su pan en la afliccion y beben su agua con espanto. Al verles en sus reducidas y sucias moradas, conócese que no han venido á Jerusalem para vivir dichosos, y ni para vivir siquiera, sino solo para poder descansar en el fúnebre valle esperando la época del juicio final. Llegan á Jerusalem judios de todas las comarcas de la tierra, y ninguno sale: la mayor parte son ancianos cuya existencia ha perdonado el tiempo, y que no piensan ya en las cosas de la vida. Jerusalem cuenta muchos judios que pasan de los ciento y de los ciento veinte años.

Los armenios y los griegos son en Jerusalem lo que en todas partes. Apesar de que ambos pueblos conocen el comercio en todos sus ramos, no podrian sostenerse en la ciudad Santa sino les socorriese la devocion de los peregrinos. El cuartel de los armenios situado sobre el monte Sion, es el mas hermoso de Jerusalem. Esta nacion que no tiene territorio ni hogar doméstico y que vive errante y dispersa como los hijos de Israel, do quiera da muestras de su poder y de su crédito, y parece prosperar cada dia mas en medio de las ruinas y miserias del Oriente. Siguiendo el camino de Jerusalem no se encuentran mas que carabanas de armenios que acuden de todas partes del imperio otomano y aun de la

Persia, llevando consigo sus riquezas.

Los griegos habitan alrededor de la iglesia del Santo Sepulcro lo que es para ellos un consuelo cuando piensan en las calamidades de su patria. Perseguidos en todas las comarcas musulmanas, no enviaban á Jerusalem ninguna ofrenda, y sus peregrinos habian olvidado el camino de Sion. Solo en 1831, protegidos por el pabellon ruso, fué cuando visitaron de nuevo la Tierra Santa. Hoy dia llegan en gran número del Asia menor, de las dos orillas del Helesponto, y aun de Stamboul: han conservado su antiguo carácter, y si algun asomo de alegría reina en la triste Jerusalem, será preciso buscarle entre los griegos, pues si bien son mas supersticiosos que las demas sectas, cuentan sin embargo hombres instruidos entre los individuos de su alto clero.

En medio de este concurso de opuestas y rivales creencias, hay una que domina todas las demas, y es por cierto la mas zelosa é intolerante: los musulmanes se dan en todo un aire de amos. La poblacion musulmana es turbulenta é inquieta, y no puede sufrir yugo para sí ni libertad para los demas. Cada uno de esos incrédulos tiene derecho para ultrajar en la calle y aun en sus casas á los cristianos y á los judios sin que estos puedan quejarse ni obtener reparacion. Y lo mas singular es que esos musulmanes oran juntos con los cristianos y con los judios, venerando mucho los lugares sagrados: encuéntranse en la Biblia y en el Evangelio algunos nombres respetados por los hijos del mahometismo. Todas esas poblaciones enemigas son regidas por un Mutzelin, un Cadi, un Sub-cadi, encargados de la policia, y un Mufti encargado de las mezquitas y de la observancia de los preceptos religiosos: todos van á una tratándose de sacar dinero de los sectarios de las distintas religiones. La ciudad obedece al bajá de San Juan de Acre.

Peregrinaciones actuales á Jerusalem.

San Agustin, San Gregorio de Nicea y San Gerónimo sientan su opinion contraria á las peregrinaciones, conceptuando que hay peligro en viajar singularmente para las mugeres, y que las puertas del cielo igualmente se abren en cualquier villorrio distante que en la Ciudad

Santa: pero apesar de esto continuan las peregrinaciones á Jerusalem.

Los peregrinos llegan por los meses de Enero y de Febrero, y á lo mas tarde en los primeros dias de Marzo, para volverse despues de la celebracion de la Pascua. Llegan tambien peregrinos de todas las naciones del oriente á bandadas: sus carabanas, á manera de ciertas aves pasajeras, obedecen á un gefe, se adelantan con sus provisiones y utensilios de cocina, y son familias enteras seguidas de su aparato doméstico, que cuentan por nada las fatigas de un viage de centenares de leguas, que caminan desde el amanecer hasta la noche, ora llueva, ora caigan sobre ellos los rayos de un sol abrasador, que pasan la noche al aire libre, y que se alimentan con lo que encuentran cuando se les han agotado los víveres. Y no son únicamente hombres robustos los que se imponen tantas privaciones y fatigas, si que tambien débiles ancianos que no quieren cerrar los ojos antes de haber visto la ciudad Santa, mugeres y niñas destinadas á una vida mas tranquila y apacible, niños que apenas salen de la cuna, que vienen á acostumbrarse á los dolores de la existencia en los caminos de la ciudad donde Dios sufrió y murió. Si bien que la piadosa comitiva no se aventura sin armas, cae no pocas veces en poder de los rapaces Beduinos: y entonces, cuantas lágrimas no se derraman! porque se necesita oro, mucho oro para llevar á cabo la peregrinacion. Apesar de esto se trabaja incesantemente por espacio de diez y de veinte años solo para efectuar el viage. Frecuentemente se ha visto á muchas familias cristianas agotar en Jerusalem el fruto del trabajo de una existencia entera.

Cuando llegan al pie de las murallas de Jerusalem tienen que esperar á los rezagados para poder entrar juntos en la ciudad; y en el entretanto uno de los guardas de la puerta de Belen, por la cual se efectua comunmente la entrada, va á dar parte al gobernador y á pedir permiso para dejarles entrar. El permiso se paga con dinero: todas las naciones excepto los turcos y los francos pagan unos cuatro maravedises por cabeza, así al entrar en la ciudad como al salir de ella: cada sectario se dirige á su convento acompañado de uno de los superiores del mismo. Durante dos dias encuentran en él cama y mesa, pero al tercero se llama individualmente á cada

peregrino, se inscribe su nombre y el de su patria y se le pide una cantidad proporcionada á su fortuna; unos dan mil quinientas piastras, otros solo mil, y algunos unicamente seiscientos: en seguida se les busca habitacion para todo el tiempo que deben permanecer en la ciudad, cuyo coste corre á cargo de ellos mismos. Además, se les obliga á dar una suma por cada lugar Santo que quieren visitar, acompañándoles en estos actos un sacerdote de su religion. Un peregrino no puede entrar en la iglesia del Santo Sepulcro sin un pase que entrega la autoridad musulmana y no ciertamente gratis. Los ecónomos de los conventos acostumbran dar un certificado de peregrinacion á los que le reclaman.

Aspecto general de Jerusalem.

Todos los viajeros y todos los escritores, exceptuando solo á Lamartine cuya imaginacion es tan poética y cuyo corazon tan indulgente, de manera que siempre el hombre y la naturaleza se le presentan bajo el mas hermoso aspecto, están acordes en llamar á Jerusalem lugar de desolacion. Piedras, arena, cenizas, y algunos arbustos espinosos; he aqui lo que los antiguos y modernos han visto en ella.

Las calles de Jerusalem son regulares, rectas, bien empedradas, algunas veces con andenes, pero tristes, estrechas, y casi todas ofrecen un plano inclinado. Las casas por lo regular son de dos ó tres pisos, con muy pocas ventanas; tienen muy bajas las puertas, unidas las fachadas, y están construidas simplemente con piedras sin el menor ornato, de manera que cuando recorre uno las calles cree internarse en los corredores ó galerias de una carcel inmensa; en una palabra, se reconoce ser cierta la pintura que de la Ciudad Santa nos ha dejado Jeremias. Qué contraste con las calles de la Meca tan bien adornadas y tan alegres! pero la reina de las naciones es hoy dia una viuda como dice la Escritura.

Al propio tiempo fuerza es conocer como esta ciudad lleva un carácter de desolacion enteramente peculiar que en vano se buscaria en la soledad de las demas ciudades arruinadas.

Jerusalem es triste, dice Chateaubriand, pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los profetas; la soledad de Sion, cubierta de luto, tiene algo

que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la cuna, con nuestras reflexiones de la edad madura y con nuestros pensamientos de la tumba: no puede darse un paso sobre ese suelo sagrado sin que uno sienta latir su corazon. Los crímenes y las calamidades de los pueblos que se mezclan con las imágenes de la misericordia y de la salvacion; una muchedumbre arrastrada por el furor, el justo condenado, la traicion que se castiga á si misma, el arrepentimiento, la compasion, la adhesion mas firme, la flaqueza humana al lado de las virtudes mas sublimes; el infierno devorando su presa, un Dios resucitado que sube al cielo, y la esperanza que de él descende: hé aquí lo que se encuentra en medio de las ruinas de Jerusalem; vemos nuestros destinos sobre la tierra, los bienes y los males de la humanidad, y nos parece que estamos recorriendo todos los senderos de la existencia. En estos sitios en que un Dios murió con nuestra vida y murió de nuestra muerte; todo parece explicar la humana condicion. Por esto sentimos tanto abandonar la Ciudad Santa, en cierto modo como si abandonásemos la existencia, que, apesar de decirse sepultada en un valle de lágrimas, halla atractivos en el mismo dolor.

Al hablar Michaud de la primavera en Jerusalem, dice: en esta ciudad, como en nuestra primavera de Europa, no se ven bosques floridos, prados y riachuelos que murmuran en medio de la verde yerba, no se oye á los ruiseñores entonar el armonioso himno de la aurora de año: solo algunas tórtolas suspiran sobre las palmeras de la casa de Caifás y sobre los altos árboles cercanos á la puerta de Sion... La primavera de Jerusalem no tiene nada de alegre.

Veamos ahora como el tierno Lamartine nos describe en Octubre la Ciudad Santa:

A la izquierda de nuestro horizonte, viniendo del desierto de San Juan Bautista, á una legua de distancia, brillaba el sol sobre una torre cuadrada, un alto miuarate y las amarillas paredes de algunos edificios que coronan la cumbre de una pequeña colina. Detrás asomaba una ciudad formando declive á lo largo de ambos lados de la colina; por precision debia ser Jerusalem. Nos creíamos mas distantes de la ciudad, y todos nosotros sin atrevernos á preguntar nada al guia temiendo ver destruida nuestra ilusion, goza-

bamos en silencio de esta vista cuando todo alrededor nos estaba hablando de Jerusalen. Efectivamente, era ella que se elevaba entre un amarillo sombrío sobre el fondo azul del firmamento y el fondo negro del monte Olivete. Paramos nuestros caballos para contemplarla en esta misteriosa aparición. Un paso mas que diésemos bajando á los profundos y sombríos valles que veíamos á nuestros pies, nos la haría sin duda perder de vista.

El aspecto general de los alrededores de Jerusalen, puede describirse en pocas palabras: montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin terror, sin grandiosidad; algunos pedruscos pardos; y de trecho en trecho, alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan debil sombra sobre los flancos escarpados de la colina; las murallas y las torres pardas de las fortificaciones de la ciudad apareciendo á lo lejos sobre la cumbre de Sion: tal es el aspecto que ofrece la tierra. El cielo se presenta puro y profundo sin que jamas por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia, vése una especie de abismo que descende de entre montañas negras y abre paso á las miradas hasta descubrir el mar muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo del viento murmurando entre las almenas ó las secas ramas de los olivos; ningun pájaro que haga oír sus trinos en los caminos ni en los campos.... tal es Jerusalen.

Apesar del brillante colorido derramado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la religion, y apesar de que haya dorado con los rayos del sol esas montañas y campos estériles para darles alguna dignidad, el silencio y la soledad de la poblacion, esas altas murallas desiertas, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos árboles que vegetan á duras penas, todo presenta un conjunto melancólico, pero al mismo tiempo se reconoce que nada es mas propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

Pero cuando uno está en lo interior, dice otro viajero sexagenario, esa apariencia de grandiosidad que á lo lejos se nos ofrece, esa ilusion que produce por un momento el imponente aspecto de las cúpulas, de las mezquitas y de los minaretes que dominan los restantes

edificios, todo se desvanece, y Jerusalen no parece mas de lo que es en realidad, una ciudad de escombros y de ruinas. Sus casas cuadradas, por lo regular pequeñas, bajas y sin ventanas por la parte interior, cubiertas de un techo llano á manera de azotea, encima del cual se eleva alguna vez una pequeña rotunda, se parecen, mas que á una habitacion, á un conjunto de piedras amontonadas para construirla, y hacen en verdad el mas triste efecto.

LAMINA 3ª.

Jerusalen vista desde el monte Olivete.

Cualquiera que sea la opinion de los hombres mas ilustres de nuestra época respecto á la principal poblacion de la Judea, todos convienen en que para juzgar de su conjunto es necesario sentarse en la cumbre del monte Olivete que la domina.

En todos tiempos ha sido el monte Olivete un objeto que ha herido vivamente la imaginacion de los cristianos; en los primeros siglos de la iglesia se descubrian en la montaña fuegos milagrosos, y los peregrinos de los siglos nueve y diez creían ver renovarse la escena gloriosa de la Asencion del Salvador. Algunos, al llegar á la cumbre de la montaña, se postraban de rodillas, estendian los brazos en forma de cruz, y derramando lágrimas pedían al cielo que les librase de la cárcel del cuerpo en el mismo sitio desde el cual Jesus se elevó al cielo. El cronista Clabér habla de un peregrino de Autun, á quien Dios llamó á la morada de los elegidos el mismo dia en que habia orado sobre el monte Olivete. Allí es donde se detuvo la procesion de los Cruzados antes del último asalto de Jerusalen, y por cierto que el aspecto de la Ciudad Santa debió inflamar el entusiasmo heroico de los compañeros de Godofredo, mas aun que los discursos de los clérigos y de los obispos. Jerusalen conserva el monte Olivete como una última gloria, como una diadema radiante que corona todavia á la hija de Sion.

A cada paso que se dá trepando por él va descubriéndose un nuevo cuartel ó un nuevo edificio de Jerusalen, de manera que sin exageracion se podrian ir contando todas las casas. Mas allá de las dos mezquitas y del sitio de

donde se elevó el templo, estiéndose toda la ciudad Santa sin que perdamos de ella un techo, ni una piedra, como si fuese el plan de una ciudad en relieve que un artista nos presentase sobre una mesa. Esta ciudad, añade Lamartine, no es, como nos la han querido figurar, un conjunto informe y confuso de ruinas y de cenizas, sobre las cuales se hayan echado algunas cabañas árabes, ó plantado algunas tiendas de beduinos; no son como Atenas un caos de polvo y de murallas derrocadas, donde en vano busca el viajero la sombra de los edificios, el pavimento de las calles y el aspecto de una poblacion: es una ciudad brillante, que presenta noblemente todavia sus murallas intactas y dentelladas, su mezquita azul con sus columnatas blancas, y sus millares de cúpulas resplandecientes sobre las cuales refleja la luz del sol de otoño; por fin, en medio de ese Océano de casas y de esa nube de pequeñas cúpulas que las cubren, levántase otra cúpula negra mas ancha que las demas, dominada á su vez por otra blanca: es el Santo Sepulcro y el Calvario, confundidos ambos y como nadando en el inmenso laberinto de edificios y de casas que los rodean. Tal es la ciudad vista de lo alto de aquella montaña, apareciendo como si fuese la Jerusalen nueva que renace brillante del seno del desierto. Es el mas magnífico panorama que pueda presentarse de una ciudad que ya no existe, pero que parece existir como si estuviera llena de vida y de juventud; y sin embargo, si se la mira atentamente se conoce que todo ello no es en realidad mas que una bella vision de la ciudad de David y de Salomon. Ningun ruido sale de sus plazas y de sus calles; ningun camino conduce á sus puertas del oriente y del occidente, del mediodia y del septentrion; solo algunas sendas serpentean al azar por entre las rocas, descubriéndose algunos árabes casi desnudos, algunos habitantes de Damasco que conducen sus camellos, ó algunas mugeres de Belen ó de Jericó que traen consigo una cesta llena de ubas de Engaddi, que van á vender por la mañana á las puertas de la ciudad. A la izquierda del templo y de las murallas de Jerusalen, forma la colina un declive, se estiende con suave vertiente, y á unos cien pasos de la ciudad, nos presenta una mezquita y un grupo de edificios turcos. Es la montaña de Sion! es el palacio y la tumba

de David!

Cuando el espectador está colocado sobre el monte Olivete si entra en consideraciones puramente religiosas no puede menos de recordar con terror que aquel es el sitio donde Jesucristo, sentado á vista del templo, habló á sus discípulos de las espantosas señales que debían preceder á la destruccion de este edificio sagrado; donde echó los ojos sobre esa ciudad desgraciada y lloró por las calamidades que la amenazaban: seguramente que no podia elegirse sitio mas imponente para lanzar contra Jerusalen el anatema.

LAMINA 4ª.

Murallas de Jerusalen.

Después de haber mirado á vista de pájaro el interior de una ciudad que á ninguna otra se parece bajo el aspecto político y religioso, no será inútil y sin interés ver el conjunto que presentan las murallas que la rodean. No vamos á juzgar de una plaza fuerte (a): solo nos toca ver una especie de campo fortificado desde muchos siglos, en medio de una llanura estéril; una barrera opuesta á la rapacidad de los Arabes del desierto; sobre todo es curiosísimo pensar que á corta diferencia tenemos delante la misma línea de murallas que bajo formas diversas, con principios de diferente arquitectura, y en épocas bien distantes, ha visto tantos enemigos, recibido tantos ataques, y que apesar del transcurso del tiempo guarda todavia tesoros

(a) Cuando se preguntó á Bonaparte si su ejército marcharía sobre Jerusalen, respondió que esta ciudad no entraba en su línea de operaciones. Acaso el general francés, en medio de las profundas meditaciones que reclamaba una guerra difícil emprendida por el Directorio para alejar al enemigo que debía derribarle, no supo preveer las inmensas consecuencias que podia tener su memorable expedicion de Egipto. Mas tarde, cuando la experiencia y los triunfos habian elevado aun su genio, no hubiera desdeñado el honor de arrojar á los turcos de la Ciudad Santa, de enlazar su nombre con el de Constantino, y de llamarse sucesor de los intrépidos franceses que á la cabeza de los cruzados conquistaron el Santo Sepulcro. Ninguna gloria podia dejar de convenir al hombre mas extraordinario que han producido los siglos.

inestimables á los ojos de los cristianos. Los turcos conservan regularmente esas fortificaciones para llamarse dueños de Jerusalem, recoger algunos miserables tributos y vendimiar á los que van á visitar sus ruinas.

El recinto actual de Jerusalem que comprende el espacio de una legua, es casi cuadrado. Pero las murallas no ofrecen una línea perfectamente recta mas que por la parte de Oriente, pues sus demas fachadas son irregulares. Su altura es de unos ciento veinte pies sobre treinta de ancho, con torres cuadradas de trecho en trecho, y siete puertas principales. La de la *Bien-Amada* conduce á Belen; las demas llevan el nombre del *Profeta David*, la *Puerta Dorada*, hoy día amurallada, la de la *Santa Virgen*, la de la *Aurora*, la de *Damasco*, y la de los *Berberiscos*; Al occidente se descubre un castillo con algunas torres rodeadas de un foso ó por mejor decir de una profunda zanja donde de distancia en distancia se descubren las piedras que sostuvieron la antigua morada de Herodes: lleva el nombre de castillo de los Pisanos. Es sabido que estos se distinguieron mucho en la época de las Cruzadas. Hoy día sirve de cuartel para el Agá y sus tropas. Al norte se prolonga la muralla hasta el valle de Josafat.

Recordando los diez y ocho sitios y saqueos que ha sufrido Jerusalem, puede uno formarse idea de la frecuente reconstrucción de sus fortificaciones, ya mas ó menos elevadas, y grandiosas, ya mas ó menos sólidas y sobre un plan mas ó menos vasto. Pero la destrucción mas completa de las murallas de una ciudad que habia condenado á muerte á los profetas y desconocido al Mesias, tuvo lugar el año setenta de la era cristiana, reinando Vespasiano. Desplomáronse sus triples líneas de fortificación en el espacio de cinco meses que duró el sitio, y abrieron paso al vencedor sobre montones de cadáveres y demoribundos. Las llamas incendiaron lo que las máquinas de guerra habian dejado en pié, y el arado pasó sobre los cimientos del templo. Entonces se cumplieron las profecias: «te estrecharán tus enemigos, te destruirán á tí y á tus hijos y no dejarán piedra sobre piedra porque has desconocido á tu Dios:» prediccion que llevaba la fecha de seiscientos años antes de su espantoso cumplimiento.

Las murallas actuales á las cuales ha dado

Chateaubriand tres vueltas á pie como Jonás alrededor de Ninive, presentan cuatro lados á los cuatro vientos, y forman un cuadrilongo cuyo principal lienzo corre de Oriente á Occidente. Danville prueba con medidas y posiciones locales que la antigua ciudad de los judios no podia ser mucho mas grande que la moderna, pues ocupaba el mismo sitio, con la sola diferencia de que comprendia toda la montaña de Sion y dejaba en los afueras el Calvario. Las murallas que existen hoy día son obra de Soliman, por los años de 1534, como lo prueban las inscripciones turcas que se descubren en ellas. Se ha dicho que la idea de Soliman era de comprender la montaña de Sion dentro del círculo de Jerusalem, y que condenó á muerte al arquitecto por no haber ejecutado sus órdenes. Pero nada prueba esta barbarie, pues la ciudad está casi dominada por todas partes, de manera que para poder resistir á un ejército regular seria preciso construir muchas obras al Oeste y al Norte, asi como una ciudadela sobre el monte Olivete.

En su conjunto, ese incompleto estado de las fortificaciones de la Ciudad Santa, es lo que la acarrea males sin cuento, pues todos los años unas tropas atrevidas escitadas con el cebo de tesoros que creen considerables y que no lo son en realidad, y animadas del orgullo de reinar sobre escombros y piedras cuyo nombre resuena todavia por la tierra, y que son visitados con respeto por todos los pueblos, pueden impunemente hacer tentativas contra ella.

Pero al pie de esas murallas almenadas, y de esas hendidas torres y puertas tan mal guardadas, el filósofo cristiano sentado sobre una roca, á la sombra de una palmera que todavía no ha sido destruida por los árabes ó los turcos, remontándose en pensamiento hácia los siglos primitivos, se pone á leer la Biblia con fé viva y con un interés que jamas pudieron escitar tan vivamente las revoluciones experimentadas por los demas pueblos. Entonces las lamentaciones de Jeremias recuerdan los males sufridos por Jerusalem cuando el poderoso rey de Babilonia, Nabucodonosor, en medio de una imponente comitiva de príncipes, vino á sentarse sobre sus murallas y á ahuyentar al rey Sedecias. Qué poesía la de las predicciones siniestras del profeta! Qué grandes imágenes las de su estilo enigmático y figurado!

Y todas esas predicciones se cumplieron como se cumplió el anatema lanzado por Jesucristo contra la ciudad deicida.

Qué ciudad fortificada de Europa ha sido tratada nunca como la ciudad de los Judios! Y sobre todo qué poblacion ha inspirado pinturas tan sublimes y tan lúgubres! Homero y Virgilio han descrito con genio y viva fantasia las murallas de Troya y sus imaginarias desgracias. Pero en los tiempos modernos otros hombres

inspirados nos han hecho derramar lágrimas poniéndonos á la vista males reales y calamidades verdaderas; pero Josefo nos hace estremecer al referirnos el sitio emprendido por los romanos: pero el Taso es fiel en sus mas brillantes pinturas cuando canta las hazañas de los cruzados, y nos los presenta subiendo á la brecha y plantando el estandarte sagrado sobre las montañas de Sion.

CAPITULO III.

Gobernador de Jerusalem. — Autoridad despótica del Bajá de Damasco y de sus delegados. — Condicion desgraciada de los padres de la Tierra Santa. — Templo de Salomon; su magnificencia. — Mezquita de Omar — Vista interior de este monumento donde solo pueden entrar los mahometanos.

DESPUES de haber entrado en Jerusalem es preciso saber á quien obedece el viagero y lo que practica.

De tiempo en tiempo ha tenido Jerusalem gobernadores propios con el título de Bajás; pero mas comunmente es como hoy día una dependencia de Damasco de donde se envia un delegado, llamado Motsallam. Este paga un arrendamiento cuyo producto saca de los tributos ordinarios, de las aduanas, y sobre todo de las contribuciones que pagan las varias sectas cristianas para la posesion de los Santos Lugares.

No hay nada mas caprichoso, bárbaro y tiránico que la dominacion de esos gobernadores. Si se repara clandestinamente una iglesia; si una procesion se ha dirigido mas lejos de lo acostumbrado, si ha entrado un peregrino por otra puerta que la que le estaba destinada, todo se delata al gobernador, y de todo se saca dinero. Esto aumenta las rentas del Motsallam á una suma considerable; cada peregrino debe pagar al gobernador una entrada de diez piastras, y ademas un derecho de escolta para el viage del Jordan, sin contar las multas á que dan lugar las imprudencias de los estrangeros. Cada convento paga un derecho de procesion y otro por cada reparacion que deba hacerse en él, esto dando de barato todos los regalos que se hacen cuando se nombra nuevo superior, asi como para obte-

ner bagatelas secretas que se solicitan. En una palabra, el Motsallam cobra derecho hasta sobre los reliquiarios que salen de Jerusalem, las pequeñas cruces, los *agnus Dei* y los escapularios, de cuyas cosas se envian unas trescientas cajas al año.

LAMINA 5ª

Una calle de Jerusalem.

El tiranuelo de Jerusalem, moraba en el antiguo palacio de Pilatos que se descubre en el fondo de esta lámina, y ejercia todavia su poder despótico cuando el autor del Itinerario de Paris á Jerusalem permaneció allí algunos días.

«La ciudad, dice, está encargada á un gobernador casi independiente, y puede hacer todo el mal que quiera con tal que dé parte de sus despojos al Bajá. Es sabido que en Turquía todo superior tiene derecho de delegar sus poderes á un inferior, poderes que se estienden siempre sobre la propiedad y la vida. A favor del oro un genízaro se convierte en un Agá que puede matar ó permitir que rescateis vuestra cabeza. Los verdugos se multiplican en todos los pueblos de la Judea. Se creará tal vez que el Bajá, recorriendo los límites de su jurisdiccion, habrá de poner remedio á esos males vengando á los

pueblos: en tanto no es así, en cuanto el mismo Bajá es la plaga peor que puede caer sobre los habitantes de Jerusalem. Témesese su llegada como la de un gefe enemigo. Ciérranse las tiendas, ocúltanse los habitantes en los subterráneos y fingen estar moribundos sobre una estera, ó bien huyen á la montaña. Despues de haber vendimiado á los habitantes, retírase el Bajá llevándose consigo los soldados. El gobernador queda solo con una docena de esbirros que no son suficientes para la policia interior y mucho menos para la que reclama el pais. Algunas veces se vé obligado á ocultarse en su casa por temor de las bandas de foragidos que pasan al pie de las murallas y amenazan saquear la ciudad.»

Es sabido como Chateaubriand castigó á latigazos la insolencia de un miserable agente del comandante; pero no todos los viageros saldrian tan facilmente del apuro. He aquí á que dueños está entregada una ciudad cuya libertad deberian garantir los gobiernos de Europa á fin de que todo cristiano pudiese vivir seguro en ella y adorar con paz al Dios que murió en el Calvario.

El árabe que en Jericó toma el título de gobernador no es por cierto mas respetable que el de Jerusalem. Si los sabios, si los militares y los artistas que recorren momentaneamente la Siria no están al abrigo de los malos tratos y de las vejaciones de parte de los depositarios del poder, júzguese del destino de los pobres religiosos cuyo trage y cuya adhesion á una religion proscrita y odiada les convierte en blanco del odio y persecucion de los turcos. «Las injusticias inauditas, escribian en 1805 los padres de la Tierra Santa al embajador francés en Constantinopla, y los impuestos arbitrarios de los bajás, de los gobernadores y de sus empleados subalternos, nos han puesto en tal situacion que no pudiendo ya subsistir nos veremos dentro poco obligados á abandonar la Tierra Santa si no se encuentra medio de poder impedir á los turcos que continuen exigiéndonos cuantiosas sumas con amenazas, con insultos y aun con palos.»

Geramb despues de haber transcrito la carta de los infelices padres, habla de los males sufridos por los mismos en 1826, durante la lucha sostenida entre el bajá de San Juan de Acre y el de Damasco. Habiendo sido sitiada la ciudad, sufrieron los religiosos todo linage de ultrages;

no solo tuvieron que alimentar á los católicos refugiados en su convento, si que tambien tuvieron que pagar sumas enormes, de manera que les fué preciso empeñar los vasos sagrados.

LAMINA 6ª

Mezquita de Omar edificada sobre los cimientos del templo de Salomon.

Con todo esto, cuando uno á favor del oro ó de poderosas recomendaciones, que no siempre bastan, se ha puesto á cubierto de las vejaciones del comandante de la plaza, se ha buscado habitacion, buena ó mala, si empieza á recorrer los monumentos de esa ciudad veinte veces sitiada y otras tantas conquistada por vencedores de ciertas creencias, el primer objeto que llama su atencion es la mezquita de Omar construida en 638, en el mismo sitio donde Salomon habia elevado en honor del verdadero Dios ese templo, maravilla del mundo, al cual dirigian con fervor todos los judios sus ojos humedecidos de llanto, como hoy dia los turcos, orando al falso profeta, dirigen sus miradas hácia la Meca.

Y como lo pasado apesar nuestro se enlaza con lo presente, recordemos antes el augusto edificio elevado por el hijo de David, ese templo célebre de Salomon al cual acudian de todos los ángulos de la Judea para adorar al Dios de Abraham y de Jacob, de Moises y de los profetas. Anhélase vivamente formarse una idea de la estension y regularidad de sus proporciones, de la riqueza con que le adornó Salomon y de la pompa de sus solemnidades. Parécenos que vemos en él al niño Dios en los brazos de Simeon, sometándose humildemente á la antigua ley Judaica, y posteriormente confundiendo en el mismo sitio, con su ciencia profunda, á los mas ancianos doctores de la ley, cuando apenas contaba doce años; ó bien aun se nos presenta, animado de un santo celo por la casa de Dios, arrojando á los mercaderes que profanaban el sagrado recinto.

Salomon, dice la Biblia (inagotable fuente de bellezas religiosas y poéticas) describiendo los increíbles trabajos ejecutados por espacio de veinte años para la ereccion del templo: Salomon escogió treinta mil trabajadores de Israel y

los envió al Líbano; setenta mil peones llevaban los fardos y ochenta mil cortaban piedras en las montañas. Hiram, rey de Tiro, proveyó á Salomon de madera de cedro y de abeto. Cuando se construyó el edificio se colocaron las piedras cortadas de manera que no resonó ningun martillazo, ningun golpe de hacha, ni el ruido de ningun instrumento. Todo se cubrió con planchas de oro purísimo y el pavimento asimismo, tanto en lo interior del santuario como en la parte exterior.

De este templo fué del cual se predijo la ruina total diciendo que no quedaria piedra sobre piedra; y cuando esta profecía se hubo realizado, Tito declaró á los diputados de las naciones que le enviaban felicitaciones y coronas: «Mi brazo ha sido solo el instrumento de la venganza divina».

Omar, envaneido con la idea de edificar su mezquita en tan famoso sitio, hizo descubrir una roca enorme que los mahometanos reputan sagrada. La nueva mezquita tomó el nombre de esta roca y llegó á ser tan veneranda para los musulmanes, como las mezquitas de la Meca y de Medina. El califa Abd el-Maleck la engrandeció encerrando la roca dentro del recinto de sus paredes, y su sucesor la adornó todavia mas cubriéndola con una cúpula de cobre dorado. Posteriormente los cruzados convirtieron el templo de Mahoma en un santuario de Jesucristo; pero al fin, cuando Saladino volvió á apoderarse de Jerusalem, dió al templo su destino primitivo.

Pero, cual es la arquitectura de esa mezquita, tipo ó modelo primitivo de la elegante arquitectura de los moros? Cosa es esta muy difícil de explicar. Los árabes por una consecuencia de sus costumbres despóticas y zelosas, han reservado los adornos para lo interior de sus monumentos, y han decretado pena de muerte contra todo cristiano que entre en aquella mezquita ó que ponga solamente el pié sobre el pórtico que la cerca.

Exterior de la mezquita. — «La grande plaza de la mezquita, en otro tiempo plaza del templo, dice Chateaubriand, forma un átrio que tiene quinientos pies de longitud sobre cuatrocientos sesenta de ancho. Las murallas de la ciudad cierran ese átrio por la parte del oriente y del mediodia, al occidente le cercan algunos edificios turcos, y al norte se descubren frente

de él las ruinas del pretorio de Pilatos y del palacio de Herodes. Doce pórticos, colocados á distancias desiguales unos de otros, del todo irregulares como los claustros de la Alambra, dan entrada á ese atrio. Compónense de tres ó cuatro arçadas, las cuales sostienen alguna vez una segunda línea, imitando bastante bien el efecto de un doble acueducto. El mayor de esos pórticos viene á dar á la antigua *Porta speciosa*, conocida de los cristianos por un milagro de San Pedro. Debajo de esos pórticos se descubren varias lámparas que le iluminan. En medio del atrio grande se encuentra otro mas pequeño, que se eleva seis ó siete pies al modo de un terraplen sin balaustrada. Este segundo átrio tiene segun comun opinion doscientos pasos de largo sobre ciento cincuenta de ancho, subiéndose á él por escaleras de mármol á los cuatro lados, componiéndose cada una de ocho gradas. En el centro se eleva la famosa mezquita de la Roca. Al rededor de ella hay un algibe que se llena con agua de la antigua fuente sellada, y donde los turcos bacen sus lavatorios antes de la oracion. El templo es octógono: una linterna igualmente octógona, y que nos ofrece una ventana en cada lienzo, corona el monumento, sobrepujándola una cúpula. Un chapitel de buen gusto, terminado por una media luna, demina el edificio, pareciéndose este en su conjunto á una tienda árabe levantada en medio de un desierto. Las paredes están cubiertas, por la parte exterior, de pequeños cuadros de varios colores, llenos de arabescos y versículos del Alcorán. Las ocho ventanas de la linterna están adornadas con cristales redondos y pintados».

Interior de la mezquita. — Una animosa viagera, llamada Belzoni, pudo con trage turco penetrar sin obstáculo en la mezquita de Omar, y durante el corto tiempo que le permitió permanecer en ella el temor de ser sorprendida, vió muchísimas columnas, la mayor parte de granito, cuyos capiteles le parecieron de un trabajo imperfecto, como todas las obras de escultura de los moros. Habiendo entrado en una especie de gabinete alumbrado por una ventana muy grande, encontró un albañil católico, quien le dijo que aquel era el sitio en que el santo anciano Simeon y Santa Ana habian profetizado teniendo en brazos al niño Jesus. Hízole notar asimismo en la pared una abertura que le asegu-

ró ser primitivamente el sitio donde hubo una puerta por la cual Jesucristo entraba en el templo. Queríala enseñar también otras cosas que decía ser no menos interesantes y que miraba como sagradas; pero temiendo Belzoni ser descubierta en semejante lugar, le dió las gracias y se apresuró á salir.

Los turcos refieren muchas tradiciones ridículas relativas á este monumento; hablan de una piedra que en otro tiempo se llevaron los griegos y que volvió por sí misma á una pequeña capilla que forma parte de la mezquita; y enseñan con la mayor sangre fría y con una gravedad imperturbable el sitio mismo en que Salomón iba á sentarse para presenciar los trabajos del templo.

Los viajeros ingleses más modernos, bien hayan podido introducirse furtivamente, ó bien hayan recibido estas noticias de algunos bondadosos musulmanes, aseguran lo siguiente: El pavimento del interior de la mezquita es de mármol pardo y las paredes están cubiertas de mármol blanco sobremanera fino. Veinte y cuatro columnas de mármol pardo forman una nave concéntrica, y veinte y cuatro pequeños arcos sostienen el techo esculpido y dorado con esquisito gusto; un segundo círculo de diez y seis columnas sostiene la cúpula cuyo interior está perfectamente pintado con arabescos dorados; en el centro están suspendidos algunos vasos antiguos de oro y plata, ofrenda de algunos piadosos sectarios del profeta. Debajo la cúpula se vé una inmensa masa de piedra calcárea de forma irregular, llamada la piedra sagrada de Dios. Los mahometanos la miran con mucha veneración, y creen que las oraciones de su profeta tuvieron el poder de fijarla para siempre en el lugar que ocupa. Añaden que en el año doce de su misión, cuando hubo efectuado su viaje nocturno de la Meca á Jerusalem, montado en su hermoso potro árabe y acompañado del ángel Gabriel, como dice el capítulo 17 del Alcorán, oró encima de ella y subió desde allí al cielo. De paso notaremos que Mahoma y sus primeros discípulos han procurado copiar y aplicarse los hechos milagrosos de la vida de Jesucristo á fin de dar más peso á su nueva religión: esto no es más que la imitación grosera de la gloriosa ascensión del legislador de los cristianos sobre el monte Olivete. Este pedazo de ro-

ca está rodeado de una pequeña balaustrada de madera, y cubierta de un dosel de seda verde y amarilla. Debajo de la roca se vé una caverna llamada noble caverna de Dios, y no es más que una pequeña sala, de forma casi cuadrada, encima de la cual se vé en la roca un hueco llamado ahugero de Mahoma. Cinco pequeños nichos se descubren en él, designados con el nombre de sitios de Salomón, de David, de Abraham, de Gabriel y de San Juan. Contiene además el pozo de las almas, ó la entrada á las regiones infernales, el lugar de la oración, la espada de Alí, de catorce pies de largo, y su estandarte, las balanzas para pesar las almas de los hombres, el escudo de Mahoma, los pájaros de Salomón, las granadas de David y la silla del famoso potro llamado El-Borak. Sobre un inmenso atril de madera se vé una copia original del Alcorán cuyas hojas tienen cuatro pies de largo. En el círculo exterior se encuentra un pozo en el cual se bañan los mahometanos y cuya agua beben con suma devoción. Cerca de la entrada al Oeste se vé una baldosa de mármol verde, pegada al suelo, donde se descubre la marca de diez y ocho clavos de plata: aún quedan tres y solo una parte del cuarto, pues los demás han desaparecido para notar el cumplimiento de ciertas grandes épocas. Los que quedan deben seguir á los primeros, y cuando el último haya desaparecido, se habrán consumado los tiempos, y el mundo acabará. Esta mezquita pertenece especialmente á la secta de los Hanífitas, la primera y más respetada de los musulmanes.

Hasta hoy día su entrada ha sido prohibida á los cristianos. Creen los musulmanes que en ella y en la mezquita de la Meca, sus oraciones son escuchadas por Dios más que en ningún otro punto de la tierra. Viven asimismo persuadidos de que los profetas, después de Adán, han ido á profetizar y á orar dentro de este recinto privilegiado, y que aun hoy día entran en él invisibles, acompañados con ángeles para hacer sus oraciones. La guardia ordinaria de esta santa roca no baja de setenta mil ángeles los cuales se relevan diariamente. Por fin, ciento y ochenta lámparas dan luz todas las noches dentro la mezquita, cosa que tampoco es más que una imitación de las muchas luces que en oro y plata brillan constantemente debajo las bóvedas no muy distantes del Santo Sepulcro.

Dentro de ese santuario mahometano es donde no puede ni se atreve á penetrar ningún cristiano. Retiene á los viajeros, ya el temor de un peligro personal, ya también la prudencia para no comprometer con una indiscreción á los católicos habitantes de Jerusalem. Cítanse sin embargo algunas personas atrevidas, que disfrazadas de árabes, han logrado ver cuanto de-

seaban. El distinguido español D. Domingo Badia, que viajaba con el nombre de Alí-Bey-el-Abassi, y Burekard, sabio de la ciudad de Bale, lograron ambos penetrar en la célebre mezquita, finjiéndose mahometanos. Ya hemos dicho más arriba que la animosa Belzoni había empleado con éxito la misma estratagemas.

CAPITULO IV.

Púlpito de la mezquita de Omar. — Vista exterior del Santo Sepulcro. — Incendio que le consumió en 1808. — Reedificáronle los griegos. — Estaciones y calvarios.

EN vez de servirse de campanas, como los católicos, para llamar á los sectarios de Mahoma á la oración, los imanes (a) suben muchas veces al día á una galería que se descubre alrededor de cada minarete, especie de columna más ó menos alta y más ó menos elegante que termina en chapitel. Pero otra práctica religiosa más esencial y más útil, que les ha sido sugerida por los ministros de la iglesia romana, cuyas santas creencias y costumbres han alterado y corrompido, es la de leer de tiempo en tiempo y comentar algunos versículos del Alcorán. Sírvense también de púlpitos cuando leen el Alcorán ó bien cuando anuncian las solemnidades de la semana y cuando publican los casamientos.

LAMINA 7ª.

Azotea y púlpito de la mezquita de Omar.

Uno de los más ricos adornos de la mezquita de Omar es ese púlpito desde el cual el ministro de la religión mahometana dirige su voz á los habitantes de Jerusalem. Está situado sobre el más alto terrero de ese magnífico edificio, casi opuesto á la puerta del Sur. Construido de mármol blanco, ofrece por todos lados el aspecto más pintoresco: pero tiene la forma ordinaria adoptada para los púlpitos en las mezquitas

(a) Ministros de la religión mahometana.

musulmanas. El escultor inteligente, á quien se debe su trabajo, fué el primer europeo que logró ser empleado para adornar un templo tan respetado y al cual no reputan los mahometanos inferior al de la Meca. Por lo demás parece que este hermoso púlpito se emplea rara vez para predicar, pues un viajero fidedigno que permaneció dos meses en Jerusalem visitándolo todo por favor particular, no le ha visto una vez siquiera ocupado por el imán en jefe ni por sus cólegas. Otro pequeño púlpito colocado en el interior del edificio y al cual se sube con más frecuencia para dirigir la voz al pueblo, parece haberse construido al mismo tiempo que la mezquita, pero ninguna fecha ni inscripción lo anuncia.

LAMINA 8ª.

Iglesia del Santo Sepulcro.

La curiosidad y el interés que se tiene en conocer las cosas santas, encontrarán aquí más vivo y sostenido aliciente: vamos á describir el templo que encierra la tumba de Jesucristo, es decir, el templo más venerable de la tierra, ya le miremos como filósofos ó como cristianos. El que puede acercarse á él por la primera vez sin emoción es un ser insensible, un hombre aislado en la sociedad, un desgraciado. Las calles que conducen al Santo Sepulcro están llenas de lodo, mal empedradas, y son algo estrechas.

De cualquier lado que uno se dirija allí, debe precisamente pasar por una puerta muy baja, antes de llegar á la pequeña plaza que se encuentra delante del templo.

Pero antes de pasar á describir ese augusto santuario, daremos en resumen su historia.

Eusebio ha conservado una carta en que Constantino manda á Macario, obispo de Jerusalem, proceder á la construccion de una magnífica iglesia en el mismo sitio en que se consumó el misterio de la redencion humana. Trescientos años despues fué saqueado el templo por Cosroes II, rey persa, y desgraciadamente se perdió la santa cruz. Heraclio reconquistó este inestimable tesoro, y Modesto, otro obispo de Jerusalem, restableció el templo. El califa Omar se apoderó poco despues de la ciudad Santa, pero se mostró favorable á los cristianos, quienes bajo su reinado pudieron practicar libremente el ejercicio de su culto. En 1009, el sultan de Egipto Hakem destruyó de nuevo los santos lugares, pero noventa años despues los cruzados se apoderaron de Jerusalem y arrancaron de manos de los infieles la tumba de Jesucristo. El cielo permitió que noventa años despues volviese á caer la ciudad en poder de los mahometanos, y entonces fué cuando sacrificaron los cristianos sus bienes para librar al menos de manos profanas é impías la iglesia del Santo Sepulcro. En 1256 pasaron á Palestina los padres franciscanos y la guardaron pacíficamente, ni mas ni menos que los demas santuarios; pero forzoso les fué retirarse cuando el sultan Mélech-Sérat se acercó á la ciudad con un ejército numeroso, la conquistó é hizo pasar á cuchillo veinte y cinco mil cristianos. En vista de semejante barbarie, perseguidos de muerte por este príncipe cruel, abandonaron los latinos la Palestina y la Siria.

Cuando los tiempos estuvieron mas tranquilos volvieron clandestinamente aquellos padres á los santuarios que habian tenido que abandonar, pero se les hostigó sobremana hasta el año de 1342, época en que merced á la proteccion de Roberto rey de Sicilia, les fué permitido pagando sumas enormes, tener en Jerusalem un establecimiento permanente cerca de aquel templo, celebrar en él los santos misterios y recitar el oficio divino con la seguridad de no verse espuestos á nuevas vejaciones.

« La iglesia del Santo Sepulcro, dice un em-

bajador francés que le visitó en 1621, es muy irregular á causa de haber querido encerrar dentro de ella colina del calvario y otras. Casi tiene forma de cruz, con seiscientos pasos de longitud, sin contar el declive de la invencion de la Santa Cruz, sobre setenta de largo; tiene tres cúpulas, de las cuales la que cubre el Santo Sepulcro sirve de nave á la iglesia, con treinta pies de diámetro, estando abierta por encima como la rotunda de Roma. Antiguamente se entraba en la iglesia por tres puertas, pero hoy dia no hay mas que una cuyas llaves guardan cuidadosamente los turcos, temerosos de que no entren los peregrinos sin pagar los nueve sequines (unos ciento treinta y siete reales). Esta puerta está cerrada siempre, y solo se abre en ella una pequeña ventana por la cual se pasan los víveres á los que están dentro y pertenecen á ocho naciones diferentes, entre los cristianos de Europa y del oriente.

La iglesia del Santo Sepulcro, ese santuario comun de los pueblos cristianos, fué casi enteramente consumido por las llamas el doce de Octubre de 1808. Hé aquí un extracto de la relacion de ese desgraciado acontecimiento.

Incendio del Santo Sepulcro en 1808.

« Si Jeremias volviese al mundo en un dia de desastre y de luto, ¿tendria menos motivo que en otro tiempo para invitar al pueblo á que llorase sobre la desgracia de Jerusalem desolada? Haria resonar menos plañideros cantos sobre la tristeza y el abatimiento de la hija desgraciada de Sion? Ah! no seria el único cuyos ojos derramasen lágrimas, pues en todas partes encontraria compañeros de su dolor.

« La mañana del doce de Octubre fué espantosa: el recuerdo de este dia desgraciado arranca un grito de dolor á los corazones mas indiferentes y empedernidos. Los católicos, los cismáticos, y los hereges mismos están sumergidos en la mayor afliccion; los orientales, los occidentales y los mismos hebreos derraman lágrimas; ningun habitante de la ciudad santa deja de tomar parte en la consternacion general. La iglesia del Santo Sepulcro, monumento levantado por Santa Elena y Constantino con una magnificencia imperial, y conservado por la piedad cristiana, ese templo el mas augusto del uni-

verso, templo que era la admiracion de las naciones mas distantes, acaba de ser consumido por las llamas. Se ignora si es efecto de casualidad ó de malicia; pero la rapidez del incendio ha sido tal que en pocas horas las galerias, las columnas y los altares han quedado destruidos.

« A las tres de la mañana principió á manifestarse el fuego en la capilla de los armenios situada sobre la galeria de la grande iglesia del Santo Sepulcro. El sub-sacristan de franciscanos que iba á visitar la capilla del calvario, fué el primero que lo notó, y como no habia allí mas que un pobre sacerdote armenio, corrió á pedir socorro. Pero la vivacidad de las llamas inutilizó todo cuanto quiso practicarse, pues la capilla de los armenios, la habitacion de estos y la de los griegos eran ya pábulo de ellas.

« Levántanse apresuradamente los padres franciscanos que descansaban muy tranquilos. Está cerrada la puerta del templo y les impide acudir á apagar el fuego. En este momento pone el colmo á su desesperacion el ver que las llamas amenazan la cúpula del templo elevada perpendicularmente sobre el monumento que encierra el Santo Sepulcro. Apesar de los prodigios de valor que hicieron todos los católicos, á eso de las seis cayó la cúpula con un espantoso ruido, arruinando la mitad del templo. Este ofrecia el espectáculo de un volcan, y una montaña de fuego parecia destruir y sepultar para siempre la tumba de Jesucristo. Al dia siguiente se notó con asombro que muchos monumentos que debian haber sido reducidos á cenizas, quedaban en pié todavia, lo mismo que el templete del Santísimo Sepulcro. Como la fé del cristiano renace mas fuerte y viva despues de grandes desgracias, el dia trece fueron los padres franciscanos al Santo Sepulcro postrándose de rodillas, pero los sollozos les impidieron rezar. El catorce volvieron á celebrar el santo sacrificio de la misa apesar de las ruinas que les rodeaban, y no interrumpieron sus oficios ni sus procesiones acostumbradas; caminaban sobre escombros, y no por esto dejaban de entonar alabanzas al Señor.»

El templo ha sido reedificado sobre sus mismos cimientos y el plan antiguo; pero como la pobreza de los católicos es suma, y como no pudieron recibir ningun socorro proporcionado á semejante empresa, han dejado á los griegos y á los armenios, sobremana ricos, el ho-

nor de levantarle á sus costas: los gastos han subido á poco menos de un millon de duros. Su magnificencia es extraordinaria, y reina en todo él el buen gusto, apesar de que se haya prodigado con esceso el dorado.

La imposibilidad en que se encontraron los latinos de tener la principal parte en la reconstruccion del templo, les ha causado el perjuicio mas capaz de affigir á un corazon católico. Unicos poseedores en otro tiempo de la mayor parte de los santos lugares, se han visto obligados á partir con los estrangeros ese inestimable tesoro que tantas veces habian defendido contra los turcos con su sangre y vida.

El Calvario al ponerse el Sol.

Al hablar del Santo Sepulcro una jóven peregrina, se detiene un momento á vista del calvario.

« Apesar de los adornos que le ha prodigado la piedad, nada es mas triste que este lugar, testigo del deicidio, si se le mira al ponerse el sol; el luto que habitualmente le rodea, se aumenta con la vista del color amarillento y cadavérico de esas montañas estériles. Ningun pájaro hace allí su nido; ninguno llega allá por la noche para detenerse; ningun árbol ofrece paso al viento para murmurar entre sus ramas; ningun vegetal se percibe allí para poder dejar caer una hoja disecada que mueva ruido en medio del lúgubre silencio que rodea á la tumba: de dia uno puede estar observando el movimiento y los monumentos piadosos que adornan el calvario; pero de noche todo se olvida delante los pensamientos que penetran en el alma con los recuerdos de diez y ocho siglos. Uno puede visitar frecuentemente estos sitios, pero en ellos nunca habla Dios mejor al corazon que en medio de la soledad, cuando los peregrinos se arrodillan á cierta distancia entre sí, en la inmóvil actitud de las frias figuras que se ven en los mausoleos. Por la noche cada cual deja el sito en que su alma ha vivido de recuerdos, y sus ojos derramado lágrimas, para bajar á Jerusalem, lleno de tan profundas meditaciones que muchas veces apenas nota que los demas peregrinos hayan salido dejándole solo. Levántase uno y á la luz de la luna que asoma trás de esas montañas desoladas, descubre solo de trecho en trecho mármoles hu-

medecidos con el llanto que otros han derramado: entonces experimenta el corazón unas sensaciones enteramente nuevas».

Allí no aparece jamás la sonrisa en los labios, sino únicamente cuando anima á los peregrinos la esperanza de abandonar pronto esta existencia

para gozar de otra eterna y brillante. La joven peregrina, hija de las montañas de la Suiza, permaneció dos horas de rodillas, con los brazos cruzados sobre el pecho, pareciéndose á un ángel encargado de alguna misión ó súplica delante del calvario.

CAPITULO V.

Interior del Santo Sepulcro. Descripción de Chateaubriand y Lamartine. — Los cruzados en el Santo Sepulcro. — Una joven Suiza delante la tumba de Jesucristo. — Calles abovedadas de Jerusalem.

CORRESPONDERIA mal á los sentimientos religiosos y á la piadosa impaciencia de los lectores el detenerse minuciosamente en descripciones frias y regulares de edificios y de altares, el designar el color de los mármoles de cada columna ó de las baldosas del suelo sagrado que recorremos; el contar una por una las lámparas que queman noche y día debajo de esas bóvedas silenciosas, y extender el catálogo exacto de los ricos adornos y de los vasos preciosos que la magnificencia de los reyes y la piedad de los pueblos acumula y renueva incesantemente en este lugar lleno de la presencia del Salvador. Mas que de todo esto necesitamos de los pensamientos que fluyen del corazón de un escritor sublime y de la imaginación de un poeta grande, á vista de esa tumba divina: con esto sabremos las fuertes emociones que les agitaron, emociones que solo podemos dar á conocer valiéndonos de su lenguaje inspirado. Todo cristiano por sencillo que sea, se sentirá conmovido como Chateaubriand y Lamartine delante de este monumento inspirador; llorará como ellos, pero no podrá transmitir su pensamiento y comunicarle con rasgos de fuego á los que no han podido experimentar su éxtasis. Plácenos sobremanera tener que copiar de las dos glorias literarias de la Francia actual para ofrecer á los que quieran recorrer con nosotros en pensamiento la iglesia del Santo Sepulcro dos admirables pinturas, dos sublimes inspiraciones que solo pueden ser producidas por una convicción profunda.

LAMINA 9ª.

Vista interior del Santo Sepulcro.

Chateaubriand principia de este modo su confesión de fé á vista de la tumba de Jesucristo.

«Los lectores cristianos preguntarán tal vez cuales fueron los sentimientos que experimenté al entrar en este lugar: no puedo realmente decirlo. Tantas cosas se ofrecían á la vez á mi espíritu, que no me detuve en ninguna idea particular, y permanecí como una media hora de rodillas en la pequeña sala del Santo Sepulcro, fijando las miradas en la piedra, sin poder arrancarlas de allí. Uno de los dos religiosos que me acompañaban, permanecía prosternado junto á mí, tocando con su frente el mármol; el otro con el nuevo testamento en la mano, me leía á la luz de las lámparas los pasos relativos al Santo Sepulcro. Al concluir cada versículo recitaba esta oración: «Señor Dios Jesucristo que después de haber caído el sol en su ocaso bajasteis de la cruz y descansasteis en los brazos de la más tierna madre, y cuyo cuerpo inánime fué colocado á la última hora del día en este Santo Monumento, etc.....» Todo cuanto puedo asegurar es que á vista de este Sepulcro triunfante solo experimenté el sentimiento profundo de mi debilidad, y cuando mi guía exclamó con San Pablo: «Oh muerte, donde está tu victoria; oh muerte, donde está tu aguijón?» Escuché atentamente como si la muerte fuese á responder que había sido ven-

cida y encadenada dentro de este monumento.

«Recorrimos las estaciones hasta la cumbre del Calvario. Donde buscaremos en la antigüedad nada más tierno, nada más milagroso que las últimas escenas del Evangelio? No son por cierto las aventuras singulares de una divinidad lanzada en medio de los hombres: es la historia más patética, que no solo ha hecho derramar lágrimas por su belleza, si que también por sus consecuencias, aplicadas al universo, ha mudado enteramente la faz de la tierra. Acababa de visitar los monumentos de la Grecia, y tenía todavía muy presente su grandeza: pero cuán lejos estaban de haberme inspirado lo que sentí á vista de los Santos lugares!

«El templo del Santo Sepulcro, compuesto de muchas iglesias levantadas sobre un terreno desigual y alumbradas por una multitud de lámparas, es singularmente misterioso y reina en él una obscuridad favorable á la piedad y al recogimiento del alma. Los sacerdotes cristianos de las distintas sectas habitan las varias partes del edificio: de lo alto de las arcadas donde puede decirse que anidan á modo de palomas, y del fondo de las capillas y de los subterráneos, hacen resonar sus cánticos á todas horas del día y de la noche: el órgano de los religiosos latinos, los címbalos de los sacerdotes abisinios, la voz sonora del monge griego, el rezo del solitario armenio, y la especie de lamento del fraile Cotto, resuenan uno tras otro á nuestros oídos: uno no sabe de donde salen esos conciertos: uno respira el olor del incienso sin ver la mano que le quema: únicamente se vé pasar, escurrirse por detrás de las columnas y perderse en la sombra del templo al sacerdote que va á celebrar los más respetables misterios en los lugares mismos donde se cumplieron.

«No salí de este sagrado recinto sin detenerme delante de los monumentos de Godofredo y de Beduino que se encuentran frente de la puerta de la iglesia apoyándose en la pared del coro. No pude menos de saludar las cenizas de esos monarcas caballeros que merecieron descansar junto al Santo Sepulcro que habían restaurado. Son cenizas francesas, únicas que están sepultadas á la sombra de la tumba de Jesucristo! Qué título de honor para mi patria!

El autor de las *Meditaciones* y de las *Armo-*

nias (a), en otro tono, con su sensibilidad profunda y verdadera, con su fecunda imaginación, y su espiritualismo poético, si bien que algunas veces indeciso, nos inicia con su alma candorosa y comunicativa en las emociones tiernas que sintió delante del Santo Sepulcro.

«Después de un momento de meditación profunda y silenciosa, dedicada en cada uno de estos lugares sagrados al recuerdo que suscita, volvimos al recinto del templo y penetramos en el monumento interior que sirve como de cortinaje de piedra al sepulcro mismo, y está dividido en dos pequeños santuarios. En el primero se encuentra la piedra en que estaban sentados los ángeles cuando respondieron á las santas mugeres: *ya no está aquí pues ha resucitado*; el segundo y último santuario encierra el Sepulcro cubierto todavía de una especie de sarcófago de mármol blanco que cerca y oculta enteramente la sustancia misma de la roca primitiva en la cual se abrió el Sepulcro. Alumbran muchas lámparas esta capilla, y se queman en ella perfumes de noche y de día, de modo que el aire que se respira dentro es tibio y embalsamado. Entramos uno á uno separadamente, pues no podíamos consentir que ninguna mirada turbase la solemnidad del lugar ni la intimidad de las impresiones que podían inspirar á cada cual según su pensamiento y según su fé. Todos permanecimos dentro como un cuarto de hora y nadie salió con los ojos enjutos. Para el cristiano como para el filósofo, para el moralista como para el historiador, esta tumba es el linde que separa dos mundos, el antiguo y el nuevo; es el punto de donde parte una idea que ha mudado la faz del universo, de una civilización que lo ha transformado todo, de una palabra que ha resonado en todo el globo. Esta tumba es el sepulcro del mundo antiguo y la cuna del mundo nuevo: ninguna piedra acá en la tierra fué jamás el cimiento de tan vasto edificio; ningún sepulcro ha sido tan fecundo; ninguna doctrina sepultada por espacio de tres días ó de tres siglos, ha abierto así la roca que la encerraba, dando tan solemne mentís á la muerte.

«Entré á mi vez y el último en el Santo Sepulcro, lleno el ánimo de ideas inmensas, conmovido el corazón con las impresiones más ínti-

(a) Lamartine.

mas que quedan como un misterio entre el hombre y su alma, entre el insecto pensador y el eterno: estas impresiones no se escriben; exhálanse como el humo de las lámparas, como el incienso, como el vago y confuso murmullo de los suspiros, y caen como las lágrimas que asoman á nuestros ojos al recuerdo de los primeros nombres que pronunciamos en nuestra infancia: todas las alegrías, todas las tristezas del pensamiento se renuevan en el fondo del alma, se confunden, nos enternecen, y en vano buscaríamos entonces palabras, porque no hay otras que el llanto, que la opresión del pecho, mientras inclina uno su frente y besa silenciosamente la piedra del Sepulcro. Permanecí mucho tiempo así orando al cielo: mi súplica fué ardiente y fuerte; pedí luz y valor ante la tumba del que derramó la verdad por el mundo y murió por ella: siempre recordaré las palabras que pronunciaron mis labios en esta hora de crisis para mi vida moral. Acaso fuí oído, porque una grande convicción entró en mi inteligencia y separó mas claramente la luz de las tinieblas, los errores de las verdades. Momentos hay en la vida en que los pensamientos del hombre por mucho tiempo vagos y flotantes como las aguas de un río sin alveo, llegan por fin á dar en la orilla donde se estrellan, volviendo despues sobre sí mismas con nueva forma y con corriente contraria á la que hasta entonces los habia impelido. Uno de estos momentos esperimenté yo entonces: bien lo sabe aquel que penetra en los pensamientos y en los corazones.»

Despues de haber leído estas elocuentes páginas, reanímase nuestra creencia, y solo sentimos no habernos podido encontrar al lado de estos ilustres viajeros cuando doblaban la rodilla delante la puerta del Sepulcro.

Los cruzados en el Santo Sepulcro.

Cerca de mil años hace que el Santo Sepulcro obtuvo un triunfo todavía mas glorioso que las alabanzas de los hombres de genio. Despues de la toma de Jerusalem, siguiendo los cruzados á su intrépido y piadoso gefe, acudieron para llorar sobre la tumba divina los horrores de un largo sitio, y para perdonar á sus enemigos.

«Despues de la toma de Jerusalem por los cruzados, dice Michaud, el piadoso Godofre-

do que se habia abstenido de mas derramamiento de sangre despues de la victoria, pasó sin armas y con los pies descalzos á la iglesia del Santo Sepulcro. Pronto se esparció por el ejército cristiano la voz de esta devoción, y al momento se calmaron todas las venganzas y furores; despójense los cruzados de su traje ensangrentado, hacen resonar por Jerusalem sus gemidos y sollozos, y conducidos por el clero, marchan juntos, descalzos y con la cabeza descubierta hácia el templo de la resurrección. Cuando el ejército cristiano se hubo reunido así sobre el Calvario, empezaba á declinar el día; reinaba el silencio en las plazas y alrededor de las murallas, y solo se oían en la ciudad Santa los cánticos de penitencia y esas palabras de Isaías: Los que amais á Jerusalem, alegraos con ella: Los cruzados dieron entonces muestras de una devoción tan viva y tan tierna que segun nota un historiador moderno, se hubiera dicho que todos ellos, en vez de acabar de ganar por asalto una población despues de una horrorosa carnicería, salían de un largo retiro y de una profunda meditación de nuestros misterios. Estos contrastes inexplicables se notan frecuentemente en la historia de las cruzadas.

«El mismo Godofredo, á poco de haber sido nombrado rey, fué conducido al Santo Sepulcro. Los electores despues de haber deliberado maduramente y tomado todos los informes necesarios, coronaron sus sienes y le confiaron en cierto modo su propia gloria traspasándole el cuidado de atender á las nuevas conquistas de la cristiandad. Lleváronle en triunfo á la iglesia del Santo Sepulcro donde prestó el juramento de respetar las leyes del honor y de la justicia. Godofredo rehusó la diadema y las señales de la magestad, diciendo que no aceptaría jamás una corona de oro en una ciudad en donde Jesucristo llevó una de espinas. Justo era pues que se guardasen sus cenizas y espada junto á aquel grande monumento.»

Pero despues de haber visto á los primeros escritores de Francia estremecerse involuntariamente á vista del Sepulcro y de la cruz, exhalar su poética admiración y reanimar la creencia vacilante, derramando viva luz en el corazón de los incrédulos por la vivacidad enérgica de su fé tan noble y francamente expresada, ved adelantarse á un sacerdote septuagenario que habia co-



nocido las vanidades de la tierra, experimentado los ensueños de la gloria y sentido las ternuras de la paternidad. No hace como los demas peregrinos una aparicion rápida en el temible santuario, sino que permanece por mucho tiempo encerrado en la iglesia del Santo Sepulcro para conocer en detall las varias partes de este edificio donde todas las piedras tienen para él un lenguaje místico. «Para ofrecer sus adoraciones á Jesucristo prefiere el silencio y la obscuridad de la noche, cuando el gentio se ha retirado del templo, y cuando este no está alumbrado mas que por el resplandor de algunas lámparas, ni oye otro ruido que el de sus pasos. Deslizándose por entre las columnas que rodean la tumba de su Dios, pasando por delante la piedra de la unción, y subiendo al Gólgota, parecele oír resonar en todas partes una voz que le dice como á Moises: «no te acerques sin un profundo respeto; quitate el calzado porque el lugar en que te encuentras es una tierra santa».

Oigamos ahora como una jóven peregrina, salida de las montañas de la Suiza espresa con tierno candor los sentimientos que le inspira el Sepulcro de Jesucristo por primera vez:

«Al aspecto profundamente religioso, á vista de las lámparas que arden de día y de noche como símbolo del fuego de vivo amor que jamas debe extinguirse en las almas cristianas; á vista de los peregrinos postrados con el rostro contra la tierra, humillados bajo el peso del pensamiento del misterio y de su fé, y que de tiempo en tiempo exhalan sordos gemidos, la peregrina que habia leído muchas descripciones, reconoció al momento el lugar donde se encontraba. Echóse de rodillas, y pegó sus labios al suelo como si hubiese querido inspirar algun hálito divino. Luego despues, levantando la cabeza, pintado el dolor en su semblante, recordó una de las santas mugeres de las que nos habla el evangelista. No lloraba, pero puede decirse que hacia mas todavía; su suelta cabellera dejaba ver apenas su rostro cuya expresiva palidez, alumbrada por la luz misteriosa de las lámparas del Sepulcro, la presentaba como arrobada en un santo éxtasis. En este solemne momento, tan ardientemente y por tanto tiempo deseado, qué es lo que sentia el alma de la virgen? Dios mio! que puros perfumes de amor subieron entonces hácia el cielo!....»

En cualquier dia del año que uno baje á la capilla del Santo Sepulcro, se sentirá conmovido en el fondo de su corazon, y su memoria no será suficiente para abarcar tantos recuerdos. Pero si el cielo os concede el raro favor de llegar á Jerusalem por la semana santa, para celebrar el glorioso aniversario de la resurreccion, jamas ninguna ceremonia religiosa os habrá iniciado tanto en los grandes misterios del poder y de la misericordia divina, y jamas vuestros ojos habrán derramado tan dulces lágrimas. Esto es lo que le sucedió á Geramb en la capilla del Santo Sepulcro la noche del sábado al domingo de la Pascua.

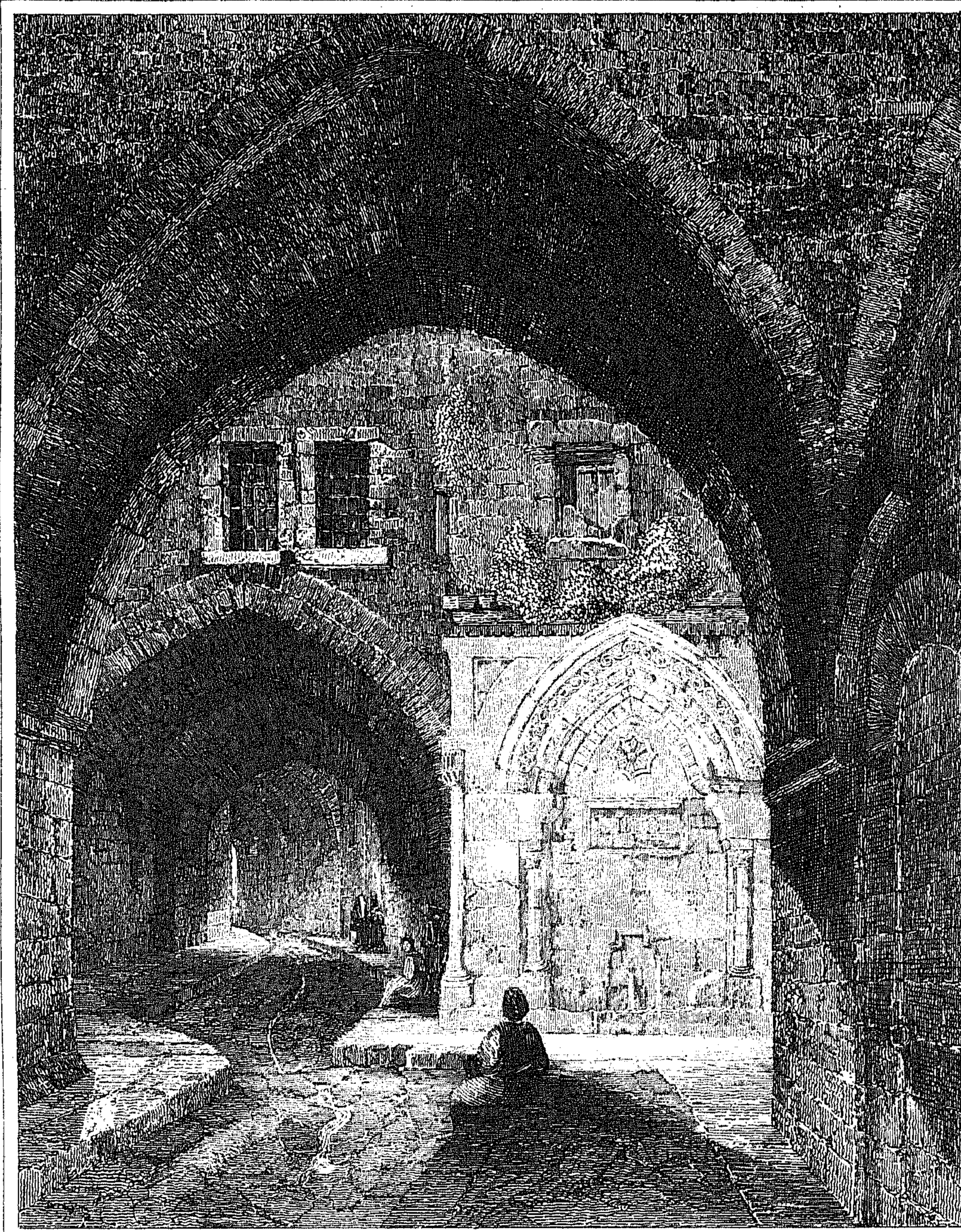
«No soy jóven, he viajado mucho, y he visto hermosas cosas: pero no recuerdo haber sido testigo de un espectáculo tan magnífico é imponente como el que me ofreció el Santo Sepulcro en la noche del sábado al domingo de la Pascua. Figuraos una nave de inmensa grandeza, alumbrada en todas sus partes con un gusto y una riqueza extraordinaria; diez mil peregrinos adornados con sus mas hermosos trages, con un cirio en la mano; muchas mugeres y niños llenando la vasta estension de las galerias, tambien con cirios, haciendo todos resonar las bóvedas sagradas con gritos de aleluya, mientras que los obispos, cubiertos de oro y de piedras preciosas, precedidos de turiferarios que esparcen incienso, y seguidos de muchos sacerdotes con capas blancas bordadas de oro, dan en procesion la vuelta al Santo Sepulcro, siguiendo el órden señalado á cada nacion y entonando himnos y cánticos en honor del que por su resurreccion ha triunfado de la muerte: figuraos, repito, semejante espectáculo, y calculad si podeis la impresion que producirá en el ánimo del espectador. Aleluya, exclamé en los transportes de una alegría cuyos arranques no podia moderar; aleluya, repetí, bendiciendo al Dios que habia guiado mis pasos á Jerusalem, concediéndome el favor de mezclar mis himnos con los de los cristianos que tienen la felicidad de celebrar el triunfo del Salvador allí mismo donde le habia conseguido».

LAMINA 40.

Calles abovedadas de Jerusalem.

Figurémonos ahora á un peregrino que sale

10.



Lithogr. von W. H. Müller del.

Ludol. alt.

Lithogr. von W. H. Müller del.

*Jerusalem, Rues vaultées.**Strade voltate di Gerusalemme.**Jerusalem: calles abovedadas.*

del Santo Sepulcro derramando lágrimas, y atraviesa al caer de la tarde alguna de las calles abovedadas de la ciudad Santa, y conoceremos que se aumenta á cada paso su piadosa melancolía.

Con efecto, á las causas que pueden contribuir á la obscuridad y á la tristeza de Jerusalem, independientemente del mal estado de la población, y de las impresiones morales que á cada instante recibe en ella el viajero, ya por los recuerdos dolorosos de la historia y de la religión que le abruman, ya porque á la vez le amenazan el árabe y la peste, puede añadirse todavía la multitud de esas calles en parte abovedadas que interceptan la luz del día. Singularísima es esta manera de construir no conocida entre nosotros, pero muy comun en oriente. Distinguese sobre todo la calle negra por la cual se penetra al convento de los padres latinos. Uno se formará idea de la obscuridad de esas calles á vista de la representada en esta lámina. De ello es una consecuencia forzosa que un aire malsano debe concentrarse en esas estrechas comunicaciones de un lugar á otro; que las casas situadas á entrambos lados reciben muy poca luz, y que no debe ser nada agradable morar en semejante pueblo. La habitación que se vé á corta distancia de la calle abovedada que

se representa en esta lámina, formaba parte de la casa á la cual en el evangelio de San Lucas se dá el nombre de casa del hombre rico. Y ciertamente es una de las mas hermosas de la ciudad. Presúmese que esto no es mas que una piadosa tradición, un recuerdo popular que conserva preciosamente un hecho propio para consolar al pobre y para dar á conocer al rico que no es mas que el dispensador ó administrador de esas riquezas que le ha dado la Providencia para no permitir que otros padezcan hambre y sed. Por cierto que es dulce recordar tan sublimes cosas y una moral tan favorable á la sociedad cuando se recorre casi en las tinieblas la calle del Mal Rico; entonces se conoce que Jerusalem, apesar de su miseria y de sus ruinas, apesar de sus calles estrechas y sombrías, es digna de ser conocida mas que otra ciudad alguna, pues á cada paso, un grito salido como de las piedras nos recuerda la moral mas pura y consoladora.

Pero, si á los habitantes de Jerusalem les falta aire y luz, á lo menos no les escasea el agua, tan necesaria en países cálidos, puesto que las fuentes y los algibes que se llenan con lluvias periódicas, bastan para el consumo de los ciudadanos.

CAPITULO VI.

Puerta de oro por la cual entró Jesucristo en Jerusalem. — Puerta de San Esteban. Piscina de Betzaida donde se efectuó la cura del perlático. — Sepulcro de la Santa Virgen.

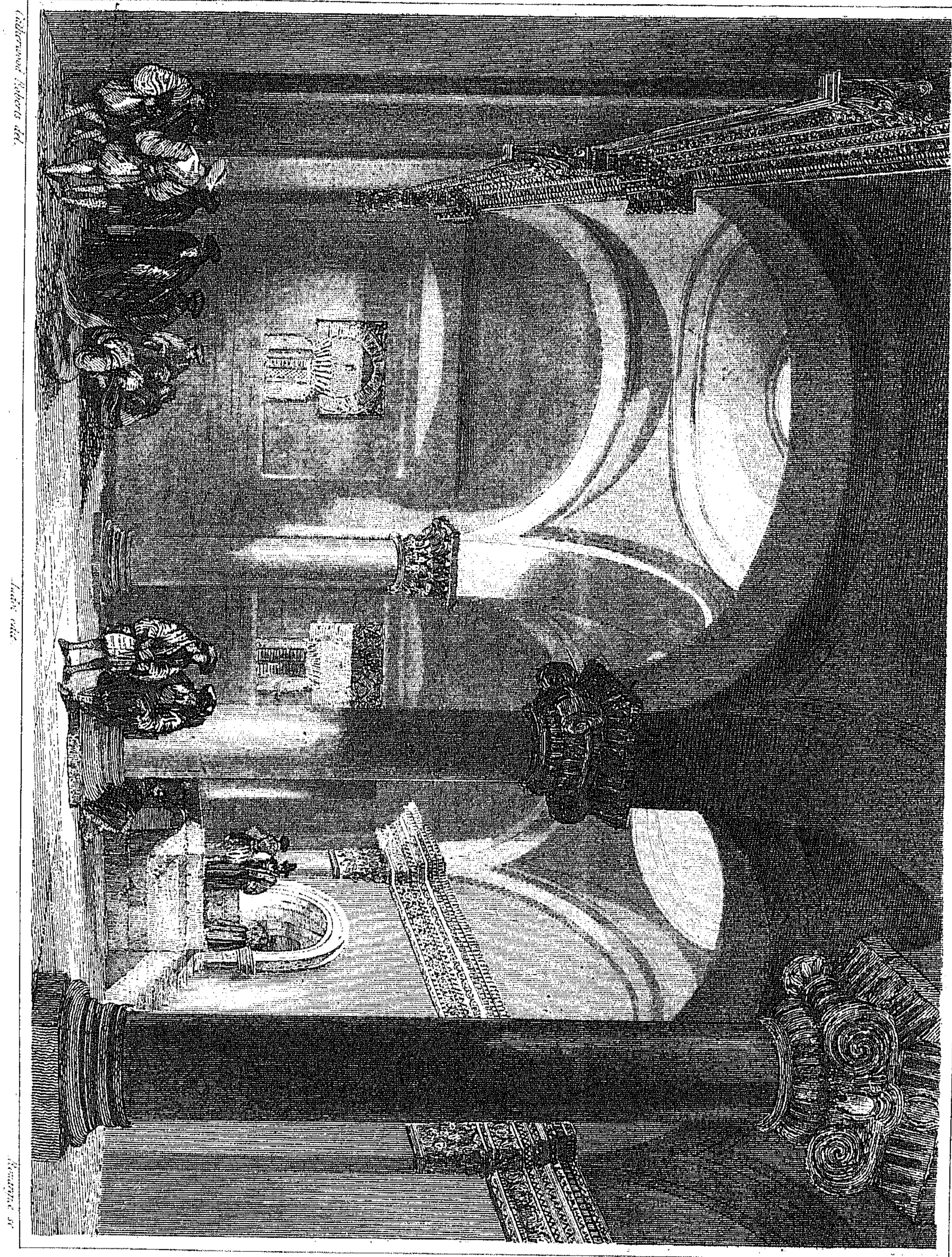
PUESTO que nos hallamos dentro de Jerusalem, recorramos las principales puertas de la ciudad que ciertamente no dejarán de ofrecer pábulo á la curiosidad y á las meditaciones religiosas.

LAMINA 11.

Interior de la puerta de oro en Jerusalem.

La puerta de oro ó puerta dorada se llamó así por los muchos adornos dorados que la cubrían

distinguiéndola de las demas puertas de la ciudad. Su arquitectura romana y sólida puede dar margen á creer que la hizo construir el rey Herodes. Las columnas de mármol que la adornan son distintas de las que se encuentran en Jerusalem y sus alrededores. Llamósela un día puerta de las tribus, y era probablemente la mas antigua de Jerusalem. Era doble, siguiendo el uso de la mas alta antigüedad, es decir que ofrecia dos puertas, una al lado de la otra, para evitar toda confusion, siendo una destinada para los



Jerusalem. Interior de la Puerta dorada.

Interior de la Puerta dorada en Jerusalem.
 Jerusalem. Interior de la Puerta de oro.



que entrasen y otra para los que saliesen. En tiempo de los reyes latinos no se abría mas que para la procesion del domingo de ramos, pues se cree que Jesucristo hizo por esta puerta su entrada solemne en la ciudad. Posteriormente la han aparedado los turcos temiendo el cumplimiento de una prediccion fatal que les anuncia que los cristianos conquistarán un día la ciudad, y entrarán por ella. Adoptando la común creencia de que Jesucristo, montado en un animal despreciado en nuestras comarcas europeas, pero que en la Judea es reputado buena caballería aun para los ricos habitantes, á causa del mal estado de los caminos montañosos y llenos de piedras, efectuó su entrada por esta puerta, uno se siente inclinado naturalmente á abrir el nuevo testamento para leer los detalles de la entrada triunfante que pronto había de ser seguida del oprobio, de los azotes, de la agonía y de la muerte.

LAMINA 12.

Puerta de San Esteban.

Esta puerta, que cae al oriente del monte Olivete, lleva también el nombre de puerta de la Santa Virgen, porque á la vez presencié el martirio de San Esteban, y porque por ella pasó el cuerpo de la Santa Virgen cuando la conducían al sepulcro; seguramente no dirá nada al viajero incrédulo, pues solo se verá en ella una construcción mas ó menos elegante y sólida: pero el peregrino, animado de un sentimiento religioso, y anhelando conocer todo cuanto pueda consolarle y reanimarle, recordará al momento las menores circunstancias de la muerte de San Esteban.

Si la antigüedad pagana pudiese ofrecernos en alguna de sus ciudades un monumento que recordase semejante espectáculo, con placer se alejaría uno del camino que tenía trazado para recordar la muerte injusta de un hombre que perdonaba á sus mismos verdugos, ó para fijar los ojos en un bajo relieve ó en alguna pintura que eternizase semejante hecho. Pero en Jerusalem, se agolpan los recuerdos; no es preciso ir á buscarlos, sino que ellos mismos se presentan, y por poco capaz de recogimiento que sea el alma de un peregrino, podrá meditar por mucho tiem-

po, siempre delante de objetos nuevos.

El cuerpo de San Esteban fué recogido por su discípulo Gamaliel quien le hizo depositar en un lugar que le pertenecía, situado á seis ó siete leguas de Jerusalem. Esta reliquia permaneció allí hasta el año de 415, que es cuando fué encontrada por revelación divina y trasladada por el obispo de Jerusalem á la iglesia de Sion, de donde fué transportada á Constantinopla y enviada posteriormente á Roma.

Otra celebridad de esta puerta de Jerusalem, es que el ejército de los cruzados, mandado por el valiente y piadoso Godofredo, penetró por ella en la ciudad un viernes, á las tres de la tarde, el mismo día y hora en que había espirado mil años antes Jesucristo.

Además, recomiéndala á los recuerdos del viajero el que junto á esta puerta se encontraba la piscina de Betzaida donde se efectuó la cura milagrosa de un parálítico cuya enfermedad databa de treinta y ocho años.

Junto á la puerta de San Esteban se descubre el cementerio de los turcos. Un viajero inglés, colocado á la opuesta parte del valle, fué desde allí testigo de una ceremonia fúnebre. El cuerpo del difunto, después de haber sido paseado alrededor de la mezquita de Omar, fué conducido al parage donde debía ser enterrado. Los bordes de la huesa estaban cubiertos de tierra colorada ó tierra de Damasco, la misma que segun creen los turcos usó Dios para la formación del primer hombre: colocóse un palo junto al cadáver, y en seguida el iman le dijo: «El diablo te tentará para que te hagas cristiano, pero tú debes hacer buen uso de tu palo; esta prueba durará tres días, después de los cuales entrarás en la casa de la gloria». Mahoma y sus sectarios han corrompido también con esta ceremonia los consuelos mas sublimes de la religion verdadera, pues esta lucha del turco con el diablo es una imagen degenerada del cristiano mismo que combate á la hora de la muerte con el ángel de las tinieblas.

Por último, si la puerta de San Esteban conducía al sepulcro de la Santa Virgen, como opinan muchos autores, cuanto no aumenta su interés esta sola suposición! el nombre solo de la Virgen es para el cristiano lo mas mágico que tiene la religion, y le parece que emanan de él los mas inefables consuelos.

La tradicion nos dice que la Santa Virgen despues de los dolores agudos que habia padecido , pasó los últimos años de su vida con los apóstoles, principalmente con San Juan , iniciada en todas sus buenas obras , compartiendo sus desgracias , ocultando sus virtudes y dolor á los ojos de los judíos , y sufriendo con paciencia , animada por la esperanza cierta de un mejor porvenir. Créese que vivió hasta la edad de setenta y dos años y que no sufrió la enfermedad y corrupcion de la muerte como los demas mortales, sino que semejante á su hijo salió gloriosa de su sepulcro dejando en él su manto virginal, sencillo y pobre trage de esa reina de gloria que los ángeles habian subido al cielo , asi como algunas flores , tierno emblema de su inocencia y de su pureza.

Casi en lo mas hondo del torrente de Cedron deberá el viagero bajar á una gruta por una hermosa escalera á mitad de la cual se encuentran á la derecha los sepulcros de San Joaquin y de Santa Ana, y á la izquierda el de San José. En el fon-

do de la escalera , á mano derecha, se entra en una iglesia encomendada á sacerdotes griegos , cuyo *Sancta Sanctorum* contiene el sepulcro de la Virgen. Sobre cada sepulcro hay un altar , pero sin el menor ornato. Esto no son mas que piadosas presunciones ; tal vez esas piedras no han recibido ni guardado el cuerpo de la mas casta de las vírgenes , pues otros autores suponen que terminó sus dias en la ciudad de Éfeso. La obscuridad de aquellos tiempos , motivada por las terribles persecuciones que ha sufrido la Iglesia , es causa de que no se hayan aclarado cosas tan interesantes para el verdadero cristiano.

Ultimamente , para poner término á lo relativo á las puertas de la Ciudad Santa , añadiremos solo que en las ciudades de la Judea y en las del Oriente en general tenian las puertas otra mayor importancia que las de nuestras poblaciones actuales. En ellas se distribuia en cierto modo la justicia , reuniéndose los aucioneros para oír los debates de los litigantes en presencia del pueblo.

CAPITULO VII.

Monte Sion donde compuso David sus sublimes cánticos. — Es el lugar de su sepultura. — Santo Cenáculo. — Casa en que se encontraban reunidos los Apóstoles el día de la Pascua.

Si salimos de Jerusalem para visitar sus cercanías , tampoco dejarán de seguirnos en todas partes los recuerdos , y ante todo nos detendremos á vista del monte Sion.

LAMINA 13.

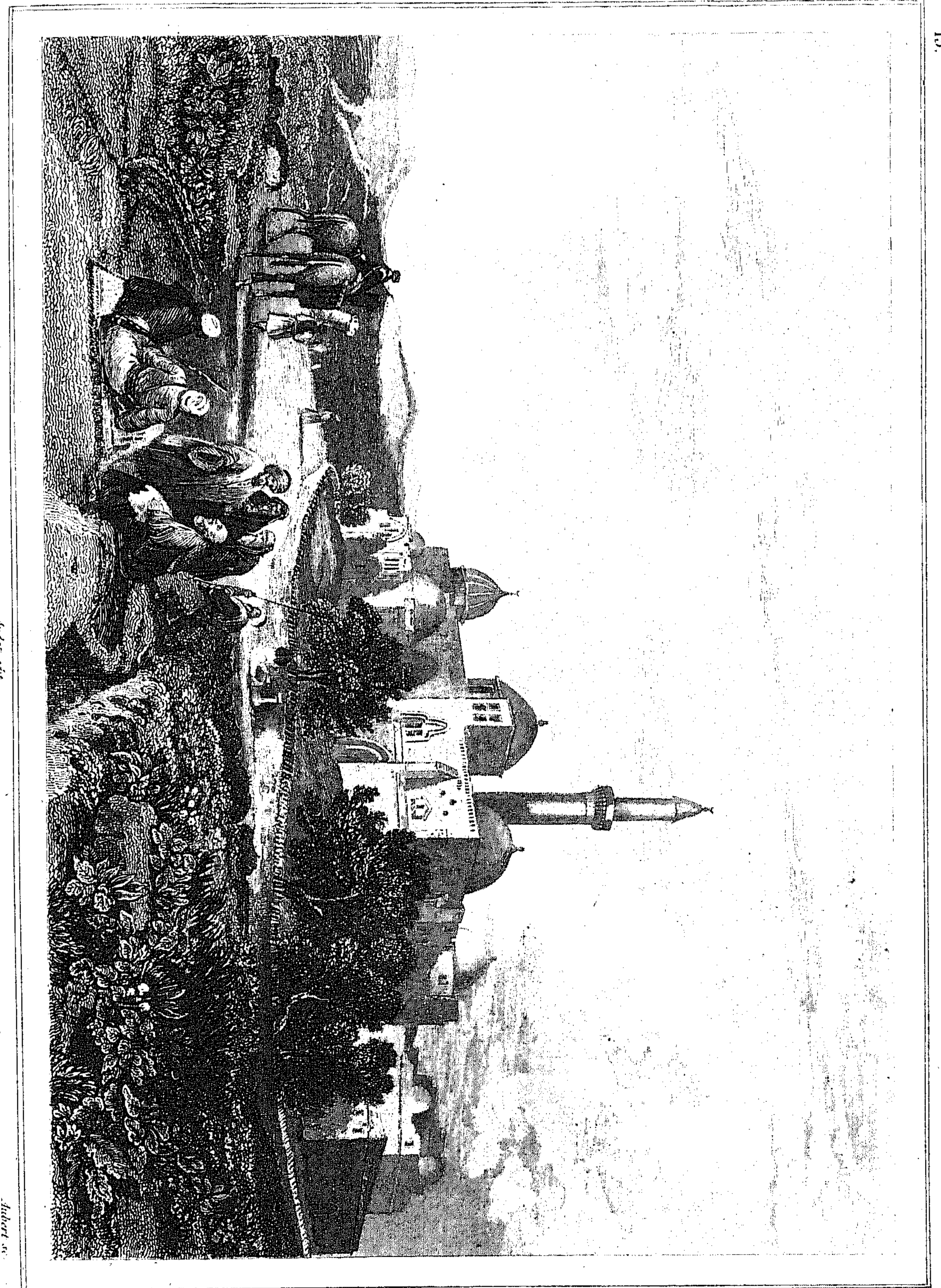
Monte Sion , mezquita de David.

El monte Sion, hoy día cubierto de ruinas en medio de las cuales se encuentran á duras penas, aun teniendo á la vista los libros santos , los lugares consagrados por el recuerdo de David , sitios desfigurados por los sectarios de Mahoma , fué conquistado por aquel profeta quien estableció en ella su morada. Despues de haber adorado al eterno sobre esa colina cuyo nombre

célebre perreneció tambien á Jerusalem, despues de haber cantado sus alabanzas, implorado su bondad, celebrado sus maravillas y anunciado sus dolores y su muerte , quiso descansar en el mismo sitio hasta el día del juicio. En su cumbre fué donde exhaló sus sublimes inspiraciones , y es de ver como los salmos hablan á cada instante de Sion.

Qué ciudad , qué montaña ha recibido durante tan larga serie de siglos semejante tributo de elogios ! Es un rey poeta y profeta el que canta su gloria , la pompa de sus solemnidades , y el que encuentra su sepultura sobre la roca misma donde le fueron dictados sus brillantes versículos.

Bajo el punto de vista poético y pintoresco nos presenta Lamartine el monte Sion, al través de un prisma seductor. La pintura puede



Monte Sion. — Mezquita de David.

Monte Sion. — Mezquita de David.



ser exagerada, pero tiene tan admirable colorido que uno se complace en abandonarse á sus dulces ilusiones.

«A la izquierda del terrero del templo y de las murallas de Jerusalem, la colina sobre la cual está edificada la ciudad forma de repente un declive suave por medio de terraplenes esparcidos á uno y otro lado. Sostiene entonces la colina á unos cien pasos de Jerusalem una mezquita y un grupo de edificios turcos bastante parecido á un villorrio europeo con su iglesia y su campanario. Es Sion, es el palacio y al mismo tiempo la tumba de David, es el lugar de sus inspiraciones y de sus delicias, de su existencia y de su descanso! Lugar doblemente sagrado para mí, puesto que ese cantor divino me ha conmovido tantas veces el corazón é inflamado el pensamiento. Es el primero de los poetas de sentimiento, es el rey de los líricos. Nunca jamás la fibra humana ha resonado con armonías tan íntimas, tan penetrantes y tan graves; jamás el alma del poeta se elevó á tanta altura! nunca jamás el pensamiento del hombre ha derramado en torno suyo expresiones y sentimientos tan tiernos y tan simpáticos! Todos los gemidos del corazón humano han hallado eco en los labios y en la arpa de ese hombre; Y si uno se remonta á los primitivos tiempos en que tales himnos resonaban sobre la tierra; si uno piensa que entonces la poesía lírica de los pueblos más cultos no repetía más que vino, amor, sangre, y las victorias de las musas, y las corridas en los juegos del Peloponeso, no puede menos de admirarnos profundamente el oír los acentos místicos del rey profeta que habla á Dios como un amigo á su amigo, que comprende y alaba sus maravillas, que admira su justicia, que implora su misericordia, y que parece el eco anticipado de la poesía evangélica.

«Yo, pobre poeta de un tiempo de decadencia y de silencio, si hubiese vivido en Jerusalem hubiera escogido el lugar de mi morada y la piedra de mi descanso en el mismo sitio que eligió David. Es la vista más hermosa de la Judea, de la Palestina, y de Galilea. Jerusalem está á la izquierda con su templo y sus edificios los cuales podía contemplar el rey sin ser visto. Delante de él unos fértiles jardines podían conducirle hasta el fondo de la madre del torrente cuyas aguas y murmullo tanto le gustaban. Al-

go más allá se abre el valle y se ensancha. Entonces ofrecen sombra las higueras, los granados y los olivos; sin duda que encima de alguna de esas rocas suspendidas en cierto modo sobre el agua; sin duda que en alguna de esas grutas sonoras que reciben el ambiente fresco del torrente, sin duda que debajo de alguno de esos terebintos, abuelos del árbol, cuyas ramas me cubren, venía el poeta sagrado á recibir sus inspiraciones melodiosas.

«El palacio de David tiene vistas sobre la verde torrentera de Josafat y desde él, de vertiente en vertiente, de cumbre en cumbre, y de ondulacion en ondulacion, van á fijarse las miradas á las orillas del mar muerto. Este no es como algunos se lo han figurado una especie de lago petrificado en un horizonte triste y sin color: preséntase desde el monte Sion como uno de los más hermosos lagos de la Suiza ó de Italia, cuyas aguas descansan entre la sombra de las altas montañas de la Arabia, entre las piramidales y brillantes cumbres de los últimos montes de la Judea.»

Cuando el doctor Richardson visitó esta montaña en 1818, una parte de ella presentaba un campo de cebada, y la otra, apesar de no ser inculta, ofrecía una mezcla de piedras y de cal como se encuentra ordinariamente al acercarse á las ciudades arruinadas. Esta montaña tiene cerca de una milla de circunferencia. Casi han desaparecido todos sus monumentos, y los únicos de que quedan vestigios son:

Primero. La casa de Caifas donde condujeron á Jesus y donde le negó San Pedro: hoy día es un convento armenio.

Segundo. El sepulcro de David.

Tercero. El Santo Cenáculo. Santa Helena hizo levantar en él una iglesia llena de los más magníficos adornos, pero los sarracenos la arruinaron despues, y á duras penas una reina de Sicilia pudo á fuerza de oro hacerla restituir á los padres de la Tierra Santa. En 1560 se apoderaron de ella los turcos y la convirtieron en una mezquita de la cual son hoy día únicos poseedores.

Este edificio tiene dos pisos: el primero contiene dos salas, una de ochenta pasos de largo y diez y seis de ancho, y la segunda de veinte y dos pasos de largo sobre catorce de ancho. El segundo piso tiene también dos salas tan gran-

des como las del primero: en una de ellas instituyó Jesucristo el augusto sacramento de la Eucaristia, y en el otro, que está junto á él, se reunieron los discípulos cuando el Espíritu santo bajó sobre ellos el día de la Pascua de Pentecostes.

El sepulcro de David, es decir, la grande mezquita que lleva hoy día este nombre, no puede ser visitado por ningun cristiano, aunque ofreciese las mayores sumas. Si bien que habituados los turcos á vender su penoplácito, son inexorables en este punto, y guardan con sumo cuidado ese edificio religioso. A pesar de esto, algunos viajeros aseguran haber penetrado en él y visto tres sepulcros dentro de un obscuro peñasco.

Si de la region occidental de Jerusalem pasamos á la oriental, debemos atravesar el Jordan que serpentea por el triste valle de Josafat, y llegamos al pie de otra montaña, la de los olivos, tan célebre en la vida de Jesucristo.

LAMINA 14.

Jardin de los olivos.

El jardín de los olivos es una especie de vergel que ha recibido su nombre de la multitud de aquellos árboles que en otro tiempo le cubrían, y á la sombra de los cuales se encontraba solaz y descanso; pero hoy día no se ven mas que nueve ó diez muy viejos y de una corpulencia poco comun; dícese que están allí desde la época de Jesucristo, y esta creencia es razonable si se tiene en cuenta que esos árboles tienen la facultad de reproducirse casi sin fin por medio de retoños que unidos al tronco principal le da la apariencia de una magnitud extraordinaria. Este jardín está rodeado de una pared de tres pies de alto, y su longitud es de doscientos pies sobre ciento cuarenta de anchura. Encuétrase en él una roca, que forma una gruta rogiza bastante ancha y de dos pies de alto, donde quedaron dormidos los tres apóstoles que Jesus habia dejado en ella: aun se enseñan á los peregrinos las figuras de tres cuerpos echados.

La situacion de esa gruta, abierta en el peñas-

co de Cedron, está justificada por el aspecto de los lugares que presenciaron las escenas del drama evangélico; sin duda es aquel el valle sentado á la sombra de la muerte, el abismo oculto debajo las murallas de la ciudad, y el hueco mas profundo y en cierto modo el mas retirado donde Jesucristo, que debia tener por enemigos á todos los hombres, porque debia atacar la mentira, debió buscar algunas veces abrigo y recogimiento para meditar, para orar y para sufrir.

El torrente impuro de Cedron, pues en realidad no es mas que un albañal de la ciudad, se desliza á algunos pasos de distancia; la colina de los olivos se une un poco mas allá á las demas que sostienen el sepulcro de los reyes donde forman grupo en torno los terebintos y las higueras; esos árboles frutales que el pobre pueblo cultiva siempre en las cercanias de una ciudad populosa, aun sobre un terreno desigual y peñascoso, debian ocultar la entrada de la gruta: ademas, las ruinas que sepultaron á Jerusalem no llegaron á conmovér ni menos á mudar el aspecto de este sitio. Los discípulos que habian velado y orado con Jesucristo pudieron volver y decir, haciendo una señal en cada roca y en cada árbol: *este era el sitio.* Por otra parte no desaparece un valle como se borran los vestigios de una calle, y el menor peñasco dura mas que el mas magnífico templo.

Sobre el montecillo de Jetsemani, donde todo está consagrado por algun recuerdo piadoso, se vé separado de todo lo demas un pequeño trecho de unos doce pies de largo, trecho reputado por todos lugar de maldicion: créese que es el sitio donde Judas hizo traicion á su maestro. El recogimiento y la verdad con que los religiosos enseñan esos lugares, donde tuvieron lugar los sucesos mas tiernos y mas imponentes de la historia del Salvador, no pueden menos de aumentar el interés que se siente cuando se medita que uno pisa la misma tierra en que el hombre Dios y sus discípulos se reunieron tan frecuentemente para tratar de las cuestiones relativas á la salvacion y para recibir instrucciones divinas acerca del plan misterioso de la redencion que se preparaba.

La vista de que se goza en Jetsemani es una de las mas agradables de las cercanias de Jerusalem. Desde la orilla de un precipicio se ven

muy distintamente las murallas de la ciudad, y puede distinguirse al través de los árboles el puente echado sobre el torrente de Cedron. El cementerio turco, establecido en este sitio, se

nota tambien por sus sepulcros blancos en su mayor parte y por los turbantes que los dominan, como emblema de la fé de los musulmanes cuyos cuerpos están depositados en contorno.

CAPITULO VIII.

Valle de Josafat. — Su aspecto físico. — Sentimiento de tristeza y de terror que inspira. — Torrente de Cedron. — Sepulcros de Josafat, de Absalon y otros. — Jericó antigua y moderna. — Sus rosas y sus bálsamos.

SALIMOS de un lugar de desolacion, de una tierra bañada con las lágrimas y sudor de un Dios, para entrar en el mas triste valle que pueda imaginarse.

LAMINA 15.

Valle de Josafat.

Valle sembrado de sepulcros, valle célebre en las tradiciones de todos los pueblos y donde todos están acordes en colocar la escena terrible del juicio final; valle en cuyas márgenes ha pasado la grande escena del drama evangélico; valle recorrido por todos los profetas, dando gritos de tristeza y de horror que parecen resonar todavía; valle en fin que oirá el ruido del torrente de las almas, que, precipitándose hácia Dios, se presentarán para el fatal juicio: por cierto que es digno de estudiarse su aspecto físico para comprender mejor como ha podido ser escogido para teatro de la resurreccion y del juicio final.

Esta lámina nos ofrece de él una vista exacta, y un escritor moderno nos le describe del modo siguiente:

«Al valle de Josafat se da tambien en la escritura el nombre de valle de Sara, de valle real y de valle de Melquisedec. En él fué donde el rey de Sodoma vino á cumplimentar á Abraham despues de la victoria que este patriarca habia conseguido contra unos reyes pastores. Encuéntrase entre el monte olivete y el monte Moria. Su aspecto es sobremanera triste: las murallas góticas de Jerusalem que le rodean de la parte de

poniente, esparcen por él una sombra, una especie de obscuridad propia para hacer entrar el alma en las reflexiones serias que naturalmente inspira el nombre de Josafat. Parece haber sido en todos tiempos una especie de cementerio; la vista no se detiene mas que en trofeos de la muerte, y vé sepulcros de la mas alta antigüedad mezclados con otros muy recientes. Hácia ese valle vuelven sus miradas los judios dispersos por el universo, y millares de entre ellos abandonan su patria, aun en la flor de su edad, con la esperanza de ser sepultados en él. Innumerables son sus piedras sepulcrales, pues cubren casi enteramente el monte de los escándalos, donde Salomon prevaricó, estiéndense á lo largo del torrente de Cedron, y por detrás de los sepulcros de Absalon, de Zacarias y de Josafat, llegan hasta el camino de Betania. El pueblo de Siloé se vé de tal suerte rodeado de ellos que parece formar parte de ese vasto cementerio de los Israelitas».

Qué terror se apodera del peregrino al pensar que este valle será un día el punto de reunion general y el sitio donde se descubrirán y serán castigadas muchas enormidades hoy día ocultas? La tristeza, la soledad de ese valle solemne, los recuerdos que escita, todo esplica bien esa emocion religiosa y terrible. Quien no ha temblado á vista de los cuadros de Rafael que representan el juicio final? Quien ha podido oír jamas sin sentir un estremecimiento involuntario las estrofas del *Dies iræ* tan ricas en imágenes fuertes y amenazadoras?

El torrente de Cedron se ha llamado asi de

los cedros que antiguamente vejetaban en sus orillas, y segun otros porque Cedron significa obscuro. Atravesando el valle de Josafat va á precipitarse al mar muerto y corre á veinte pasos del jardin de Jetsemaní. Pasóle David para huir de la persecucion de Absalon; hoy dia, aun despues de las lluvias consecutivas, está casi siempre en seco, cosa que dicen provenir de que en muchos puntos se han cortado las aguas para dirigir las á los algibes. Entre los sepulcros principales de sus inmediaciones debe contarse el de Josafat, el de Absalon, y el del profeta Zacarias: á pocos pasos está la gruta donde San Jaime se ocultó al tiempo en que prendian á su maestro.

LAMINA 46.

Jerico.

A la estremidad del mar muerto donde va á echarse el Cedron, es decir, á algunas leguas de Jerusalem, el viagero encuentra la antigua ciudad de Jerico, célebre en los libros santos y cuyo nombre significa *luna*, porque su construccion figuraba una media luna, ó porque en ella se adoraba este astro. Está situada en una grande llanura que lleva su nombre, y la bañan hermosas fuentes á par que la rodean muchísimas palmeras.

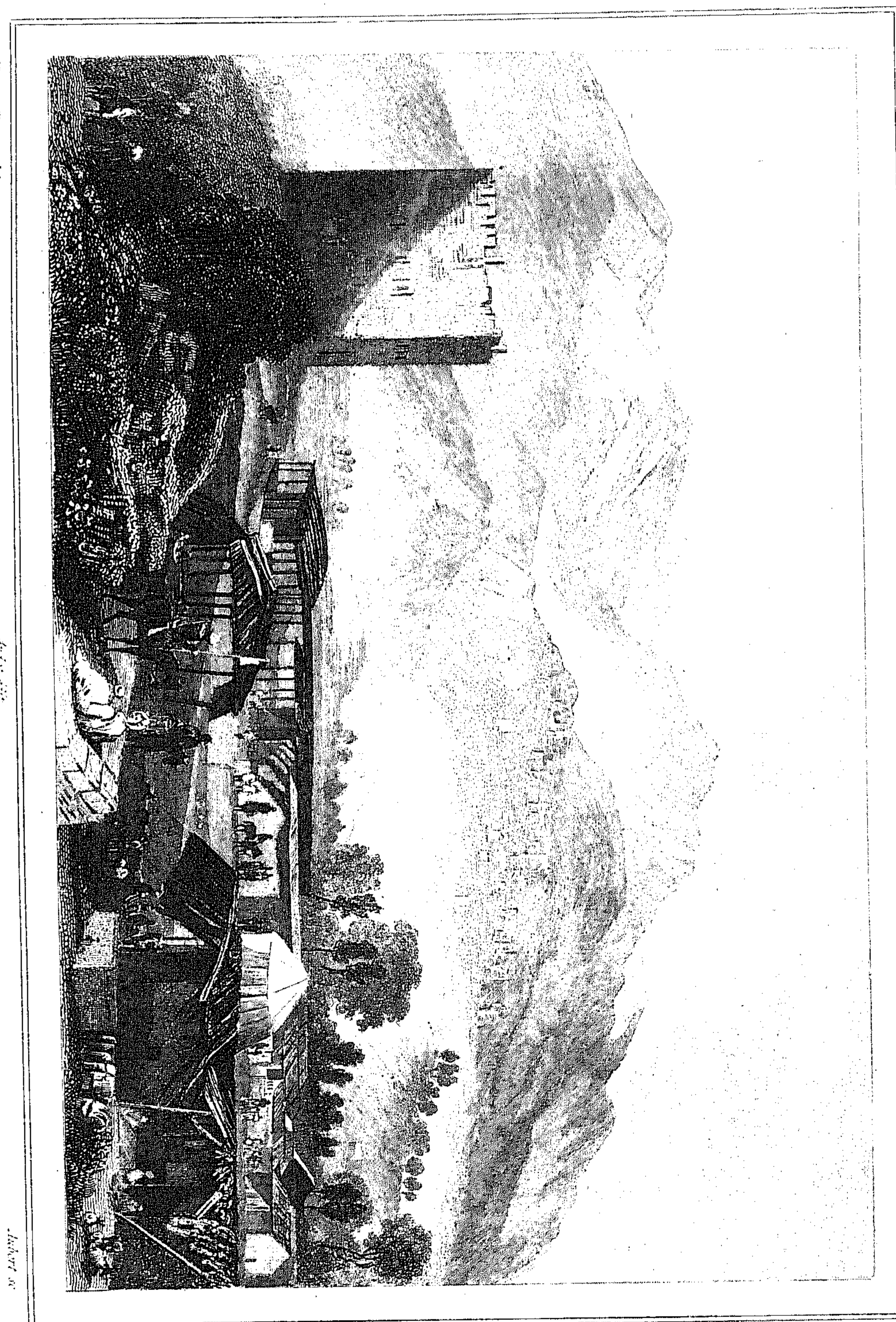
Fué la primera conquista de los Israelitas á esta parte del Jordan. Josué, que mandaba el ejército, envió allí espías que fueron recibidos y ocultados por Rahab, cuya fé en el Dios de Israel le salvó con toda su familia. Era poblacion considerable, bien fortificada, y residencia de un rey cananeo. Pero los Israelitas se apoderaron de ella de un modo milagroso, pues bastó á todo el ejército dar durante siete dias una vuelta á la ciudad llevando por delante el arca de la alianza, y las murallas, cuya altura era extraordinaria, cayeron por sí mismas al sonido de las trompetas. Entonces penetraron por todas partes los Israelitas y acabaron con la ciudad y sus habitantes á escepcion de la casa de Rahab que fué declarada asilo inviolable. Josué lanzó un anatema contra cuantos quisiesen reedificarla, y solo quedaron en pié algunas habitaciones. Un idólatra

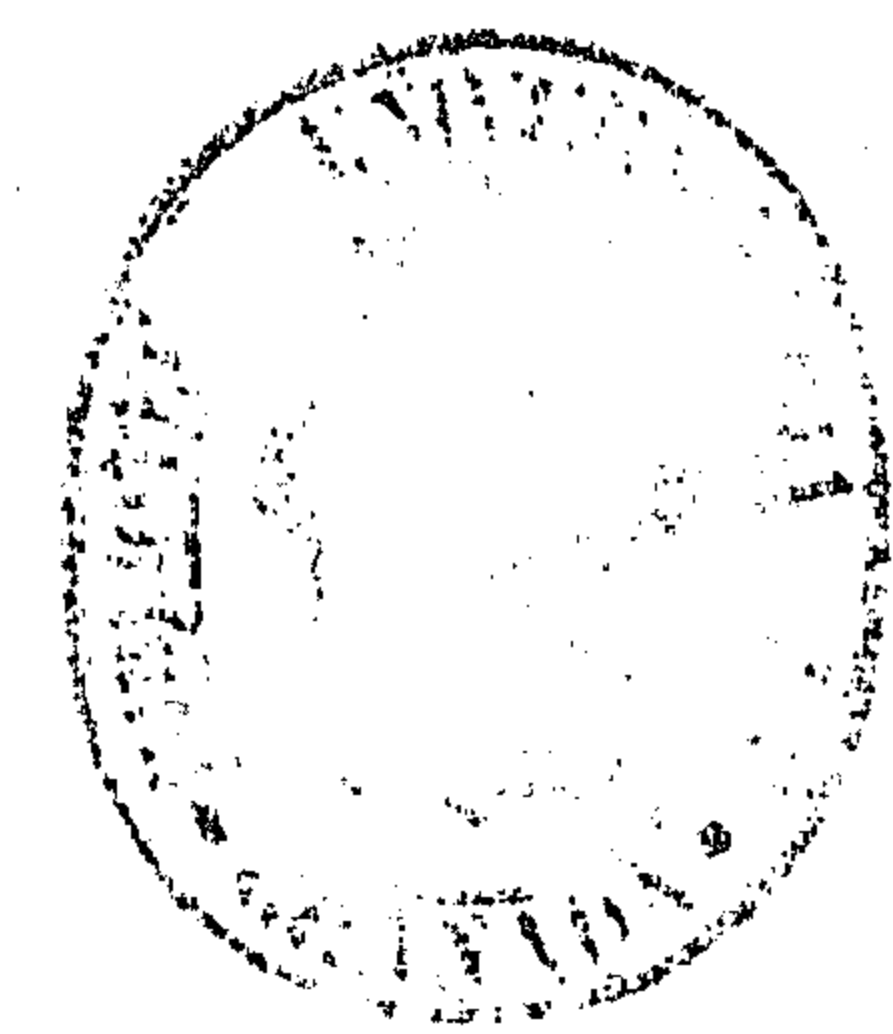
quiso contravenir á este anatema bajo el reinado de Acab, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y unos tras otros murieron sus hijos durante esta construccion temeraria. Elias y Eliséo han dado otra celebridad á esta poblacion, pues el primero salió de ella para subir á un carro de fuego, y el segundo hizo en ella un gran milagro, convirtiendo en agua buena la de una fuente que era malísima.

En tiempo de los macabeos, Jerico fué ocupada por el general del ejército de Demetrio, quien construyó en ella una buena ciudadela. Los últimos reyes de Judá se complacieron en adornarla con hermosos edificios, y Herodes el grande fijó en ella su morada, habitando un magnífico palacio. En tiempo de Tito fué destruida Jerico, pero posteriormente Adriano la reedificó por tercera vez, de manera que en tiempo de San Gerónimo era de nuevo considerable. Habiéndose apoderado los franceses de la Palestina, el rey de Jerusalem entregó su dominio á la iglesia del Santo Sepulcro, pero con el tiempo pasó á ser propiedad de las religiosas de Betania.

Jerico es asimismo célebre porque en ella se recogia el bálsamo de Judea tan decantado, asi como sus famosísimas rosas. El historiador de los judios, Josefo, nos hace una pintura brillante de la fertilidad de Jerico que debia ser grande en su tiempo: veamos como la describe Michaud tal como es hoy dia:

« La pequeña ciudad de Jerico de los árabes está rodeada de sicómoros, de plantas de las cuales se recoge el bálsamo, y de nópalos espinosos que sirven de vallado á los campos y jardines; algunos trechos de tierra están sembrados de cebada y de trigo, y no se vé una sola palmera en los lugares donde se elevaba la poblacion á la cual dió Moises el nombre de ciudad de las palmas. Jerico ha perdido tambien sus rosas que han dado lugar á tan maravillosas narraciones: pero en cambio se encuentran tres clases de árboles frutales que en vano se buscarán en otras partes, entre ellos una especie de ciruelo. La mayor parte de los rosarios que se venden en Jerusalem son hechos con huesos de sus frutas, las cuales ademas dan un aceite vulnerario sobremanera apreciado en el pais.





CAPITULO IX.

Ciudad y reino de Samaria. — El Jordan. — Su descripción por varios autores modernos. — Inspiraciones de lord Byron sobre el Jordan.



Robert sc.

-Anst. del.

Bords du Jourdain.

Barry. Byron del.

Rive del giordano.

Orillas del Jordan.

TÓCANOS despues de haber descrito la ciudad de Jericó hablar de la ciudad y del reino de Samaria cuya historia es enteramente distinta de la de otros pueblos de Judea, y que se conserva hace veinte y ocho siglos en medio de los cambios políticos que han tenido lugar en torno de ella.

LAMINA 17.

Samaria.

En tiempo de Jesucristo era Samaria la segunda provincia de la Palestina, y comprendia los antiguos territorios de la tribu de Efraim, asi como el que Manasés poseia á esta parte del Jordan. Ocupaba toda la estension, de oriente á occidente, comprendida entre este rio y el mediterráneo, de suerte que estaba situada al norte de la Judea y al sur de la Galilea, separando estas dos provincias. Es un pais montañoso, pero muy fértil, cuyos valles y llanuras bañan muchos rios que contribuyen á su fecundidad. Son numerosos sobre todo los olivos, y no falta caza. Los habitantes de esta provincia no eran en su mayor parte descendientes de Abraham, y si solo traian su origen de las familias cautivas que Salmanazar habia enviado al reino de las diez tribus durante su cautiverio. Su capital sostuvo muchos sitios. Los asirios la acometieron por espacio de tres años consecutivos, apoderáronse al fin de ella y redujeron á cautiverio á todos sus habitantes.

Delante de ella fué donde dos discípulos de Jesucristo querian hacer bajar fuego del cielo porque los habitantes se negaban á dar hospitalidad á su maestro; mas este les reprehendió diciendo: «No conoceis aun vuestra mision; el hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres, sino para salvarlos».

«La nacion samaritana, dice Sacy, despues de haber hecho un importante papel en el teatro del mundo, se ha mantenido hasta hoy dia, aun en medio de los trastornos generales sobrevenidos en la Tierra Santa, y han conservado los habitantes su religion, su idioma, sus libros sagrados, y el lugar principal de su culto. Acaso, antes que pasen dos ó tres generaciones, desaparecerán estos restos del único lugar donde existen todavia algunas familias!

«El traje con que los samaritanos se distinguen de todas las demas sectas ó naciones, es el turbante que llevan sobre la cabeza en los sábados y dias de precepto, así como el vestido blanco que al dirigirse á sus sinagogas llevan siguiendo en un todo la ley de Moises.

«Los samaritanos permanecen en algun modo separados de los turcos, de los judíos y de los cristianos, y no se casan mas que individuos de la secta misma entre sí. El primer dia de la pascua celebran á media noche la fiesta del sacrificio del cordero, le reparten entre los presentes y le comen en la misma iglesia, pues hace unos veinte años que no pueden hacerlo sobre el monte Garizim».

La ciudad de Samaria está casi hoy dia destruida, enriqueciéndose otras sobre sus ruinas. Todavía se vén algunas columnas, unas de pie y otras casi sepultadas; pero en vez de las magníficas casas y palacios que poseia en otro tiempo, no se encuentran en ella mas que cavernas habitadas por los infelices árabes.

LAMINA 18.

Orillas del Jordan.

Despues de haber trazado la historia de los samaritanos, que tanto se distinguen de sus vecinos, acerquémonos á las orillas del Jordan tan

llenas de recuerdos : tambien es el Jordan una particularidad de la Judea , pues goza por decirlo asi del privilegio de bañar y de fecundizar el pais de que tratamos.

La historia del Jordan es la de la misma Tierra Santa , pues reúne en sí todo lo mas memorable de ese pais predilecto del cielo. Moises reunido con los ancianos del pueblo , manda á los israelitas que cuando hayan pasado el Jordan y entrado en el pais que les ha ofrecido el cielo , levanten al momento un altar en señal de su reconocimiento. Despues de la muerte de Moises atravesó Josué el rio cuyas aguas suspendieron milagrosamente su curso abriendo paso á los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza. Las orillas del Jordan nos recuerdan tambien la marcha de David hácia la capital de su reino cuando hubo vencido á Absalon : pero ciertamente que sus mas tiernos recuerdos son los que hacen relacion con la predicacion del precursor y con el bautismo de Jesucristo. Este pasó muchas veces el Jordan , se detuvo no pocas en sus orillas y aumentó grandemente su celebridad.

El Taso en su inmortal poema ha ilustrado tambien las orillas del Jordan y seguramente que la historia de los cruzados no dejará de ofrecernos recuerdos los mas gloriosos y al mismo tiempo los mas tiernos.

Valle del Jordan.

« Cuando se habla de un valle , dice Chateaubriand , represéntasenos uno cultivado ó inculdo : si lo primero , le vemos cubierto de mieses , de viñedos , de pueblos y de rebaños : si lo segundo , se vén prados ó bosques : si le baña un rio , las aguas serpentearán por él , y las colinas que rodeen el valle tendrán tambien esas sinuosidades cuya perspectiva nos atrae agradablemente.

« Pero nada de esto se vé en el valle del Jordan ; figúrese uno dos largas cadenas de montañas que corren paralelamente del Septentrion al mediodia , sin vueltas ni sinuosidades. La cadena de levante , llamada montaña de la Arabia , es la mas alta , y vista á distancia de ocho ó diez leguas se diría ser una montaña perpendicular , muy semejante al Jura , por su forma y por su color azulado ; no se distingue

ninguna cumbre , ninguna cima , y solo de trecho en trecho se vén ligeras curvas , como si la mano del pintor que trazó esta línea horizontal sobre el cielo , hubiese temblado en algunos parages.

« La cadena de poniente pertenece á las montañas de la Judea. Menos alta y mas desigual que la cadena del este : es de muy distinta naturaleza , pues presenta grupos que imitan la forma de una hacha de armas , de banderas desplegadas , y de tiendas de un acampamento que está al borde de una llanura. Por el contrario , los negros peñascos de la parte de la Arabia estienden á lo lejos su sombra sobre las aguas del mar muerto. El mas pequeño pájaro no encontraría en esas rocas un grano ni una hoja para alimentarse : todo anuncia la patria de un pueblo maldito , y todo parece respirar el horror del incesto que engendró á Ammon y Moab.

« El valle comprendido entre esas dos cadenas de montañas presenta un suelo semejante al fondo de un mar que hace tiempo se haya retirado , playas de sal , un alveo disecado y arenas móviles como surcadas por las olas. A uno y otro lado vegetan penosamente sobre esa tierra de muerte algunos miserables arbustos cuyas hojas están cubiertas de sal y cuya corteza tiene el gusto y el olor del humo : en vez de pueblos se notan las ruinas de algunas torres. En medio del valle pasa un rio sin color , y parece que arrastra apesar suyo las aguas hacia el pestífero lago que las sorbe. Su curso por entre la arena no se conoce mas que por los sauces que le orillan , al mismo tiempo que por los cañaverales que le cercan , donde se oculta el árabe para acometer al viagero y para despojar al peregrino.

« Tales son esos sitios célebres por las bendiciones y por las maldiciones del cielo ; ese rio es el famoso Jordan ; aquel lago es el mar muerto que se presenta brillante pero cuyas aguas parecen haber sido envenenadas por las ciudades culpables que oculta en su seno. Sus abismos solitarios no pueden alimentar á ningún ser viviente : solo ruinas bateles habrán acaso surcado sus ondas : en sus playas no se vén pájaros , árboles ni verdura , y su agua sobremanera amarga es tan pesada que no pueden enfurecerla los mas impetuosos vientos. »

Chateaubriand deseaba ver el Jordan en

el parage donde se echa al mar muerto , punto esencial no reconocido hasta entonces mas que por un viagero. Pero sus guías , apesar de estar bien armados , se negaron á acompañarle : « Fué preciso , pues , dice , contentarme con internarme lo mas que pude. Caminamos durante una hora y media no sin mucho trabajo por encima de una arena blanca y fina. Nos adelantamos hácia un bosque de bálsamos y tamarindos que con mucho asombro veía elevarse en medio de un suelo estéril. De repente mis guías se detuvieron y me señalaron en el fondo de un barranco una cosa que yo no habia observado todavía ; sin poder decir lo que era , entreví una especie de arena movediza sobre un suelo inmóvil. Me acerqué á tan singular objeto , y ví un rio amarillo cuyas aguas se distinguian apenas de las arenas de sus orillas. Su madre era estrecha y profunda : era el Jordan.

« Habia visto los mas grandes rios de América con el placer que inspira la soledad y la naturaleza ; ansioso habia visitado el Tibre y buscado con interés la corriente del Eurotas : y sin embargo no puedo espresar lo que sentí á vista del Jordan. No solo este rio me recordaba una antigüedad famosa y uno de los mas bellos nombres que jamas una brillante poesia ha confiado á la memoria de los hombres , sino que sus orillas me ofrecian el teatro de los milagros de la religion. La Judea es el único pais que enlaza á los ojos del viagero , los recuerdos humanos con los divinos , y que con esta mezcla hace nacer en el fondo del alma sentimientos é ideas que ningun otro lugar podia inspirarle.

« Desnudáronse mis guías y se echaron al rio. No me atrevia á imitarlos á causa de la fiebre que me atormentaba siempre , pero me eché de rodillas á sus márgenes con mis dos criados. Habíamos olvidado llevar la Biblia , pero el religioso que nos acompañaba y conocia las costumbres , entonó el *Ave maris stella*. Respondimos como responden los marineros cuando llegan al término de su viage. Saqué entonces agua del rio , y no me pareció tan dulce como el azucar , como ha dicho un misionero , sino que por el contrario la encontré algo salobre ; pero aunque bebí de ella una grande porcion no me hizo ningun daño , y creo que sería muy agradable si estuviese limpia de arena.

« El Jordan es tambien un rio sagrado para

los turcos y para los árabes que conservan muchas tradiciones hebraicas y cristianas.

« Volvimos á ver el Jordan unas dos leguas mas allá , casi delante de Jericó , donde los Israelitas pasaron el rio , y donde Jesucristo fué bautizado. Le ví tan estrecho y profundo como una legua mas abajo. Apunté lo que me pareció mas importante y le saludé por última vez llenando de su agua una botella y cogiendo en sus orillas algunas cañas. »

Michaud en su correspondencia de oriente nos dá detalles curiosos sobre las ceremonias religiosas que practican los cristianos y los griegos en las orillas del Jordan , completando de esta suerte el cuadro que Chateaubriand no ha hecho mas que diseñar :

« El Jordan cuando se echa al mar muerto ensancha su madre y es poco profundo ; sus orillas están entonces cubiertas de lodo y de cañaverales ; los ánades salvages se solazan junto á la embocadura , mientras serpentea el rio por entre una doble línea de sauces y de cañas. Cuando las piadosas carabanas acuden allá deseosas de visitar el sitio en que Jesucristo recibió el bautismo , tiene que temer incesantemente las bandas de Beduinos , mas aun que á las mismas fieras del desierto. Apenas han llegado los peregrinos cuando se desnudan y dando gritos de alegría se meten en el rio. Los cristianos se zambullen por tres veces en el agua sagrada , persiguiéndose continuamente , mientras que los sacerdotes griegos derraman el agua bautismal sobre la cabeza de muchos peregrinos. Los griegos beben del rio tanta agua como pueden , y se bañan con una alegría religiosa. Purificando su cuerpo , creen tambien purificar su alma ; segun su opinion se lleva el rio todas las manchas , de modo que al salir del Jordan vé cada peregrino abrirse para sí las puertas del cielo.

Arrancan ademas ramas de sauce en memoria de su peregrinacion , y hacen buena provision de agua en sacos de cuero.

« Si el torrente de Cedron , ó de la tristeza , debe gemir desliziándose , no asimismo el Jordan , pues cada murmullo de sus aguas es una armonía. Este lugar fué reputado santo entre los cristianos primitivos , y los fieles acudian allá de paises los mas lejanos para regenerar su fé. Durante la edad media , cuantos cristianos del occidente no han ido á visitar sus orillas ! Chateau-

briand escogió este sitio para la escena del bautismo de Cimodocea, la heroína de los Mártires.

El tierno Lamartine bajó también por las umbrosas vertientes del monte Thabor, atravesó una llanura amarillenta, pero fértil, y descubrió al fin el inmenso valle del Jordán y los primeros reflejos azulados del hermoso lago de Genesareth ó sea del mar de Galilea.

«Pronto, dice, el río se desplegó entero á nuestra vista, rodeado de todas partes, excepto del mediodía, de un anfiteatro de altas montañas pardas y negras: á su estremidad meridional, casi debajo de nuestros pies, se abre el valle para dar salida al río de los profetas, al río del evangelio, al Jordán!

«Este pasa murmurando por debajo de las arruinadas arcadas de un puente de arquitectura romana. Allí nos dirigimos por un declive rápido y peñascoso, para saludar sus aguas consagradas en los recuerdos más sublimes. En pocos minutos llegamos á sus orillas, nos apeamos, nos lavamos la cabeza, los pies y las manos, y clavamos los ojos en sus aguas azules como las del Ródano cuando se separa del lago de Ginebra. En este sitio, que es sin duda la mitad de su carrera, no sería el Jordán digno de llamarse río en un país más vasto, pero sin embargo es mayor que el Eurotas y que muchos otros ríos cuyos nombres fabulosos ó históricos oímos desde nuestra infancia y nos presentan una imagen de fuerza, de abundancia y de rapidez que la vista de la realidad destruye. El mismo Jordán no es más que un torrente, si bien que á fines de un otoño poco lluvioso serpentea por un lecho de cien pies de ancho con dos ó tres de profundidad, y nos ofrece una agua tan clara y transparente que permite contar los guijarros que en su fondo se encuentran. Bebí con el hueco de mi mano de esas aguas que tantos poetas divinos habían bebido antes que yo, y la encontré dulce y de un sabor muy agradable.

«Ni más ni menos que los demás viajeros que al través de tantas fatigas, distancias y pe-

ligros, van á visitar en su abandono ese río que en otro tiempo era rey, llené de sus aguas varias botellas para traerlas á algunos amigos menos felices que yo, y guardé los guijarros que pude reunir en sus orillas. ¿Porqué no llevé también conmigo el número santo y profético que inspiraba en otro tiempo, y sobre todo esa pureza de ánimo y de corazón que le es peculiar desde que bañó la frente del más puro y más santo hijo de los hombres?»

Por fin, forzoso es que este río por pequeño y limitado que sea, tenga el poder de despertar grandes recuerdos y de inflamar el genio de los poetas, puesto que el mismo lord Byron, tan poco inclinado á las ideas religiosas, se sintió inspirado sobre sus orillas y escribió las siguientes estrofas:

I.

«Sobre las orillas del Jordán andan errantes los camellos del árabe; sobre la colina de Sion oran los ministros de los falsos dioses; sobre el peñasco de Sinaí doblan la rodilla los idólatras de Baal..., pero aquí, en este lugar, gran Dios! tu rayo duerme en silencio!

II.

En este lugar..... donde tu dedo rompió la tabla de piedra....., donde tu sombra brilló sobre tu pueblo....., donde tu gloria se cubrió con tu vestido de fuego....., no aparecerás ya más para herir de muerte al que no te vea?

III.

Oh! como brilla tu mirada con el resplandor del rayo! Arranca la lanza de la mano rota del opresor: por cuánto tiempo la tierra de elección será pisada por los tiranos? Por cuánto tiempo aun quedará tu templo sin culto?

CAPITULO X.

Nazareth. — San Luis la visita en 1254. — Varios monumentos que recuerdan la mansión de la Santa familia en esta ciudad. — Sus cercanías. — Belén. — Gruta de San Gerónimo. — Pastores actuales en Belén.

Sobre el Jordán debe su mayor celebridad al bautismo de Jesucristo, héos aquí una ciudad de la baja Galilea, situada entre el mediterráneo y el lago de Tiberiada, que recibe hace diez y ocho siglos el homenaje de los más piadosos é ilustres viajeros: tal es Nazareth.

LAMINA 19.

Nazareth.

Todos los peregrinos buscan en Nazareth los menores vestigios de la santa y pobre familia que moró en ella, y del divino niño cuya juventud se pasó en la obscuridad de este lugar. Nazareth podrá acaso olvidar al ejército francés que en 1799 peleaba con intrepidez al pie de sus murallas, pero nunca olvidará la visita que hizo en ella San Luis en 1254.

San Luis, dicen los historiadores, llegó á Caná de Galilea la víspera de la Anunciación, llevando sobre sus carnes un áspero silicio: dirigióse desde allí al monte Thabor y el mismo día llegó á Nazareth. No bien divisó esta pequeña población cuando se apeó y dobló la rodilla para adorar de lejos este Santo lugar donde se consumó el misterio de nuestra redención. Adelantóse hasta aquel punto á pie, apesar de sentirse sumamente cansado, y de haber ayunado aquel día con pan y agua. El día siguiente hizo celebrar el oficio divino, es decir los maitines, la misa y las vísperas. Tomó el viático de manos del legado, y puede decirse que jamás había sido Dios honrado con más devoción en sus lugares predilectos.

Situada Nazareth en una posición hermosísima, y apellidada ciudad en los libros santos, no es hoy día más que un miserable villorio cuyas

casas y habitantes llevan en sí el sello de la pobreza. Está colocada en un valle de forma circular, y rodeada de quince montañas que parecen haberse acercado para circuir este sitio delicioso y defender su entrada. Este valle dividido en pequeños jardines con hileras de perales espinosos, abunda en higueras, y el suelo se cubre de una yerba fina y compacta que ofrece excelentes pastos. Las casas de esta población son estrechas, de techo llano, y construidas con una especie de piedra muy ligera y esponjosa. Un pequeño riachuelo corre por medio de las calles que son muy estrechas; y en el centro del lugar se encuentra una mezquita cuyo minarete parece proclamar diariamente que las falacias del Alcorán han reemplazado la moral pura del evangelio. Su población es de unas dos mil almas, la tercera parte de cristianos, y ningún judío obtiene permiso para habitar en ella.

En esta población es en donde está situada la modesta casa que la Virgen recibió del patrimonio de Santa Ana, casa abierta en la roca, y á la cual se baja, como á un subterráneo, por diez y seis escalones. Estaba dividida en dos partes: la primera era la estancia que según una tradición piadosa fué trasladada por los ángeles á Loreto, y la segunda una gruta abierta en el mismo peñasco. El paraje en donde la Santa Virgen oraba cuando se la apareció el ángel Gabriel está marcado con una columna de granito que Santa Helena hizo colocar en él. Vénse tres altares, uno dedicado á San José, otro consagrado á Santa Ana, y el tercero á San Gabriel: hay quien dice que existe otro dedicado á la Santa Virgen.

En Nazareth se vé todavía, á corta distancia y al poniente de la santa gruta, un antiguo edi-

ficio de piedra sillera que se cree ser la sinagoga donde entró Jesucristo cierto sábado para ilustrar á sus compatriotas y para instruirles explicándoles particularmente las profecias de Isaías que hacian referencia á su persona. Pero en vez de convencerse le arrojaron de la ciudad y le llevaron á una alta roca para precipitarle desde allí; pero Jesus, cuya hora no era llegada todavia, pasó en medio de ellos, bajó milagrosamente la montaña y huyó de esa ciudad ingrata para no volver mas á ella.

La gruta poco profunda, y ancha de cinco á seis pies, que se encuentra en el declive del precipicio, y en la cual se cree que se escondió Jesus esperando que se dispersasen sus enemigos, servia de adoratorio á un convento que Santa Helena habia hecho construir junto con una iglesia en la vertiente de la montaña: todavia se descubren algunas ruinas de las gradas abiertas para bajar á él, y encima de ellas se ha levantado un altar para la adoracion del verdadero culto. En fin todos los lugares de las cercanias están consagrados por algun piadoso recuerdo, como el convento actualmente destruido de nuestra Señora del espanto, así llamado porque se levantó en el sitio mismo donde la Virgen temió ver perecer á su hijo; la mesa del Mesias, que es una piedra grande y redonda donde se cree que Jesus se desayunó muchas veces con sus discípulos, y la fuente de los apóstoles, manantial donde es tradicion que iban estos á buscar el agua que necesitaban.

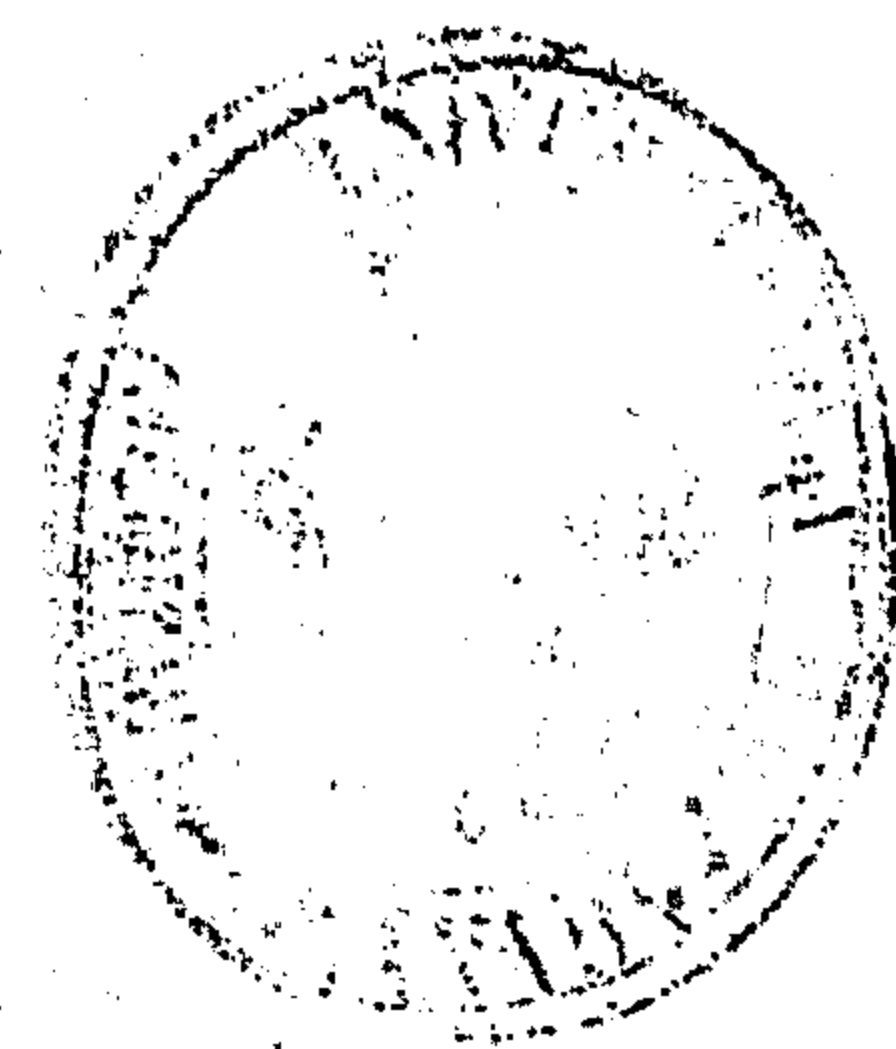
En medio de la actual iglesia de Nazareth, muy hermosa y conservada con limpieza digna de notarse, y cuya forma es pintoresca y sobremanera linda, una ancha y magnífica escalera de mármol conduce á la gruta donde se realizó el grande misterio de la Encarnacion de Jesucristo. Por dos escaleras estrechas que están á entrambos lados se sube al altar mayor colocado sobre la roca que forma la bóveda de la gruta. Detrás está el coro de los religiosos, de manera que la iglesia se compone de tres planos, el de la gruta en lo mas profundo, el del cuerpo principal de la iglesia en medio y el del altar mayor y del coro en lo mas alto. Encima de este hay todavia otra estancia en forma de tribuna, donde se ha colocado un órgano al cual

se sube por una escalera abierta en el coro. Todos estos diferentes planos se apoyan sobre la roca. Encuéntrase en la gruta una sala cuadrada, magníficamente adornada, en medio de la cual está un tabernáculo de hermoso mármol blanco sostenido por cuatro columnas, con un altar detrás. Otra escalera muy estrecha, abierta en la peña, conduce á una gruta que se cree haber sido la cocina de la habitacion de la Virgen, á causa de una especie de hogar que se encuentra en un ángulo. Una segunda escalera, tan estrecha como la primera, comunica con la parte interior del convento. Los musulmanes reconocen la virginidad de Maria y la milagrosa encarnacion de Jesus por medio del ángel Gabriel. Por consiguiente, vienen frecuentemente á hacer en este lugar sus oraciones, y alguna vez los montañeses, sectarios de la religion del profeta, bajan acompañados de su música para presentar un niño á la Virgen y cortarle los cabellos por primera vez en este templo. Todos estos pormenores están sacados de la obra del ilustre español Badia, que ha publicado sus viages con el nombre de Ali Bey.

A unos ciento treinta pasos estaba la casa en que el esposo de Maria ejerció el oficio de carpintero, y todavia se señala el sitio con el nombre de tienda de San José. Esta tienda habia sido convertida en una iglesia de la cual han destruido gran parte los turcos, pero queda todavia una capilla donde se dice misa todos los días.

«Los alrededores de Nazareth están llenos de animales salvajes y sobretudo de lobos y de chacales, de suerte que es raro que no se encuentren algunos junto al mismo pueblo. Frecuentemente entran en él á bandadas durante la noche para devorar á los animales muertos que dejan los turcos por las calles segun su malísima costumbre, y entonces turban el reposo de los habitantes con gritos espantosos, á los cuales responden los ladridos de una infinidad de perros. «En el momento en que entrábamos, dice un viagero, un enorme lobo pasó por nuestro lado. Felizmente nosotros le asustamos mas de lo que él nos habia alarmado, y se alejó».

Así pues, ademas de lo largo y cansado del viage á la Tierra Santa, corren otros riesgos los que le emprenden.



LAMINA 20.

Belen.

Tampoco deja de correr peligros el viajero que con el nuevo testamento en la mano, y recordando el nacimiento de Jesús, atraviesa gran parte de la Palestina para llegar después de una penosa marcha de treinta leguas, siguiendo el mismo camino que la santa familia en una estación rigurosa, al lugar donde nació el hombre Dios. Ninguna emoción mundana puede compararse con la que le agita en el tránsito; pero al menos en Belén todo es tierno y dulce, y el misterio de una virgen que dá á luz al Redentor no nos hace derramar lágrimas amargas.

Después de la milagrosa historia del nacimiento de Cristo, lo que hiere más la imaginación en Belén es el recuerdo de S. Gerónimo. ¿Quién no se complacerá en representarse de una parte esa alma ardiente perseguida por la imagen de Roma, de sus placeres y de sus fiestas, y de otra parte rodeada del desierto y de la pobreza, procurando hacer olvidar con penitente lloro y con silicios los deslices de su juventud? Aun subsiste la gruta en que ese grande hombre escribió y oró, y cuando uno entra en ella y recuerda su existencia llena de pesares, de trabajos y de lágrimas, figúrasele que se le aparece el santo, en ademán tranquilo y silencioso, como cansado de haber gemido por tanto tiempo.

Oigamos á un inglés como cuenta su viaje á Belén:

«Acercábase el día de la natividad y el reverendo padre guardián del Santo Sepulcro se había ya trasladado á Belén, con la mayor parte de la comunidad, para celebrar tan grandioso día allí mismo donde quiso nacer el hijo de Dios.

«Invitado á tomar parte en su felicidad partí el veinte y tres de Diciembre á las tres de la tarde acompañado de un dragoman y de un genízaro. Monté un hermoso caballo árabe, que era sobremanera brioso, pero apesar de esto no le moví del paso para no perder con una marcha sobrado rápida el placer de observar lo que los lugares ofrecían de más interesante para mi alma y para mi corazón. Oh! cuán distintas eran mis sensaciones de las que esperímenté al dirigirme á Jerusalem! Acercábame entonces á una

ciudad de maldición donde todo recuerda los horribles tormentos y la muerte ignominiosa del Salvador; entonces mi alma afligida no veía más que lugares salpicados con sangre de la augusta víctima ó instrumentos de su doloroso suplicio: un pretorio, un calvario, una corona de espinas, los azotes, los clavos y una cruz! Parecía-me todavía ver y oír á un populacho desenfrenado, pidiendo á gritos sangre! sangre! y á unos feroces verdugos encarnizados en el derramamiento de sangre... y que sangre, gran Dios!

«Pero Belén! desde mis más tiernos años ese nombre había producido en mí las impresiones del más puro gozo y de un encanto inexplicable: jamás había oído pronunciarle y jamás le pronuncié yo mismo sin una especie de estremecimiento. Juzgad, pues, cuán vivas y deliciosas debían ser las emociones de mi alma á medida que me acercaba!

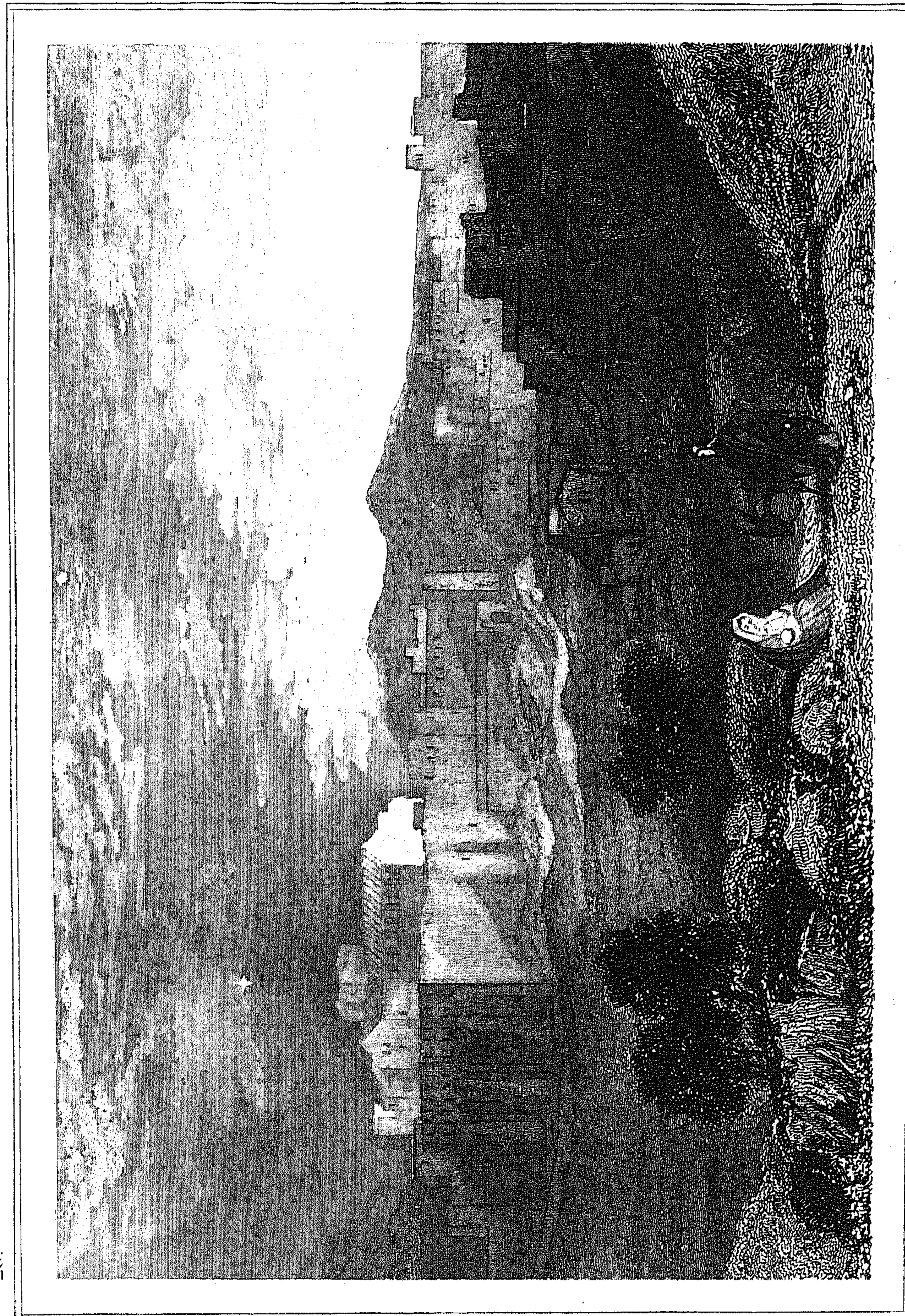
«El camino de Jerusalem á Belén, si bien que menos malo que el de Ramla á Jerusalem, es sin embargo desigual, y solo de trecho en trecho se encuentran algunos campos cultivados: el olivo es el único árbol que se descubre, y aun es raro.

«A una media legua y á la derecha mi guía me señaló la llanura de Rafaim tan célebre por la victoria de David contra los Filisteos.

«A la mitad del camino se encuentra un monasterio griego que lleva el nombre del profeta Elías y es un edificio que no tiene nada de notable. Delante del monasterio se vé un árbol cuya poblada copa dá sombra á una piedra que dicen sirvió de cama al profeta. No muy lejos, á la derecha, se descubre un pequeño edificio cuadrado dominado por una cúpula. — Es el sepulcro de Raquel, me dijo el guía; pero la simple vista del edificio me anunció que pertenecía á una época más cercana.

«Continuamos nuestra marcha y héos aquí que después de haber dado algunos pasos, de repente, en la pendiente de una colina, se ofrece á nuestras miradas esa Belén de mi corazón, y en los transportes de mi alegría saludé la tierra de Judá con las mismas palabras de los profetas: — no sois la menos ilustre entre las principales ciudades de Judá, pues visteis nacer al jefe de Israel.

«A medida que íbamos adelantando presentábase más risueña y graciosa la perspectiva. Be-



Hubert et

Hubert et

Bethléem.

Bethléem.

Bethléem.

F. Gaultier. Edmondson del.

len en medio de las colinas y de las llanuras que la rodean ofrecia un aspecto pintoresco; los campos irregularmente cortados, segun la estension de las heredades, algunas veces cercadas con vallado, me parecian mejor cultivados; los árboles, la higuera, y el olivo sobre todo, eran menos raros. De una parte veia las montañas de la Judea, y de la otra, mas allá del mar muerto, las de la Arabia Petrea.

«Eran las seis cuando llegué á Belen, en medio de las pruebas de la mas tierna caridad que me prodigaban los religiosos. Yo no pensaba mas que en una cosa mientras me acompañaban estos á la pequeña celda que se me habia preparado.

«Las lucés se extinguian poco á poco en el convento y no se oia en los claustros mas que la péndula del reloj y el débil murmullo de algunos religiosos que rezaban en su misma celda. Pronto seguí á un padre que me vino á buscar, y con la linterna en la mano bajamos una esca-

lera abierta en la peña y llegamos á un camino tortuoso y muy estrecho donde mi guia me enseñó un altar diciéndome que debajo estaba el sepulcro de los santos inocentes. Despues queria enseñarme otro, cuando cediendo á mi piadosa impaciencia, le dije — adelantémos que luego volveré á detenerme en esto. Subimos algunas gradas, dimos algunos pasos mas y nos encontramos de repente delante de una puerta que abrimos:..... ví una gruta profunda alumbrada por una multitud de lámparas. Retírase mi guia, y yo con el alma conmovida de temor, de respeto y de amor, me prosterno, oro, contemplo y adoro.

«Esas horas de la noche, durante las cuales habia velado junto al pesebre del cordero sin mancha, me recordaron aquella otra noche y aquella hora en que el ángel del Señor habia aparecido á los pastores, y me pareció que como á ellos otro ángel me decia — adora y no temas».

CAPITULO XI.

Belen, interior de la Iglesia. — Viage de Lamartine á Belen. — Misa del gallo. — Caná. — Bodas de Caná.

No hemos hecho mas que indicar la Iglesia de Belen ó de la Natividad; forzoso es que demos á conocer en todos sus pormenores el interior de esta tan celebrada capilla.

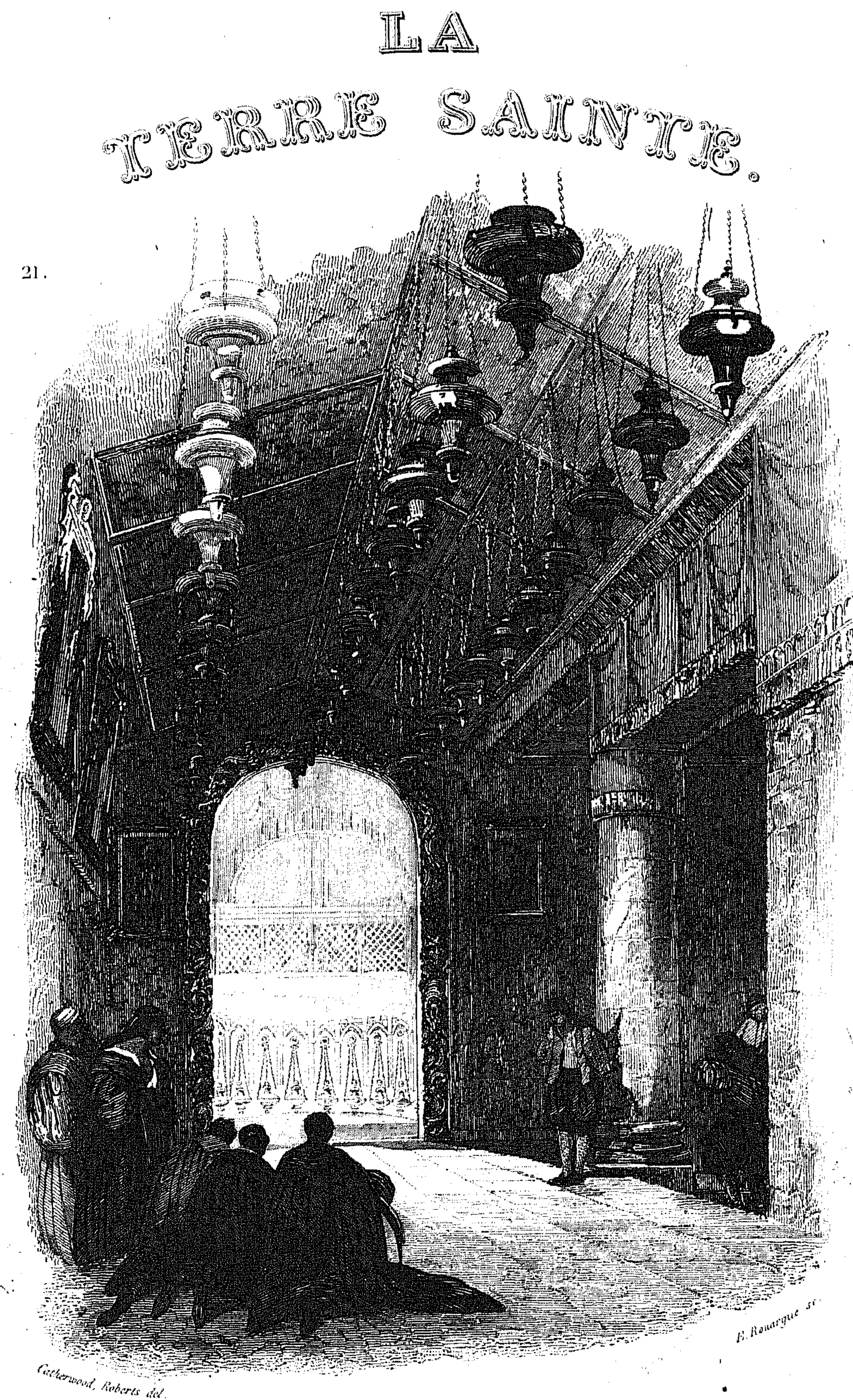
LAMINA 21.

Belen, capilla de la Natividad.

Esta capilla es la cuna de nuestra religion; en ella tuvieron lugar los mas adorables misterios, y de ella salió la estrella que debia alumbrar el mundo. Todos conservamos con respeto el recuerdo de los lugares en que nacieron los hombres célebres, cosa que pudiéramos apoyar trayendo á la memoria muchos ejemplos: con mas razon, pues, Belen debe ser un santuario y un lugar sagrado para todo cristiano. El reden-

tor nació en una gruta cortada en una roca cuya abertura se cree que estaba de la parte del norte, y tiene unos cuarenta pies de largo y doce de ancho en la entrada, si bien que va estrechándose hasta el fondo. Se han añadido tres columnas de pórfido para sostener la bóveda; en el centro hay una especie de nicho dividido en dos por un altar en donde se celebra misa; alúmbranle treinta y cinco lámparas, la mas hermosa de las cuales fué donativo de Luis catorce, rey de Francia. Créese que en este hueco la Virgen Santa dió á luz al hijo de Dios. Este sitio está cubierto con mármol blanco incrustado de jaspe y rodeado de un círculo de plata que despide rayos en figura de sol: léense alrededor estas palabras.

Hic de Virgine Maria Jesus-Christus natus est.



Bethleem, Chapelle de la Nativité.



En un rincón se vé también el sitio en que San José dejó el asno y el buey que había traído.

El recién-nacido fué colocado en una especie de pesebre, cuya preciosa reliquia ha sido trasladada á Roma, y el sitio donde estuvo se ha incrustado con mármol. En una parte del altar de que acabamos de hablar se vé una imagen de la Santa Virgen diseñada por la naturaleza, y ciertamente que le falta poco para ser un retrato acabado.

Una hermosa iglesia en forma de cruz, de setenta pies de largo sobre cuarenta y cinco de ancho, fué mandada construir por Santa Helena en el año 326 para encerrar esta augusta cueva que no era menos venerada sin la construcción de este edificio.

Siempre ha sido honrado este templo por su magnificencia y por su objeto, pero los peregrinos se dirigen ante todo á la iglesia subterránea cuyas capillas abiertas en la peña son otros tantos santuarios si bien que no tienen otra luz que la que reciben de las lámparas. Para ir á esos santos lugares, que se encuentran colocados debajo del coro, se baja por dos escaleras de quince ó veinte gradas, y se encuentra antes la capilla de S. José, esposo de la Santa Virgen, y el sepulcro ó capilla de los Santos inocentes que en vano fueron ocultados allí durante la persecución de Herodes, pues hasta en este lugar les alcanzó la cuchilla.

Penétrase en fin al santuario del Santo pesebre de que acabamos de hablar. Un pedazo de mármol, en forma de estrella, indica el sitio encima del cual se detuvo la estrella; y se ha dedicado un altar á los reyes magos que por ella fueron guiados, y otro en honor de la Circuncisión.

Entre los mármoles que adornan el Santo pesebre, distínguese una especie de figura compuesta de líneas negras colocadas naturalmente sobre un fondo blanco, y que representan bastante bien la forma de un anciano con una larga barba y una especie de sayal, tendido á lo largo, y que parece apoyar su cabeza sobre su mano derecha. Algunos han creído que era el retrato de San Gerónimo que había preferido este lugar al esplendor de la corte de Roma.

El emperador Adriano, para distraer á los cristianos de su devoción á la santa cueva que

existía en forma de capilla desde el tiempo de los apóstoles, mandó elevar en su lugar un templo á Adonis para atraer á los paganos: pero se desplomó mucho antes del reinado de Constantino.

Los religiosos de San Francisco tienen en Belén un hermoso convento que comunica con la santa cueva y con la grande iglesia de Nuestra Señora que la encierra.

En una agradable llanura situado á un cuarto de legua al norte de la ciudad de Belén, se encuentra la aldea de los pastores, y en el fondo del valle el famoso campo en que aquellos labriegos pacían sus rebaños cuando el ángel Gabriel les indicó el lugar del nacimiento del divino Mesías. Santa Helena hizo construir en este sitio una capilla en honor de los santos pastores y en ella había un altar dedicado á la Reina de los ángeles; no quedan ya mas que ruinas, y lo mismo del convento que estaba contiguo á ella.

Jacob, después de la muerte de su querida Raquel, se retiró á este sitio para conducir á él sus rebaños, é hizo construir una torre llamada *Ader*, es decir torre del rebaño, para observar mas facilmente lo que pasaba entre sus pastores. Las cenizas de Raquel, depositadas en el mismo sitio donde murió, descansan á una milla y media de Belén. Jacob hizo levantar sobre su sepulcro una columna que subsistía todavía en tiempo de Josué, y que llevaba el nombre de *sepulcro de Raquel* cuando los hebreos tomaron posesion de la Tierra Santa. El monumento que lleva hoy día este nombre ha sido reedificado por los turcos sobre las ruinas del antiguo, y consiste en una pequeña cúpula que cubre una especie de enorme cofre sin ningun adorno. Ródeale un vallado donde se descubren también dos pequeños sepulcros.

No podemos menos de hacer mención del aljibe de David que en otro tiempo se hallaba junto á las puertas de Belén, por ser mucho mas grande entonces la ciudad, y que dió ocasion á tres valientes de su ejército para probar hasta que punto le eran adictos, pues habiéndoles manifestado deseos de beber de aquella agua cuando estaba á punto de pelear contra los filisteos, aquellos hombres bizarros atravesaron todo el acampamento enemigo para traerle el agua apetecida; pero hizo de ella sacrificio á Dios,

sintiendo que se hubiese comprado un gusto suyo con tan grandes peligros. Se han conservado los nombres de esos tres generosos guerreros que anteriormente habian ya dado pruebas del mayor denuedo: uno de ellos se llamaba Issem, el segundo Eleazar y el tercero Heli.

El amable Lamartine, despues de haber descrito su viage de Jerusalem á Belen, despues de habernos señalado el olivo del profeta Elias y la fuente en que la estrella volvió á aparecer á los magos, dice: «Llegados al convento descansamos algunos momentos y nos preparamos para oír la misa en la capilla del pesebre. Encendieron los padres una linterna y guiados por ellos bajamos á un largo laberinto de corredores subterráneos que es preciso recorrer para llegar á la gruta sagrada. La brillante luz de treinta ó cuarenta lámparas alumbraba el altar construido en el lugar de la Natividad, y á la derecha, dos pasos mas abajo, está el pesebre. Esas grutas naturales están en parte incrustadas de mármol para sustraerlas á la piedad indiscreta de los peregrinos que se llevaban fragmentos de las paredes; pero puede tocarse todavía el desnudo peñasco detrás del mármol que le cubre, y el subterráneo ha conservado en general la regularidad de su forma primitiva; los adornos no han alterado aquí, como en algunos de los lugares santos, su naturaleza hasta el punto de originar dudas sobre su identidad; aquí no sirven mas que para preservar el recinto natural, y por lo mismo, al pasar por debajo de esas bóvedas, se comprende facilmente que debieron servir de cuadra á los rebaños que los pastores llevaban á la llanura. La disposición de alma en que me encontraba (Lamartine acababa de perder su hija única) me impide expresar los sentimientos que deben inspirar esos lugares y esas ceremonias: todo se agrupaba en torno mio para producir una profunda y dolorosa melancolía.»

Oigamos ahora al anciano Geramb cuando refiere su visita á Belen: «Ya sabeis con que pompa y con que alegría se celebra la fiesta de Navidad y la misa del gallo en todo el orbe católico. Juzgad pues lo que será semejante fiesta y semejante misa celebrada á media noche en Belen y en el lugar mismo en que nació Jesus. A media noche, á esa hora de salvacion en la cual se rinde en todos los templos católicos homenaje

al niño Dios, el reverendo padre guardian rompe la marcha y se adelanta pausadamente, con la cabeza inclinada, llevando respetuosamente en sus brazos la efigie del niño Jesus; vienen en seguida los habitantes de Belen, los árabes católicos y los peregrinos de varias naciones, todos con un cirio en la mano. El celebrante y la comitiva llegan de este suerte hasta el sitio mismo de la Natividad, y entonces un diácono canta el evangelio con el mas profundo recogimiento. Y cuando dice, *le envolvieron en pañales*, recibe el niño de manos del celebrante, y cubriéndole con lienzo, le deposita en el pesebre, se prosterna y le adora. Entonces sienten los corazones no sé qué de sobrenatural, si he de juzgar por lo que yo mismo he sentido. Para expresar su reconocimiento y su amor la piedad no encuentra ya palabras, y no habla mas que con la ternura de sus miradas, con sus suspiros y sus lágrimas.»

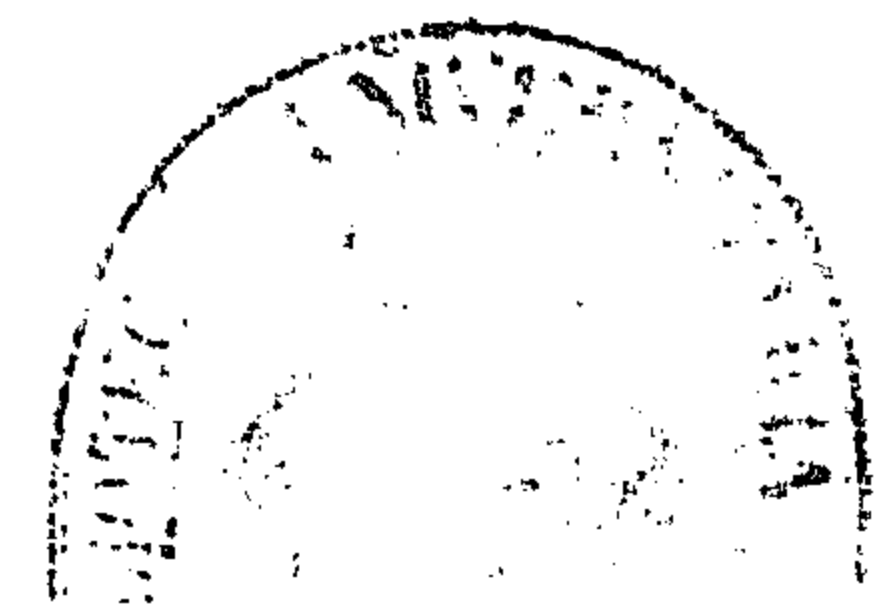
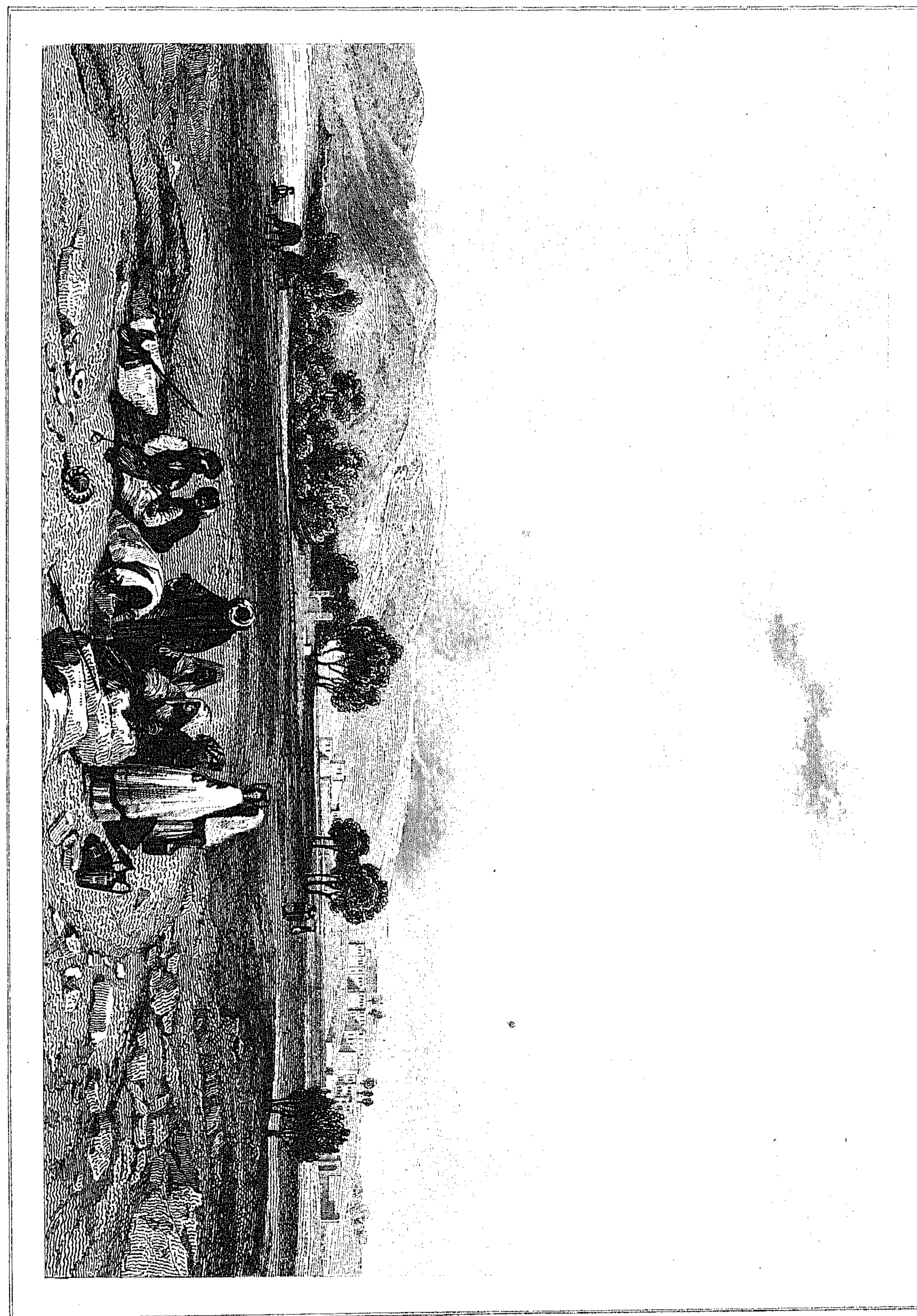
LAMINA 22.

Caná.

Despues de haber visitado el pueblo de Belen, no olvidará el peregrino dirigirse á Caná donde Jesucristo hizo su primer milagro. Está poco distante de Nazareth, y formaba parte de la baja Galilea en la tribu de Zabulon. Edificada sobre la pendiente de una colina al norte de Jerusalem, protégenla las montañas al sur y al occidente, mientras que un hermoso valle se estiende al norte delante de ella. En los alrededores, que son muy fértiles, se cultivan los árboles frutales, se encuentran viñedos, y crece el maiz y sobre todo el tabaco, cuya cosecha es abundante. Pero el triste estado de los habitantes contrasta sobremanera con la riqueza del suelo.

Hablando de Caná no debemos olvidar el campo de las espigas situado en una hermosa llanura á media legua de la ciudad, y es el lugar en que se encontró á los discípulos de Jesucristo comiendose las espigas en dia de sábado. Este campo, si bien que conservando su nombre, ha mudado de naturaleza, pues hoy dia no se encuentran en él mas que zarzales.

Jesucristo visitó muchas veces el pueblo de Caná, y su primer milagro en las bodas tan célebres contribuyó á la alegría inocente de los



convidados y de entrambos esposos, impidiendo que el vino se agotase y dando á ese licor, al fin de la cena, una calidad superior á la que tenia al principio. Parece que quiso con su presencia dar nuevo brillo á la santidad del matrimonio que es el fundamento de la sociedad.

La casa de esos afortunados esposos, santificada con la presencia de Dios, fué transformada por Santa Elena en una hermosa iglesia que subsiste todavia, pero que los turcos han convertido en mezquita. Esta iglesia, que es bastante grande, se parece á un inmenso comedor de cuarenta pasos de largo sobre veinte de ancho. La bóveda del centro está sostenida con columnas, de suer-

te que queda el templo dividido en dos naves; debajo está una capilla donde se guardaban las cántaras y donde se obró el milagro. Sobre la puerta se vé la figura de los grandes vasos ó por mejor decir urnas, en que se habia puesto el agua que se trocó en vino.

Junto á una de las puertas de la ciudad se encuentra la fuente de donde dicen que se sacó el agua para llenar las cántaras que sirvieron para el banquete. Esta fuente, que es muy hermosa y abundante, forma un arroyo que corre á lo largo del pueblo cuyos jardines riega. Bájase á esta fuente por dos escaleras profundas, de manera que el agua es fresca y escelente.

CAPITULO XII.

Lago de Tiberiada. — Batalla de Tiberiada perdida por Lusián. — Monte Thabor. — Cuadro de Rafael. — Los cruzados en el monte Thabor. — Batalla del monte Thabor.

YA no se trata de un milagro que solo tuvo por testigos á los miembros de una familia reunida para una fiesta nupcial, sino que nos dirigimos á las orillas de un famoso lago.

LAMINA 23.

Tiberiada y el mar de Galilea.

Tal es el lago de Genesareth ó de Tiberiada, es decir una especie de mar interior que en otro tiempo, segun dice el historiador Josefo, fué surcado por muchos buques. Las montañas que le rodean de todas partes le ponen á cubierto de los vientos y de las borrascas, y su agua es sobremanera potable y fácil de sacar, pues no se encuentra en la orilla mas que una arena suave y fina. En sus orillas famosas por tantos acontecimientos se apareció Jesucristo á todos los apóstoles despues de su resurreccion, los dejó asombrados con una milagrosa pesca, tomó parte en su comida, y despues de haber preguntado tres veces á San Pedro si le amaba, y oido su respuesta afirmativa, le confió el cui-

dado de sus rebaños. Dirigiéndose despues á los apóstoles, les dijo: Id á predicar una moral enteramente nueva y opuesta á las humanas creencias: tal es la escena sublime de las orillas del lago de Tiberiada.

Quedan tan pocas ruinas de las ciudades florecientes que orillaron ese hermoso lago, que apenas se han conservado sus nombres, y uno queda admirado leyendo en Josefo que durante el sitio de Tiberiada ese historiador, que era al mismo tiempo general, se apoderó de todos los buques que se encontraban en el mar de Galilea, y reunió hasta doscientos treinta y dos: apenas se descubre hoy dia ni una góndola si quiera.

Tiberiada, que dió su nombre al lago de Genesareth, era una ciudad situada en su orilla occidental, hácia la estremidad meridional, cuyo fundador fué Herodes Agrippa. Hoy dia una multitud de ruinas atestiguan su antigua opulencia.

Las dos terceras partes de la poblacion se componen de judíos que hablan muy bien el aleman. Su sinagoga es reputada la primera de oriente,

y sus rabinos pasan por muy instruidos. Sus correligionarios extranjeros acuden á ella llevados del mismo sentimiento de devoción que los atrae á Jerusalem, y con ánimo de acabar allí sus días. Es tradición muy acreditada entre ellos que Jesucristo vendrá de Cafarnaum á Tiberiáda, y se añade que los mas zelosos suben á un alto sitio y vuelven constantemente los ojos hácia las ruinas de la ciudad, de donde debe venir su Mesías, para anunciar tan fausto acontecimiento.

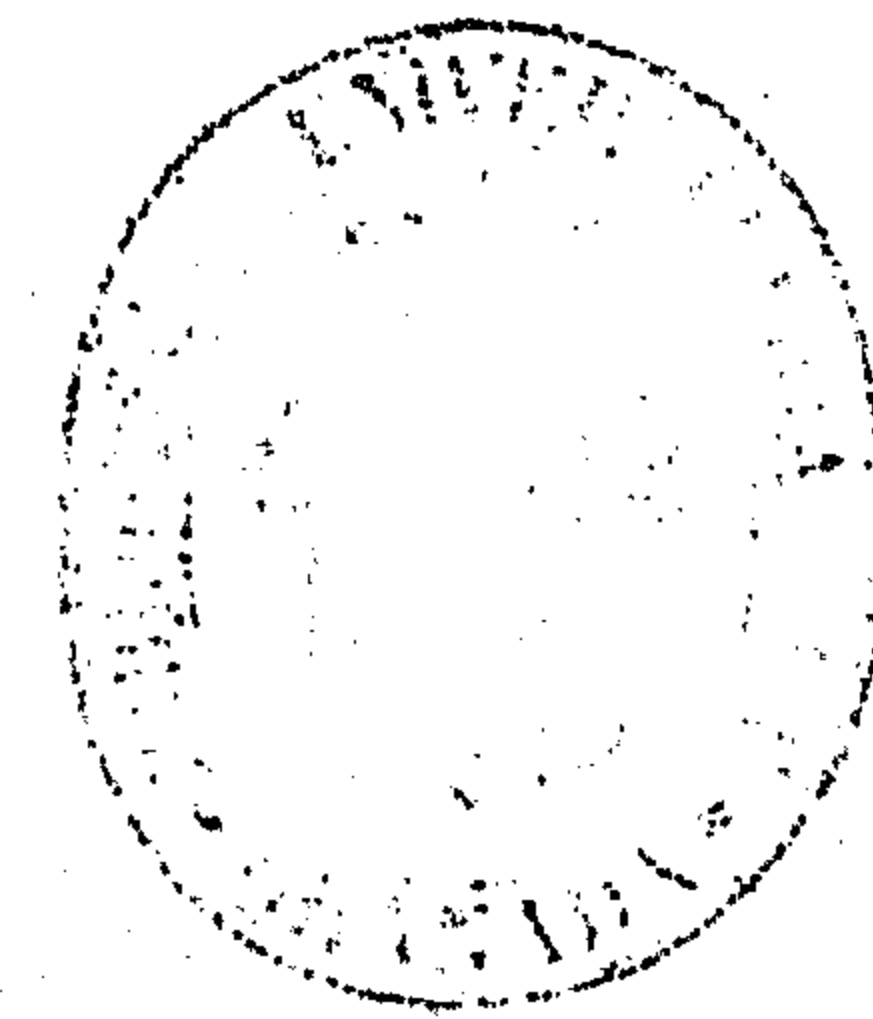
En las orillas de este lago fué donde se dió la famosa batalla de Tiberiáda, tan fatal á los cruzados. La narración de este combate, dado el dos de Julio de 1187, es del mayor interés, y el lector la verá sin duda con dolor. Nada fija tanto un lugar en el ánimo y en la memoria como las circunstancias de un hecho memorable.

Batalla de Tiberiáda. — Contra el parecer desinteresado del conde de Trípoli, el débil Lusignan, rey de Jerusalem, amenazado por los sarracenos conducidos por el intrépido Saladino, que acababa de apoderarse por asalto de Tiberiáda, dió la orden fatal de marchar contra el enemigo. Desalentados los soldados é inciertos como su gefe, dejaron con pesar su acampamento, presagiando una segura derrota. El ejército cristiano se adelantaba hácia Tiberiáda, y marchaba en silencio al través de la llanura de Batouf cuando divisó las banderas de Saladino.

«El ejército musulman acampado en las alturas de Loubi, tenia detrás de sí el lago de Tiberiáda, cubria la cumbre de las colinas, y dominaba todos los desfiladeros por los cuales debian adelantarse los cristianos. Entonces los barones y los caballeros se acordaron del consejo del conde de Trípoli; pero ya no era tiempo de seguirle, y solo el denuedo de los soldados cristianos podia reparar la falta de los gefes del ejército; tomósese pues la atrevida y desesperada resolución de abrirse paso al través del ejército enemigo para llegar á las orillas del Jordan. El dos de Julio de 1187 los cristianos se alinearon en batalla y se pusieron en marcha; adelantábase sus batallones en medio de una lluvia de piedras y de flechas lanzadas por los sarracenos. Pronto la caballeria musulmana bajó de las colinas para disputarle el paso. No se rompieron las filas de los cristianos, antes sostuvieron firmes la impetuosa acometida del enemigo. La voz de los gefes y de los sacerdotes, la idea de

su propio peligro, y sobre todo la presencia de la verdadera cruz, sostenian su ardor intrépido. Saladino dice en una de sus cartas que los francos combatieron alrededor de la cruz con un valor extraordinario, y que la miraban como su mas firme apoyo y su invencible escudo. Sin embargo, tenian mas valor que fuerza, y como les faltasen agua y víveres, y les abrumase el sol, los mas robustos caian llenos de cansancio. Habian hecho prodigios de valor, pero empezaban á perder la esperanza de rechazar á los sarracenos, cuando la noche vino á separar á los dos ejércitos.

«Los sarracenos estaban llenos de confianza. Saladino recorria las líneas de su ejército, y su presencia y sus palabras inflamaban el valor de sus tropas. Recibiéronle los musulmanes con aclamaciones, y en seguida colocó los archeros en las alturas, hizo distribuir cuatrocientas cargas de flechas, y dispuso sus tropas para que los cristianos se viesan cortados desde el principio de la acción. Por su parte los soldados de Lusignan aprovecharon las tinieblas de la noche para rehacerse y preparar sus armas. Ya se animaban mutuamente á despreciar la muerte, ya levantaban los ojos al cielo, conjurándole á que desplegase todo su poder para salvarlos. Todavía amenazaban á los sarracenos que estaban cerca de ellos para poder oírles, pero siniestros presentimientos parecian quitarles toda esperanza de salvación. Para disimular sus temores hicieron resonar durante la noche en su acampamento el ruido de tambores y trompetas. Por fin amaneció el día, y con él se dió la señal de la ruina entera del ejército cristiano. Así que los francos descubrieron todas las fuerzas de Saladino, y se vieron rodeados por todas partes, les sobrecogió la sorpresa y el miedo. Los dos ejércitos permanecieron por mucho tiempo á la vista en silencio, porque para principiar el ataque esperaba Saladino á que el sol alumbrase toda la escena. Levantóse á poco un viento fuerte que soplabá contra los cristianos y los cubria de nubes de polvo. Cuando el gefe moro dió la señal, se precipitaron de todas partes los sarracenos dando espantosos alaridos; al principio se defendieron bizarramente los cristianos, pero habiendo Saladino hecho pegar fuego á las yerbas secas que cubrian la llanura, las llamas los rodearon por todas partes y fueron para ellos



otro enemigo mas terrible.

«Apesar de que la confusion y el desorden penetraron en sus filas , no por esto se mostraron menos terribles. Brillaban los aceros al través de las llamas : por entre torbellinos de humo se lanzaban los mas valientes contra los batallones musulmanes : pero los mas inauditos esfuerzos de valor y de desesperacion no encontraban en todas partes mas que una resistencia invencible. Incesantemente volvian los cristianos á la carga, pero eran rechazados con brio. Llenos de sed y de hambre devoradora , no veian alrededor de sí mas que peñascos ardientes y el brillo de las espadas de sus enemigos. La montaña de Helim se elevaba á su izquierda , y buscaron en ella un asilo donde les persiguieron los sarracenos , y donde pudieron todavía rechazarlos hasta la llanura. El valor de que dieron muestras los templarios y los caballeros de la orden de San Juan, hubiera salvado al ejército cristiano si hubiese podido serlo , pero en estos momentos de crisis la verdadera cruz cayó en manos de los infieles salpicada con la sangre de los obispos que la llevaban. De repente , quedaron inmóviles de dolor y de espanto los que combatian todavía ; unos tiraban sus armas , y otros se precipitaban contra las de los musulmanes. Ciento cincuenta caballeros agrupados alrededor del estandarte real no pudieron defender al rey de Jerusalem , y Lusignan cayó prisionero con su hermano Godofredo , con Reynaldo de Chatillon y con los mas ilustres guerreros de la Palestina. Raymundo , que mandaba la vanguardia del ejército cristiano , despues de haber peleado denodadamente , se abrió paso al través de los sarracenos , y pudo llegar á Trípoli donde poco despues murió de desesperacion acusado por los musulmanes de haber violado los tratados , y por los cristianos de haber sido traidor á su religion y á su patria. El hijo del príncipe de Antioquia , Reynaldo de Sidonia , el jóven conde de Tiberiada y un corto número de soldados , siguieron á Raymundo en su fuga , y fueron los únicos que se libraron del desastre de esta jornada tan funesta para el reino de Jerusalem ,»

Sobre esas mismas orillas sagradas no piensa Lamartine en el atroz triunfo de Saladino ni en la desgraciada suerte de Raymundo , y sí únicamente en el espectáculo pintoresco que se ofrece á sus miradas , y se entrega á las emociones

religiosas que experimenta su alma.

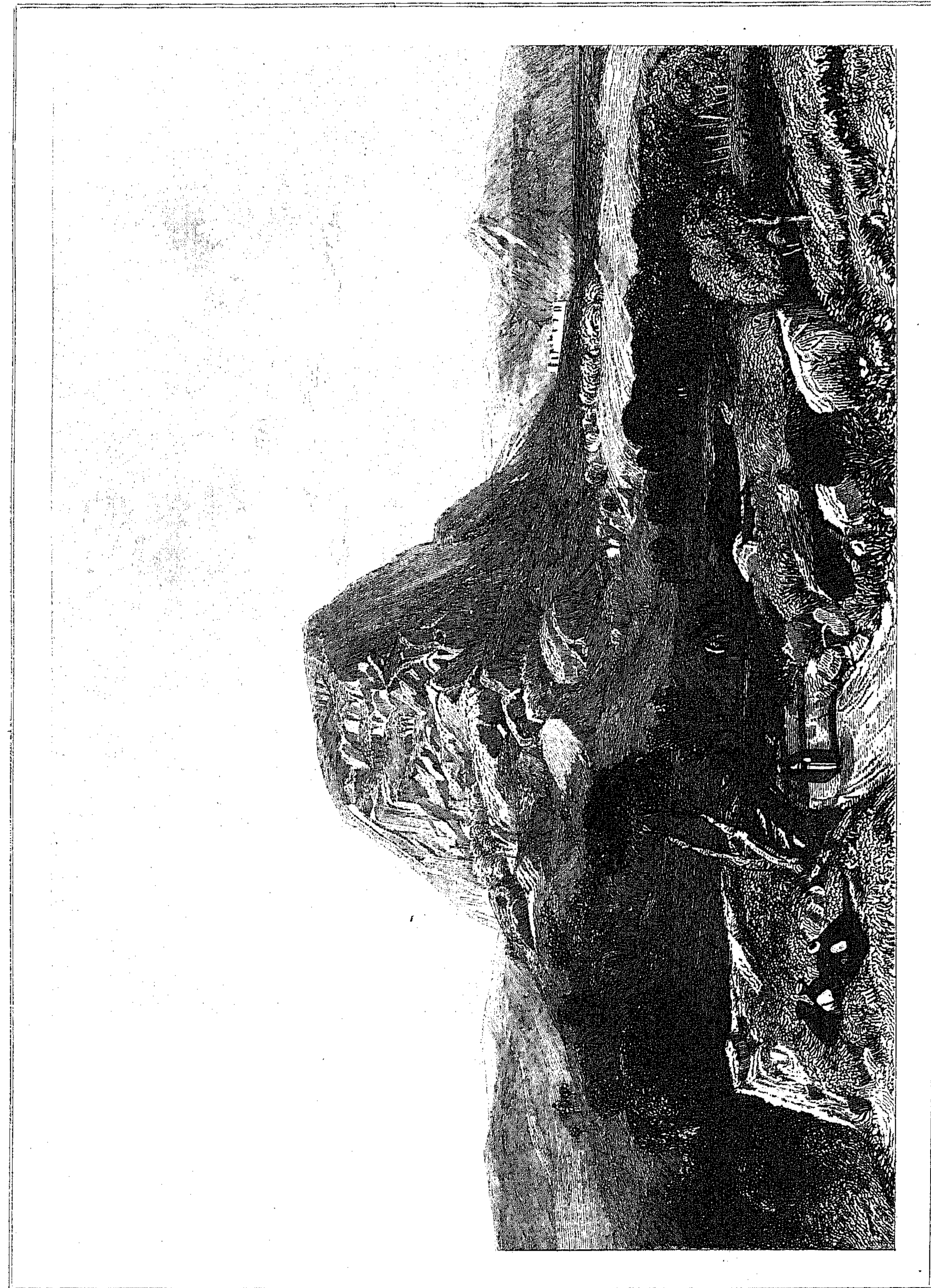
«Ninguno de nosotros , dice , abría sus labios , todos los pensamientos eran íntimos y profundos , porque los recuerdos sagrados hablaban al alma de cada uno de nosotros. Tocante á mí , jamas ningun lugar sobre la tierra me habló mas deliciosa y fuertemente al corazón. Siempre me ha gustado recorrer los lugares que habitaron un dia los hombres que he admirado ó amado. El pais que un hombre grande ha habitado y preferido durante su tránsito por la tierra , me ha parecido su mejor y mas pura reliquia. Pero no era la mansion de un hombre grande ó de un gran poeta la que yo visitaba , era la del hombre de los hombres , la del hombre divino. La naturaleza , el talento , la virtud y la divinidad encarnada era lo que yo venia á adorar en la tierra que pisó , en las aguas que le sostuvieron , en las colinas donde se sentó , y sobre las piedras donde reclinó su frente. Sus ojos mortales vieron esas orillas , esas olas , esas colinas y esas piedras , ó por mejor decir todo esto le habia visto ; habia pisado cien veces este camino por donde yo andaba respetuosamente ; sus pies habian levantado el mismo polvo que los míos ; aquí es donde calmó las tempestades , aquí es donde caminó por encima de las aguas dando la mano á su apostol que temblaba como tiemblo yo : mano celestial de que tengo tanta necesidad como él entre la borrasca de las opiniones , de los pensamientos mas terribles !

«La grande y misteriosa escena del evangelio pasa casi entera sobre este lago y sobre las montañas que le rodean. Heos aquí el lugar de Emaús donde eligió sus discípulos entre los hombres mas vulgares , para probar que la fuerza de su doctrina procede de ella sola. Ved mas allá Cafarnaüm y el punto donde hizo el célebre sermón de la montaña ; allí es donde multiplicó los panes y los peces : en una palabra , alrededor de nosotros está todo el evangelio , porque el Redentor venia aquí para descansar , para meditar , y para amar á los hombres y á Dios.»

LAMINA 24.

El monte Thabor.

Acerquémonos ahora con el religioso Geramb al monte Thabor , no menos recomendable que



Mont Thabor.

otro cualquier lugar de la Judea, con el hecho único de la Transfiguración de Jesucristo.

«Salimos de Nazareth, dice, y á la una de la mañana pasamos por delante de la fuente de la Virgen, que estaba ya en aquella hora muy concurrida. Era desigual y peñascoso el camino, y de consiguiente mucho mas penoso para mí que para los demas, por ser muy corto de vista. Apenas en la obscuridad de la noche podia distinguir la cabeza de mi caballeria, y tuve que abandonarme á su instinto que ciertamente no la engañaba.

«Al asomar los primeros rayos del sol, vimos el monte Thabor como si estuviese muy cercano, apesar de que estaba algo distante. Parecimos enteramente aislado; sin embargo, detrás de él y en la parte occidental de su base se elevaba una alta colina. Nuestros guías nos condujeron al través de los campos de trigo, sin que bastasen á disuadirles de su propósito las observaciones de los religiosos y mis reconvenciones: nos aseguraron que no habia otro camino, y aunque no les dimos crédito, tuvimos que seguirlos.

«Hacia algunas horas que brillaba el sol en el horizonte cuando llegamos al pie del monte Thabor. La montaña era deliciosa; reinaba en los campos una tranquilidad y profunda calma; aun estaba humedecida la tierra con el rocío, y muchos pájaros revoloteaban y trinaban alrededor nuestro, y la yerba era tan alta que parecian nadar en ella nuestros caballos. Nos detuvimos en Zébora, pequeña aldea fundada en el parage mismo en que Zízara, derrotado por el ejército de los israelitas, pereció á manos de Jael en cuya casa se habia refugiado; desde allí contemplamos por algunos instantes el teatro de la milagrosa victoria conseguida por la misma heroína que dió nombre al pueblo.

«Empezamos á trepar por la montaña. Las vertientes del Thabor son desiguales, escarpadas y llenas de arbustos olorosos que crecen entre las rocas. El camino es casi intransitable, y por buenos que sean los caballos, á duras penas pueden adelantarse.

«Llegamos por fin á la cumbre. Esta es una meseta de media legua de estension donde se encuentra solo alta yerba y arbustos, á par que enormes piedras, restos de las iglesias que Santa Elena hizo construir para perpetuar la memoria

del misterio que allí se habia consumado. Todos los años la comunidad de Nazareth se reúne en este sitio el día de la Transfiguración para celebrar la misa. Tuve la felicidad de oirla, y de colgar al pié de un árbol levantado debajo la bóveda de los cielos.

«La cumbre del Thabor se vé algunas veces de tal suerte cubierta de densa niebla que es difícil distinguir los objetos mas cercanos: felizmente aquel día se presentó puro el horizonte é hizo un tiempo magnífico.»

Lamartine, apasionado siempre de las bellas artes, y lleno de los recuerdos que dejan las obras maestras de la pintura, no dejó de sentarse al pié de una hermosa encina, casi en el mismo sitio donde Rafael coloca en su cuadro á los discípulos deslumbrados, y esperó á que un religioso celebrase la misa. Verdaderamente es imposible permanecer frío espectador de semejante espectáculo: el sacrificio ofrecido sobre la cumbre misma del Thabor, es una escena enteramente nueva para el europeo, escena que jamas puede olvidarse.

En esta montaña los recuerdos militares se hermanan con los religiosos, pues en épocas bien distantes el ejército francés ha dado en ella muestras de un valor á toda prueba.

«En 1217, dice Michaud, para ocupar á los soldados en quienes la ociosidad engendra la licencia, se formó el proyecto de atacar el monte Thabor donde se habian fortificado los musulmanes. El monte Thabor, tan célebre en el antiguo y el nuevo testamento se levanta como una soberbia cúpula, en medio de la vasta llanura de Galilea. La pendiente de la montaña está cubierta en verano de flores y de árboles olorosos; y desde la cumbre que forma una meseta de media legua de estension, se vén las orillas del Jordan, el lago de Tiberiada, el mar de Siria, y la mayor parte de los lugares famosos por los milagros de Jesucristo.

«No era posible llegar a este escarpado sitio sin arrostrar mil peligros, pero nada intimidó á los guerreros cristianos: el patriarca de Jerusalem que marchaba á su cabeza, levantó en alto la cruz y los animó con su ejemplo y sus palabras. Enormes piedras rodaban desde las alturas ocupadas por los infieles, quienes ademas lanzaban una lluvia de dardos contra los acometientes. El valor de los soldados de la cruz inutilizó to-

dos los esfuerzos de los sarracenos, y el mismo rey de Jerusalem hizo prodigios de valor matando por su mano á dos enemigos. Cuando hubieron llegado los cruzados á la cumbre, dispersaron á los musulmanes y les persiguieron hasta las puertas de la fortaleza, pues nada pudo resistir su ímpetu. Pero, de repente, algunos gefes temieron las tentativas del príncipe de Damasco, y la idea de una sorpresa obró tanto mas fuertemente en su ánimo, cuanto nadie la habia previsto. Mientras que los musulmanes huían llenos de espanto, se apoderó de los vencedores un terror pánico; renunciaron los cruzados á embestir la fortaleza y se retiraron como si no hubiesen venido mas que para contemplar el lugar consagrado por la Transfiguración del Salvador.

«Increíble seria esta precipitada fuga sin el testimonio de los historiadores contemporáneos, y solo puede achacarse á la discordia que reinaba entre los cruzados.»

Pero algun día debia vengarse sobre el mismo suelo esta derrota por otros franceses que hermanaban el valor y la sangre fria con la táctica europea. Seis mil hombres triunfaron de cuarenta mil en la batalla del monte Thabor dada en diez y seis de Abril de 1799.

«Batalla del monte Thabor. — Mientras que se llevaba adelante con vigor el sitio de San Juan de Acre, supo Bonaparte que un numeroso ejército conducido por el bajá de Damasco estaba en movimiento para atacarnos al pié de las murallas de aquella ciudad. El ejército enemigo, fuerte de cuarenta mil hombres, entre ellos veinte mil caballos, llegaba por la parte de Tiberiada. Kleber dió parte al general en jefe, pidió algunos socorros y marchó contra el enemigo. Murat recibió orden de ir á reforzarle á marchas dobles, y el mismo Bonaparte se dispuso á partir para sostenerle y dar una batalla decisiva. Los sitiados hicieron entonces una salida, pero fueron recibidos con vivísimo fuego de metralla, y huyeron precipitadamente. Bonaparte se puso al momento en marcha.

«Kleber habia llegado á las llanuras que principian al pié del monte Thabor, cerca del pueblo de Fouli, con la idea de sorprender á los turcos durante la noche; pero por culpa de los guías, no llegó hasta las seis de la mañana, y encontró formados en batalla á los enemigos. No

bien hubo formado en cuadro sus tres mil hombres, cuando se movieron los escuadrones asiáticos y cargaron con la mayor impetuosidad. Jamas han visto los franceses tanta caballeria reunida contra un puñado de gente. Lo restante del ejército del bajá se adelanta á paso de carga dando espantosos alaridos. Parecia que nuestra division debia ser reducida á polvo: pero, inmóviles en su puesto nuestros valientes, oponen de todas partes una triple fila de bayonetas, y á boca de jarro hacen un fuego terrible que llena el suelo de cadáveres y ahuyenta á los orgullosos orientales. Renuévase las cargas con una intrepidez furiosa, pero siempre son rechazadas con la misma energía. Atrincherados nuestros soldados detrás de los cadáveres de hombres y de caballos asiáticos, resistieron durante seis horas la impetuosidad de sus enemigos; pero rodeados por un ejército quince veces mas numeroso, era evidente que ese puñado de héroes debia encontrar al pie del monte Thabor una muerte gloriosa. Era la una de la tarde, y se continuaba combatiendo con encarnizamiento. De repente, resuena á lo lejos el estampido del cañon: «Es Bonaparte! esclaman los soldados llenos de ardor y de entusiasmo; es Bonaparte que viene á socorrernos!»

«En efecto era él que habiendo llegado á una eminencia distante tres leguas, vió la llanura cubierta de humo, y á la heroica division de Kleber enteramente cercada y luchando contra un ejército innumerable. A vista del peligro de sus hermanos de armas los soldados pidieron á gritos el combate. Bonaparte formó de su division dos cuadros que se adelantaron rápidamente, de manera que formasen un triángulo equilátero con la division de Kleber y pusiesen al enemigo entre dos fuegos. Marchaban los soldados en silencio, y solo á una media legua de distancia la artilleria hizo una descarga para anunciar el socorro. Gritos de alegría resonaban en todas las filas, y los soldados combatian con nueva energía, cuando Bonaparte apareció de golpe en el campo de batalla. Su aparición fué un rayo para los enemigos. Un espantoso fuego que salia de las tres estremidades del triángulo, aterró y dispersó á los mamelucos que se encontraban en medio. Huyen desordenados los escuadrones, y tomando Kleber la ofensiva, destaca contra Fouli una columna de doscientos granaderos

que se adelanta con audacia , haciendo llover un fuego terrible á derecha é izquierda contra los infantes que aun se resisten. El pueblo es ganado á la bayoneta. Barrida la multitud inmensa por la artillería , y rechazada por todas partes con las bayonetas , se precipitó detrás del monte Thabor , y se echó en desorden hácia el Jordan. Persiguióla nuestra infantería á paso de carga , y los fugitivos fueron recibidos por la caballería de Murat que los destrozó completamente y los arrojó al Jordan donde muchos quedaron sepultados. El ejército turco perdió mas de seis mil hombres , un combóy de quinientos camellos , muchas provisiones , y un botín considerable. Nuestra pérdida no pasó de trescien-

tos hombres entre muertos y heridos. Cosa milagrosa ! Seis mil franceses habian bastado para destruir un ejército que los habitantes decian ser numeroso como las estrellas del cielo y como las arenas del desierto.

«Esta victoria decisiva del monte Thabor produjo tanto efecto en nuestros enemigos , que no se atrevieron á hostigarnos mas durante el sitio. Dispersáronse aterrados los musulmanes y no pensaron en salir mas de sus provincias. Kleber dió muestras de suma admiracion por la hermosa maniobra que habia decidido la victoria , y conoció que su general en jefe le habia salvado el honor y la vida» .

CAPITULO XIII.

Vista general del Líbano. — Sus vertientes y sus colinas. — Un valle del Líbano. — Cedros del monte Líbano. — Habitantes del Líbano. — Lady Stanhope.

SIGUIENDO en el mapa la estensa línea de montañas , de las cuales es el Thabor la mas alta y curiosa , llegamos al Líbano tantas veces nombrado en los libros santos.

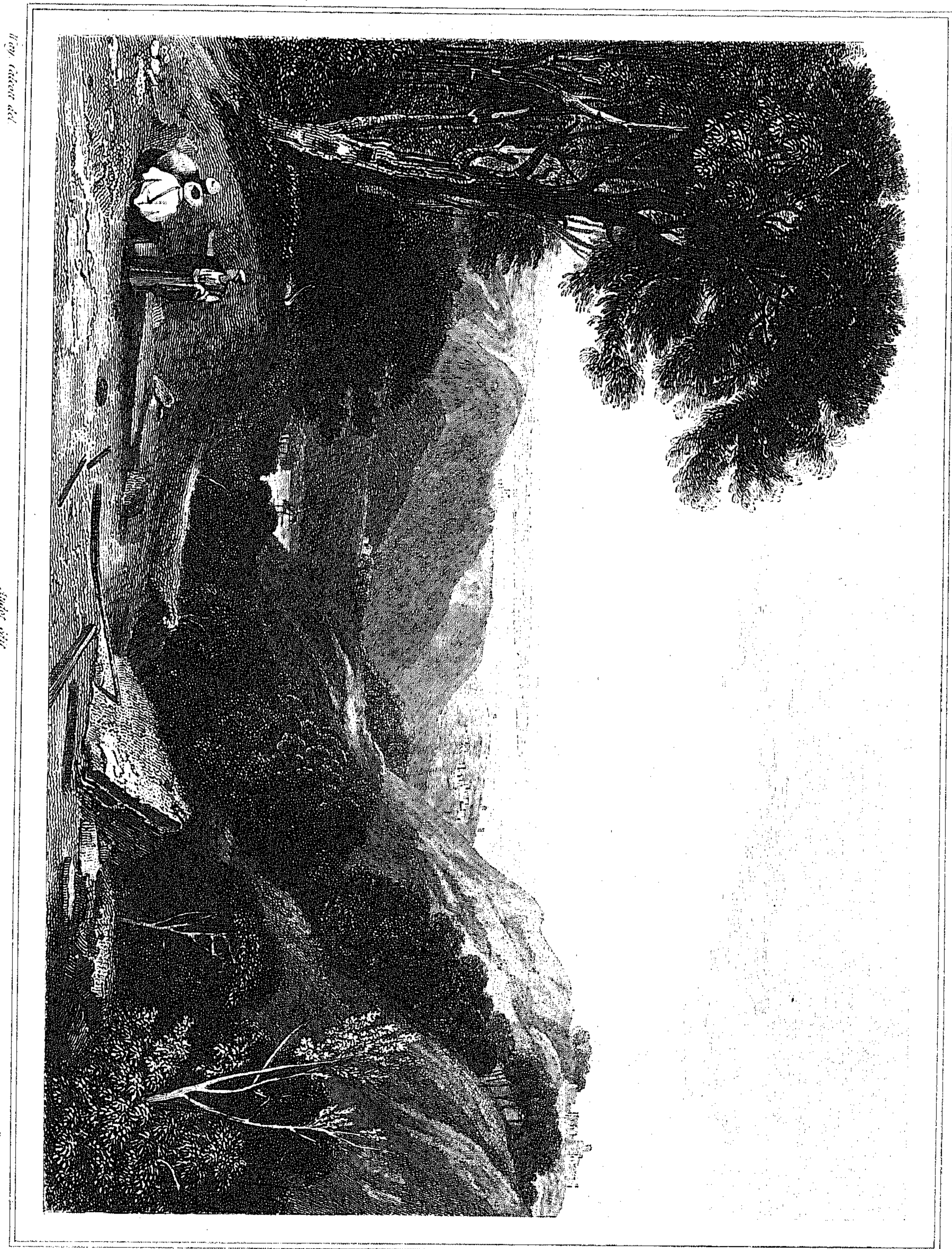
LAMINA 25.

Vista tomada desde el monte Líbano.

Nos acercamos á esos famosos cedros , respetables restos de todo ese bosque donde el rey de Babilonia hizo cortar los árboles necesarios para la construccion del templo de Jerusalem ; henos ahí transportados á un nuevo pais , admirable por su vejetacion , donde el Jordan y mil otros arroyos toman nacimiento ; donde los monasterios que asoman trás las cumbres de los peñascos recuerdan los primitivos tiempos de la Iglesia ; donde nos acordamos de la misteriosa paloma de la Biblia y de la primera morada de los habitantes de la tierra. Es la comarca donde Lady Stanhope , la sobrina de un gran ministro de Inglaterra , se ha fundado una especie de impe-

rio moral sobre los pueblos que la rodean , afecta algunas veces el lenguaje de una inspirada , y buscando una celebridad estraña , consume sus riquezas y su existencia representando un papel cuyo verdadero secreto nadie conoce.

El Líbano , dice un escritor viajero , ofrece el espectáculo de las grandes montañas. A cada paso se encuentran escenas en que la naturaleza despliega su gusto , toda su grandeza , y toda su variedad. Si llega uno por la parte del mar , sus gigantescas masas , que suben á las nubes , inspiran admiracion y respeto. Si mira uno la corona sucesiva de montañas , llaman su atencion distintos objetos , y de cerca encuentra muy pequeño todo cuanto de lejos le habia parecido grandioso. No sin placer se vé el valle cubierto de nubes borrascosas y uno se sonrie viendo debajo de sus pies el trueno que antes resonaba sobre su cabeza , y nos envanece el haber llegado á la cúspide de tantas cumbres que nos parecian amenazadoras. Pero si se recorre el interior de esa cadena de montañas , la aspereza de los caminos , la rapidez de las vertientes y la profundidad



Vista del monte Líbano.
Vista del monte Líbano.

Vista prise de Mont Liban.



de los precipicios, empiezan á asustarnos. Sin embargo, confiando en sus diestras caballerías examina el viagero las vistas pintorescas que se suceden rápidamente. Aquí como en los Alpes se caminan días enteros para llegar á un pueblo que vimos al ponernos en marcha; bájase, se sube, se trepa por los riscos, y entretanto una especie de poder mágico vá mudando las decoraciones de la escena.»

Después de esta ojeada general y rápida, preciso será detenernos en algunos pormenores sobre las montañas y el valle delicioso del Líbano:

«En el mes de noviembre, así que han principiado las lluvias, renace una nueva primavera, los sitios cultivados del Líbano y las fértiles colinas de las cercanías de Bayruth se cubren en pocos días de vegetales y de flores, y como nadando en ese océano de verdura, se vén las habitaciones diseminadas en la llanura. Unos pequeños senderos conducen de casa en casa y de colina en colina al través de esos jardines que se estienden desde el mar hasta el pie del Líbano. Las familias griegas, siríacas y árabes que le habitan, no tienen nada de salvaje ni de bárbaro; más instruidos los habitantes que nuestros provinciales, todos saben leer, entienden dos lenguas, el árabe y el griego; son sobrios, laboriosos y de condición suave, y como toda la semana están sobremanera ocupados, se solazan el domingo después de haber asistido á los divinos oficios. Imposible sería entonces describir los admirables grupos que forman las aldeanas en la campiña: todos los días se vén rostros que Rafael no llegó á entrever aun en sus sueños de artista....»

Lamartine, de quien hemos copiado la descripción anterior, se detiene en el más hermoso de esos paisajes; y dice:

«Es un valle superior, abierto de Oriente á Occidente, y como metido en la última cadena de montañas que se adelantan hácia el grande valle por donde corre el Nahr-Bayruth. Nada puede describir la prodigiosa vejetación de sus márgenes. Todo el valle parece á cierta distancia cubierto de musgo. Uno está mirando siempre y no se cansa de mirar, sino para elevar sus ojos al cielo buscando el origen de tantas maravillas.

«Subimos hasta el primer convento que se-

mejante á un castillo se eleva sobre un pedestal de granito, y recorrimos las celdas, el refectorio y las capillas. Los religiosos, volviendo del trabajo, se encontraban en el patio desuniciendo los bueyes, sin ruido, sin gritos y sin afectación de silencio, obedeciendo solo á una regla severa é inflexible. Sus semblantes eran tranquilos y serenos, respirando paz y contento, y ofreciendo más que otra cosa el aspecto de una comunidad de labradores. Cuando hubo dado la hora de la comida, entraron en el refectorio, no todos juntos sino uno á uno ó de dos en dos, según que hubiesen terminado más ó menos pronto sus tareas. La comida consistió como de costumbre en dos ó tres galletas de harina petrificada y secada, más bien que cocida, y en un poco de queso, cosa que comieron de pié ó sentados sobre el suelo. Después de haber comido como ellos y bebido un vaso de excelente vino del Líbano que debimos á la generosidad del superior, visitamos algunas celdas. La vista de que se goza desde ellas y desde casi todos los demás conventos es admirable; en primer lugar las vertientes del Líbano, luego después el mar, con sus golfos, sus orillas, y sus blancas velas que le recorren en todos sentidos, he aquí el horizonte que incesantemente se ofrece á las miradas de aquellos religiosos. La comunidad posee muy poco terreno y no recibe más individuos que los que puede mantener. Jamás se oye hablar de un escándalo dado por esos religiosos; nadie murmura contra ellos, y el convento no es más que una pobre granja cuyos domésticos no reciben por todo salario más que el techo, la comida de un ancoreta y las oraciones de sus compañeros.»

Entre los conventos que se encuentran en la cordillera del Líbano debe mencionarse el de San Antonio fundado en el mismo lugar donde el santo pasó la mayor parte de su vida en la soledad y en la meditación; el número regular de religiosos es de setenta á ochenta. Algunos de ellos, deseando imitar de un modo más completo la vida ascética de su patron, habitan algunas pequeñas celdas ó solitarias hermitas en las rocas que se levantan sobre el convento. Los que perecen son enterrados en una gruta con su mismo hábito: un viagero vió uno de ellos que parecía haber estado al abrigo de toda corrupción.

LAMINA 26.

Cedros del Líbano.

Míranse con una especie de respeto los árboles centenarios. Algunos hay, como en la selva de Fontainebleau, que llevan por ejemplo los nombres del rey y de la reina; otros dan sombra á alguna estatua de la Virgen ó de algun santo patron. En los lugares menos favorables á la vejetacion, encontrareis con frecuencia una cruz cobijada por árboles que cuentan por siglos su existencia. Olmos hay que dan sombra á la plaza de una aldea, donde los ancianos del pais se reúnen al salir de la iglesia, y donde por la tarde bailan alegremente las doncellas. Entre los antiguos eran sagrados los árboles, y por lo mismo no es extraño que los cedros del Líbano merezcan y obtengan una especie de veneracion que ha contribuido á prolongar su existencia y á llamar la atencion de los viajeros.

Los cedros, que cubren con sus ramas horizontales la cumbre del Líbano, son respetables ruinas al modo que esos antiguos monumentos que al cabo de muchos siglos se encuentran en pie todavía, como desafiando la mano de los hombres y el poder del tiempo. Por un privilegio que les es comun con los olivos de la misma region, esos hermosos árboles se renuevan y se perpetúan para ocultar á los curiosos el secreto de su antiguo origen, para recordar los grandes y gloriosos acontecimientos que han pasado bajo su sombra, y para coronar en fin dignamente la montaña cuya historia se enlaza con la de Jerusalen, con el templo de los judios, y con el admirable pais en que vejetan. No disputaremos como algunos viajeros sobre su antigüedad, pues es preciso visitarles con respeto para que nos cuenten lo que han visto hace tres mil años, puesto que un árbol viejo encierra algunas veces la crónica de un pais.

Esos cedros famosos, que segun espresion del rey profeta fueron plantados por el mismo Dios, y cuyo número llega á ochenta, son de una corpulencia extraordinaria, de manera que seis hombres no pueden abrazar uno, y hasta los hay que tienen seis toesas de circunferencia. Repútanse tan antiguos, que segun tradicion pertenecen al tiempo de Salomon. La copa de

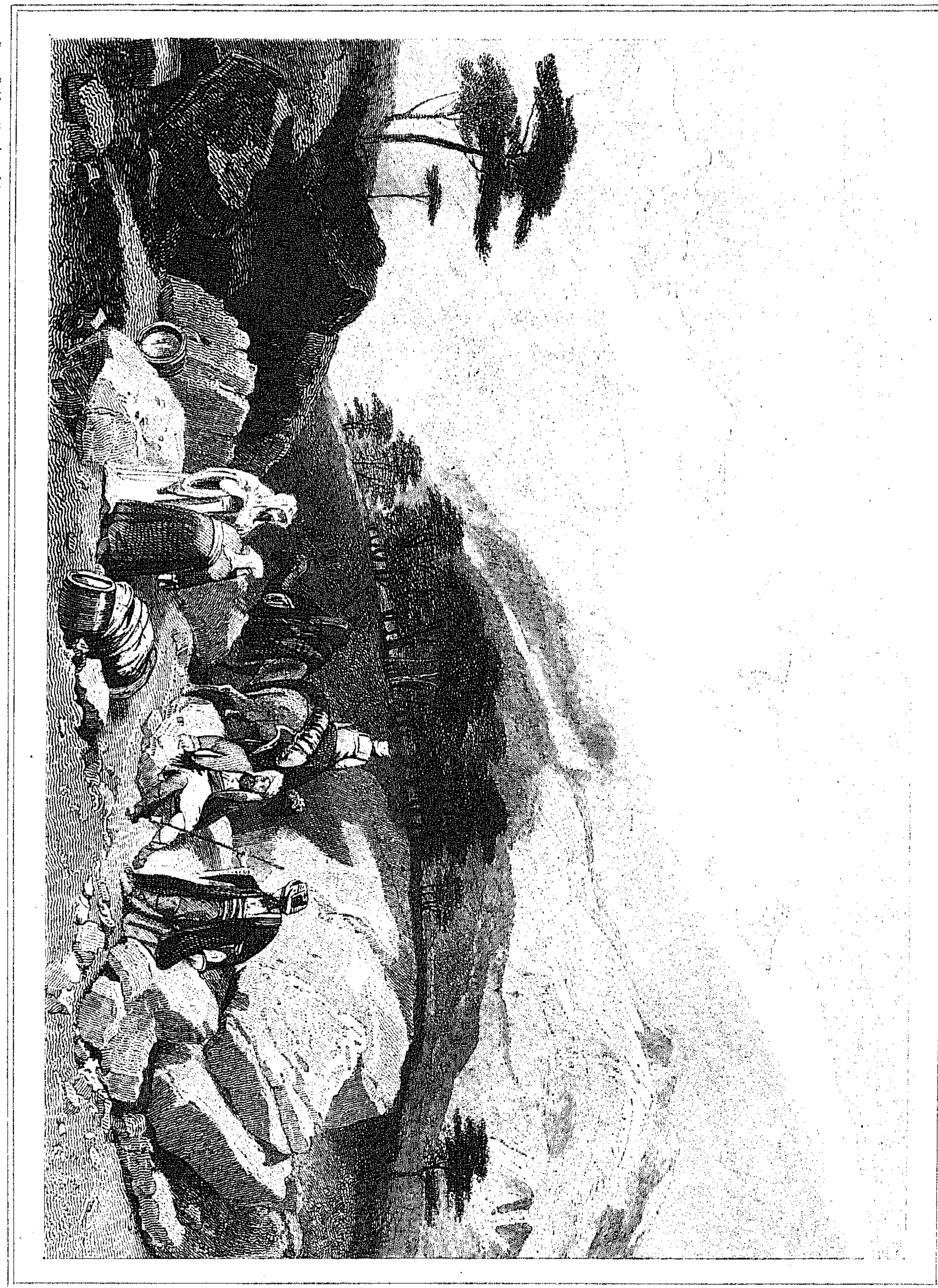
los grandes cedros se ensancha en la cumbre y forma una especie de parasol. Algunos de los cedros actuales se dividen á cierta altura en cinco ó seis ramas principales que parecen otros tantos árboles implantados en el tronco. Aunque estos cedros no tienen otra particularidad que esa prodigiosa corpulencia que atestigua su remota antigüedad, no serian menos dignos de visitarse si es cierto lo que afirman muchos viajeros de que en ninguna otra montaña del globo han visto otros semejantes.

Con el objeto de conservar los cedros mas antiguos, el patriarca ha creído deber escomulgar á cuantos cortasen de ellos la menor rama sin un permiso formal. Sin embargo, el temor no ha sido á veces bastante fuerte para prevenir contravenciones á esta disposicion.

Al salir de Beyrouth, dice el anciano Geramb, habia prometido á una joven de las mas amables que he visto en mi vida, á una niña de diez años, de figura angelical, á la señorita Julia de Lamartine, grabar en la mas corpulenta encina del Líbano el nombre de su padre, el de su madre, y en seguida el suyo: y cumplí mi palabra apesar de que la ejecucion fuese mas difícil de lo que yo creia, de manera que tuve el gusto de pensar que cuando el ilustre poeta llegase á los cedros veria de lejos los nombres de su familia, tan gratos á su corazon.

«Permanecí en medio de los cedros unas cuatro horas. Largo rato me paseé solo en la obscuridad religiosa que me rodeaba. En mi ánimo buscaba los recuerdos de su antigua gloria, y meditando despues en su larga existencia, que me hacia saludablemente sentir la brevedad de la nuestra, consolábase mi alma de la rapidez con que pasan los dias pensando en la eternidad que nos espera. No pude alejarme sin volver veinte veces la cabeza y sin exhalar involuntariamente algunos suspiros.»

Tres poblaciones distintas habitan las accesibles y cultivadas vertientes del Líbano. La primera se compone de los Maronitas que forman un pueblo aislado en todo el oriente, que obedecen á un patriarca, y que todos los años van á celebrar en la montaña una fiesta llamada de los cedros. Se diria que es una colina echada como por azar en medio de las tribus del desierto; sin embargo su fisonomía es árabe: los hombres son altos, por lo comun hermosos, de altiva mi-



Dessin de M. de la Roche.

Mont Liban. Cedres.

Mont Liban.

Mont Liban. Cedres.



rada, de franca sonrisa, cultos sin bajeza, y espléndidos en el traje y en sus armas; quieren á los europeos como á unos hermanos, por su comunidad de religion con ellos, y reciben á nuestros misioneros y viajeros como á unos amigos: se viaja entre ellos de noche y de dia sin temer ningun robo ni violencia. Son valientes y belicosos como todos los montañeses; acaso están reservados grandes destinos á ese pueblo vírgen y primitivo por sus costumbres, por su religion y su denuedo. La Europa está interesada en que este voto se realice.

« Los Drusos componen la segunda parte de la poblacion del Líbano; son idólatras y hablan el árabe. Perseguidos por los mahometanos, cuya religion no quisieron abrazar, refugiáronse á las inaccesibles soledades del Líbano. El emir Facardin los hizo célebres aun en Europa á principios del siglo diez y siete; pero, despues de una resistencia famosa, fué vencido por traicion y conducido á Constantinopla: con todo esto su posteridad pudo dominar en el pais, y solo despues de estinguida esta pasó el gobierno á otras manos. La religion de los Drusos es un misterio que ningun viajero ha podido aclarar. Adoran el becerro y sus mugeres son admitidas al sacerdocio; veneran á Moises, á Mahoma y á Jesus. Tienen muchas escuelas para los niños; se sabe que despues de la batalla de Navarino acogieron con generosidad á los europeos que temian la venganza de los turcos.

« La última parte de la poblacion del Líbano se compone de mahometanos de la secta de Alí, dominante en Persia. No beben ni comen con los sectarios de otra religion que la suya, y hacen pedazos el plato que ha servido para un extranjero. Despues de muchos triunfos y derrotas han logrado mantenerse en el valle y junto á las magníficas ruinas de Heliópolis, y de Sour, la antigua Tiro ».

Pero hace treinta años que una muger llama por sí sola en estos sitios la atencion de los viajeros europeos, mas que todos los pobladores del alto y bajo Líbano. Es la sobrina del famoso Pitt, la hija de lord Chatam, lady Stanhope, que ya hemos nombrado.

Educada en el gabinete de su tío, oyó desde niña tratar al lado suyo las mas grandes cuestiones que agitaban entonces el mundo. Cuando Pitt murió era jóven y hermosa, noble como

una reina y mas rica que un monarca. Reusó los mejores partidos que se la ofrecieron, recorrió las varias capitales de Europa, y por último se embarcó para el oriente. Llegó á Esmirna donde por poco muere de la peste. En Constantinopla se la abrieron las puertas del serrallo y las sultanas le prodigaron fiestas. Al verla caminar entre esos grupos de Circasianas se hubiera dicho que era la reina y la dueña de sus esclavas. Procuróse firmanes del Sultan, y llevándose consigo inmensas riquezas se embarcó; pero una tempestad lo sumergió todo, y hubiera devorado á la misma viajera si sobre los restos de la embarcacion no hubiese llegado á una isla desierta de donde la sacó un pescador para conducirla á Rodas. Volvió á Inglaterra para reunir los restos de su patrimonio, y por fin se embarcó de nuevo y llegó al Líbano, su patria adoptiva, que no ha abandonado despues. Habiéndose establecido al principio en las cercanias del Alaguia, aprendió el árabe y se relacionó con las autoridades Drusas y Maronitas que gobernaban la comarca; en seguida buscó un hombre de confianza, llamado Baudin, que la sirvió á la vez de intérprete y de consejero. Antes de fijar su morada en la montaña, recorrió la fecunda cadena del Líbano, el desierto, y visitó Damasco, Jerusalem, Homs y aun Palmira, donde fué recibida como otra Zenobia. Respiraban tanta dignidad sus miradas y tanta grandeza su semblante, que los árabes la contemplaban llenos de admiracion. Al llegar á las ruinas de Palmira halló preparada una gran solemnidad, pues treinta mil árabes habian acudido del desierto y la proclamaron reina de Palmira. Durante su permanencia en medio de esas ruinas, sucediéronse unas tras otras las fiestas, las danzas, los banquetes y las corridas. Siempre magnífica la célebre viajera dotó á varias doncellas, asistió á su casamiento y prodigó los pesos fuertes españoles, que hoy día los árabes del desierto enseñan á los viajeros, añadiendo que son de su reina. En cambio las varias tribus reunidas la dieron firmanes en virtud de los cuales todo viajero protegido por ella podia visitar con toda seguridad las ruinas de Palmira pagando un tributo de mil piastras.

Al volver de ese viage regio escogió el retiro en que mora hoy día, en una soledad casi inaccesible, sobre una de las cumbres del Líbano,

cerca de la antigua Sidonia. Respetada por los bajás de San Juan de Acre, obtuvo la concesión de los restos de un convento y del pueblo de Dgioun, habitado por los Drusos, que pidió para su establecimiento. Edificó en él muchas casas parecidas á nuestras fortificaciones de la edad media y creó un hermoso jardín á lo turco. Allí vivió muchos años con lujo oriental, rodeada de muchos dragonianes, de gran séquito de mugeres y de esclavos negros, y relacionada con todos los soberanos y los gefes árabes de los alrededores. Pronto disminuyó su considerable fortuna, murieron ó se alejaron los que la

habian seguido desde Europa, enfrióse la interesada amistad de los árabes, quedó completamente aislada la célebre inglesa, y entonces fué cuando dió muestras de toda la energía heroica de su carácter, y de toda la constante resolución de su alma. Las ideas religiosas que mezcla con la astrología la dan una fuerza sobrenatural. En este estado de abandono han encontrado Lamartine y otros célebres viajeros á esa muger, que es un nombre grande en oriente á par que la admiración de la Europa, á esa muger á la cual han dado los árabes el nombre de señor, olvidando su sexo.

CAPITULO XIV.

Respeto de los Maronitas para con los sacerdotes y religiosos. — Comitiva nupcial de un príncipe de los Drusos. — Peregrinación de Geramb al monte Sinai. — Convento de Santa Catalina. — Zarzal ardiente. — Capilla de Santa Catalina. — Peregrinación de los griegos y costos al monte Sinai.

YA que nos encontramos en medio de una población cuyas costumbres son tan diferentes de las de Europa, bueno será detenernos en algunos de sus rasgos principales. Primero observaremos su vida patriarcal, su hospitalidad, su piedad tierna y sencilla, y el respeto sin bajeza ni superstición que tienen á los ancianos y á los viajeros que llevan traje de religiosos ó de sacerdotes. En la vasta llanura que conduce á Balbek los pastores maronitas se apresuraron á ofrecer á Geramb todo cuanto deseaba, viéndole con hábito de la Trapa, y prosternados los niños á sus pies, le pedían que los bendijese. En el momento de partir todos querían tocar su sayal, todos le seguían con la vista y le saludaban con la mano, dándole el último adiós.

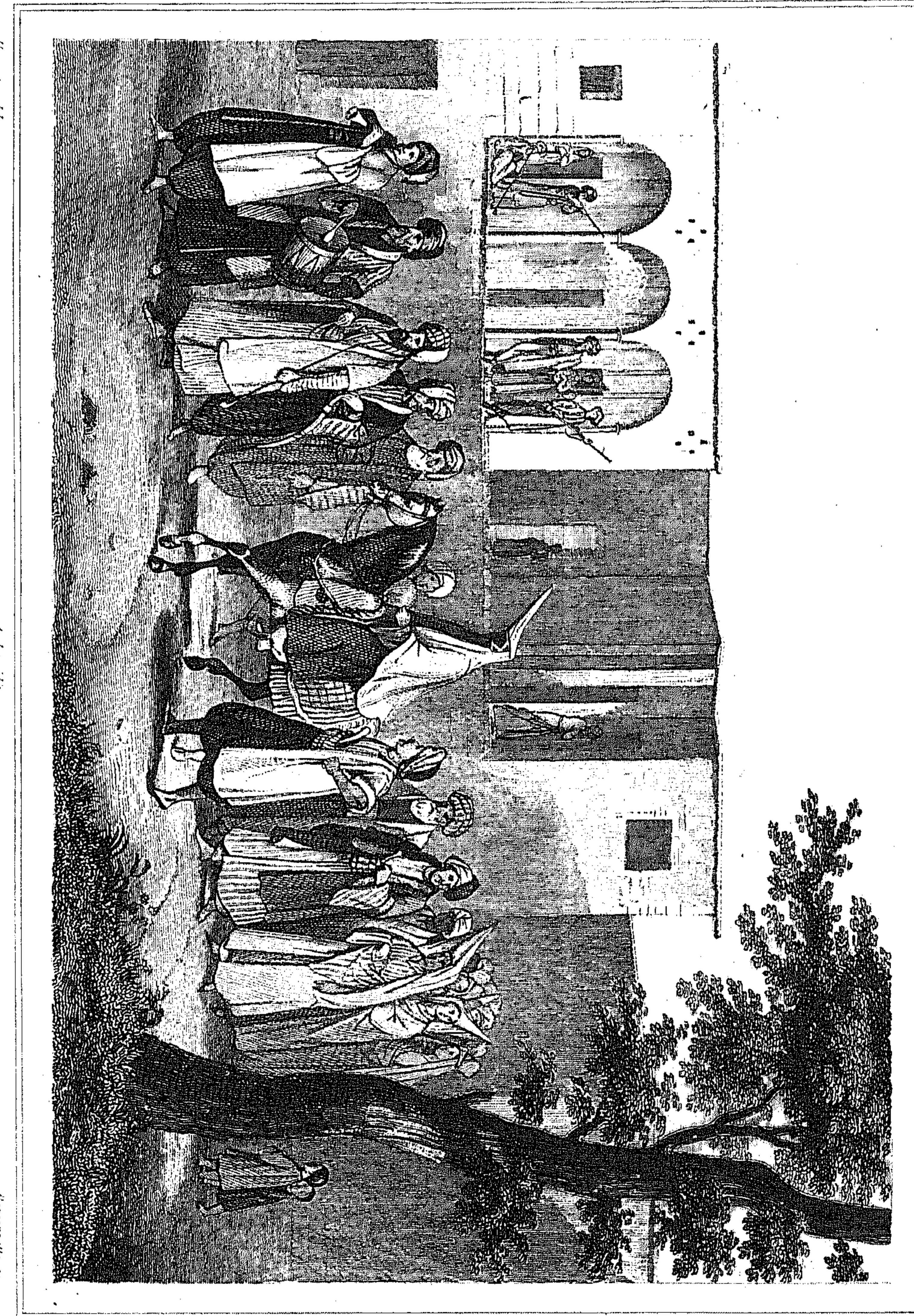
Un viajero inglés cuenta en los términos siguientes las principales circunstancias del casamiento de un jóven príncipe de los Drusos.

LAMINA 27.

Marcha nupcial al monte Libano.

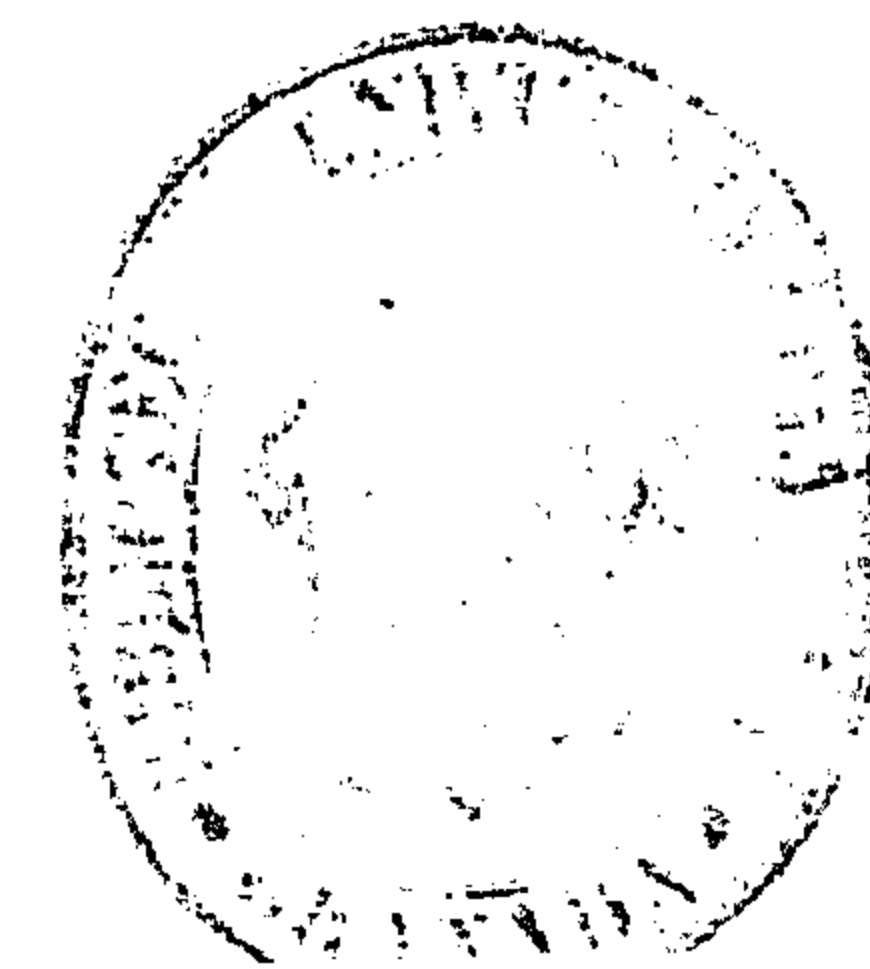
Al llegar á Narh-el-Kelb nos detuvimos en

una cabaña delante la comitiva de la princesa que pasaba á Gacir para casarse con el jóven príncipe. El camino estaba lleno de curiosos que disparaban fusilazos. Al cabo de dos horas apareció por fin la comitiva sobre la cumbre de las rocas que teníamos delante de nosotros, siguiendo un alto y difícil sendero. Los que la componían iban vestidos ricamente y montaban hermosos caballos enjaezados con magnificencia. Marchaba el príncipe á la cabeza acompañado de sus domésticos. En pos venían dos gefes de los Drusos con un cuerpo de tropas de esa tribu, marchando con orden y disparando de tiempo en tiempo sus fusiles. En seguida venían diez ó doce mulos cargados con ricas telas y preciosos muebles. Algun tiempo despues aparecieron las mugeres que se apearon en un tránsito difícil, y se adelantaron á pié hasta un puente. Eran unas veinte y dos, y como el calor era excesivo descansaron debajo de un árbol y tomaron algun refresco. Cuando volvieron á ponerse en marcha pasaron junto á mí llevando delante á su princesa. Algunas me miraron con aire descontento porque era el único que tenia abierto el parasol: por mi parte jamas



Marcha nupcial al Monte Libano.

Impreso en el Monte Libano.
Marcha nupcial al Monte Libano.



he visto un grupo tan estrañamente mezclado ni mas ridiculo que el de esas mugeres.

Pocos viajeros, despues de haber visitado la Tierra Santa y recorrido las montañas del Líbano, se sienten bastante animados para completar su instruccion bíblica, atravesando los desiertos de la Arabia petrea, subiendo al monte Siná y contemplando aquella cumbre donde Dios dió su ley á Moises en medio de truenos y de relampagos. Necesitábase todo el valor y el ardor piadoso de Geramb para arriesgarse á tan difícil empresa. Desde el Cairo llegó al cabo de tres dias de marcha por la arena á la ciudad de Suez, triste y melancólica como sus alrededores, formada de casas mal construidas, poblada de habitantes casi desnudos y de niños de rostro cadavérico. Allí el religioso viagero durmió en el mismo cuarto que Bonaparte habia ocupado, y le asaltaron mil reflexiones durante los cortos momentos que permaneció en él. Salió de la ciudad que da nombre al ismo que une el Asia con el Africa; y pasó la noche en las *fuentes de Moises*.

Hé aquí que se nos ofrece el nombre del legislador de los judios; todo vá á hablarnos de él, cuando revestido con poder divino se encargó de conducir á un pueblo grosero y no pocas veces rebelde. Todo este camino está lleno de grande interés, y el viagero indaga respetuosamente el sitio en que, segun la tradicion conservada de tiempo inmemorial en la Arabia pasaron los Israelitas el mar rojo. Geramb, con la biblia en la mano, se encontraba en el parage mismo en que Dios dijo á Moises: «Estiende tu mano sobre el mar á fin de que las aguas vuelvan sobre los egipcios, sobre sus carros y sus caballeros.

De vuelta, todavia conmovido con impresion tan profunda, declara Geramb que ha venido al desierto para pensar en Dios y pide á su comitiva un silencio completo.

LAMINA 28.

Camino del Siná. — Monasterio de Santa Catalina.

Siguiendo el camino del monte Siná, se lle-

ga á un valle muy quebrado donde se encuentra el famoso convento de la Transfiguracion llamado por muchos viageros de Santa Catalina. De lejos se presenta como una ciudadela, y los viageros suben á él con cuerdas que van izando los religiosos. Este convento es una especie de pequeña aldea cercada de altas murallas cuyas piedras son enormes masas de granito. El cercado forma un cuadro que en cada uno de sus lienzos tienen mas de ochenta toesas de largo; y el interior no es mas que un conjunto de edificios irregulares levantados sobre un terreno desigual. Todo es mezquino excepto la iglesia. El convento propiamente dicho fué fundado en 527 por el emperador Justiniano, y en el se vé todavia el edificio que servia de templo á los católicos, y de donde hace cuarenta años fueron espulsados por los griegos cismáticos que son dueños de él hoy dia y que trabajan para serlo de los demas santuarios de oriente. Es notable la belleza del templo alumbrado por muchas lámparas de plata que son otros tantos regalos hechos por los rusos porque descansa allí el cuerpo de Santa Catalina que es objeto de su veneracion: las paredes están adornadas con muchos cuadros, pero hay pocos cuya pintura tenga algun mérito. Lo que nota mas el viagero en este convento es su abundancia de aguas, pues ademas de los arroyos que bastan para la poblacion y que bajan de las montañas superiores cubiertas de nieve, hay un pozo célebre que segun dicen recuerda la época de los patriarcas. Dícese que fué junto á él donde el libertador de los hebreos encontró á las hijas de Yetró. Leyendo el capítulo segundo del Éxodo se cree asistir todavia á una de esas escenas que pasan frecuentemente junto á los pozos de la Arabia para la posesion del agua necesaria á los muchos rebaños de pastores.

Despues de haber visitado la iglesia, Geramb fué conducido á la capilla del zarzal ardiente. En el sitio mismo donde Dios manifestó su presencia con tan grande prodigio, es donde segun la tradicion se ha fundado la capilla destinada á perpetuar su recuerdo, y donde nadie puede entrar mas que descalzo. El santuario se parece del todo á los demas de la Palestina, por su elevacion, por sus columnas y porque el lugar reverenciado está colocado sobre él.

Despues de esta corta digresion, entremos

en la capilla de Santa Catalina. El cuerpo de esta santa patrona de las Rusias estaba aun entero hace setenta años. Posteriormente para sustraerle al saqueo de los árabes, ha sido preciso quitarle de su sitio, y á causa de la humedad, solo quedan de él las principales partes, tales como la cabeza y una mano muy bien conservada y llena de anillos preciosos.

LAMINA 29.

Desierto del Sináí.

Olvidábamos antes de subir á la cumbre del Sináí, detenernos con Geramb en ese desierto donde Dios habia guiado, mantenido, vestido y conservado á la inmensa multitud conducida por Moises; donde apareció esa columna luminosa durante la noche y sombría durante el dia que guiaba todo un pueblo; de donde bajó del cielo todas las mañanas, excepto el dia del sábado, el maná divino; donde se usaron esos vestidos que el tiempo ni la fatiga no podian romper, y donde perdian las aguas su amargura con solo que Moises orase al cielo.

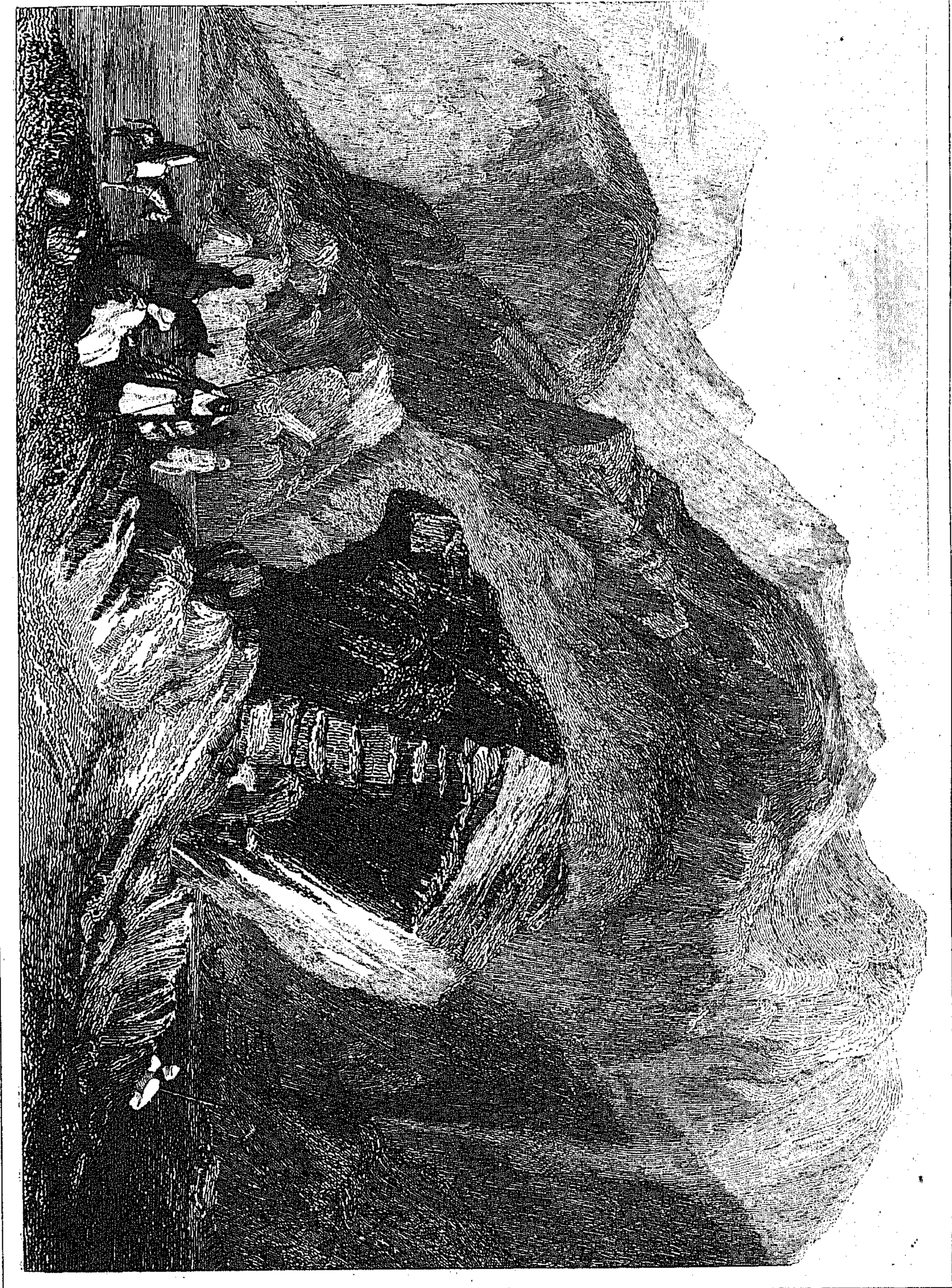
Tiene un no sé qué de grave é imponente la marcha de Geramb, de ese filósofo cristiano que meditaba en medio de la soledad, entre genízaros y beduinos que no podian comprender sus altos pensamientos, ni menos conocer los hechos que los motivaban. Complácese uno en seguirle por ese arenoso y quebrado camino, y se admira su valor en haber sabido sufrir para darnos la exacta pintura de esos lugares célebres.

Volvamos á emprender con él el camino de la milagrosa montaña: « La vista de un pequeño pájaro, dice, es en todas partes una cosa indiferente; pero en el desierto, y sobre todo en uno donde todó es desnudez y esterilidad y donde nada anuncia la vida, es preciso haberse encontrado en mis circunstancias para formarse idea del encanto particular que escita semejante encuentro. Un poco mas allá mis guias creyendo reconocer los pasos de una gazela, juzgaron que no podia estar muy lejos algun arroyo; y ciertamente no se equivocaron. Descubrimos á poco un arroyuelo de agua amarga y salada, apenas buena para las caballerias y de la cual bebieron los camellos; pero apesar de la sed

cruel que me atormentaba no bebí ni un sorbo. Despues de una marcha penosa de nueve horas, todavia mas cansada á causa del calor, nos detuvimos en el fondo de un estrecho valle rodeado de enormes peñascos en cuyas torrenteras descubrieron agua los beduinos, y aunque fuese turbia la encontré deliciosa comparativamente con la del manantial anterior. »

Adelantándose mas Geramb, encontró una tribu entera de beduinos que bajaban del monte con sus camellos, sus asnos y sus carneros. Parecióle ver á Loth retirándose con su familia y sus rebaños porque unos mismos campos no bastaban para su familia y la de Abraham. Auxiliado por su genízaro se complace en conocer los usos y costumbres de la península de Sináí, y no sin satisfaccion oyó contar cosas que bajo mas de un aspecto recuerdan las costumbres y la sencillez de vida de los hombres primitivos, quienes laboriosos, dedicados al campo, morando en tiendas, y mudando de habitacion segun la comodidad de los pastos, estaban ocupados frecuentemente en acampar y levantar el campo, y no podian hacer mas que pequeñas jornadas de camino con semejante aparato. Vió á los beduinos con su túnica de lana y su turbante blanco ó colorado, y á las mugeres cuyo rostro está cubierto, dejando solo dos pequeñas ventanas para que puedan mirar á su placer. Geramb dice que el carácter de estas tribus es el amor á la independendencia, y sus almas tienen cierto orgullo y sentimientos elevados. Aman la hospitalidad como todos los orientales y la ejercen aun con sus enemigos. El padre quiere tiernamente á sus hijos y estos le respetan sobre manera. Su arma favorita es el fusil con mecha.

En fin, despues de diez dias de marcha, llegó Geramb á una colina desde la cual vió la augusta cumbre del Sináí, y postrándose religiosamente adoró con toda su alma al que apareció para anunciar su ley á los hijos de Israel, entre truenos y relámpagos. Conmovido Geramb como lo estuvo en Jerusalem y en Belen, mandó hacer alto á su comitiva y pasó una parte de la noche leyendo el *Exodo*. Al dia siguiente desapareció de sus ojos el Sináí por entre las cordilleras, cuando mas se iba adelantando, y entonces fué cuando llegó al convento de la Transfiguracion.



Wagner del Sináí.

Desierto del Sináí.

Desierto del Sináí.

Wagner del Sináí.



No son unicamente los católicos los que visitan el convento del Sinaí, si que tambien los griegos y los coftos. El Egipto tiene cerca de su territorio la cuna de tres religiones, la judaica, la cristiana y la mahometana; y por lo mismo llegan continuamente viajeros de distintos pue-

bls al Cairo para visitar los lugares en que nacieron Moisés, Jesus, y el falso profeta Mahoma. La peregrinacion del monte Sinaí es para los griegos y los coftos obligatoria una vez á la vida, y se apresuran á llevarla á cabo cuanto mas pronto pueden.

CAPITULO XV.

Limosnas de los religiosos del monte Sinaí. — Elias en el monte Sinaí. — Cumbre del Sinaí. — Roca hendida por Moises. — El monte Horeb.

Ni mas ni menos que los religiosos del Líbano y de Jerusalem, los de la Transfiguracion no niegan limosnas á nadie, de manera que reparten á las mugeres y niños dos pequeños panes, y á los hombres cuatro y muchas veces seis. En los alrededores del monasterio se encuentran acampadas debajo de tiendas cerca de cincuenta familias árabes que en algun modo le pertenecen; tienen rebaños y camellos y por precio convenido se encargan de todos los transportes que debe hacer la comunidad, así como de proporcionar caballerías á los viajeros. Pero si los religiosos tienen la satisfaccion de repartir limosnas á los árabes acampados junto al convento, cábeles ademas la gloria de haberse procurado un amigo contra la soledad, es decir una biblioteca numerosa apesar de los robos que se les han hecho en distintas épocas. Conservan en ella cuidadosamente la copia de un edicto del falso profeta Mahoma en el cual dice este que será el protector de todo sacerdote ó hermitaño, prohíbe exigir contribuciones de los sacerdotes, de los obispos y de los devotos, y manda que no se impida á ninguna muger cristiana el ejercicio de su culto.

LAMINA 30.

Cumbre del Sinaí.

Si el vasto desierto en medio del cual está situado el monte Sinaí puede cansar el valor y la

paciencia de los mas intrépidos viajeros, otros no menores obstáculos se presentan cuando es preciso trepar desde el monasterio á la cumbre de la montaña en un espacio de mas de dos mil pies, entre escarpadas rocas que á veces se cruzan en medio de la senda, que apenas merece este nombre. No podia Geramb pensar sin espanto en semejantes obstáculos, pero lleno de valor determinó trepar por los riscos, como lo efectuó casi á gatas el primero de Marzo acompañado de un religioso, de un árabe y de un genízaro. La subida empieza á unos trescientos pasos del monasterio. En algunos parages ademas de las agudas rocas tuvo que luchar con el hielo y con la nieve, á par que contra un fríísimo viento. Todo presentaba alrededor de él un aspecto triste y sombrío, todo era solitario, silencioso y yerto. A mitad del camino encontró una capilla dedicada al profeta Elias, donde se vé la gruta en que descansó despues de haber marchado cuarenta dias y cuarenta noches: aquí fué donde mereció que le hablase el mismo Dios como habia hablado á Moises. Desde la caverna de Elias siguió penosamente su marcha al través de la nieve, contrariado incesantemente por un fuerte viento del norte. Por fin se presentó á sus ojos la augusta cumbre, reanimó su valor y pareció darle nuevas fuerzas. Una hora despues todos sus votos estaban satisfechos. En los transportes de una alegría que le hacia olvidar las fatigas del viage, no pensaba su alma en lo terreno y solo se saboreaba con las bellezas de la Biblia.

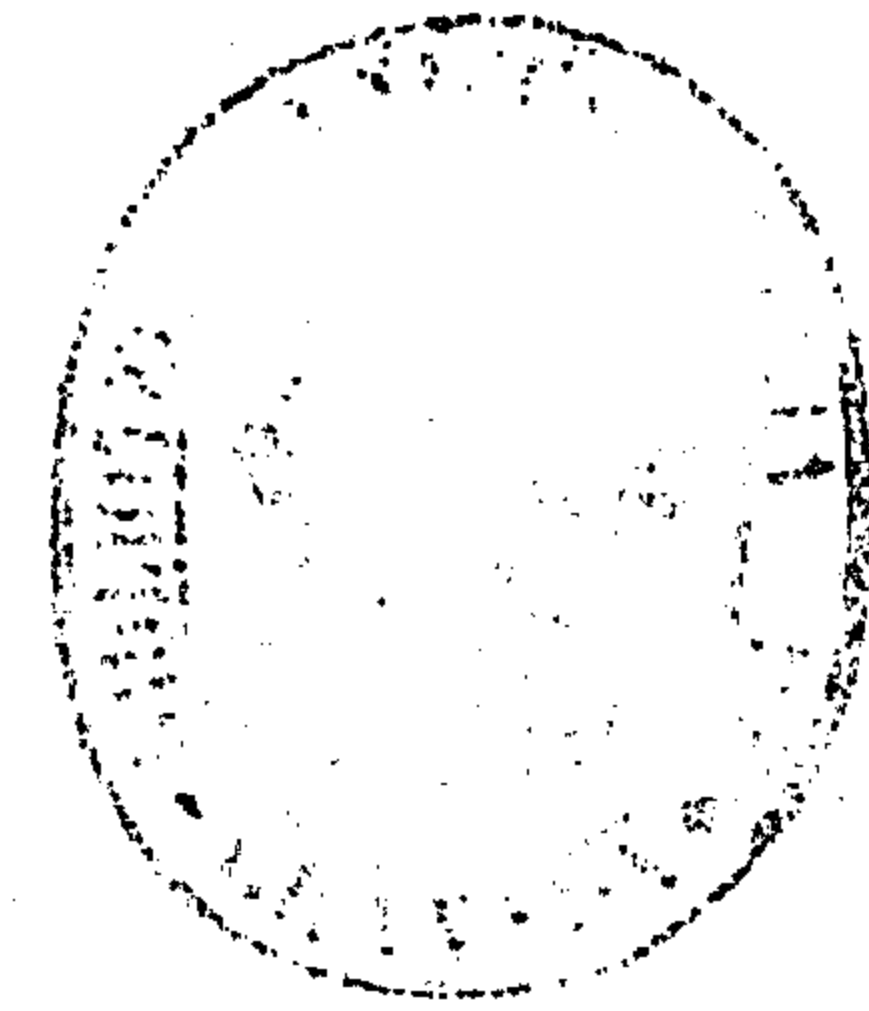
De todos los objetos que ofrece el Sinaí cubierto de ruinas de dos iglesias cristianas, y de una mezquita construida por los turcos para honrar al legislador de los hebreos, no hay ninguno que tanto admire como el que nos recuerda la abertura de la roca donde la mano de Dios cubrió á Moises hasta que los rayos de su gloria hubiesen desaparecido. Todavía subsiste esta abertura, y se reconoce apesar de los cuatro mil años que han transcurrido desde la época de que habló el escritor inspirado; todos pueden verla, todos delante de ella pueden rendir homenaje á la verdad de las escrituras.

Geramb bajó despues de la montaña y se encontró de repente en el valle de Raphidim, y en el lugar llamado de la tentacion para ver y contemplar la roca de la cual Moises hizo brotar un arroyo de agua, y que presenta señales de identidad. Hasta hoy día los pintores han representado á Moises haciendo brotar agua de enmedio de una cadena de montañas, pero se han engañado; la roca es un peñasco solitario, en medio de un suelo estéril donde ninguna vejetacion anuncia que jamas haya sido bañado por el agua de ningun arroyo. Todavía se conservan los hoyos que formó el agua en la roca, y los beduinos les atribuyen una virtud milagrosa, pues ponen en ellos la yerba que traen de muy lejos, y en seguida la dan á comer á sus camellos cuando están enfermos.

Subamos ahora con el infatigable Geramb al monte Horeb y detengámonos en el sitio donde es fama que se encontraba Moises cuando vió el zarzal ardiente. Desde este punto la perspectiva es admirable y no puede compararse á ninguna otra. A mi izquierda veía el monte Sinaí, elevando magestuosamente su santa cumbre; debajo de mí, á una media legua y en un estrecho y profundo vallé veía como á mis pies el

convento de la Transfiguracion, que es una desesperacion para el árabe que codicia lo que contiene, y mide consternado las murallas per las cuales no puede trepar; á mi derecha prolongábase mi vista sobre el camino que recorrieron los Israelitas para llegar al monte Sinaí, y la llanura en que acamparon cuando Dios dió su ley á Moises. Figureme que estaba oyendo al legislador de los hebreos radiante de gloria y al propio tiempo lleno de indignacion contra los que durante su ausencia se entregaron á la mas abominable idolatría.

«Sentado sobre una roca, dice, daba libre curso á todos mis pensamientos, acudíanme á tropel los recuerdos, haciendo pasar rápidamente por delante de mí los milagros de la predileccion de Dios para con su pueblo y la ingratitud de este: jamas conocí tan fuertemente la enormidad de las prevaricaciones de Israel al pie de esas montañas. En medio del acampamento veía el altar sacrílego levantado por Aaron: veía el abominable ídolo, los holocaustos y las victimas ofrecidas, y á la multitud que olvidando á Dios que la habia sacado de Egipto, se entregaba á insensatas alegrías y á danzas lúbricas. Veía á Moises bajando precipitadamente del Sinaí, rompiendo las tablas de la ley en los transportes de una santa indignacion, y á los hijos de Levi corriendo por el acampamento y dando muerte á todos los culpables. Y al mismo tiempo que á vista de este terrible espectáculo reconocia la justicia de la venganza divina, permanecia confundido por el exceso de la ceguedad é ingratitud que habia hecho desconocer los mas patentes y recientes beneficios, y para comprender tan estraño misterio, procuraba sondear dentro de mi mismo las miserias de mi corazon para conocer mejor las de los demas.



CAPITULO XVI.

El Egipto en general. — El Nilo. — Una boca del Nilo. — Fertilidad del Egipto. — Las pirámides. — Nefis. — Tebas; el ejército francés delante de sus ruinas. — Estatua de Memnon. — Tebaida; sus solitarios.

Y DESPUES de haber hablado del mar rojo y del milagro que hizo Dios en favor de su pueblo | dividiendo sus aguas, penetremos en Egipto, en esa comarca célebre, tan poderosa bajo el im-

perio de los Faraones, tan rica bajo el de los Toloméos, y que aun hoy día es tan importante bajo el aspecto histórico y el arqueológico. Madre de las ciencias y de las artes, instruyó á la Grecia, la cual á su vez ha instruido á los romanos, de donde han procedido las luces de los pueblos modernos. Despues de haber eclipsado por espacio de mas de mil años los mas gloriosos imperios, despues de haber sojuzgado, bajo la dominacion de Sesostris; gran parte del mundo antiguo, ha venido á ser sucesivamente juguete de los persas, de los romanos, de los árabes y de los turcos. La tiranía y las revoluciones la han despojado de algunos títulos de su antigua gloria; pero su nombre solo inflama todavía la imaginacion, y los recuerdos de Tebas, de Nemfis y de Alejandría, las piramides y los obeliscos, son cosas destinadas á atravesar todos los siglos. A fines del diez y ocho un ejército francés penetró en la antigua patria de los Faraones, y los sabios que iban con él pudieron presentar á la Europa, en el mas magnífico trabajo que jamas se haya publicado, el cuadro completo de las ruinas que adornan aun esa ilustre comarca. Otra circunstancia merece todavía llamar nuestra atencion, y son las nobles tentativas que hace el actual bajá de Egipto Mehemet Aly para restituir á esa ilustre region del Africa una parte de su antiguo brillo, introduciendo en ella poco á poco las sabias instituciones europeas.

El Egipto es un nombre que resuena en nuestros corazones desde la infancia. Qué historia mas tierna que la de esa cuna flotante sobre el Nilo, con un niño abandonado? Ese niño era Moises. Qué otra historia mas bella que la de ese José vendido por sus hermanos y conducido ante el rey de los egipcios para anunciarle los siete años de esterilidad y los otros siete de abundancia?

LAMINA 31.

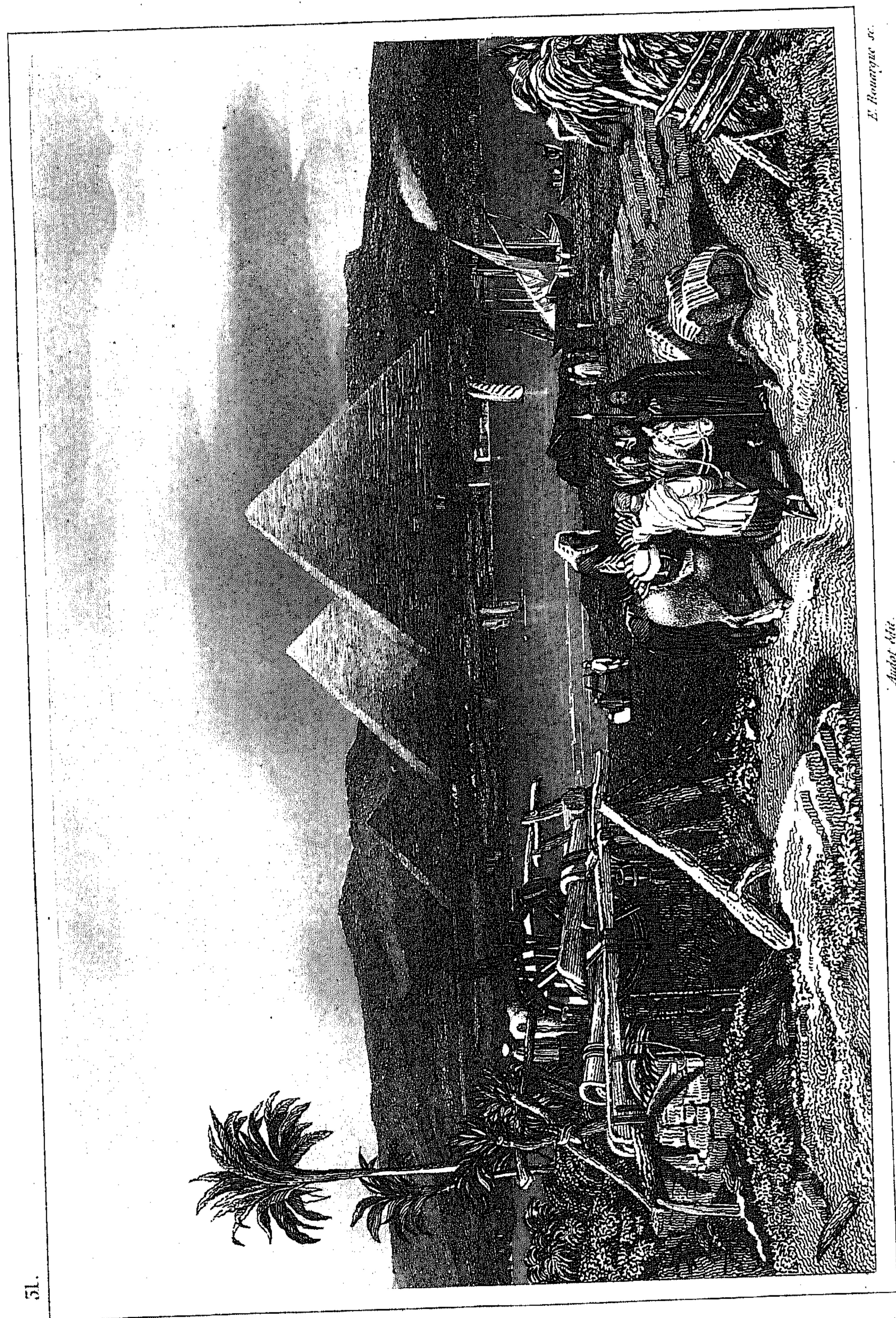
El Nilo, las pirámides y el sitio donde estuvo Nemfis.

El nombre solo del Nilo reasume en sí toda la historia de esta vasta comarca. Hermoso rio cuyo nacimiento fué por mucho tiempo desconocido, vió elevarse sobre sus orillas una multitud de ciudades de las cuales una sola hubiera

sido el orgullo de un reino, y es como la providencia de un largo valle que todos los años no espera mas que sus inundaciones regulares y su fértil cieno para producir los mas deliciosos frutos y legumbres. Cuantos acontecimientos han tenido lugar en sus orillas, cuanta sangre las ha inundado, y cuantas ruinas se levantan en ellas hoy día! Dichoso si pudiese correr en un pais tolerante de un príncipe poderoso; entonces ese hermoso pais, al que los romanos llamaban el granero del mundo, volvería á ser lo que en otro tiempo fué, reanimado con nuestras artes y con nuestra industria. Podríamos citar mil sucesos históricos que han pasado á orillas del Nilo, pero nos bastará decir que á él se confió San Luis cuando quiso volver á Damietta. La mayor parte de los guerreros franceses estaban estenuados de hambre y de enfermedad. Las fatigas y los nuevos peligros que iban á correr no eran obstáculos para su denuedo, pero á duras penas podian soportar la idea de abandonar los lugares llenos todavía del recuerdo de sus victorias. El rey quiso ser el último en la retirada, y aunque apenas podia sostenerse, se presentó en medio de sus soldados montado en un caballo árabe; no llevaba casco, coraza, ni otra arma ofensiva que la espada. Los guerreros que permanecian á su lado le siguieron en silencio dando todavía muestras de cierta alegría por tener el honor de defender al rey y de morir á su lado.

Bajo cualquier aspecto que se mire el Egipto, ningun otro pais puede entrar en comparacion con él. Su suelo es el mas fecundo del globo y el mas facil de cultivar. Junto á Roseta hay una de las bocas del Nilo que presenta una admirable perspectiva. Deslízase lentamente las aguas del magestuoso rio por entre las márgenes cubiertas de palmeras, de árboles de toda especie, de grandes plantios de arroz y de muchas plantas salvages y aromáticas cuyos perfumes embalsaman la atmósfera; véense esparcidas á uno y otro lado casas y cabañas, el ganado paze libremente en campos de un hermosísimo verde, mil especies de pájaros hacen resonar sus trinos por los aires, y millares de ánades y de cisnes parccen los soberanos de esos pueblos acuáticos.

El Egipto por su estension es igual á la quinta parte de la Francia, pero puede igualar á esta nacion por la grandeza de su suelo, pues reune



E. Beaupré del.

Abel del.

La Vil, las Piramides, emplacemnt de Memphis.

El Nilo, le Piramide, vestigia de Moysi.

El Nilo, las Piramides, sitio donde estuvo Moysi.

Edinburgh, Scapfield del.

todas las producciones de la Europa y del Asia: el trigo, el arroz, el algodón, el lino, el azúcar y otros muchos. Por el mar rojo se dá como la mano con la India, y si se restabléciese la antigua circulacion por Suez, pronto quedaria desierto el cabo de Buena Esperanza. Este era el grande proyecto de Napoleon, proyecto que no ha podido cumplirse: pero al menos treinta mil franceses triunfantes han saludado las pirámides, la ciudad de Tebas de cien puertas y las ruinas de Nemfis, y su nombre quedará enlazado con el de estos monumentos.

Esas pirámides, esos colosos, esa gigantesca produccion del arte, se presentan al viajero con toda su inmensidad. A cierta distancia nó-tanse apenas cien personas agrupadas en su entrada. Esta se encuentra á unos sesenta pies de la base, y es donde empieza la primera galería. Al llegar á la estremidad se encuentran dos pedruscos de granito que cerraban por de dentro ese misterioso reducto, y luego se llega á una galería occidental que conduce á un cuarto conocido con el nombre de cámara de la reina, sin adornos ni inscripcion alguna. Súbese tambien á la grande galería que conduce á una segunda meseta y á la última puerta mas complicada en su construccion y que nos dá idea de la importancia con que miraban los egipcios la inviolabilidad de sus sepuleros. En seguida viene la cámara real que contiene el Sarcófago, pequeño santuario objeto de un edificio tan gigantesco. Parece que los hombres al emprender este monumento quisieron luchar con la naturaleza en inmensidad y en duracion, y hasta cierto punto lo han logrado puesto que las montañas que rodean esos monumentos son menos altas y menos conservadas que ellos. Herodoto dice que la grande pirámide era el sepulcro de Cheops, que cien mil trabajadores estuvieron ocupados en construirla por espacio de veinte años, y que el monarca se vió precisado á prostituir á su hija para construir ese monumento, obra del orgullo.

Despues de esas pirámides cuyo verdadero objeto no es aun conocido y que acaso no lo será nunca, se presenta á la imaginacion la antigua Nemfis, la segunda residencia de los Faraones. Fundada á la orilla izquierda del rio tenia cincuenta estadios de circunferencia. El palacio de los reyes se extendia de una estremidad de la

poblacion á otra, y era probablemente un conjunto de varias habitaciones, templos, bosques y jardines. Uno de sus mas grandiosos templos era el de Vulcano, alabándose de él la magnificencia de sus pórticos y su coloso de setenta y cinco pies de largo. Cuando la magnífica Tebas habia sido olvidada, la gloria de Memfis subsistió por mucho tiempo hasta que fueron allanados sus mas hermosos edificios por el feroz Cambises: posteriormente la destruyeron hasta en sus cimientos los árabes.

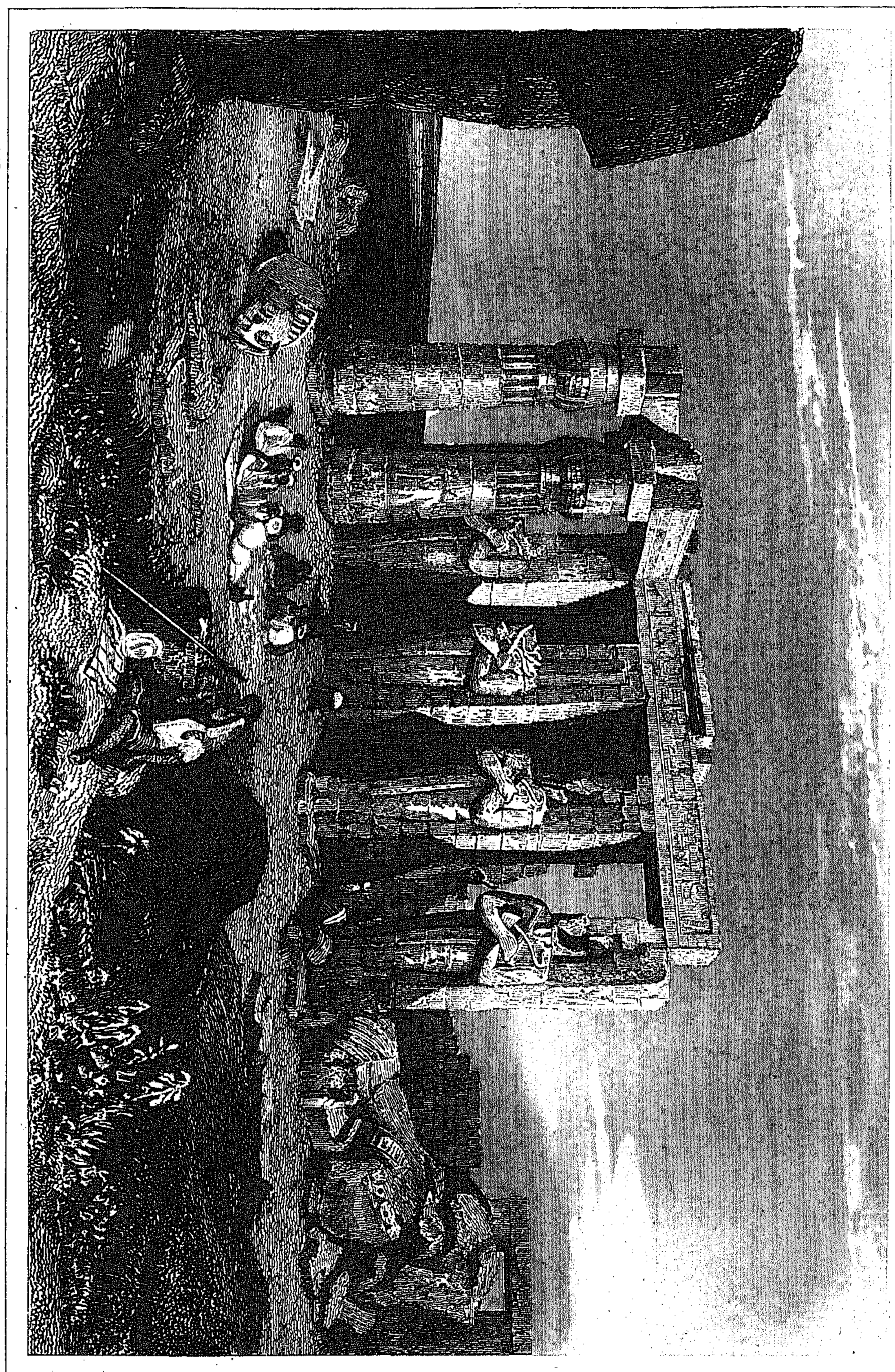
LAMINA 32.

Tebas, templo y estatua de Memnon.

Lleguémonos á Tebas con un escritor entusiasta:

«A las nueve de la mañana, dice Denou en su viaje á Egipto, rodeando una cadena de montañas que forman un promontorio, descubrimos de repente en todo su desarrollo el sitio donde estuvo la antigua Tebas. Descrita en algunas páginas dictadas á Herodoto por unos sacerdotes egipcios y copiadas despues por todos los historiadores, célebre por sus reyes cuya sabiduría les mereció el título de semidioses, y por sus leyes reverenciadas sin ser conocidas, esta ciudad, entrevista solo por la imaginacion al través de la obscuridad de los tiempos, era todavía una fantasma tan gigantesca para nosotros que él ejército expedicionario de Egipto se detuvo de su propio movimiento al aspecto de sus ruinas esparcidas, y victoreó como si la ocupacion de los restos de esta capital hubiese sido el término de sus gloriosos trabajos, completando la conquista del Egipto. Formé un diseño al momento, como si temiese que Tebas se me escapase, y gozé despues de la perspectiva que tenia á la vista. La situacion de esta ciudad es tan hermosa como puede esperarse, y la estension de sus ruinas no permite poner en duda que fué tan vasta como la fama lo publica: como si el Egipto no fuese aun bastante grande para contenerla, se apoyan sus monumentos sobre las dos cadenas de montañas que la circuyen, y sus sepuleros ocupan unos valles que se estenden hasta el interior del desierto.

A algunos pasos de la puerta del templo, no muy lejos del rio que parece aun mostrarse orgulloso de atravesar sus ruinas, se ven los res-



Tebas. Templo y estatua de Memnon.





tos de un inmenso coloso que seguramente se hubiera conservado si solo la mano del tiempo hubiese tenido que arruinarle : baste decir , para dar una idea de su grandeza , que la anchura de sus espaldas es de veinte y cinco pies , es decir que la estatua tendria en su totalidad setenta y cinco ; al desplomarse cayó de rostro , lo que impide ver esta parte interesante ; ignórase si es la efigie de un rey ó la de una divinidad , pero muchos convienen en que es la estatua de Memnon.

Pasaron ya sus reyes poderosos ; han sido destruidas las grandes ciudades que estos habian levantado ; se han desplomado los templos llenos de mármol y de ébano ; han muerto los habitantes ó se han dispersado , y la soledad y el desierto reconquistaron su imperio. La religion cristiana ha venido á habitar esos lugares deshonrados por los cultos insensatos , los han recorrido algunos apóstoles , y unos austeros cenobitas han reemplazado á los que adoraron los falsos ídolos. Durante la persecucion de la Iglesia muchos cristianos se ocultaron en sepulcros

abandonados , y la Tebaida , llena de santos heremitas alternativamente entregados á la oracion y al trabajo , ha llegado á ser sinónima de un pacífico y religioso retiro. En medio de las escarpadas y altísimas rocas de la orilla del Nilo , se ven una multitud de grutas abiertas en la peña , al Este de las cuales no se descubren mas que vastos y arenosos desiertos que se extienden hasta el mar rojo. En esta horrible morada fué donde vivieron esos santos solitarios de la Tebaida tan célebres en la historia de los primeros siglos de la iglesia. Mas hácia el norte , en medio de otros desiertos , se encontraba el célebre convento de San Antonio , la gruta de San Pablo el primer hermitaño y otros retiros semejantes consagrados por la penitencia de los antiguos anacoretas. Viven todavía austeramente algunos religiosos costos en esas soledades donde algun dia se encontraron Pacomio y Palemon , y donde acabó sus dias San Pablo , el hermitaño , habitando en el desierto una grande caverna que daba nacimiento á un pequeño arroyo.



Aubert sc.

Aubert del.

Babylone.

Per Dore, Paris del.

CAPITULO XVII.

Babilonia. — Triunfo de Ciro. — Ruinas de Babilonia. — Nínive ; su destruccion.

CAMINAMOS de ruina en ruina ; pisamos unas ciudades que fueron un dia populosas y florecientes : pero todas esas ruinas nos instruyen , y las menores piedras nos están diciendo que los destinos de la humanidad son algo mas sublimes que los que se enlazan con eso que en la tierra llamamos monumentos. Nos encontramos en Babilonia , ó por mejor decir encima de lo que fué Babilonia.

LAMINA 33.

Babilonia.

El largo cautiverio de los judíos conducidos á Babilonia ha hecho para siempre célebre esta

ciudad , y los mismos profetas la han inmortalizado con sus poéticos y terribles anatemas. Por dos veces su poderoso rey Nabucodonosor sitió la ciudad de Jerusalem , y durante la segunda guerra se apoderó del rey de los judios en la llanura de Jericó , condenó á muerte á los hijos de su real cautivo , hizo sacar á este los ojos y se le llevó á su capital. Luego despues su general Nabazardan entregó á las llamas el templo del Señor , el palacio real y todos los edificios de Jerusalem , destruyó sus murallas , y por fin condujo á Babilonia al sumo sacerdote y á los que le asistian en su ministerio. Durante los setenta años predichos por los profetas continuaron los judíos en cautiverio , y sentadas á las orillas del rio lloraban por los recuerdos de Sion , suspen-

dian sus arpas de los sauces, y cuando sus vencedores les decían porqué no entonaban algunos de los cánticos de Sion, respondían con el acento de un dolor religioso y patriótico: «cómo podremos cantar los cánticos del Señor en una tierra extraña?»

Ciertamente que en los anales de ningún pueblo no puede haber acontecimientos más desgraciados que el de semejante cautiverio. Babilonia, aunque se desconozca algún día el sitio donde fué fundada, no perecerá jamás en la memoria de los hombres á causa de ese destierro de un pueblo entero con sus sacerdotes y con su rey. Al viajero que visite las márgenes del Eufrates le parecerá siempre ver pendientes de las ramas de los árboles las arpas mudas de los judíos.

Pero la cólera divina debía apaciguarse; el orgulloso Nabucodonosor fué castigado con un largo estado de embrutecimiento, y la misma Babilonia debió sufrir la suerte de tantas otras ciudades: cumplióse al pie de la letra la profecía de Jereías que decía: vendrá del Aquilon un pueblo contra Babilonia; convertirá su país en un desierto, y ningún ser viviente habitará en él.

Jenofonte nos ha conservado los detalles de la ceremonia con que Ciro, vencedor de la ciudad de Nabucodonosor, quiso presentarse con la mayor magnificencia á los habitantes de Babilonia y á sus propios súbditos, dirigiéndose á caballo á los templos consagrados á la Divinidad para ofrecer en ellos sacrificios. Esta ceremonia se hizo con todo el aparato imaginable y con una magnificencia propia para cautivar la admiración de los pueblos. Esta fué la primera vez que pensó en atraerse los homenajes de la muchedumbre, no solo por el esplendor de sus virtudes, si que también por medio de la pompa exterior que deslumbra á los súbditos.

Reasumamos ahora los principales monumentos de Babilonia, ciudad célebre por sus cien puertas de bronce, por sus jardines, por su templo de Belo, por su formidable y vasto recinto, y por sus muchos palacios que la hacían reputar primera ciudad del mundo. Estaba situada sobre las dos orillas del Eufrates y tenía diez y ocho leguas de circunferencia. Entre los muchos escombros de la orilla oriental, se distingue una colina donde parece que existió el palacio construido por Nabucodonosor y donde Alejandro el grande dió el último suspiro: junto á él se

notan algunos lienzos de muralla que parecen haber servido de fundamento á los jardines suspendidos, y donde subsisten algunos vestigios de vegetación. Esos restos ofrecen largos corredores y cuartos que sirven de cueva á los leones y demás animales carnívoros.

El más imponente resto de Babilonia que se conserva en la margen occidental del río es una especie de colina situada á muchas millas de él y á la cual dan los habitantes el nombre de Membrod, famoso cazador de quien nos habla la Biblia.

Babilonia era la capital de la Caldéa y perdió su mayor importancia cuando quedó convertida en provincia del imperio persa. Alejandro hizo creer que la haría capital de sus inmensas conquistas, dándole el más extraordinario brillo que jamás había tenido. Pero ante todo la dificultad de quitar de enmedio los escombros que la obstruían después de la victoria de Jerges, y después de la muerte de aquel conquistador, fueron cosas que se opusieron á tan gigantesco designio. Seleuco, uno de sus generales, después de haberse apoderado de la Mesopotamia, fundó en sus cercanías, sobre la orilla occidental del Tigris, la ciudad de Seleucia levantada á expensas de Babilonia; posteriormente los reyes partos fundaron frente de Seleucia, en la margen oriental de aquel río, otra población que fué un nuevo golpe para Babilonia. Cuando Trajano recorrió como vencedor el oriente, Babilonia estaba todavía en pie, y este príncipe alabado por Plinio el joven pudo contemplar el cuarto donde había muerto Alejandro. Pero pronto la ciudad quedó despoblada, y acudiendo á ella de todas partes las fieras, vino á ser un inmenso parque donde iban á cazar los reyes persas.

La pequeña ciudad llamada Hillah, que reemplaza hoy día á Babilonia, ó que se encuentra situada más cerca de sus ruinas, ofrece un aspecto miserable, y sus débiles murallas bastan apenas para contener á los árabes del desierto.

Todavía ocupan el mismo sitio las profundas lagunas y los lodazales que según dice Diodoro de Sicilia defendían á Babilonia por la parte de oriente; en seguida viene el desierto amarillo y pelado, sin vegetales como sin habitantes, y donde todo es triste excepto algunas palmeras solitarias que señalan el curso del río y recrean

la vista: tal es Babilonia.

LAMINA 34.

Nínive, hoy día Noussul.

La historia de Nínive, de esa grande rival de Babilonia, no es menos interesante para el que vé la mano de Dios en los menores acontecimientos de este mundo. Piérdese su antigüedad en la noche de los tiempos, y se dice haber sido su primer fundador el poderoso Membrod. Por algún tiempo fué capital del reino asirio. Su situación sobre el Tigris, uno de los cuatro ríos que tomaban su nacimiento del Eden, contribuyó mucho á su engrandecimiento. Sus murallas eran altísimas y muy fuertes, y sobre su barbacana se veía una línea de jardines. Nada más dramático é interesante que la predicación de Jonás en esta grande ciudad, y si los límites de una sucinta narración no nos lo impidiesen, copiaríamos las mismas palabras de la Escritura que refieren este acontecimiento. Jonás recibió orden de ir á predicar á los Nínivitas, pero en vez de hacerlo así se embarcó en Joppé para ir á Tarsis. Levantóse una espantosa borrasca, asustados los marineros echaron toda la carga al mar y entretanto Jonás dormía profundamente. Echemos suertes, dijeron los marineros, para saber quien de nosotros es causa de esta desgracia; la suerte cayó en Jonás, y fué echado al mar. Una enorme ballena se tragó al profeta, pero por permisión del Altísimo, cuyos mandatos debían cumplirse, fué arrojado

Jonás á la arena para ir á cumplir su misión. Diéronse á los Nínivitas de tiempo cuarenta días y cuarenta noches, y al fin hicieron lo que les mandaba el profeta. Pero recayeron en sus iniquidades y la predicción de los profetas debía cumplirse. Los Medos y los Caldeos fueron los instrumentos de la venganza divina. Arbaces, gobernador de los Medos, lleno de indignación al ver la vida infame que llevaban los príncipes de Nínive, y no pudiendo sufrir que unos valientes súbditos quedasen sometidos á un monarca afeminado, tramó contra él una conjuración. Sardanápalo, viendo que la ciudad de Nínive había caído en poder de sus enemigos, encontrándose cercado en su mismo palacio, se quemó con sus esclavas, con sus mugeres y con sus tesoros. Levantóse otra ciudad en sus ruinas, y es ya imposible distinguir la población antigua de la nueva. Solo es cierto que de tiempo en tiempo se encuentran en medio de escombros estatuas, bajos relieves é inscripciones.

Un pintor inglés ha procurado en nuestros días reproducir en un cuadro grande un episodio de la espantosa catástrofe de los Nínivitas. Representanos á su rey sorprendido por la destrucción de su capital, cuando en medio de sus mugeres y de sus esclavas se abandonaba á los placeres de la mesa; las columnas y los techos del palacio se derrocan; huyen las amigas y los domésticos del príncipe, llenos de terrible espanto: todos buscan su salvación al través de las ruinas, del polvo y del tumulto. El poder divino está trazado en esta espantosa escena.

CAPITULO XVIII.

Tiro. — Su comercio marítimo. — Castigo de su impiedad. — La embiste Alejandro. — En la era cristiana la defienden gloriosamente los cruzados. — Su actual estado; su arzobispado en 1821. — Sidonia.

Las dos grandes ciudades cuya historia hemos dado en compendio no han tenido el honor de ser visitadas por Jesucristo, pero ocupan tal lugar en los anales del pueblo judío que propiamente forman parte de la Tierra Santa. Otras

dos ciudades vamos á recorrer ahora, á orillas del mediterráneo, ciudades cuyos alrededores ha pisado el hijo de María, de las cuales ha hablado muchas veces y donde se ha manifestado su poder; ciudades enriquecidas con el comer-

cio marítimo, y que algunas veces han sido confundidas porque estaban muy cerca una de otra y porque tenían las mismas costumbres y la misma industria. Ambas á dos víctimas de la venganza celestial anuncian hoy día con sus ruinas que nada resiste á la voluntad del cielo.

LAMINA 35.

Tiro.

Muy conocido es el poder de Tiro situada á orillas del mediterráneo: Cartago, Urica y Cadiz, colonias fundadas por ella, son sus monumentos célebres. Estendia su navegacion hasta el océano, al norte mas allá de las islas británicas y al sur mas allá de las Canarias. No fueron menos considerables sus relaciones con el oriente, aunque no tan conocidas. Las ciudades de Faraón y otras sobre el mar rojo, arruinadas ya en tiempo de los griegos, prueban que los Tirios frecuentaron por mucho tiempo la Arabia y el mar de la India: la Biblia nos da de ello preciosísimos detalles. Todas las historias, todos los monumentos están acordes en presentar á Tiro como una de las mas célebres y floridas ciudades del mundo antiguo. Señora del mar, centro del comercio del universo, y atrayendo de todos los países á sus mercados todo cuanto podia enriquecerla con la venta ó el cambio de lo que contribuye al lujo, á las vanidades, á las delicias y á la comodidad de la vida; hecha necesaria ó temible para todos los pueblos, y tratando á las demas naciones como insolente tirana; haciendo un vil tráfico de la fortuna y vida de sus enemigos y de sus mismos aliados; insultando á la desgraciada Jerusalem, despojando su templo y robando sus mas preciosos tesoros para honrar á infames ídolos: mereció en fin que el cielo hiciese pesar sobre ella todas las amenazas de su cólera.

Nabucodonosor fué en esta parte el ejecutor de las venganzas divinas, y redujo á cenizas la ciudad insensata que habia osado creerse fuerte contra el Eterno. Levantóse de nuevo de sus ruinas, volvió á ser grande, opulenta y poderosa; pero la corrompió por segunda vez el orgullo, recayó en nuevos crímenes y atrajo sobre sí nuevo castigo.

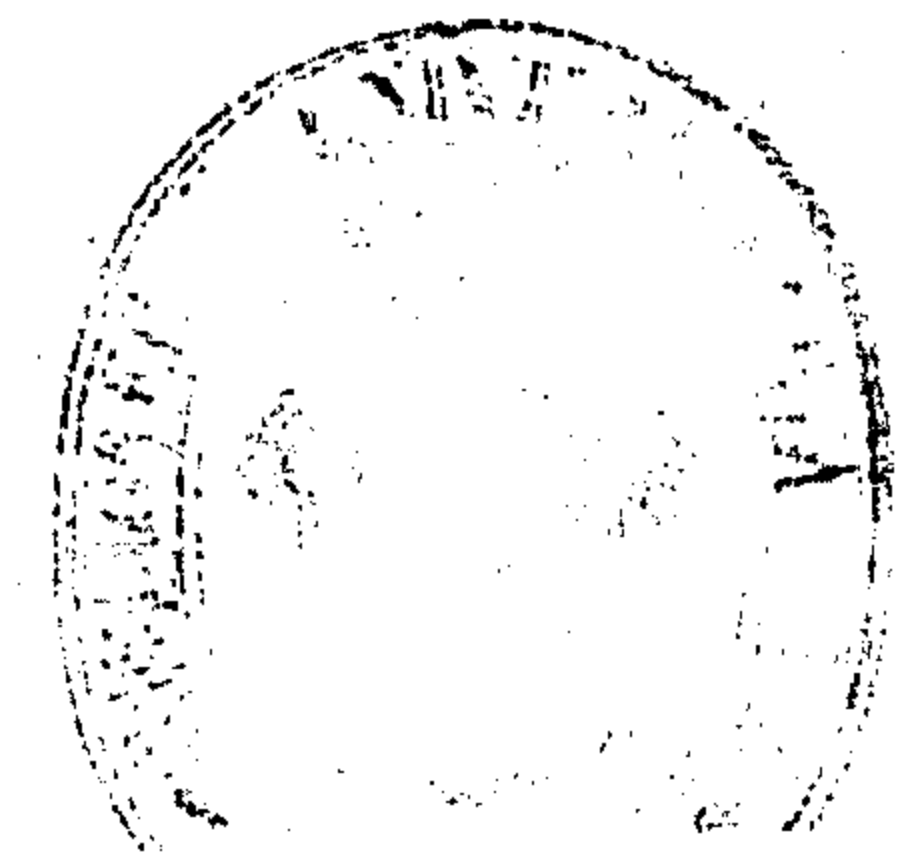
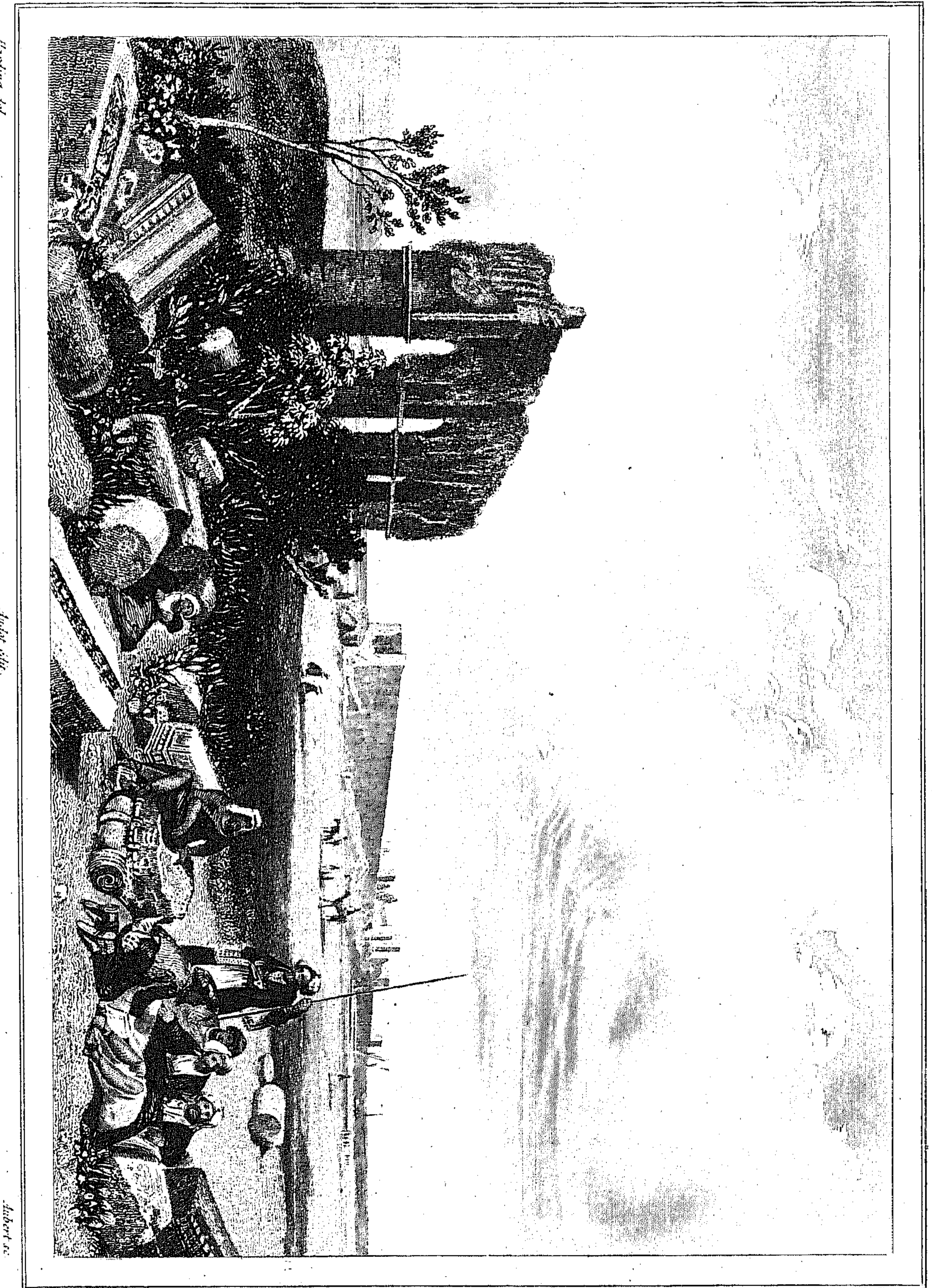
Alejandro el grande fué esta vez el instru-

mento ejecutor de los designios de Dios, y seguramente que uno de los hechos mas memorables de su existencia es el ataque y toma de Tiro. En su orgullo se atrevió esta ciudad á cerrar las puertas al jóven vencedor á quien nada resistia. Encendióse en cólera el griego y resolvió vengar la insolencia de los Tirios. Despues de siete meses de sitio la ciudad fué saqueada y destruida hasta en sus cimientos.

El rey, dice Quinto Curcio, dirigió los trabajos de un dique de nueva construccion para impedir la entrada de los socorros que los fenicios podian enviar. Pero los tirios resistian con denuedo heróico, y por la noche procuraban destruir los trabajos hechos durante el día por los sitiados. Una noche mandó el rey á su escuadra que atacase por la parte del mar, y seguramente hubiera salido bien con su intento si una espantosa borrasca no hubiese favorecido á los sitiados. Alejandro estuvo á punto de abandonar el sitio, pero antes que confesarse vencido prefirió sufrir las mas grandes penalidades. Desalentárouse entonces los Tirios y fué cuando se rindieron al cabo de siete meses de una gloriosa resistencia.

Pasó despues por muchas vicisitudes hasta que al fin se restablació á favor de una larga paz, y gozó de profundo reposo bajo la proteccion de los romanos.

La ciudad de Tiro pasó sucesivamente bajo la dominacion de los reyes de Egipto y de los de Siria: fué despues conquistada por Pompeyo; en tiempo de Adriano fué nombrada metrópoli, conquistada y perdida varias veces por los cristianos. La gloriosa resistencia que supo oponer al ejército de Saladino es para siempre memorable. En tiempo del rey Beduino recordaba apenas aquella ciudad populosa cuyos antiguos mercaderes parecian unos príncipes. Elevábase sobre una orilla deliciosa que las montañas ponian al abrigo de los hielos del norte, y sus dos muelles, á manera de dos brazos, se internaban en el mar cerrando el puerto y poniéndole al abrigo de toda borrasca. Despues de un sitio de cinco meses las banderas del rey de Jerusalem y las del dogo de Venecia flotaron juntas sobre las murallas de Tiro; los cristianos hicieron en ella su entrada triunfante mientras que sus moradores salian por otra puerta. Cosa estraña! la suerte decidió si seria ó no sitiada esta ciudad.



Como los cruzados vacilaban sobre si acometerían la plaza de Ascalon ó la de Tiro, pusieron dos pergaminos sobre el altar del Santo Sepulcro, escribiendo en cada uno el nombre de una de las dos ciudades, y en medio de un numeroso gentío, adelantóse un niño huérfano, tomó uno de los dos pergaminos, y la suerte recayó en Tiro.

Esta ciudad contuvo á todas las fuerzas reunidas de Saladino, el cual acababa de apoderarse de Jerusalem y de ganar la famosa batalla de Tiberiada. Por dos veces habia reunido sus escuadras y sus ejércitos para embestir la plaza cuya conquista deseaba ardientemente; pero todos los habitantes habian jurado morir antes que rendirse, y cuando se hallaban apurados llegó para dirigirles y animarlos Conrado, hijo del marques de Monferrat; renováronse los ataques por tierra y por mar, pero los Tirios se defendieron con valor indomable. Entre los Francos que mas se distinguieron debe mencionarse sobretodo á un gentil-hombre español, conocido en la historia con el nombre de *caballero de las armas verdes*. Él solo, dicen los antiguos cronistas, rechazaba y dispersaba á enteros batallones enemigos; batióse muchas veces en combate singular, venció á los musulmanes mas intrépidos, é hizo admirar del mismo Saladino su valor y sus hechos de armas. Asi lo dice Michaud en su historia de las cruzadas. Saladino desconfió de tomar la ciudad de Tiro, y resolvió levantar el sitio para embestir la plaza de Trípoli.

La nueva Tiro, llamada hoy dia Four, está situada á la estremidad de una península de arena y cubre un espacio de una milla de largo y de media de ancho. No ha conservado nada de su antigua magnificencia; y el escritor Vilson dice que sus casas no pasan de doscientas. Posee una mezquita; tres iglesias y baños públicos.

En 1821 tenia por gefe religioso un arzobispo que habitaba con su hermana una miserable casa, que iba á abrir él mismo la puerta á los raros viajeros que le visitaban, y cuyos muebles en el mejor cuarto de su casa eran una mesa, una Biblia y un Cristo.

LAMINA 36.

Sidonia.

Pasemos á la ciudad de Sidonia, célebre en

las Escrituras, y tambien en los anales de las cruzadas.

Sidonia que ha tomado nombre de su fundador y á la cual llama la Biblia grande y poderosa. En tiempo de Moises era capital de la Fenicia, situada á la estremidad oriental de la tierra prometida. Es sabido que los Fenicios fueron los primeros y mas famosos marinos. Cartago, la rival de Roma, debió su origen á una colonia de fenicios. Salmanazar se hizo dueño de Sidonia; Nabucodonosor la hizo guerra como á los tirios, y despues Ciro, fundador de los persas, la tomó de los egipcios que se habian apoderado de ella. Este célebre conquistador permitió á los habitantes de Sidonia tener sus reyes particulares. Acar, uno de los oficiales de los reyes de Persia, motivó la sublevacion general de la Fenicia, lo que fué causa de la ruina de Sidonia; pero obtuvo despues el derecho de restablecerse. Alejandro el grande la conquistó y habiendo quitado el mando á Estraton, quien le habia recibido de Dario, le confió á Abdolomino, simple jardinero, pero que descendia de ilustre familia, y por cuyas venas corria sangre real. Alejandro le hizo venir á su presencia, y le dijo despues de haberle mirado atentamente: «Vuestro continente no desmiente lo que de vos se dice; pero quisiera saber como habeis podido soportar la miseria? Quiera el cielo, respondió el jardinero, que tenga tanto valor para llevar el cetro; mis manos han bastado para todas mis necesidades: mientras nada he tenido, nada me ha faltado.»

En la era cristiana ha sido tomada y perdida varias veces. En 1250 se apoderó de ella San Luis. Los sidonienses daban culto á Venus, bajo el nombre de Astartea. Fueron empleados en la construccion del templo de Salomon y en la del mismo tabernáculo. Si bien que menos célebre que Tiro, se conserva sin embargo mejor; está fundada sobre una eminencia que se prolonga hasta dentro del mar por la parte del norte, á la estremidad de una risueña campiña, rodeada de las montañas del Líbano; pero las ruinas de la antigua Sidonia se estienden desde el puerto hasta una montaña distante una legua de la ciudad nueva. Llámase hoy dia Sayd, situada en territorio fértil, cerca de una isla donde se ha construido un fuerte, que comunica con la ciudad y con la tierra firme

por medio de un magnífico puente. Los franceses tienen en ella un cónsul y los turcos catorce mezquitas. Viven en ella católicos griegos con su obispo, cristianos maronitas del Líbano y griegos armenios. La casa de la Cananéa, donde los cristianos habían levantado una iglesia, estaba delante de la puerta oriental de la antigua Sidonia: hoy día está transformada en mezquita. Créese que San Pedro fué allá á predicar la fé, y por lo mismo poco despues fué muy bien recibido en ella San Pablo. Los cristianos tienen una iglesia á una legua corta de la ciudad, dedicada al profeta Elias, y no consiste mas que en una torrecilla con un pequeño altar sin otra bóveda que la del cielo. Algunos pretenden que Jesucristo descansó en este sitio cuando se retiró á la tierra de Sidonia. Entre los árboles cultivados en los jardines, que existen cerca de Sidonia, y que se estienden hasta larga distancia, se vé la higuera de Adán, que dá escelente fruto y que se llama así porque se cree que sus anchas hojas sirvieron para cubrir la desnudez de nuestros primeros padres despues de su desobediencia.

En el nuevo testamento un hecho milagroso señala el tránsito de Jesucristo cerca de la ciudad de Sidonia. Tal es la tierna historia de la Cananéa que pidió la cura de su hija, poseida del espíritu maligno. La cananéa consiguó lo que deseaba. No muy lejos de estos sitios fué donde Jesus tuvo compasion de la muchedumbre reunida en torno suyo hacía tres dias para

escucharle, y donde la alimentó con solo siete panes de cebada y algunos peces.

Sidonia fué ocupada por San Luis, quien hizo reparar sus fortificaciones. En esta ciudad fué donde permaneció muchos meses y donde supo la muerte de la reina Blanca que tantas veces le habia instado que volviese á Francia para recibir sus últimos abrazos. Por el camino de esa ciudad fué cuando el piadoso monarca se sintió conmovido de dolor viendo la tierra cubierta de desnudos y sangrientos cadáveres. Eran los tristes restos de los cristianos inmolados por los turcomanos en Panéas. Caian sus miembros á pedazos, y nadie pensaba en darles sepultura. Detiénese Luis, invita al legado á que bendiga un campo para cementerio, y en seguida manda enterrar á los muertos que cubrian los caminos; en lugar de obedecer todos vuelven los ojos y retroceden llenos de espanto. Entonces se apea San Luis, y cogiendo uno de los cadáveres que exhalaba mas pestilencial hedor, dice: «Vamos, amigos míos, demos un poco de tierra á los mártires de Jesucristo.»

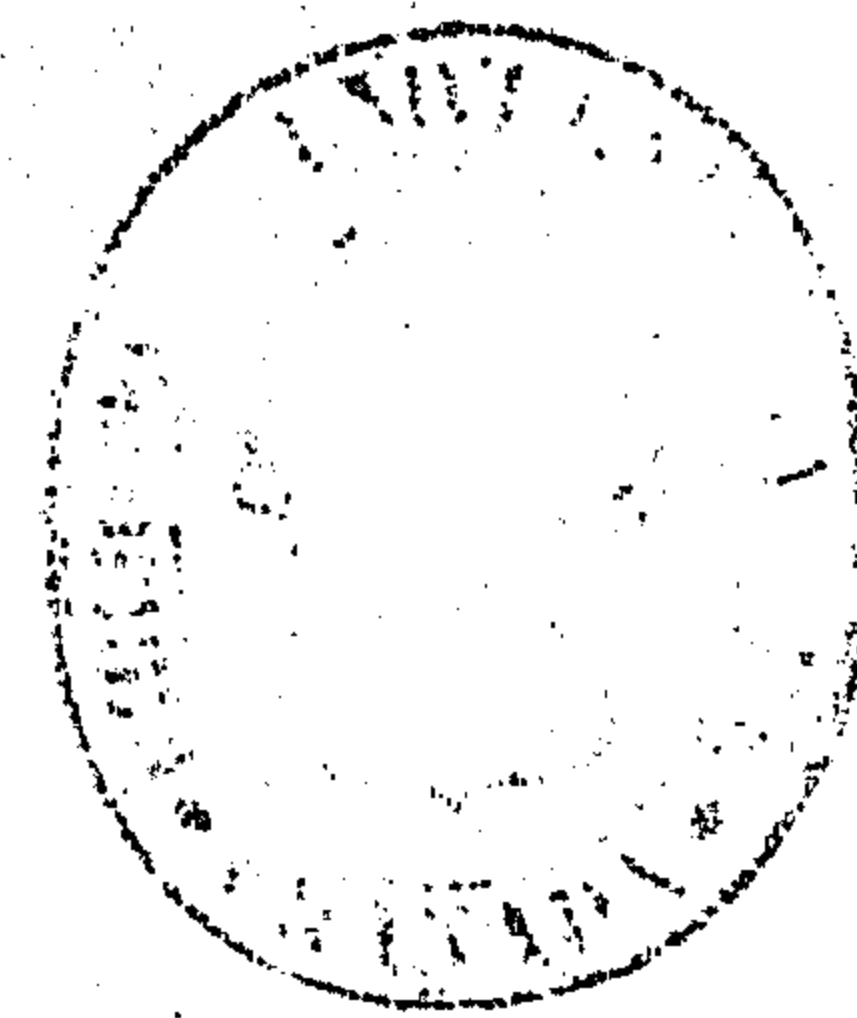
El ejemplo del rey reanima el valor y la caridad de las personas de su comitiva; todos se apresuran á imitarle, y de esta suerte recibieron el honor de la sepultura aquellos cristianos que habían sido degollados barbaramente por los musulmanes. Asi es como todos los recuerdos de esta tierra son grandes en la historia, sublimes en la religion, y están marcados con prodigios.

CAPITULO XIX.

Mision de los apóstoles. — Laodicea en los primeros dias del cristianismo y en los tiempos modernos. — Antioquía. — La visitan San Pablo y San Bernabé. — Descripción de esta ciudad. — Batalla de Antioquía ganada por los cruzados. — Invencion de la santa lanza.

RECIBIERON los apóstoles la mision de derramarse por toda la faz de la tierra: eran unos hombres sencillos, unos pescadores, pero llenos de celo y de caridad. Merced á sus denodados esfuerzos, todo el universo va á ser una tierra santa; los alumbró y los guía una luz di-

vina; su lengua se presenta á todos los idiomas, tienen una fuerza proporcionada á sus nobles trabajos; sufren el hambre y la sed, la desnudez y los malos tratos, andan errantes por la tierra; llenos de cansancio trabajan por la noche para alimentarse; se les maldice y respon-



den con bendiciones ; se les persigue y sufren sin murmurar ; se les llena de injurias y responden con beneficios.

LAMINA 37.

Laodicea.

Esta ciudad fué en su origen una pequeña población , pero con el tiempo llegó á ser de las mas importantes de la Frigia al principiarse la era cristiana. Debió principalmente su extension al fértil suelo que la rodea y á las considerables donaciones que la hicieron personajes muy opulentos. Su primer nombre fué Diospolis , que significa ciudad de Dios ; pero despues que la hubo engrandecido Antíoco , segundo rey de Siria , se llamó Laodicea , tomando el nombre de la muger de este monarca.

Situada sobre una eminencia volcánica , estaba espuesta á frecuentes terremotos , ni mas ni menos que los pueblos de sus cercanias. Sus habitantes sacaban grandes provechos de la venta de las hermosas lanas producidas por los muchos rebaños de sus alrededores. En los primeros tiempos del cristianismo Laodicea fué visitada por San Pablo y tuvo una iglesia floreciente. En el año 367 se reunió en ella un concilio célebre , sobre todo por los sesenta cánones ó reglas relativas á los ritos y á la vida clerical. El concilio prohíbe á los clérigos prestar dinero á usura ; á los clérigos y á los legos bañarse junto con las mugeres , abuso muy comun entre los paganos. Tampoco tolera que se asista á los espectáculos que se daban despues de las bodas y banquetes , y quiere que se levanten y se retiren los convidados antes que entren los danzarines.

Estos y otros son los principales cánones del concilio de Laodicea , cánones respetados de toda la antigüedad , como dice Fleuri en su historia eclesiástica. Todavía se vén en Laodicea muchos arcos de un acueducto magnífico , los restos de un vasto anfiteatro y de otros edificios que prueban la estension y antiguo esplendor de aquella ciudad. Encuéntranse frecuentemente dentro de las casas y en los cementerios algunos altares llenos de inscripciones , algunas columnas , y bellísimas cornisas : hoy dia se asegura que Laodicea es mas solitaria todavía que Éfeso.

Esta última ciudad goza al menos de la perspectiva de un mar incesantemente agitado , y algunos buques de blancas velas vienen á animar sus orillas , mientras que aquella gime en la soledad y en el abandono. Sus templos están desiertos , y lo que fueron un dia suntuosos edificios queda convertido en cuevas donde moran animales carnívoros.

En tiempo de los cruzados fué visitada frecuentemente por los nobles defensores de la fé , y cuando los príncipes , no pudiendo resistir mas á las vivas instancias de la muchedumbre , víctima del hambre y de la peste , decidieron que el ejército partiese de Antioquia , Bohemundo acompañó á Godofredo y al conde de Flandes hasta Laodicea.

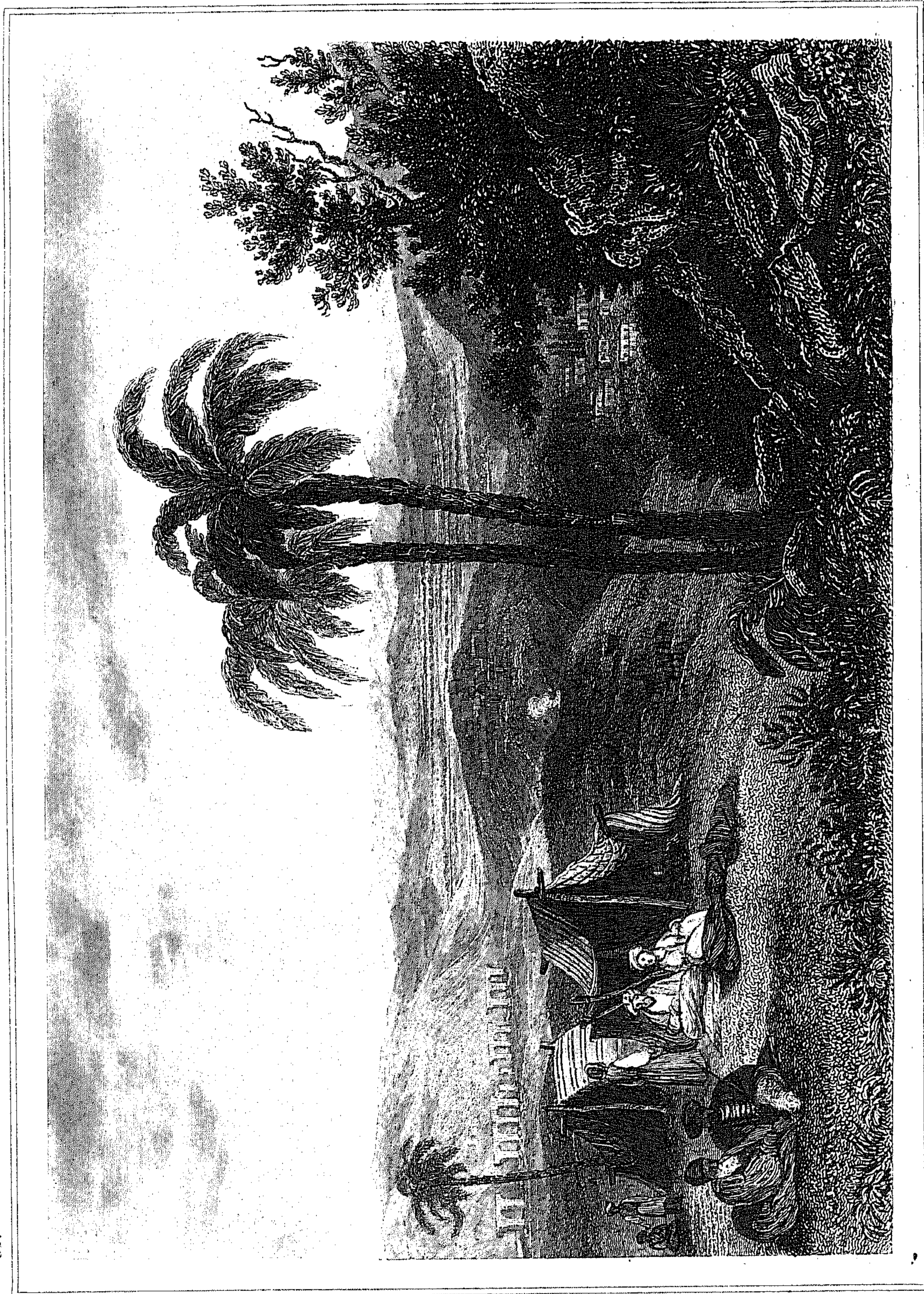
LAMINA 38.

Antioquia.

Despues de Laodicea llama toda nuestra atencion la grande ciudad de Antioquia , fundada por Seleuco Nicator , que fué en otro tiempo rival de Roma y de Alejandría. La religion cristiana empezaba apenas á nacer , y no bien sus primeros apolojistas habian pronunciado algunas palabras del Evangelio cuando ya la caridad ejercia su benigna influencia ; el amor á sus semejantes , una tierna compasion para los que sufren , daban lugar á las mas sublimes virtudes que triunfaban de la ciega incredulidad y la arrancaban gritos de admiracion. Los nuevos creyentes no se llamaban ya hebreos , griegos , etc. no se distinguian por su nacion , sino que se llamaban hermanos , hijos de una comun madre. Es un cambio notable que ha influido sobremanera en la historia moderna ; es un rasgo que caracteriza por sí solo al cristianismo.

San Pablo y San Bernabé fueron á predicar el evangelio á Antioquia , y ciertamente que no en vano , pues fué iglesia célebre y numerosa , y en ella se celebraron dos concilios.

Cerca de Antioquia es donde vivió el ilustre Macedonio en una soledad completa. Habiéndole preguntado un cazador lo que hacia solo en aquellas cumbres , respondió : « Lo mismo que vos , con la diferencia que vos correis trás los animales , y yo corro hácia Dios ; es una caza que no me cansará jamas. »



Bancroft, sc.

André del.

Laodicea.

Laodicea.

Bancroft, sc.

Célebre es también la ciudad de Antioquía por haber permanecido en ella mucho tiempo San Gerónimo, ese hombre de una imaginación viva, de un genio ardiente y elevado, de una erudición vasta y profunda, y de una virtud sólida y sublime. También hizo su papel en tiempo de las cruzadas, y su gobierno, así como el de sus alrededores, fué reputado importantísimo. Ninguna ciudad cuenta mayor número de mártires, de santos y de doctores, ninguna ha visto como ella obrarse tantos prodigios por la fé; por mucho tiempo la miraron los cristianos como á la hija predilecta de Sion, y llevó el nombre de Teópolis, que significa ciudad de Dios. Tan célebre en los anales del imperio romano como en los de la Iglesia, mereció de algunos emperadores el nombre de *reina de oriente*. Su situación, en medio de risueña y fértil campiña, atrajo en todos tiempos á los extranjeros.

Esta ciudad tan hermosa en otro tiempo y tan célebre, no es hoy día mas que un conjunto de ruinas. Todavía están en pié algunos lienzos de sus murallas, por dentro la población no se ven mas que escombros, mezquitas con sus minaretes, y algunas miserables casas. Sin embargo su obispo conserva todavía el título de patriarca y goza de grande autoridad en la iglesia de oriente. Ninguna otra población ha sufrido tantos terremotos, y ha visto pesar sobre ella mas temibles las calamidades de la guerra: muchas veces ha sido saqueada, quemada y reconstruida. Por fin, en el otoño del año 1822 fué devastada por un espantoso terremoto, y diez años despues pudieron los turcos ver desde lo alto de las murallas á su ejército completamente derrotado por los egipcios mandados por Ibrahim Bajá.

Pero otra batalla mas célebre se dió delante de ella en la memorable época de las cruzadas; todas las cercanías estaban llenas de batallones musulmanes. Los sarracenos habian dividido su ejército en quince cuerpos formados por escalones. En medio de todos ellos se veía, como una montaña inaccesible, el del príncipe de Mossoul que mandaba en jefe. Este creyó al principio que los cristianos iban á implorar su clemencia; pero pronto se enarboló una bandera negra en la ciudadela de Antioquía, lo que denotaba que los cruzados estaban resueltos á ven-

cer ó morir. Desde entonces pensó seriamente el sarraceno en combatir á los cristianos, mas estos tenian por auxiliares al hambre, á la desesperación y á esa fé viva á la cual acompañan alguna vez los prodigios. Despues de haber atravesado el Oronte, todo el ejército cristiano se habia alineado en batalla en la vasta llanura que se estiende entre el rio y las montañas situadas al occidente, obedeciendo al ilustre Tancredo. Dióse principio al combate, y en el momento mismo arredrado el general sarraceno hizo proponer á los príncipes cristianos que eligiesen determinado número de sus caballeros para combatir contra otros tantos musulmanes. Pero, los cruzados desecharon esta proposición, porque el día antes la habian desechado á su vez los sarracenos, y porque no les convenia fiar á la suerte lo que el ardor de los soldados hacia tener por seguro. Jamas el orden ni la disciplina habian secundado tanto al valor y al entusiasmo: todos exclamaban á la vez: «Dichoso aquel que muera, mucho mas que aquel que sobreviva.»

La vanguardia de los cristianos cayó como un rayo contra los batallones sarracenos, los arrolló completamente, y empezaba ya á ponerlos en precipitada fuga. Pero hé aquí que entretanto, fieles los emires de Damasco y de Alepo á las instrucciones que habian recibido, acometieron con quince mil caballos el cuerpo de reserva de Bohemundo que permanecía en las márgenes del Oronte; los cruzados empezaban ya á desbandarse cuando Godofredo, Tancredo y otros gefes, sabedores de este imprevisto ataque, volaron á su socorro, cargaron impetuosamente á los sarracenos y les hicieron abandonar en derrota el campo de batalla. Por último recurso los sarracenos pegaron fuego á la paja que tenian aglomerada, y á todo cuanto encontraron en la llanura. Las llamas y el humo cubrian á los batallones cristianos, pero nada pudo contener su ardor, y aquellos campos fueron testigos de la mas afrentosa derrota que hayan sufrido los moros. Segun relación de muchos historiadores contemporáneos dejaron los infieles cien mil hombres en el campo de batalla, siendo así que solo perecieron cuatro mil cruzados. El botín fué inmenso, añade Michaud, y muchísimos cruzados atribuyeron la victoria á la invención de la santa lanza cuya simple vista llenaba de terror á los sarracenos.

Son sobremanera interesantes los pormenores relativos á esta famosa invención, que entonces era reciente. Debióse á una revelación hecha por tres veces en sueños á un sacerdote de la diócesis de Marsella. Cosa portentosa! debajo del mismo altar mayor designado por este sacerdote se encontró lo que con tanto anhelo se buscaba. Abrióse un hoyo en la tierra á mas de doce pies de profundidad; pasaban las horas y nada se descubria; pero, viendo que estaban impacientes todos los concurrentes, el mismo sacerdote inspirado se metió en la hoya y pocos momentos

despues salió enarbolando la lanza sagrada. Presentóse esta en triunfo á los cruzados, y todos la reputaron arma celestial con la cual debía Dios dispersar á sus enemigos. Aviváanse todas las creencias, ya no se duda de la protección del cielo, el entusiasmo dá nueva vida al ejército cristiano y robustece á todos los cruzados. Olvídanse los horrores del hambre y hasta el número de los enemigos: los mas timoratos están sedientos de sangre de los sarracenos, y todos piden á gritos que los lleven al combate. (*Michaud*).

CAPITULO XX.

Damasco. — Batalla dada al pié de las murallas de Damasco. — Chipre. — Mansion de San Pablo en Chipre. — Época de los cruzados.

LA Biblia habla frecuentemente de la antigua ciudad de Damasco que ocupaba un lugar distinguido entre las mas poderosas poblaciones del Asia. Tres profetas anunciaron la suerte fatal que la estaba reservada para castigarla de sus crímenes.

LAMINA 39.

Damasco.

Damasco no es para nosotros la ciudad de los poderosos califas, la de las centelleantes y acoradas armas, la población intolerante sentada á la entrada del desierto, coronada de flores, regada por numerosos arroyos, y deliciosa morada enriquecida con las muchas carabanas salidas de Bagdad, de Alepo y de la Meca: es para todo cristiano, que recuerda la conversión de San Pablo, un lugar para siempre memorable, donde el implacable enemigo del cristianismo naciente se vió domado por una fuerza irresistible, rugió como un león, probando á resistir contra la mano de Dios, y acabó al fin por rendirse.

En el año 1832 un jóven que servia de *ciceroni* á Gerarub le enseñó piadosamente la ven-

tana donde los cristianos, noticiosos de que los judíos querian matar á San Pablo, favorecieron su fuga á favor de las tinieblas de la noche.

Despues de haber pagado el viagero noble tributo á la memoria de San Pablo, no será por demas la narración de la célebre batalla dada por los cruzados al pié de las murallas de Damasco. La ciudad estaba defendida por altas murallas de la parte del oriente y del mediodía, pero hacía el occidente y el norte no tenia por defensa mas que muchos jardines, arboledas llenas de empalizadas, y pequeños torreones en los cuales se podian colocar archeros. Los cruzados determinaron apoderarse de estos jardines antes de principiar el sitio, mas la empresa no era fácil. Acometidos sin embargo los musulmanes con ardor extraordinario perdieron terreno. El rey de Jerusalem los perseguia con ardor, y sus soldados se precipitaban tras él contra las filas enemigas, comparándole con David que en otro tiempo, segun refiere Josefo, mató á un rey de Damasco. Al fin los musulmanes resistieron en las márgenes del rio que corre al pié de las murallas de la ciudad, y en vano probaron los guerreros de Beduino á arrollarlos de nuevo. En este trance el emperador de Alemania dió muestras de su valor con un hecho de

armas digno de la primera cruzada. Acompañado de muy pocos de los suyos púsose á vanguardia de los cruzados; nada resistía su impetuoso ataque, y caían bajo sus golpes todos cuantos enemigos encontraba, cuando he aquí que un sarraceno de gigantesca estatura se adelanta y le reta. Acepta el emperador el desafío y se lanza contra el infiel. A vista de este combate singular, quedan inmóviles los dos ejércitos. Pocos momentos despues fué derribado el guerrero musulman, partido su cuerpo en dos mitades. Este prodigio de fuerza del emperador aumentó el ardor de los cristianos y aterró á los infieles, que huyeron desbandados.

La ciudad de Damasco está situada á cuarenta y cinco leguas de Jerusalem, y la rodean varias colinas cubiertas de árboles. En sus cercanías se elevó la famosa ciudad de Palmira cuyas ruinas admiramos hoy dia.

Damasco, conquistada por los hebreos, por los asirios, y por los sucesores de Alejandro, cayó despues en poder de los romanos. La predicacion de San Pablo hizo en ella muchísimo efecto durante el siglo de Augusto. A principios de la era de los moros fué sitiada y tomada por los generales de los califas, y muchos habitantes, despues de una capitulacion poco honrosa, iban á buscar un asilo á Constantinopla, cuando fueron perseguidos en su fuga, alcanzados y degollados por sus feroces vencedores. Desde entonces forma Damasco una especie de gobierno dependiente de los musulmanes. Las calles de la Ciudad, excepto las que rodean el serrallo, son en general muy estrechas y tanto mas sucias cuanto están mal empedradas ó no lo están en gran parte; aquella en que habitan los franciscanos es enteramente intransitable. Todo el exterior anuncia en las casas pobreza y miseria; no se ven ventanas en la parte de afuera, pero no bien se ha entrado en ellas, atravesando un oscuro corredor, cuando nos hallamos transportados como por encanto á un nuevo mundo. Vemos un magnífico patio enlosado con mármol blanco, y cercado con jazmines de la Arabia, naranjos, limones y granados. A entrambos lados están los cuartos y los salones destinados para recibir á los forasteros. La escultura, el dorado, los espejos, los muebles suntuosos, las raras porcelanas, las almoadas y los tapices nos dan muestra de lo que los pro-

gresos de las artes pueden alcanzar á hacer cuando se hermanan con el lujo mas elegante y rico. En muchas casas, ademas de estos aposentos, vienen jardines abundantes en legumbres y en árboles que dan delicioso fruto. El castillo es una fortaleza que por su estension presenta el aspecto de una segunda ciudad. Pero los edificios mas notables son las mezquitas, en número de doscientas, entre ellas algunas bellísimas. Desgraciado del profano que se acercase á ellas, y mas aun del que se atreviese á entrar, porque espiaría con su muerte el atentado.

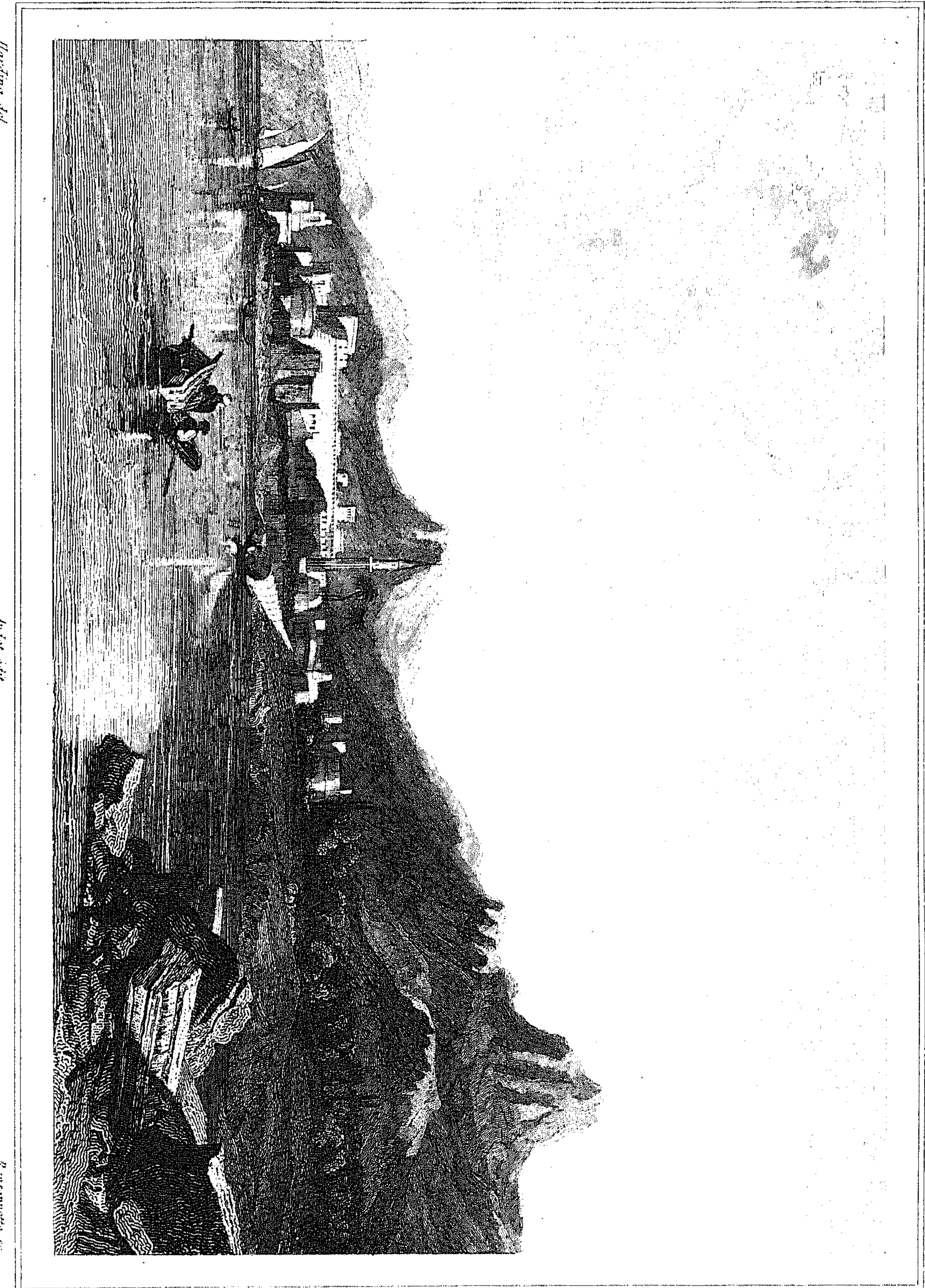
LAMINA 40.

Chipre.

Abundan las narraciones sobre la isla de Chipre que ha sido visitada con frecuencia por los viajeros, mas nosotros nos limitaremos á los pormenores mas interesantes.

Chipre no tiene rios ni arroyos, sino unicamente torrenteras secas en verano. Algunos algibes y fuentes proveen de agua necesaria á los moradores de las ciudades y á los campesinos. La principal celebridad de Chipre consiste en la visita que la hizo San Pablo. Cuando la palabra de este apostol alcanzaba fruto en algun pueblo, permanecía en él el tiempo que le permitía el cuidado de las demas iglesias; pero si eran despreciadas sus doctrinas, apresurábase á ir en busca de pueblos mas dóciles.

El nombre de Chipre se cita frecuentemente en la historia de las cruzadas. Reynaldo de Châtillon, príncipe de Antioquía, la despojó inhumanamente de sus riquezas. Despues Ricardo Corazon de Leon se apoderó del emperador de Chipre, cargóle de cadenas de plata y dió su reino á Lusignan, príncipe de Jerusalem. San Luis desembarcó en esta isla el veinte y uno de Setiembre de 1248, y un nieto de Hugo de Lusignan le recibió en Limisa y le condujo á su capital de Nicocia en medio de las aclamaciones del pueblo, de la nobleza y del clero. En 1478 no quedaban á los cristianos, de todas las conquistas de los cruzados, mas que el reino de Chipre y la isla de Rodas; despues de una larga resistencia contra los musulmanes, el primero de esos dos puntos fué teatro de terribles revoluciones, hasta que se coronó por rey á un hi-



ilejítimo del anterior monarca, quien prometió vasallage al sultan de Egipto. Despues se apoderó de ella Venecia y la conservó cerca de un siglo, hasta que le arrebataron su posesion los turcos.

Por mucho tiempo, merced á la predicacion de San Pablo, recordó con indignacion toda la isla las fiestas lúbricas, tributadas, en dias aciagos para la razon humana, á una diosa impúdica.

CAPITULO XXI.

Corinto. — San Pablo en Corinto. — Corinto en el siglo XIX. — Éfeso. — Noticia histórica. — Tumulto excitado por los plateros. — Muerte de la Virgen.

LA religion cristiana, desde los primeros dias de su nacimiento, no se ocultó timidamente en pueblos oscuros, sino que elevando su frente entró en las ciudades mas populosas, se opuso á los sofismas de los filósofos de la Grecia, hizo resonar su voz en los pueblos del paganismo, y con la cruz en la mano destruyó un edificio de errores levantado por la ceguedad y las pasiones humanas.

LAMINA 41.

Corinto.

Corinto, tan célebre por sus templos dedicados á Venus y á Neptuno, cuya riqueza y lujo pasaron á ser proverbio, cuya posicion era tan hermosa y fuerte, donde eran honradas las artes, y cuyo nombre recuerda uno de los mas elegantes órdenes de arquitectura, contaba numerosas escuelas en las cuales hábiles profesores enseñaban la filosofía y la retórica, acudiendo á ellas de todas partes los extranjeros para instruirse en las ciencias. No temió Pablo pasar á ella, ese Pablo que en la sabia Atenas se sintió vivamente conmovido viendo que semejante pueblo estaba entregado á la idolatría. En medio de esas dos ciudades dedicadas al estudio de la filosofía, de la literatura y de las artes, el paganismo con su culto risueño y su moral facil y corrompida habia echado tan profundas raices, que toda la elocuencia de aquel apóstel no bastó al principio mas que para alcanzarle

corto número de prosélitos; con todo esto esperó, diciendo que la caridad lo sufría todo, creía, esperaba y lo soportaba todo. Tanto ardimiento, tanta fé y tanto entusiasmo debian al fin alcanzar un triunfo tanto mas glorioso cuanto se conseguia de los hombres mas instruidos de aquella época.

«Corinto, dice Chateaubriand, está situada al pié de las montañas en una llanura que se estiende hasta el golfo de Lepanto. Cuando está sereno el cielo se descubre la cumbre del Helicon y del Parnaso, á la otra parte de aquel golfo que parece un magnífico canal. Tocante á los monumentos de Corinto, ya no existen, y un viajero no ha descubierto entre las ruinas mas que dos capiteles, único recuerdo del orden inventado en esta ciudad. Otros han descubierto posteriormente los restos de un templo de la mas alta antigüedad, restos compuestos de once columnas acanaladas, sin base y de orden dórico. Se ha creido reconocer en este monumento el templo de Diana: sin embargo, no podré decir si estas columnas existen todavia, pues no las he visto y solo oí decir que los ingleses se habian llevado los últimos restos».

Corinto, apesar de su reducida poblacion, tiene una extension considerable y está gobernada por un Rey cuya autoridad se estiende á otros muchos pueblos. Las casas están muy distantes entre sí á causa de sus vastos jardines. Los productos del suelo son el trigo, el algodón, el tabaco, el aceite y el vino, superior por su calidad al de Atenas. Corinto es el primer obis-

pado de la Morea, pero, es tan malsano su clima, que los habitantes se ven algunas veces obligados á abandonar la poblacion durante el verano y el otoño. Hablando de Corinto no puede menos de mencionarse el fuerte de Acrópolis, uno de los mas importantes que posee la Grecia para su defensa; si le defendiese una buena guarnicion seria casi inexpugnable, pues abunda en agua de excelente calidad, y la artilleria no puede asestarse contra él mas que por un lado. Pero la traicion ha hecho algunas veces lo que no podian las máquinas de guerra, entregando el fuerte á los enemigos.

LAMINA 42.

Éfeso.

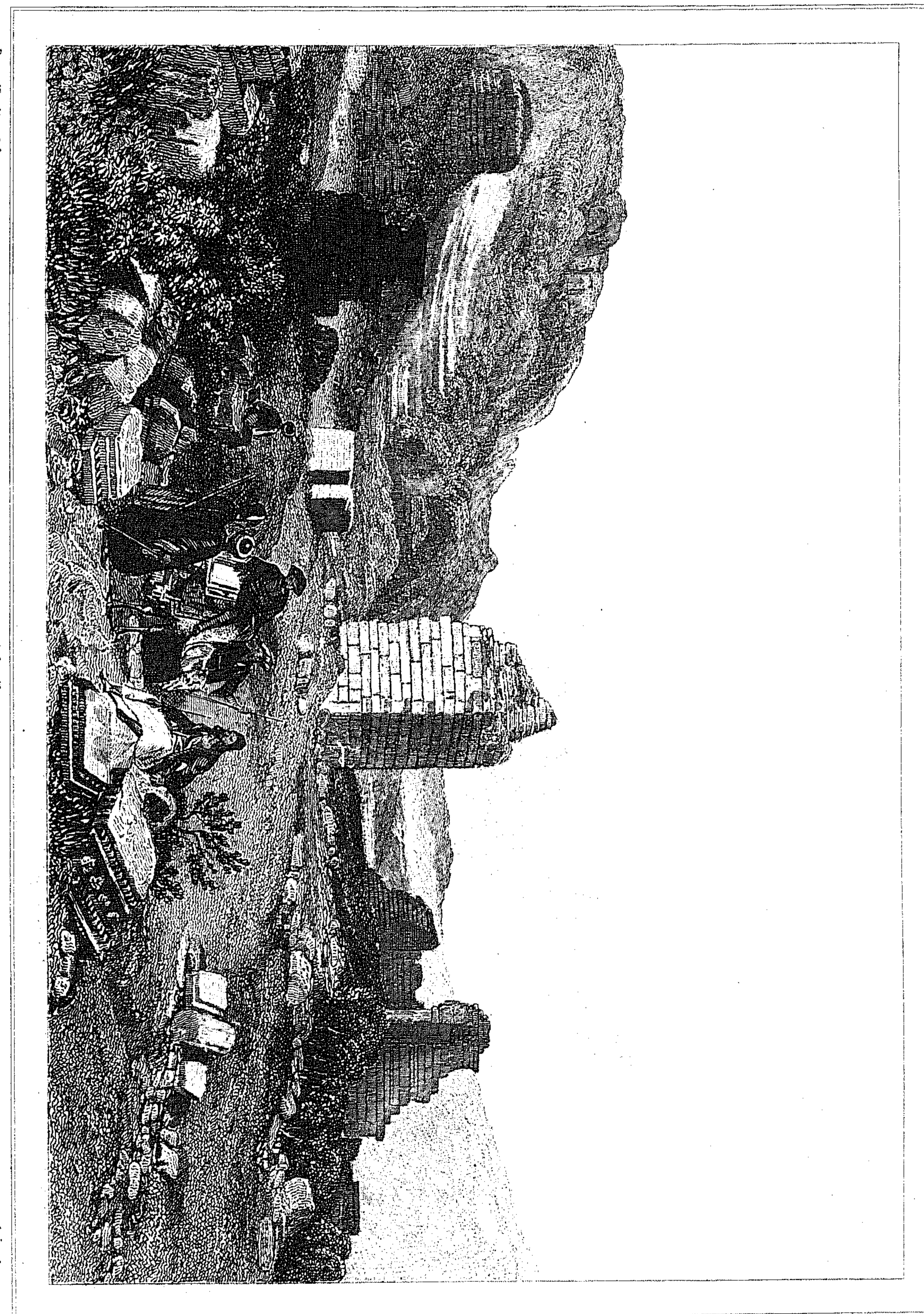
Otra ciudad llama tambien nuestra atencion, ciudad famosa en la antigüedad por su templo de Diana, y en la era cristiana por la mansion que hizo en ella San Pablo. Fué un pueblo célebre situado en la costa occidental del Asia menor, entre Esmirna y Mileto, y al pié de una cordillera que domina una hermosa llanura bañada y fertilizada por las aguas del Caistro. Entre los muchos edificios que la adornaban, el templo de que hemos hablado se reputó una de las maravillas del mundo, y fué quemado por Erostrato á quien animaba la loca esperanza de inmortalizar su nombre con un crimen. Pero después fué reconstruido el templo con mas magnificencia que antes, de manera que en tiempo de San Pablo era todavia admirable, y dos siglos despues aun subsistia íntegro, apesar de que el cristianismo habia progresado mucho en la poblacion. Fué despues destruido por los godos, y otros bárbaros, y reducido á polvo por la mano del tiempo. Las ruinas que se ven en esta lámina es lo único que existe de tan celebrado monumento. Tenia de largo cuatrocientos veinte pies, sobre doscientos veinte de ancho, y le sostenian ciento veinte y siete columnas de sesenta pies de alto, de las cuales cada una era un donativo real. El ídolo que en él se adoraba era sobremanera pequeño. De muy

lejos venian los extranjeros á ver este templo y todos deseaban llevarse de él algun modelo, cosa que dió lugar á un gran tumulto en época en que se encontraba San Pablo en la ciudad.

Un platero, llamado Demetrio, fabricaba pequeños templetos de plata á imitacion de aquel edificio celebrado, y daba de esta suerte trabajo á muchos de su oficio que con él se enriquecian. Reuniólos á todos cierto dia y les dijo que San Pablo apartaba del culto de los dioses á muchos habitantes de Éfeso y á gran parte del Asia, y que de consiguiente peligraba su comercio y aun el honor de la famosa Diana. Sus palabras los encendieron en cólera, y empezaron á gritar por las calles mezclando los intereses materiales con los religiosos. Reunióse un innumerable gentío y todos en medio de la confusion daban tremendos alaridos. Al fin se logró calmar la agitacion general en la cual habia tomado parte el pueblo, pero de resultas partió San Pablo para Macedonia.

En Éfeso fué tambien donde San Juan escribió su evangelio, siendo ya de edad muy avanzada. Apenas tenia fuerza para hablar, apenas podia dirigirse al templo sostenido por sus amigos, y con todo repetia incesantemente á los discípulos reunidos en torno suyo: «hijos míos, amaos mucho mutuamente.» Cansados aquellos de oír continuamente estas palabras, le dijeron cierto dia: «porqué nos repetís siempre lo mismo? A lo que respondió, porque este es el gran precepto de Dios, y con cumplirle basta.» Murió de edad de noventa y nueve años y fué sepultado cerca de la ciudad.

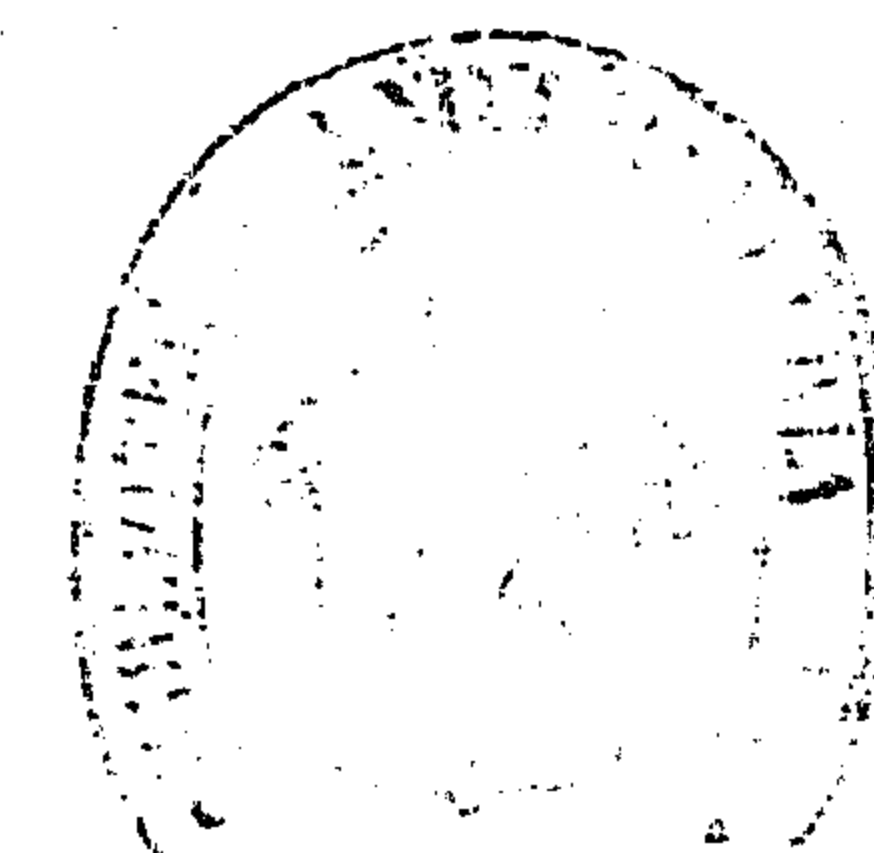
Segun una respetable tradicion la Virgen Santa acabó sus dias en Éfeso en la casa misma habitada por San Juan. La obscuridad misteriosa que acompaña la vida y los últimos momentos de Maria, son para humillar el orgullo de los soberbios y para instruirnos al propio tiempo. Era preciso que la madre del Salvador, criatura privilegiada, despues de haber nacido y vivido en la obscuridad, muriese casi desconocida al modo de esas bellas y admirables flores que nacen, crecen, exhalan sus perfumes y mueren en un valle de América todavia vírgen.



Poco distante del

Epheso.

Indicador de



CAPITULO XXII.

Mileto; noticia histórica y geográfica. — La visita San Pablo. — Su estado actual. — Patmos. — El destierro. — Apocalipsis de San Juan. — Estado actual de Patmos.

OTRA de las ciudades célebres en el Asia menor es Mileto.

LAMINA 43.

Mileto.

Fué fundada por una colonia de cretenses mandados por Sarpedon, padre de Minos, y se ignora la etimología de su nombre. Su admirable situación y la comodidad de sus cuatro puertos, de los cuales cada uno podía contener una escuadra inmensa, la dieron en otro tiempo una grande preponderancia en las relaciones de su comercio marítimo. Sus navegantes iban á recorrer los mas apartados mares; frecuentaban el Ponto Euxino, la Prepóntide, el Egipto y otros países, y fundaron en todos ellos colonias. Vanos esfuerzos hicieron muchos reyes de la Lidia para apoderarse de tan importante población; pero por fin los habitantes de Mileto trataron con el rey Cresos á quien reconocieron por señor, consintiendo en pagarle un tributo. Posteriormente defendieron obstinadamente el partido de Darío, contra Alejandro el grande, mas este tomó su ciudad por asalto y se mostró magnánimo perdonando á sus habitantes y devolviéndoles el inestimable bien de la libertad. Durante las guerras sostenidas por los romanos contra Antíoco, Mileto se declaró en favor de los primeros.

Al volver de Macedonia, detúvose San Pablo en aquella ciudad, y en ella convocó á los principales de la iglesia de Éfeso. En seguida la de Mileto fué confiada á los obispos que asistieron á muchos concilios.

Cuando cayó el imperio de oriente todo su territorio fué devastado por los turcos, los cuales, dueños del interior del país, procuraban estender sus conquistas al oeste hácia el mar.

Hoy dia Mileto es una miserable población

que lleva el nombre de Palat ó Palatia. El principal resto de su pasada magnificencia es un teatro arruinado que se encuentra á alguna distancia de la ciudad; edificio inmenso que tiene de largo cuatrocientos cincuenta y siete pies. El exterior es de mármol, y las bóvedas están construidas con tal solidez que seria difícil derribarlas. Los alrededores de la ciudad hasta una grande extensión están cubiertos de escombros y de ruinas.

Desde los primeros dias del establecimiento del cristianismo recorrieron los apóstoles las principales ciudades del Asia menor llevando á todas partes la antorcha de la verdadera luz. Las actas de los apóstoles nos dicen que san Pablo, despues de haber llegado á Samos, donde se conservaron religiosamente los escritos de Homero y de Pitágoras, desembarcó al dia siguiente con algunos discípulos en Mileto. Nada mas tierno que la despedida que dirigió á sus habitantes al cabo de algun tiempo que con enérgica elocuencia los habia alumbrado para seguir el sendero de la verdad. Tierna despedida de un pueblo piadoso y reconocido! Las lágrimas de los habitantes, sus tiernos abrazos y sobretudo su perseverancia en la fé, fué toda la recompensa reclamada por el apóstol despues de tan larga predicación y de tantos esfuerzos.

Si Mileto no oye ya la voz elocuente de San Pablo ni la de los ministros cristianos que le sucedieron en sus funciones apostólicas, y si la religion de Jesucristo ha sido perseguida en ella por los sectarios del falso profeta, tambien ha perdido todas las ventajas de su comercio inmenso y de su situación. En que ha venido á parar ese pueblo tan celebrado por su afición á las ciencias y á las artes, por sus templos, sus fiestas y sus manufacturas? Algunos escombros y un poco de polvo es lo que queda de una ciudad que fue madre de cien colonias y cuyos bu-

ques recorrian el mediterraneo, el mar negro y el mar de Azof; los habitantes de Mileto dominaban por el comercio como los de Tiro y los de Sidonia; pero á consecuencia de las revoluciones y de las conquistas, el comercio y la civilizacion tomaron otro rumbo y la grande metrópoli griega se vió casi abandonada. Algunas familias turcas que habitan pobremente en tristes cabañas, son los herederos de su gloria: el genio del olvido ha fijado allí su morada en medio de plantas salvages y de arbustos inútiles, y ya aquellos ecos no repiten el nombre de Tales ni el de Aspasia.

Tócanos ya dirigirnos á otro punto que tuvo no menos celebridad, seguir á San Juan en su destierro á Patmos, y recorrer el desierto donde Dios habló á su discípulo predilecto para abrirle las puertas del cielo y para revelarle los inefables secretos que muy pocos han podido conocer.

LAMINA 44.

Patmos.

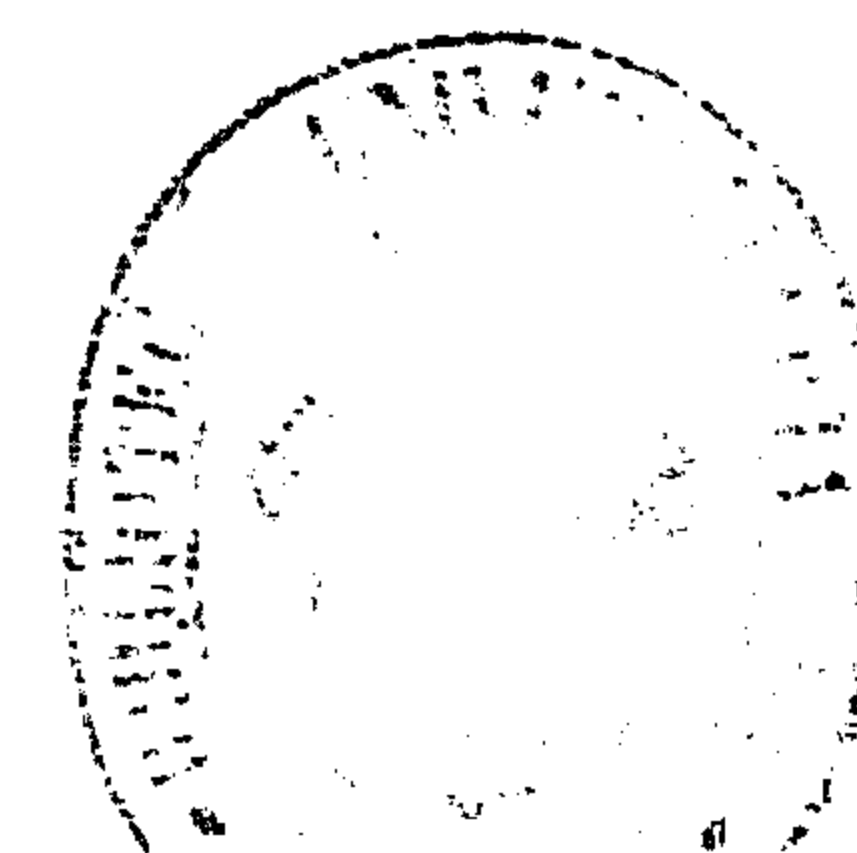
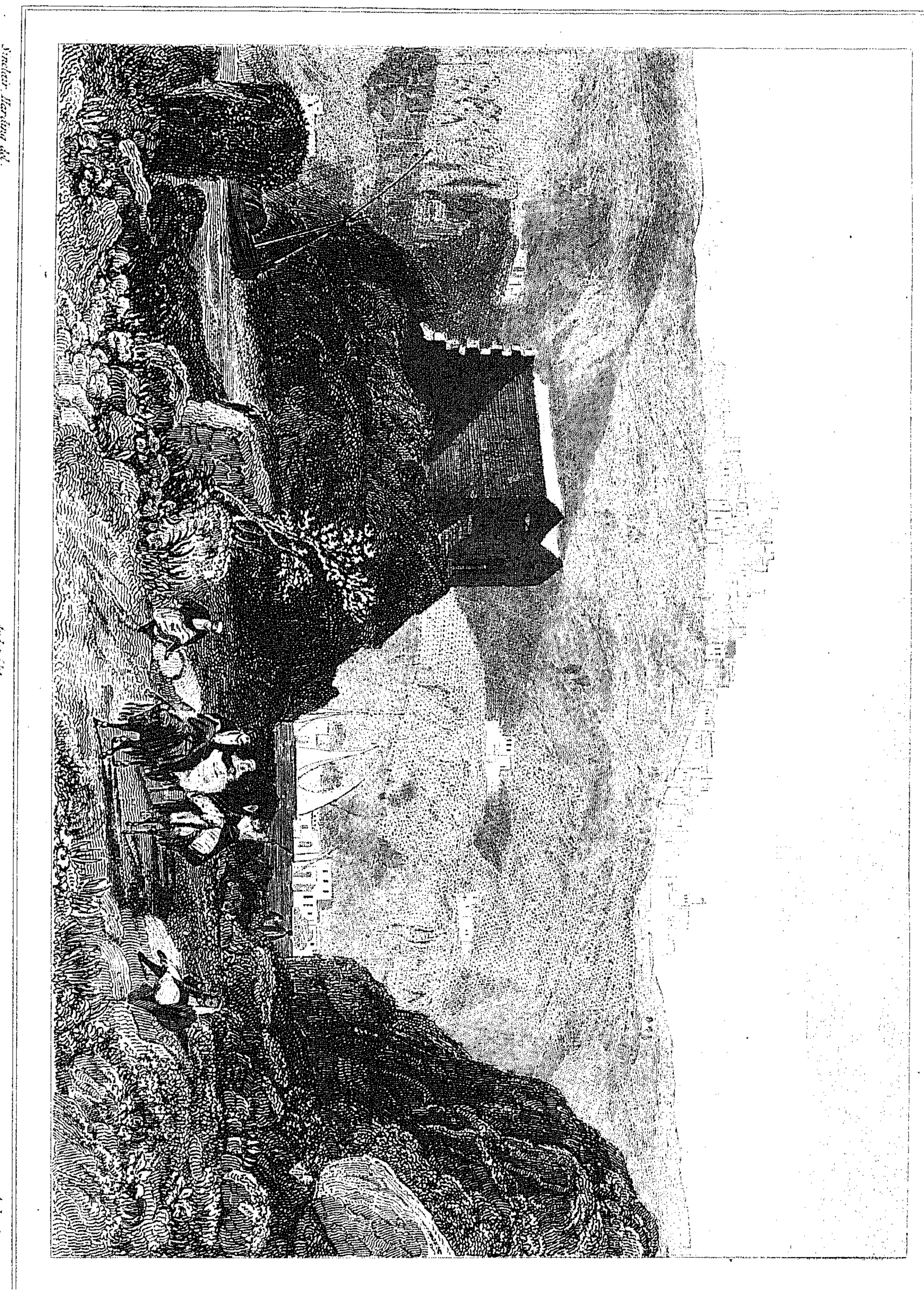
Cuan ingeniosos son los hombres que para perseguir á sus semejantes han buscado con abominable crueldad los lugares de destierro en que debían padecer sus víctimas! Ingenio fatal para la humanidad! No es bastante para ellos apartar á muchos inocentes del aire natal que tan dulcemente se respira, del suelo vivificador de la patria y de todos los afectos de familia, pues quisieron añadir á todas las privaciones del corazon los dolores inseparables de un clima malsano; así es que los emperadores romanos enviaban á muchos desgraciados ancianos y venerables obispos á los desiertos, espuestos á los rayos de un sol abrasador, ó bien los reunían en miserables pueblos donde les faltaban las comodidades mas necesarias. La historia eclesiástica hace mencion de muchos cristianos que pasaron largo tiempo en esos lugares abandonados, esperando á que la muerte ó un cambio de reinado terminasen sus males y pusiesen fin á su destierro. Tardan tanto en pasar estos días de desgracia! Vueltos sin cesar los ojos hácia los lugares que nos vieron nacer, se suspira para volver á ellos; en sueños se presenta el hogar paterno, el templo donde acostubrábamos orar,

los deudos, los amigos que nos hacian agradable la existencia, y somos felices unos momentos: pero al asomar los primeros rayos de la aurora, esa ilusion pasajera se desvanece, y el desterrado piensa entonces mas profundamente en el horror de su situacion.

San Juan estuvo tambien desterrado injustamente por una santa causa en esta isla del Archipiélago donde tantos otros habian gemido; pero no se desalentó un momento, antes pensando en su divino maestro, recordaba sus palabras, creia verle á su lado, y se elevaba á la mas sublime contemplacion. Merecia por cierto su corazon puro ser iniciado en los mas altos misterios, y habia adquirido por su virginidad y por su constante adhesion el privilegio de leer en los secretos del Eterno y de anunciarlos á los hombres en sus sublimes *Revelaciones*. Allí fué donde escribió el *Apocalipsis*, libro que no puede leerse sin que nos sintamos conmovidos en el interior del alma, pensando en el hombre puro é inspirado, en el discípulo tierno y predilecto que tantas cosas auguraba. Despues de las mas terribles apariciones, y de imágenes fuertes y espantosas, la venganza cede el campo á la misericordia; desvanécese todo lo terrestre y se dá principio al reinado de Dios: entonces es cuando vé el apostol bajar del cielo la Ciudad Santa, la nueva Jerusalem, radiante de gloria, y adornada como una esposa que vá á recibir á su esposo.

Leyendo el Apocalipsis se entrega el cristiano á los mas grandes pensamientos y se eleva á una region sublime, desdeñándose hasta de mirarla tierra donde tales cosas se escribieron. Sin embargo, forzoso es presentarla tal como existe, para que, despues de haber dado libre vuelo á los pensamientos religiosos, recorramos por un momento los lugares en que padeció San Juan.

Patmos es una pequeña isla del mar Egéo que tiene de veinte y cinco á treinta millas de circunferencia. Es desagradable su aspecto y en muchos puntos son sobremanera escarpadas sus costas. Los romanos escogieron para destierro esa tierra estéril. Emerson ha descrito esta isla diciendo que parece haber tenido un origen volcánico, que consiste en un informe peñasco cubierto en su superficie de tierra vegetal, y que parece deber reducirse algun día á cenizas bajo los rayos de un sol ardiente. Encuéntrase en



ella muchas iglesias de las cuales algunas solo se abren en las fiestas aniversarias de los Santos á los cuales están respectivamente consagradas.

La ciudad moderna de Patmos, única en toda la isla, y el monasterio de San Juan, coronan la cumbre de la colina que se ve en esta lámina, y que está á unos tres cuartos de hora de distancia del mar. El monasterio se compone de muchas torres que le dan mas apariencia militar que monástica, los monges reunidos en él están bajo la proteccion del obispo de Samos, con permiso especial del gran Muftí de Constantinopla, y gozan del rarísimo privilegio de tener una campana para llamar á la oracion á los religiosos: atribúyese la concesion de este privilegio á la alta veneracion que segun dicen tienen los turcos al carácter de San Juan. La iglesia es magnífica, pero sin gusto ni elegancia. La biblioteca de los monges contiene algunos

tomos impresos, casi todos obras de los Padres de la iglesia griega, y asimismo muchos manuscritos que parecen haber sido recogidos y conservados con sumo cuidado.

La hermita de San Juan se encuentra á mitad del camino que va del monasterio al mar, siguiéndose un sendero difícil y encontrándose á un lado la gruta sagrada donde aquel evangelista escribió su Apocalipsis. Enséñanse dos huecos en la roca superior y se dice haber sido por donde recibió San Juan las inspiraciones celestiales. Repútanse sobremanera sagrados, y la devocion con que se miran solo cede al respeto santo de que es objeto el sepulcro de Jesucristo en Jerusalem.

Los habitantes de Patmos son en número de unos cuatro mil, y su apariencia corre perfectamente en armonia con la de la isla, es decir que van mal vestidos y son repugnantes por todos estilos.

CAPITULO XXIII.

San Pablo en Rodas. — Rodas defendida por los caballeros de Malta. — Conquistada por Soliman. — Su estado en 1806 y en 1831.

Dice San Pablo que despues de haberse separado con pesar de los fieles de Mileto se dirigió á Cos, y el dia siguiente á Rodas, de donde pasó á Patara. Sin duda el grande apóstol, siempre lleno de ardiente celo, aprovechó su corta mansion para predicar las mas sanas doctrinas á los habitantes de Rodas. Ello es que esos gérmenes fecundos se desarrollaron de un modo admirable, puesto que algunos siglos despues Rodas llegó á ser uno de los baluartes de la cristiandad, desafiando todos los esfuerzos de un ejército considerable mandado por Mahomet II.

LAMINA 45.

Rodas.

La isla de Rodas llamó en 1478 la atencion

de la Europa entera, puesto que defendida por los caballeros de la orden de San Juan, recordaba los gloriosos dias de las cruzadas, y animaba á los fieles con la lisonjera esperanza de la reconquista de Jerusalem. Mahomet II, á principios de su reinado, intimó al gran maestre de aquella orden que le pagase tributo como á soberano, y este se contentó con responderle: «Nosotros no debemos la soberania de Rodas mas que á Dios y á nuestras espadas: nuestro deber consiste en ser enemigos y no tributarios de los otomanos.» El gran maestre que dió tan noble respuesta se llamaba Juan de Lastic, anteriormente gran prior de Aubernia.

Mahomet II, despues de haber triunfado de los persas, habia vuelto á Constantinopla lleno de proyectos de conquista sobre la Europa, y de animosidad contra los cristianos: el imperio

entero se preparaba para ser el instrumento de su ambición y de su cólera. Habíase apoderado del Negro Ponto y de Escútari para dominar en los mares del Archipiélago, de Sicilia y de Nápoles. Por otra parte, muchos de sus ejércitos se habían dirigido hacia el Danubio para abrirse las puertas de la Alemania, y habían llegado, pasándolo todo á sangre y fuego, hasta el Frioult para aterrar á los venecianos y reconocer las avenidas de la Italia. Cuando estuvo dispuesto todo para la ejecución de unos designios espantosos, el gefe del imperio otomano resolvió atacar á la cristiandad por muchos puntos á la vez. Un numeroso ejército se puso en marcha para invadir la Ungria y todas las comarcas cercanas al Danubio. Dos escuadras con mucha tropa de desembarco debían dirigirse una contra los caballeros de Rodas, cuyo valor temía mucho Mahomet, y otra contra las costas de Nápoles. Al acercarse el ejército otomano toda la Ungria gobernada por Matias Cubin acudió á las armas, presentó batalla á los turcos en la Trasilvania y destruyó todo su ejército en un solo combate. Mientras que los turcos sufrían tan sangrienta derrota, la escuadra de Mahomet que se adelantaba contra la isla de Rodas debía encontrar en los caballeros de la orden de San Juan unos enemigos no menos intrépidos y temibles que los húngaros. En medio de ruinas se defendieron denodadamente contra cien mil otomanos armados con todo cuanto había inventado el arte de los sitios y el genio de la guerra. Al acercarse los turcos el gran maestre de Rodas había implorado socorro de los príncipes cristianos, mas estos no le enviaron mas que cuatro buques napolitanos y genoveses, que llegaron tarde cuando estaba ya levantado el sitio, y algun dinero, producto de un jubileo concedido por el papa á invitación de Luis once. Según piadosas tradiciones fué célebre la defensa de Rodas por prodigios que podían recordar los tiempos de las primeras cruzadas: los turcos vieron en el cielo una vírgen vestida de blanco y las falanges de la milicia celestial que llegaban para socorrer á la ciudad sitiada: los prisioneros otomanos atribuyeron su derrota á esa aparición milagrosa.

Rodas conquistada por Soliman.

Pero al fin la invencible Rodas debía sucum-

bir bajo los repetidos golpes del poder otomano. Soliman acababa de apoderarse de Belgrado y amenazaba la isla contra la cual se había estrellado todo el poder de Mahomet, y que era la última colonia de los cristianos en Asia. Mientras permaneciesen dueños de ella los caballeros del orden de San Juan podía temer el sultan que se formase en el occidente alguna grande expedición para recobrar la Palestina y la Siria, y aun para conquistar el Egipto, que acababa de ser reunido al imperio otomano.

Carlos quinto llevaba ya la corona imperial y la de las Españas. Lleno de la idea de abatir el poder de la Francia, vió con indiferencia el peligro que amenazaba á los caballeros de Rodas. El sumo pontífice apenas pudo solicitar para ellos el apoyo de la cristiandad. Francisco primero hubiera querido mostrarse mas generoso; pero en la situación en que se encontraba el reino no pudo enviar los socorros que había prometido. Con esto los caballeros de Rodas quedaron reducidos á sus propias fuerzas. Después de muchos combates, que costaron á los infieles mas de setenta mil hombres, Rodas cayó en poder de Soliman, y fué un espectáculo doloroso el ver al gran maestre, arrastrando en pos de sí las tristes reliquias de la orden, llegar á las costas del reino de Nápoles, no lejos (a) del lugar donde Virgilio hace desembarcar á Eneas con los restos gloriosos de Troya.

Chateaubriand, hablando de Rodas, dice así: «Deseaba ardientemente echar al menos una mirada sobre esa famosa Rodas que era para mí una antigüedad que formaba el tránsito entre la antigüedad griega que dejaba detrás de mí, y la antigüedad judaica cuyos recuerdos iba á buscar. Los monumentos de los caballeros de Rodas reanimaron mi curiosidad algo cansada después de haber recorrido las ruinas de Esparta y de Atenas. Algunas leyes sabias sobre el comercio, algunos versos de Píndaro sobre la esposa del sol y la hija de Venus, algunos poetas cómicos, algunos pintores, y algunos

(a) Algunos han reputado afrancesado este modo adverbial *no lejos*, como traducido literalmente del frances *non loin*; sin embargo creemos que le admite el genio de nuestra lengua, y lo prueba el que los escritores del siglo de oro de la literatura española, que son un dechado de buen lenguaje, le usaron, entre ellos *Mariana* en su historia de España, tom. 4.º cap. 3.º.

monumentos mas grandes que hermosos, he aquí según creo todo cuanto recuerda el viajero acerca de la antigua Rodas. Eran valientes sus habitantes y es bastante singular que se hayan hecho célebres en los anales de las guerras antiguas por haber sostenido un sitio con gloria, como los caballeros sucesores suyos. Rodas fué honrada con la presencia de Escipion y de Pompeyo, y manchada con la de Tiberio. Los Persas se apoderaron de ella en tiempo de Honorio. Fué tomada después por los generales de los califas en el año 647 de nuestra era, y reconquistada por Anastasio, emperador de oriente. Los venecianos se establecieron en ella en 1203, y fueron arrojados por Juan Dinas. Los turcos la tomaron á los griegos, y los caballeros de la orden de San Juan se apoderaron de ella á principios del siglo catorce y la conservaron por espacio de dos siglos.

«Rodas me ofrecía á cada paso vestigios de nuestras costumbres y hasta recuerdos de mi patria; recorrí una calle llamada *calle de los caballeros*, y en ella ví casas góticas y hasta los blasones de algunas de nuestras familias mas celebradas: los turcos, que han mutilado en todas partes los monumentos de la Grecia, perdonaron los de la caballería. El honor cristiano fué objeto de admiración para ellos, y los sucesores de Saladino han respetado á San Luis. A lo último de la calle de los caballeros se encuentran tres arcos góticos que conducen al palacio del gran maestre, hoy día convertido en cárcel. Solo un convento casi arruinado recuerda en Rodas esa religión que hizo en ella tantos prodigios. Los dos padres, únicos que en él moraban, me condujeron á una capilla donde se encuentra una Virgen gótica, pintada sobre madera, con el niño Jesus en sus brazos. Esta antigüedad curiosa fué descubierta hace algunos años por un esclavo que cultivaba el jardín del convento. Hay en la capilla otro altar dedicado á San Luis cuya imagen se encuentra en todo el oriente, y cuyo lecho de muerte he visto en Cartago. Dejé allí algunas limosnas rogando á los padres que rezasen una misa por un buen viage, como si hubiese previsto los peligros que debía correr delante las costas de Rodas á mi vuelta de Egipto.

» El puerto de Rodas sería bastante seguro si se estableciesen las antiguas obras que le pro-

tegian. En el fondo de este puerto se levanta una muralla flanqueada por dos torres (una de ellas se vé á la izquierda de esta lámina) que según tradiciones del país han reemplazado á los dos peñascos que servían de base al coloso. Se sabe que los buques no pasaban por entre sus piernas, como lo repiten todavía algunas geografías modernas, pues hasta tal punto se eternizan los cuentos populares.

«Las costas de Rodas hasta una larga distancia están casi al nivel del mar, pero la isla es mas elevada en lo interior, notándose sobretodo una alta montaña aplanada en su cumbre, citada por todos los geógrafos de la antigüedad. En Linades, aldea situada al sur de Rodas, se encuentran todavía algunos vestigios del templo de Minerva. Por lo demás, ese famoso pueblo de Rodas, cuyas colonias fundaron en otro tiempo Nápoles y Agrigenta, ocupa apenas hoy día un pequeño rincón de su desierta isla. Basta un Agá con cien genízaros degenerados para guardar ese rebaño de esclavos sumisos. Es inconcebible el que la orden de Malta no haya probado jamás la reconquista de sus antiguos dominios. Nada era mas fácil que apoderarse de la isla de Rodas, y volver á levantar sus fortificaciones, en cuyo caso seguramente que no hubieran sido arrojados de ella nuevamente por los turcos: pues estos, que fueron los primeros que en Europa abrieron trincheras en una plaza, son hoy día el pueblo mas atrasado en el arte de los sitios.»

«El clima de esta isla, dice Lamartine, es sano; las montañas están cubiertas de hermosos bosques, no se encuentran animales dañosos, si exceptuamos los reptiles; no hay ríos, pero si arroyos en todas partes. Sus jardines tuvieron en otro tiempo mucha celebridad. Virgilio ha alabado sus uvas, y otros encomiaban sus naranjos y sobretodo sus rosas. Su población hoy día, por un efecto de la tiranía de los beys, no pasa de diez y seis mil habitantes.

«Vista Rodas desde el mar, llaman la atención los ligeros y graciosos minaretes de sus blancas mezquitas. Atraen de lejos las miradas del navegante hacia ese delicioso retiro de los cementerios turcos donde se vé por las tardes á los musulmanes echados sobre el sepulcro de sus amigos, fumando y hablando tranquilamente, como centinelas que esperan el relevo, ó

como hombres indolentes que hacen poco caso de las cosas de la vida , pensando solo en descansar. El cielo parece haber colocado esta isla como una avanzada del Asia , y una potencia europea que fuese dueña de ella tendria á la vez la llave del Archipiélago , de la Grecia , de Esmirna , de los Dardanelos , del mar de Egipto y del de Siria. No conozco en el mundo una mas hermosa posicion militar marítima , un cielo mas risueño , ni una tierra mas fértil. Asi que uno se acerca á una tierra poseida por los musulmanes , conoce que este pueblo que nada crea ni renueva , á lo menos tampoco destruye nada ; permite á la naturaleza que produzca libremente en torno suyo ; respeta los árboles

hasta en medio de las calles y de las casas que habita : agua y sombra , tierno murmullo y voluptuosa frescura son sus primeras y últimas necesidades. Por lo mismo , cuando un europeo se acerca á su pais le reconoce de lejos por el rico y sombrío velo de verdura que flota graciosamente por encima de ella , por los árboles que convidan con su sombra , por las fuentes cuyo murmullo es tan agradable , por el silencio , y por las mezquitas de ligeros minaretes ; no necesita mas el musulman , y solo sale de esta tierra y filosófica apatía para montar los alazanes del desierto , y para volar sin miedo á la muerte por su profeta , y por su Dios.»

CAPITULO XXIV.

Roma. — Primer aspecto de esta ciudad. — San Pedro y San Pablo sufren en ella martirio. — Foro romano. — El coliseo. — Espectáculos dados á los romanos. — Su destruccion sucesiva. — Su descripcion por Chateaubriand. — Carcel Mamertina. — Roma descrita por Chateaubriand.

FORZOSO nos será ahora seguir á los apóstoles á otro clima donde les espera la persecucion la cárcel y la muerte. Estaban reservados para Roma los últimos trabajos de San Pablo y de San Pedro ; para aquella ciudad , capital del mundo pagano , que debia á su tiempo sostener el peso de la cruz , y ser la llave y el centro del catolicismo. Este teatro inmenso convenia ciertamente á los príncipes de los apóstoles : no era en un oscuro villorrio donde debian anunciar al Dios resucitado , y donde les era forzoso derramar su sangre y morir por la fé : la religion cristiana no tenia que temer a los sabios y á los filósofos de Roma , despues de haber vencido á los sabios de Atenas y de las ciudades mas civilizadas de la Grecia.

Cuando los peregrinos ven los edificios de la Ciudad Santa alumbrados por los rayos del sol , se detienen conmovidos , y con el corazon lleno de una mezcla de tristeza y de alegria saludan con piadosas aclamaciones á la ciudad por excelencia , y olvidando las fatigas de un largo

camino , desean ardientemente llegar á Jerusalem término de su viage : del mismo modo , cuando los viajeros cristianos se acercan á Roma , y cuando la alta cúpula de San Pedro resplandece entre celages purpurinos , se detienen y exclaman con santo entusiasmo : « Vamos á ver la madre de todas las iglesias , la cátedra de verdad , el gefe del universo cristiano , las catacumbas de los mártires , y el sepulcro de los santos apóstoles. Antes de poner fin á nuestra tarea religiosa nos acercamos , pues , á esta grande ciudad que por sus muchos recuerdos , por la solemnidad de sus fiestas , y por las preciosas reliquias que conserva , merece el nombre de nueva Jerusalem. Despues de una larga navegacion llegó San Pablo á Roma donde permaneció algun tiempo predicando el evangelio ; al cabo de él salió para recorrer nuevos paises , y como volviere á aquella ciudad , fué encarcelado por orden de Neron. Permaneció mas de un año de esta suerte , y al fin un glorioso martirio terminó su existencia en el año 66 de la era de



Jesucristo.

Lo mismo que San Pablo estuvo dos veces en Roma San Pedro, la primera para combatir el error y la idolatría, y la segunda para poner término á su carrera apostólica, y para adquirir la gloria del martirio.

No entra en nuestro plan trazar las maravillas de esta ciudad única en el mundo por sus recuerdos y por sus monumentos; pero no podemos pasar por alto la descripción del Foro Romano y la del Coliseo, lugares famosos donde resonó sin duda elocuentemente la voz de los apóstoles, á par que la del oscuro calabozo, la de la terrible cárcel Mamertina donde se cree que aquellos dos apóstoles pasaron los últimos días de una existencia tan santa y tan llena de dolores.

LAMINA 46.

Foro Romano.

Saliendo de la iglesia de San José se presenta á las miradas de los viajeros el Foro Romano con toda su desolacion magestuosa. Tal como se ha grabado en esta lámina, es acaso el sitio mas melancólico que encierra Roma dentro de sus murallas. No solo queda enteramente borrada su primitiva grandeza, si que tambien no se ha destinado el terreno para ningun otro objeto. Cuando el viajero baja del Capitolio, encuentra muchos antiguos edificios casi sepultados debajo un suelo desigual, de manera que una imaginacion algo viva podria figurarse que algun encanto protege esos lugares y les impide ser profanados con usos vulgares. Allí se reunieron los concilios, allí resonó la voz elocuente de Ciceron, allí tuvieron lugar las pompas triunfales: y allí no se vén hoy dia otros seres animados mas que algunos estrangeros á quienes atrae la curiosidad, ó algunos criminales condenados á hacer escavaciones.

En medio del Foro es preciso visitar el sitio donde permanecian los comicios y donde se reunia el pueblo romano cuando era llamado para deliberar sobre los negocios del estado. Recorriendo este laberinto de monumentos que prueban la fragilidad de las obras y de las glorias humanas, complácese uno en pensar que la religion cristiana ha venido á santificar algunos de

esos templos, á abatir las imponentes divinidades, y á reinar sola sobre esos inmensos escombros, para no perecer jamas: la religion subsiste en pié sobre esos pórticos que amenazan ruina, sobre esas columnas sepultadas entre el polvo, y la palabra divina resuena alrededor de ese foro donde hace tantos siglos que enmudeció la voz del pueblo romano.

LAMINA 47.

El Coliseo.

Héos ahí el Coliseo, teatro gigantesco de las diversiones de la mas grande nacion del mundo. Este edificio debe su nombre á la estatua colossal de Neron que ocupaba en otro tiempo una parte de este vasto recinto. Principiado por Flavio Vespasiano, y llamado por lo mismo algunas veces anfiteatro Vespasiano, fué concluido por Tito, quien le inauguró el año 80 de Jesucristo por medio de combates en los cuales fueron sacrificados mas de quinientos gladiadores y cinco mil fieras. El furor de los romanos por esos sangrientos espectáculos debia estar sobremanera arraigado en los corazones cuando fué necesario todo el celo y la elocuencia de los obispos, por espacio de cuatrocientos años, para alejar de ellos á los cristianos, y hacer que desapareciesen enteramente.

Y para no hablar de los emperadores conocidos por sus crueldades, á quien no admira ver á Tito, á ese célebre emperador cuya clemencia ha pasado á ser proverbio, asistir tranquilamente á un espectáculo que costaba la vida á centenares de hombres, solo para divertir al pueblo romano? Las mismas mugeres olvidaban los sentimientos naturales á su sexo, y se complacian barbaramente á vista de esos juegos, aplaudiendo la agonía de los gladiadores, y clavando los ojos en tan horrible espectáculo. De desear seria que la España, cristiana hasta el fondo del alma, no diese mas el ejemplo de esos placeres que cuestan sangre á la humanidad, é hiciese cesar por último las corridas de toros que parecen un vivo recuerdo de las luchas de los gladiadores en el Coliseo.

La forma de este es oval; su circunferencia de mil seiscientos diez y seis pies, es decir que escede de quince pies á la columna de la plaza



Arthur Decaux del.

Julot del.

Leonce Chaillet sc.

Rome. Coliseo.

Roma. Coliseo.

de Vendoma. Figúrase uno al emperador y su familia, á las vestales y á los senadores colocados honoríficamente en el *podium* ó gran palco y encima de ellos las galerías donde cabían mas de cien mil personas, y se tendrá una idea del movimiento que debía reinar en este inmenso edificio.

Los espectáculos principiaban ordinariamente con los juegos de los gladiadores que combatían á pié, y luego despues conducían allí las fieras y se les daba caza con un encarnizamiento sin igual. Frecuentemente se hacían luchar fieras contra fieras, cuando empezaron á escasear los que luchaban con ellas, y se inventó para algunos criminales el castigo de tener que luchar en el Coliséo contra aquellos carnívoros. Posteriormente se condenó á muchísimos cristianos á ser expuestos en la arena al furor de los tigres y de los leones. Entonces se pudo admirar á esos héroes de la religion verdadera, á unos venerables ancianos que se entregaban sin defensa á terribles fieras, y que con asombro de la muchedumbre eran á veces perdonados por ellas, ya que no lo habían sido por feroces jueces.

Despues de esos combates, algunas veces se cambiaba la arena en un vasto lago, dándose combates navales que no divertían menos á la muchedumbre. Desaparecía ultimamente por anchos boquetes ese mar encantado, y volvían á principiar las luchas de los gladiadores, dando al fin lugar á suntuosos banquetes que se servían á los espectadores. Esos brillantes dias del Coliséo han desaparecido como tantos otros, y los combates de los gladiadores instituidos en el año 490 de la fundación de Roma fueron abolidos en el año 404 de la era de Jesucristo. Un sacerdote llamado Almaquio, llenó de santo celo, se precipitó un dia á la arena para separar á los combatientes. El pretor Alipio condenó al momento á muerte al sacerdote, mas este fué canonizado y el emperador Honorio prohibió las luchas de los gladiadores. Desde entonces principió para el Coliséo la época de una decadencia progresiva. De esta suerte, dice Chateaubriand, todo nos habla á cada instante de la nada. El hombre busca en torno suyo razones para convencerse de ello; va á meditar sobre los restos de los monumentos de los imperios, y no piensa que el mismo es una ruina vacilante, y que caerá antes que esos escombros.

LAMINA 48.

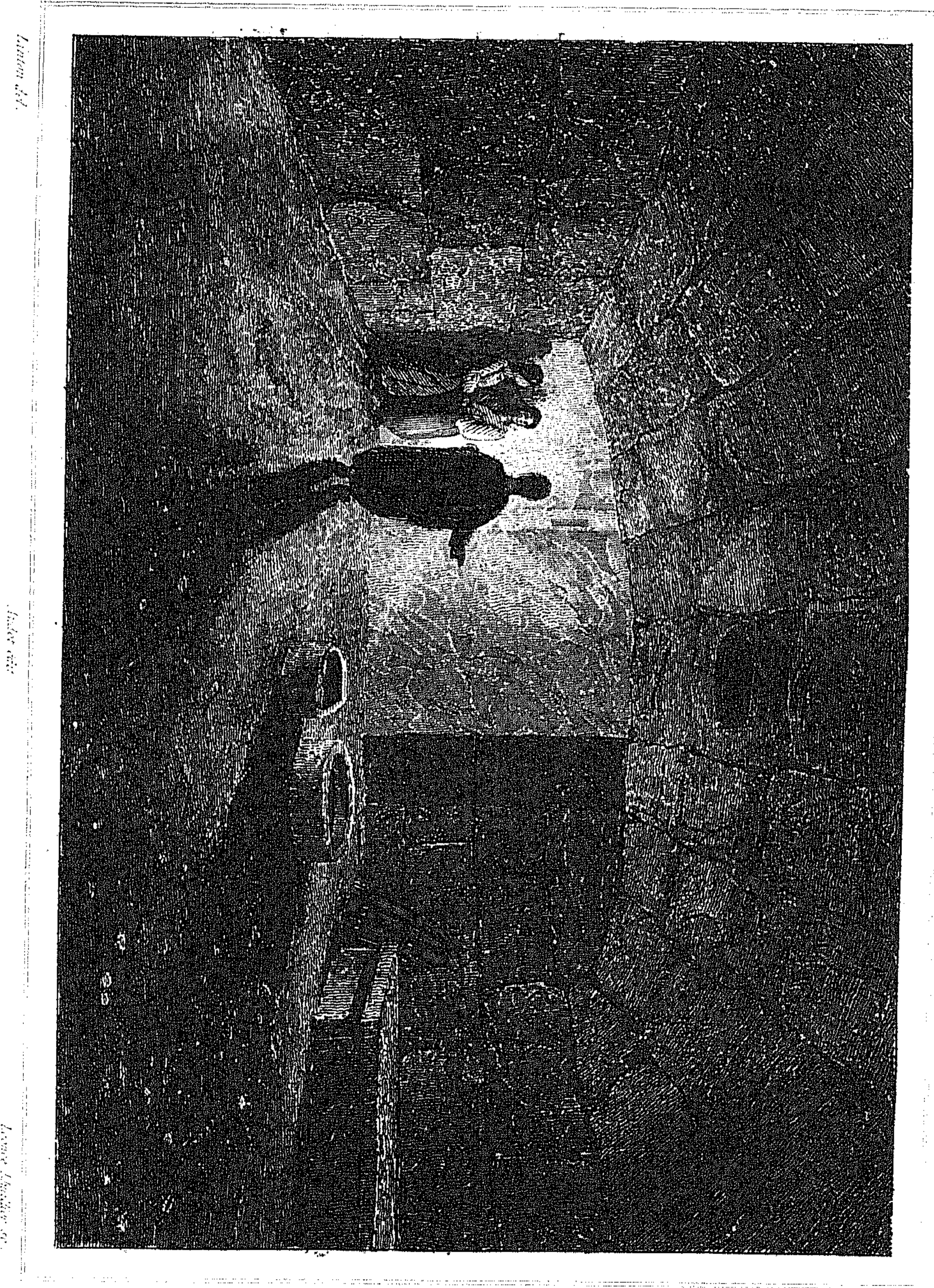
Carcel Mamertina.

Debajo de la iglesia de San José se encuentra un calabozo muy rico en recuerdos, que lleva el nombre de cárcel Mamertina ó Latomia. Bájase á ella por una abertura del pavimento de la iglesia moderna que conduce á un subterráneo oval de veinte y cinco pies de largo á catorce de alto, sobre diez y ocho de ancho. Otra abertura conduce á un calabozo inferior mas pequeño, sobremanera húmedo, y sin comparacion mas horrible que el anterior. Se dice haber sido obra de Anco Marcio, cuarto rey de Roma. Los criminales se bajaban á él con cuerdas. En él perecieron de muerte violenta, y algunas veces de hambre, los enemigos peligrosos de Roma, pues parece que no había en la capital otra cárcel de estado. Segun refiere la historia, Yugurta murió en ella de hambre; Léntulo, Gabinio y otros parecieron también en ella por orden de Ciceron, como cómplices de Catilina. En fin, segun refiere el historiador Josefo, se sacrificaba en este lugar á los gefes de las naciones vencidas despues que habían seguido el carro triunfal de los vencedores.

Una tradicion piadosa da todavía mas celebridad á esta cárcel, pues se asegura que los apóstoles San Pedro y San Pablo estuvieron encerrados en ella, se añade que durante su encarcelamiento convirtieron y bautizaron á cuarenta y tres compañeros de su infortunio, y aun á los carceleros Proceso y Martiniano, que mas tarde sufrieron el martirio. El agua de que usaron para el bautismo manaba de un pequeño manantial que brota aun hoy dia á un lado y que corrió milagrosamente por vez primera en la época del cautiverio de los santos apóstoles.

Suplicios de los mártires.

Sino hubiésemos terminado ya nuestra tarea conduciríamos á nuestros lectores á esas vastas catacumbas que recibieron los restos venerables de tantos cristianos en los dias de persecucion, y no sin estremecimiento contaríamos los combates heroicos á favor de los cuales alcanzaban una gloria inmortal. A lo menos



Roma. Prision Mamertina.
Roma. Prision Mamertina.



podremos trazar rápidamente lo que la barbarie de los griegos y de los romanos inventó en un siglo ilustrado para arrancar la vida á unos hombres cuyo crimen era amar á sus hermanos, orar por ellos, y asistirles con limosnas.

La refinada crueldad de los suplicios de los mártires parece inconcebible. Algunas veces se nos ha caído el libro de las manos leyendo la larga serie de tormentos inventados por los perseguidores de los cristianos. A duras penas podemos creer hasta que punto llegó la rabia de los paganos, y el modo como multiplicaron los suplicios y aumentaron sus circunstancias mas horrorosas para arrancar alaridos de dolor á las víctimas mas tiernas. Y á todos esos tormentos é ignominias, no respondian las víctimas resignadas mas que con bendiciones. El primer mártir murió perdonando á sus verdugos, otros llegaron á orar por ellos, y todos exhalaban el último suspiro entonando himnos al Eterno. Entre los cristianos no faltaban hombres intrépidos que recogian piadosamente durante la noche los huesos mutilados, las carnes palpitantes todavia, para darles honrosa sepultura; llevábselos con respeto en lienzos que teñian con su preciosa sangre, y los guardaban con veneracion como sagradas reliquias: la religion que inspiraba semejantes obras ejecutadas con tanta constancia como energía, no podia perecer.

Roma descrita por Chateaubriand.

Roma, 27 de junio por la tarde, 1803.

Al fin he llegado, y toda mi frialdad se ha desvanecido. Estoy abrumado, perseguido por lo que he visto, y creo que nadie ha visto lo que yo ni que ningun viajero lo ha descrito. Necios! almas heladas! bárbaros! Cuando vienen á esta tierra no han atravesado la Toscana, jardín inglés en medio del cual hay un templo, es decir Florencia? Acaso no han recorrido las soledades de esa segunda Italia llamada estado romano? Porqué viajan esos hombres? He llegado al ponerse el sol y he visto toda la poblacion que iba á pasearse á la Arabia desierta, paseo que está junto á las puertas de Roma: qué ciudad! qué recuerdos!

28 de junio á las once de la noche.

He andado todo el dia, hoy víspera de la festividad de San Pedro. He visto el Coliseo, el Panteon, la columna de Trajano, el castillo de San Angelo, y la basilica de San Pedro; qué sé yo! He visto la iluminacion y los fuegos artificiales que anuncian para mañana la grande ceremonia consagrada al príncipe de los apóstoles: mientras que me hacian admirar una hoguera colocada en lo alto del Vaticano, yo no queria ver mas que el efecto de la luz de la luna sobre el Tibre, sobre las casas romanas y sobre las ruinas de la reina del mundo.

29 de junio.

Salgo del oficio celebrado en la basilica de San Pedro. El papa tiene una figura admirable: pálido, triste y religioso, aparecen en su frente impresas todas las tribulaciones de la Iglesia. La ceremonia era soberbia y en algunos momentos sobretodo me dejaba asombrado: pero el cántico era comun y la iglesia estaba desierta; no ví en ella un pueblo.

3 de julio.

No sé si todas esas líneas acabarán por formar una carta. Casi me avergüenzo de deciros tan pocas cosas, pero antes de pintar los objetos entreveo ya que la segunda Roma está en su decadencia como la primera.

Su santidad me recibió ayer y me hizo sentar á su lado del modo mas afectuoso. Me enseñó que estaba leyendo el *Genio del cristianismo*, del cual tenia sobre la mesa un tomo abierto. Es un hombre escelente, un digno prelado y un príncipe sencillo; no creais que hablo con el entusiasmo pasajero de la Señora de Sevigné. El cardenal Gousalvi, secretario de estado, es un hombre de talento y de un carácter moderado.

10 de diciembre.

Acaso soy el primer extranjero que de Roma he llegado á Tívoli y á la ciudad Adriana en una disposicion de alma poco comun entre los viaje-

ros. Me encuentro en un pequeño cuarto delante de la cascada que oigo mugir. He echado una rápida mirada, y no he descubierto entre la profunda oscuridad mas que algunos resplandores blanquicos producidos por el movimiento de las aguas. Me ha parecido que á lo lejos entreveía un recinto compuesto de casas y de árboles, y alrededor de él un círculo de montañas. No sé si la luz del día dará otra forma á este paisaje nocturno.

El lugar es propio para la meditacion, vuelvo en pensamiento á la vida pasada, siento el peso de la vida presente y procuro penetrar en el porvenir. Donde me encontraré, que haré y que seré dentro de veinte años? Siempre que penetra uno dentro de sí mismo y se entrega á los vagos proyectos de su imaginacion, encuentra un obstáculo insuperable, un no sé qué de incierto causado por otra cosa cierta: este obstáculo, esta cosa cierta es la muerte, esa terrible muerte que lo detiene todo y que lo hiere todo.

Habéis perdido un amigo? En vano teneis mil cosas que decirle: desgraciado, solitario, errante sobre la tierra, y no pudiendo confiar á nadie vuestros pesares y vuestras dichas llamais á vuestro amigo, y no vendrá á aliviar vuestros males y á tomar parte en vuestras alegrías; ya no podrá deciros mas: «En esto hacéis mal, en esto teneis razon.» Es preciso que os adelanteis solo. Si sois rico, poderoso, célebre, que hareis de esas prosperidades sin vuestro amigo? La muerte lo ha destruido todo. Oleadas que os precipitais hácia esa profunda noche, desapareceis acaso mas rápidamente que los días del hombre ó podreis por ventura decirme lo que es el hombre, ya que habéis visto pasar tantas generaciones sobre esas orillas?

11 de diciembre.

Dos preguntas me he hecho frecuentemente en medio de las ruinas de Roma: las casas de los particulares se componian de muchos pórticos, salas abovedadas, capillas, galerías subterráneas, y secretos y oscuros corredores; que necesidad tenia un solo dueño de tan inmensa habitacion? El lugar destinado para los esclavos, para los huéspedes y para los clientes, se construía casi siempre separadamente.

Para dar respuesta á esta primera pregunta, me represento al ciudadano romano en su casa

como una especie de religioso que se habia construido un claustro. Esta vida interior indicada por la forma de las habitaciones, no seria por sí sola una de las causas de esa calma que notamos en los escritos de los antiguos? A buen seguro que Ciceron encontraba en las largas galerías de su habitacion y en sus ocultos templos domésticos la paz que habia perdido en su comercio con los hombres. La misma luz de esas moradas era favorable al reposo pues bajaba casi siempre de la bóveda ó entraba por ventanas colocadas en lo mas alto. Esta luz perpendicular, tan igual y tan tranquila, con la cual alumbramos nuestros salones de pintura, servía al romano, si es lícito espresarme así, para contemplar el cuadro de su existencia. Nosotros necesitamos ventanas que den á las calles, á los mercados y á los sitios concurridos; plácenos todo cuanto se agita y mueve ruido, el recogimiento, la gravedad y el silencio nos fastidian.

La segunda pregunta que me hizo es la siguiente: porque tantos monumentos consagrados á unos mismos usos? Vemos incesantemente salas para bibliotecas, y eso que habia muy pocos libros entre los antiguos. Se encuentran á cada paso baños públicos, los de Neron, los de Tito, los de Caracalla, los de Diocleciano, etc. siendo así que aunque Roma hubiese sido tres veces mas poblada de lo que llegó á serlo, hubiera bastado la décima parte de estos baños para las necesidades públicas.

A esto me respondo que es probable que esos monumentos, desde la época de su ereccion, fueron verdaderas ruinas y lugares abandonados. Un emperador derribaba ó despojaba las obras de su antecesor, á fin de emprender la construccion de otros edificios que á la vez abandonaba su sucesor. La sangre y el sudor de los pueblos se empleaba en inútiles trabajos de la vanidad de un hombre, hasta el día en que los vengadores del mundo, despues de haber nacido en condicion humilde, vinieron á plantar el estandarte de la cruz sobre esos monumentos del orgullo.

22 de diciembre.

El Vaticano.

A la una he visitado el Vaticano. Ha hecho un hermoso día, un sol brillante, y ha soplado un vientecillo suave.

He recorrido la soledad de esas grandes escaleras, ó mas bien de esas rampas por las cuales puede subirse á caballo; la soledad de esas grandes galerías adornadas con las obras maestras del genio y donde los antiguos papas desplegaban toda su magnificencia; la soledad de esas salas objeto de estudio para tantos célebres artistas y de admiracion para tantos hombres ilustres: el Taso, Ariosto, Milton, Montesquieu, muchas reinas y reyes poderosos ó destronados, y muchos peregrinos de varias partes del mundo, se han parado aquí llenos de asombro.

Hé visto el cuadro de Dios despejando el caos.

El ángel que sigue á Lot y á su muger.

La hermosa vista de Frascati.

Hé entrado en las salas y he visto la batalla de Constantino, y el tirano y su caballo ahogándose.

San Leon deteniendo á Atila. Porqué Rafael ha dado un aire tan fiero y poco religioso al grupo cristiano? Para espresar el sentimiento de confianza en la proteccion Divina.

El Santísimo Sacramento, primera obra de Rafael, fria, sin piedad, pero que denota disposiciones grandes y en la cual se ven figuras admirables.

Apolo, las musas y los poetas. El carácter de estos muy bien espresado.

Heliodoro echado del templo. El ángel es notable por su gentileza y hay una figura de muger celestial, imitada por Girodet en su Ossian.

La escuela de Atenas; prefiero el carton.

Hé visto tambien la biblioteca: puerta de hierro erizada de puntas... es la puerta de la ciencia. Las armas del papa: tres abejas; símbolo dichoso.

En suma, he visto todo cuanto hay que ver en ese famoso Vaticano donde el sublime Rafael supo elevarse á toda la altura de genio de un artista.

Me he paseado por Roma á la luz de la luna.

De lo alto de la Trinidad del Monte, los campanarios y los edificios lejanos parecen como los

perfiles borrados de un pintor. La sombra del Obelisco: cuantos hombres la han mirado en Egipto y en Roma!

Una joven me pidió limosna, y en su traje se parecia á una de las vírgenes de los mas célebres pintores: ha sabido escoger el tiempo y el lugar. Si fuese yo Rafael dibujaria aquí mismo un cuadro. El romano pide porque se muere de hambre; no importuna si se le niega; á imitacion de sus antecesores no hace nada para vivir, y es preciso que el senado ó su príncipe le alimenten.

Roma está soñando en medio de sus ruinas. Ese astro de la noche alumbrá unas calles inhabitadas, unos cercados, unas plazas y unos jardines por donde no pasa nadie, unos monasterios donde no resuena ya la voz de los cenobitas, y unos claustros tan desiertos como los pórticos del Coliseo.

Qué sucedía hace diez y ocho siglos á estas horas y en estos mismos sitios? No solo ha desaparecido la Italia antigua si que tambien hasta la de la edad media. Con todo esto los vestigios de entrambas Italías están perenes en Roma; la Roma moderna presenta su San Pedro y todas sus obras maestras, la Roma antigua le opone su Panteon y todas sus ruinas; si esta hace bajar del Capitolio sus cónsules y sus emperadores, la otra hace bajar del Vaticano la larga serie de sus pontífices. El Tíber separa las dos glorias: sentada sobre el mismo polvo la Roma pagana vá sepultándose de día en día, mientras la Roma cristiana, despues de haber salido de las Catacumbas, vuelve á entrar en ellas.

Tengo aquí en mi mente muchas cartas sobre la Italia, que acaso se leerian si lograra espresar mis ideas tales como las concibo; pero ván transcurriendo los días y me falta sosiego. Soy como un viagero que obligado á partir mañana envía delante su bagage. El bagage del hombre son sus ilusiones y sus años: cada minuto envía una parte de él á aquel á quien la escritura llama un correo rápido, ... al tiempo.

FIN.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA

PROLOGO DEL EDITOR.	Pag.	5	- Varios monumentos que recuerdan la man-
OJEADA GEOGRAFICA.		7	sion de la santa familia en esta ciudad. -
CAPITULO I. Jafa. - Recuerdos de S. Luis y			Sus cercanias. - Belen. - Gruta de San Geró-
de Napoleon. - Convento de los padres de la			nimo. - Pastores actuales en Belen.
Tierra Santa. - Mugerres veladas. - Limosnas			41
de los peregrinos. - Ruinas de Ascalon. - Ca-			CAP. XI. Belen, interior de la Iglesia. - Viage
mino de Jerusalem.		8	de Lamartine á Belen. - Misa del gallo. - Ca-
			ná. - Bodas de Caná.
CAP. II. Habitantes de Jerusalem. - Peregrina-			44
ciones actuales á Jerusalem. - Monte Olive-			CAP. XII. Lago de Tiberiada. - Batalla de Ti-
te. - Jerusalem vista de lo alto de esta mon-			beriada perdida por Lusiñan. - Monte Tha-
taña. - Murallas de Jerusalem.		13	bor. - Cuadro de Rafael. - Los cruzados en
			el monte Thabor. - Batalla del monte Tha-
CAP. III. Gobernador de Jerusalem. - Autori-			bor.
dad despótica del Bajá de Damasco y de sus			47
delegados. - Condicion desgraciada de los			CAP. XIII. Vista general del Libano. - Sus ver-
Padres de la Tierra Santa. - Templo de Sa-			tientes y sus colinas. - Un valle del Libano.
lomon; su magnificencia. - Mezquita de			- Cedros del monte Libano. - Habitantes del
Omar. - Vista interior de este monumento			Libano. - Lady Stanhope.
donde solo pueden entrar los mahometanos.		19	52
CAP. IV. Púlpito de la mezquita de Omar. -			CAP. XIV. Respeto de los maronitas para con
Vista exterior del Santo Sepulcro. - Incen-			los sacerdotes y religiosos. - Comitiva nup-
dio que lo consumió en 1808. - Reedificaron			cial de un príncipe de los Drusos. - Pere-
le los griegos. - Estaciones y calvarios.		23	grinacion de Geramb al monte Sinai. - Con-
			vento de Sta. Catalina. - Zarzal ardiente. -
CAP. V. Interior del Santo Sepulcro. Des-			Capilla de Sta. Catalina. - Peregrinacion de
cripcion de Chateaubriand y Lamartine. -			los griegos y coftos al monte Sinai.
Los cruzados en el Santo Sepulcro. - Una jo-			56
ven suiza delante de la tumba de Jesucristo.			CAP. XV. Limosnas de los religiosos del mon-
- Calles abovedadas de Jerusalem.		26	te Sinai. - Elias en el monte Sinai. - Cumbre
			del Sinai. - Roca hendida por Moises. - El
CAP. VI. Puerta de oro por la cual entró Je-			monte Horeb.
sucristo en Jerusalem. - Puerta de S. Esteban.			59
-Piscina de Betzaida donde se efectuó la cu-			CAP. XVI. El Egipto en general. - El Nilo. -
ra del perlático. - Sepulcro de la Sta. Virgen.		30	Una boca del Nilo, - Fertilidad del Egipto. -
			Las pirámides. - Nemfis. - Tebas; el ejército
CAP. VII. Monte Sion donde compuso David			francés delante de sus ruinas. - Estatuas de
sus sublimes cánticos. - Es el lugar de su se-			Mennon. - La Tebaida: sus solitarios.
pultura. - Santo cenáculo. - Casa en que se			60
encontraban reunidos los Apóstoles el día de			CAP. XVII. Babilonia. - Triunfo de Ciro. -
la Pascua.		32	Ruinas de Babilonia. -Nínive; su destruccion.
			63
CAP. VIII. Valle de Josafat. - Su aspecto fi-			CAP. XVIII. Tiro. - Su comercio marítimo.
sico. - Sentimiento de tristeza y de terror			- Castigo de su impiedad. - La embiste Ale-
que inspira. - Torrente de Cedron. - Sepul-			jandro. - En la era cristiana la defienden glo-
cros de Josafat, de Absalon y otros. - Jericó			riosamente los cruzados. - Su actual estado,
antigua y moderna. - Sus rosas y sus bálsa-			su arzobispado en 1821. - Sidonia.
mos.		35	65
			CAP. XIX. Mision de los apóstoles. - Laodicea
CAP. IX. Ciudad y reino de Samaria. - El Jor-			en los primeros dias del cristianismo y en los
dan. - Su descripcion por varios autores mo-			tiempos modernos. - Antioquia. - La visitan
dernos. - Inspiraciones de Lord Byron sobre			S. Pablo y S. Bernabé. - Descripcion de es-
el Jordan.		37	ta ciudad. - Batalla de Antioquia ganada por
			los cruzados. - Invencion de la santa lanza.
CAP. X. Nazareth. - S. Luis la visita en 1251.			68
			CAP. XX. Damasco. - Batalla dada al pie de
			las murallas de Damasco. - Chipre. - Mansion

de San Pablo en Chipre. - Época de los cruzados.	74	quístala Soliman. - Su estado en 1806 y en 1831.	77
CAP. XXI. Corinto. - S. Pablo en Corinto. - Corinto en el siglo 19. - Efeso, noticia histórica. - Tumulto escitado por los plateros. - Muerte de la Virgen.	73	CAP. XXIV. Roma. - Primer aspecto de esta ciudad. - S. Pedro y S. Pablo sufrten en ella martirio. - Foro romano. - El coliseo. - Espectáculos dados á los romanos. - Su destrucion sucesiva. - Cruz erigida en medio del recinto para conservar este monumento. - Predicaciones en el coliseo. - Su descripcion por Chateaubriand. - Cárcel Mamertina. - Roma descrita por Chateaubriand.	80
CAP. XXII. Mileto, noticia histórica y geográfica. - La visita San Pablo. - Su estado actual. - Patmos. - El destierro. - Apocalipsis de S. Juan. - Estado actual de Patmos.	75		
CAP. XXIII. S. Pablo en Rodas. - Rodas defendida por los caballeros de Malta. - Con-			

INDICE Y PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE ESTA OBRA.

1 <i>Jafa.</i>	Pág. 9	26 <i>Cedros del Líbano.</i>	54
2 <i>Ascalon.</i>	10	27 <i>Marcha nupcial al monte Líbano.</i>	56
3 <i>Jerusalen vista desde el monte Olivete.</i>	16	28 <i>Camino del Sinal y monasterio de Santa Catalina.</i>	57
4 <i>Murallas de Jerusalen.</i>	17	29 <i>Desierto del Sinai.</i>	58
5 <i>Una calle de Jerusalen.</i>	19	30 <i>Cumbre del Sinai.</i>	59
6 <i>Mezquita de Omar edificada sobre los cimientos del templo de Salomon.</i>	18	31 <i>El Nilo, las pirámides y el sitio donde estuvo Nemfis.</i>	61
7 <i>Azotea y púlpito de la mezquita de Omar.</i>	23	32 <i>Tebas, templo y estatua de Memnon.</i>	62
8 <i>Iglesia del Sto. Sepulcro.</i>	id.	33 <i>Babilonia.</i>	63
9 <i>Vista interior del Sto. Sepulcro.</i>	26	34 <i>Ninive, hoy dia Noussul.</i>	65
10 <i>Calles abovedadas de Jerusalen.</i>	29	35 <i>Tiro.</i>	66
11 <i>Interior de la puerta de oro en Jerusalen.</i>	30	36 <i>Sidonia.</i>	67
12 <i>Puerta de S. Esteban.</i>	34	37 <i>Laodicea.</i>	69
13 <i>Monte Sion mezquita de David.</i>	32	38 <i>Antioquia.</i>	id.
14 <i>Jardin de los olivos.</i>	34	39 <i>Damasco.</i>	71
15 <i>Valle de Josafat.</i>	35	40 <i>Chipre.</i>	72
16 <i>Jericó.</i>	36	41 <i>Corinto.</i>	73
17 <i>Samaria.</i>	37	42 <i>Efeso.</i>	74
18 <i>Orillas del Jordan.</i>	id.	43 <i>Mileto.</i>	75
19 <i>Nazareth.</i>	41	44 <i>Patmos.</i>	76
20 <i>Belen.</i>	43	45 <i>Rodas.</i>	77
21 <i>Belen capilla de la Natividad.</i>	44	46 <i>Foro romano.</i>	81
22 <i>Caná.</i>	46	47 <i>El coliseo.</i>	id.
23 <i>Tiberiada y el mar de Galilea.</i>	47	48 <i>Cárcel Mamertina.</i>	82
24 <i>Monte Thabor.</i>	49		
25 <i>Vista tomada desde el monte Líbano.</i>	52		

